ORIGENES DEL HOMBRE

Las Tierras Bíblicas (II)

66

folio

Las Tierras Bíblicas (II)

ORIGENES DEL HOMBRE

Las Tierras Bíblicas (II)

folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: P.R.S. Moorey
Asesores: Sir John Boardman, Basil Gray y David Oates

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S. A.
Muntaner, 371-373
08021 Barcelona

© Andromeda (Oxford) Ltd. All rights reserved
© Ediciones Folio, S.A., (12-12-1995)

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-413-0134-4 (volumen II)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-16734-94
Printed in Spain

Contenido

VOLUMEN II

Capítulo cuarto:
Los fenicios 81

El Templo de Salomón 101

Capítulo quinto:
Israel y Judá 109

Persépolis: el palacio del Gran Rey 127

Capítulo sexto:
El imperio persa 137

Glosario 159

Capítulo cuarto: Los fenicios



Las ciudades-estado de Fenicia (h. 1200-330 a. C.). Después de las revueltas del siglo XII, en el que se produjeron las invasiones de los «Pueblos del mar» llegados del oeste y de los israelitas y los arameos llegados del este, la única región en que sobrevivieron a la par las tradiciones culturales y políticas cananeas fue la estrecha franja de tierra que hoy se conoce por el nombre de Líbano. Reducido seriamente el dominio de su propia tierra, los habitantes de la comarca se volvieron más y más hacia el mar y llegaron a convertirse en los mayores navegantes y mercaderes de todos los tiempos.

Aunque nos referiremos a ellos con la denominación de «fenicios», tomando la traducción al griego del vocablo cananeos, sus contemporáneos los llamaron, en general y colectivamente, «sidonios». En el siglo V a. C., el gran historiador griego Herodoto hizo referencias dispersas a ellos en su obra *Historias*, observaciones halagadoras sobre los fenicios, en las que hablaba de la excelencia de sus naves, de su habilidad para la minería; contaba, también, que habían cavado un canal para Jerjes a través de la península de Athos, en Grecia septentrional, que habían rodeado África en sus barcos y que habían fundado colonias en zonas de Grecia, a las que llevaron, asimismo, el alfabeto. El hispano Pomponio Mela, que escribió cinco siglos más tarde, no fue menos generoso:

«Los fenicios fueron una raza inteligente, que prosperó en la guerra y en la paz. Sobresalían en la escritura y la literatura, como también en otras artes, en la marinería, en las batallas navales y en la gobernación del Estado.»

Infortunadamente, estos testimonios de autores antiguos aún han de probarse con los registros arqueológicos. La investigación en los yacimientos más prometedores, en especial en las ciudades-madre de Tiro y Sidón, y en Cartago, que fuera su mayor colonia, se ve entorpecida por la acumulación posterior de residuos, que llega hasta los tiempos modernos, o por las ruinas de las grandes ciudades romanas. Un clérigo, que escribía sobre Líbano en 1870, describe de un modo gráfico los resultados de tan intensiva ocupación y la demanda incesante de cada generación de constructores:

«Las piedras de Sidón, Tiro y Sarepta se han llevado hace poco tiempo a Acre, Beirut y Joppa por mar en grandes cantidades, después de que las cortaran de nuevo en tamaños muy reducidos, y las colocaron en edificios que, a su vez, se derrumbarán al cabo de cien años y el mismo proceso se repetirá hasta que ya no se pueda encontrarlas.»

Un siglo de excavaciones intermitentes, en gran proporción meras búsquedas de tesoros, sobre todo en Sidón, revelaron algo de las mayores ciudades de la época del imperio persa pero prácticamente nada de los tiempos anteriores. Aun en Biblos, donde se han excavado sectores enteros del asentamiento de la Edad del Bronce, la ciudad fenicia está bajo la aldea actual. En Sarepta únicamente, y hace poquísimo tiempo, se empezó el trabajo con métodos modernos en un punto sobre el que no hay demasiadas acumulaciones.

Tampoco existen documentos fenicios antiguos que pongan remedio a esta situación. Excepto algunas inscripciones relativamente poco informativas, funerarias y de dedicación de monumentos, no se conserva documentación. Lo más cerca que podemos llegar a la historia de los fenicios nos lleva a ellos a través de Josefo, un historiador judío que escribió en el siglo I d. C. y que los cita al pasar. Por la misma época, Filón de Biblos (h. 64-141 d. C.) escribió una noticia sobre la religión de los fenicios en su *Historia fenicia* que, según él, se basaba en una obra anterior de cierto Sankhoniatón, sacerdote nacido en Biblos, quizá en el siglo VI a. C. o antes. Hasta el descubrimiento de los textos de Ras Shamra, se dudaba de esta afirmación, pero con estos antiguos testimonios hoy se acepta la existencia de Sankhoniatón. Sin embargo, la obra de Filón se conserva sólo en citas posteriormente reunidas por Eusebio (h. 260-339 d. C.), obispo de Cesarea en Palestina. La historia fenicia se ha de reconstruir, pues, con las referencias dispersas en el Antiguo Testamento, en los registros reales asirios y en los textos de los autores clásicos. Es inevitable que el resultado sea muy desigual, con mayor énfasis en las relaciones exteriores de las ciudades fenicias y muy poco conocimiento real de su historia interna. Es muy irónico, por cierto, que el pueblo que enseñó a escribir a Occidente haya dejado tan pocos testimonios escritos.

La independencia y autosuficiencia de las ciudades costeras fenicias es tan antigua como ellas mismas. Está bien documentada, en las «cartas de Amarna» del siglo XIV, la existencia de las activas ciudades-estado de Tiro, Sidón y Biblos, cada una con sus propios gobernantes y sus ambiciones políticas, y de Arvad, dueña de una flota importante. Un ejercicio escolar egipcio de fines del siglo XIII, el papiro Anastasi I, nombra también a las grandes ciudades comerciales y, de paso, revela el verdadero interés de Egipto en ellas. Wilson tradujo el fragmento más importante en estos términos:

«Por favor, háblame de Beirut, de Sidón y de Sarepta. ¿Dónde está la corriente del Litani? ¿Cómo es Uzu [la ciudad terrestre de Tiro]? Dicen que hay otra ciudad en el mar, llamada Tiro-el-puerto. A ella se lleva el agua con naves y es más rica en peces que en arena.»

Página anterior: figurilla de terracota; representa a una mujer embarazada y proviene de un cementerio fenicio descubierto en Akhziv, Israel, 500-300 a. C.



Vista aérea de la ciudad-isla de Tiro, Líbano, en la actualidad unida a tierra firme por una faja de tierra, que se originó en el enorme muelle construido por los ingenieros de Alejandro Magno, cuando sitiaron la ciudad durante siete meses antes de tomarla.

En la *Leyenda del rey Keret,* uno de los textos de Ras Shamra, el monarca, abrumado, hace votos en santuarios de Tiro y de Sidón.

El destino de las ciudades fenicias durante las invasiones de los «Pueblos del mar» no está nada claro. Ciertas fuentes clásicas sugieren que Tiro fue destruida entonces y que después se volvió a fundar desde Sidón. Pero si tuvieron problemas a principios del siglo XII, sólo se trató de un eclipse temporal. El mejor testimonio de su actividad continuada y de su independencia hacia el 1100 a. C. es un relato que dejó un tal Uenamón (Wen-Amon), funcionario del Templo de Amón en la ciudad egipcia de Karnak, enviado a Biblos para comprar madera para la barca ceremonial del dios. Pero este hombre no recibe el trato deferente y respetuoso que un funcionario de su altura habría recibido automáticamente sólo un siglo antes, o poco más. Con dinero insuficiente o credenciales inadecuadas, los fenicios le intimidan y obligan a ir de un lado a otro. En un momento dado, el príncipe de Biblos, Zakar-Baal, le advierte (la traducción es de Wilson):

«¿Acaso no hay en mi puerto veinte naves que habitualmente comercian con Ne-su-Ba-neb-Ded [gobernador del Delta egipcio]? Y en Sidón, el otro lugar por el que has pasado, ¿acaso no hay otras cincuenta naves que comercian con Werket-El?» Este último, se supone, era un mercader asiático residente en Egipto y relacionado con Sidón.

Por la misma época del informe de Uenamón, las ciudades fenicias recibían un recordatorio de que su riqueza comercial era una tremenda tentación para los reyes orientales, deseosos de poderío. En una tablilla fundacional que recuerda la reconstrucción del Templo Anu-Adad en Ashur, el rey asirio Teglatfalasar I registraba (traducción de Oppenheim):

«Fui al Líbano. Corté (allí) madera de cedro para el Templo de Anu y Adad, los grandes dioses, mis señores, y llevé (a ellos a Ashur). Crucé en las naves (de) Arvad, desde Arvad, que está sobre la costa, hasta la ciudad de Samuri que (se extiende) en Amurru (a una distancia de) tres millas dobles por tierra.» La ausencia de Tiro en esta lista podría corroborar la leyenda de que estaba destruida.



Siclo de plata de Sidón; en él se ve una nave fenicia.

Existen algunos testimonios de que, en sus luchas con los filisteos, David se apoyó en una alianza con Abibaal y después con su hijo Jiram, reyes ambos de Tiro. Los fenicios se beneficiaron de la reducción de la actividad marítima de los filisteos. A mediados del siglo X, Jiram emprendió un extenso programa de edificaciones en la ciudad, en el que amplió la fortaleza de la isla y sus puertos. Según Josefo:

«Construyó un talud llamado espacio vacío y dedicó el pilar dorado del templo de Zeus [es decir, Baal-shamen]. También fue a cortar madera de la montaña llamada *Libanos*, para techar sus templos; y cuando derruyó los templos antiguos, edificó los de Heracles (es decir, Melkart) y el de Astarté.»

La alianza de Jiram con Salomón se menciona en otros documentos, pero Josefo registró en dos relatos bastante contradictorios un comentario interesante sobre la sabiduría legendaria de Salomón, que podemos citar aquí, siquiera para demostrar que cada historia tiene dos versiones; en una de ellas, Salomón jamás se deja engañar, pero en otra, la fenicia, las cosas son bien distintas:

«Se decía que Salomón... hizo llegar unos acertijos a Jiram y le pidió que le mandara otros a su vez, con la idea de que el que no lograra resolverlos pagaría una suma de dinero al que sí lo consiguiese. Jiram aceptó el trato y, como fuera incapaz de resolver los enigmas, gastó una parte de sus riquezas en pagar la prenda. Más tarde, cierto Abdemun de Tiro los resolvió y propuso otros nuevos. Salomón, que no pudo resolverlos, tuvo que pagar a Jiram una suma mayor de la que había recibido.» La diplomacia antigua, como la moderna, pocas veces es tan caprichosa.

En el siglo IX, el rey de Israel, Ajab, se casó con Jezabel, hija de Ethbaal, rey de los sidonios: una alianza fatídica que tendría efectos de largo alcance en la historia de Israel. Según Josefo, este monarca fenicio fundó la ciudad de Botrys (Batroun) en Fenicia y la de Auza en Libia.

Amenaza oriental. Pero por esos tiempos, la sombra del imperialismo asirio empezaba a llegar cerca de Fenicia. En 876 a. C., Assurnasirpal II cobró tributo a los reyes de Tiro, Sidón, Biblos y Arvad. Su hijo Salmanasar III se enfrentó con una coalición formada por los gobernantes de Hama, Damasco, Israel y Arvad en la batalla de Carcar, sobre el río Orontes, en Siria, ya que durante algunos años habían limitado la actividad asiria en el oeste. Cuando el soberano asirio volvió cuatro años después, avanzó por Fenicia, instaló un monumento en el Monte Carmelo, en el sur, sobre la frontera entre Israel y Fenicia y una estela tallada en la roca en la desembocadura del río Nahr el-Kalb, cerca de Biblos. El tributo de la región está representado en los palacios reales de Asiria en monumentos como el «Obelisco Negro» de Nemrod y las Puertas de Bronce de Balawat. A fines del siglo IX, el rey Adadnirari III de Asiria se apoderó de Damasco, y las ciudades fenicias le enviaron tributo para anticiparse a las intenciones que el soberano pudiera tener con respecto a ellas. A continuación, durante casi medio siglo, Asiria estuvo ocupada en sus asuntos internos.

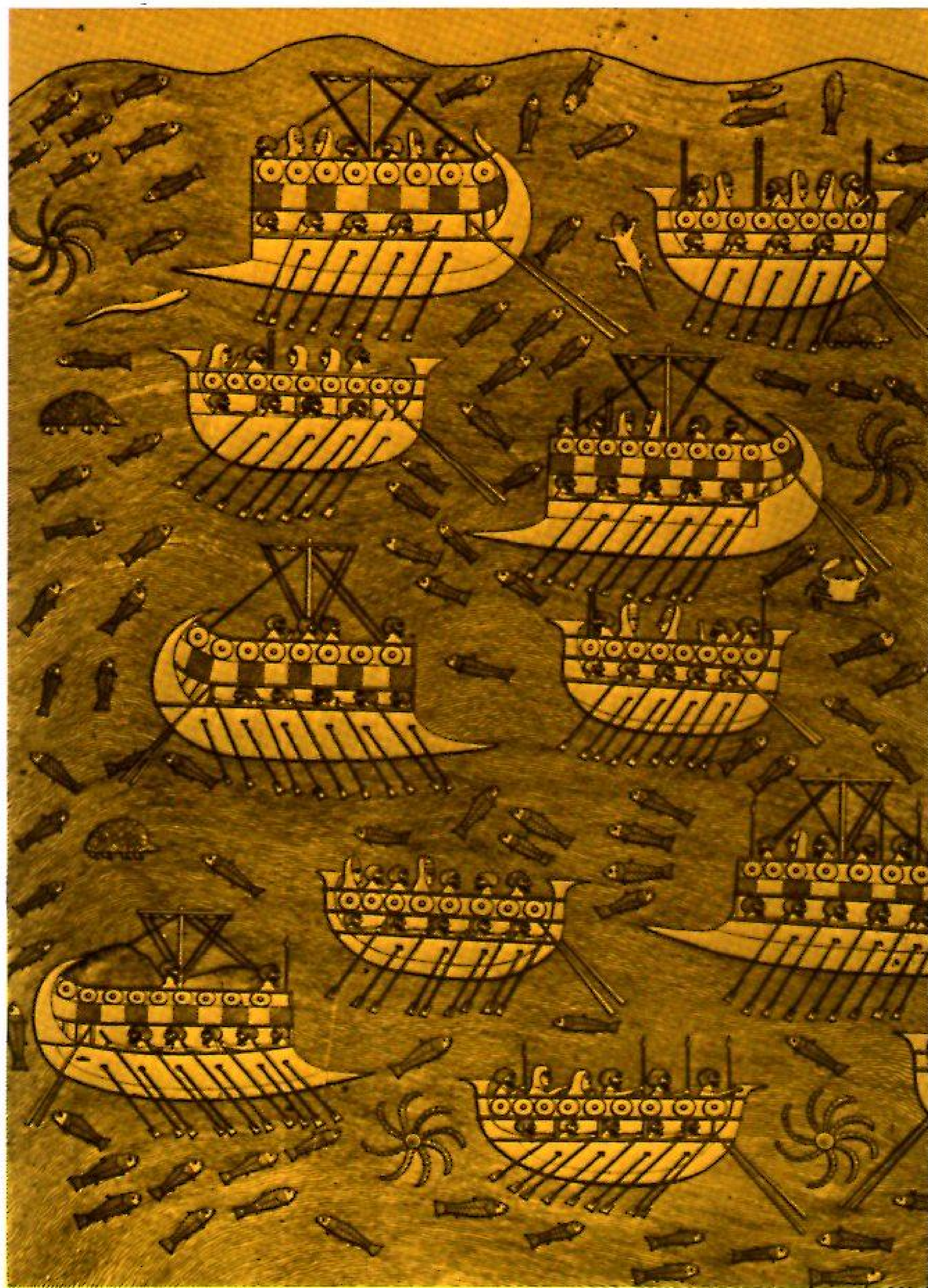
Con el reinado de Teglatfalasar III (h. 745-723 a. C.), se inició un período de más de un siglo marcado por demandas asirias cada vez más exigentes. Al principio, como antes, se recaudaron tributos, aunque a comienzos del reinado de Sargón II (c. 721-705 a. C.) se aplastó una revuelta que había estallado en Arvad. Durante el gobierno de Senaquerib (h. 704-681 a. C.), después de someter a una coalición de ciudades fenicias y sirias entre 701 y 700 a. C., se empezó a imponer un tributo anual. Durante esta campaña, las rivalidades agudas entre las ciudades fenicias principales se desvelaron de una forma penosa, cuando algunas de ellas proporcionaron a los asirios una flota que sitió Tiro, sin éxito, a lo largo de cinco años. Hasta el reinado de Asarjadón (h. 680-669 a. C.), las ciudades fenicias no se comprometieron seriamente en una política antiasiria, ya que su posición se había deteriorado mucho.

Entre 677 y 676, la aliada de los reyes rebeldes de Turquía suroriental, Sidón, se vio saqueada, su gobernador ejecutado y sus habitantes deportados a Asiria. Las posesiones se reorganizaron bajo el mando del gobernador asirio y algunas de sus ciudades se entregaron al rey de

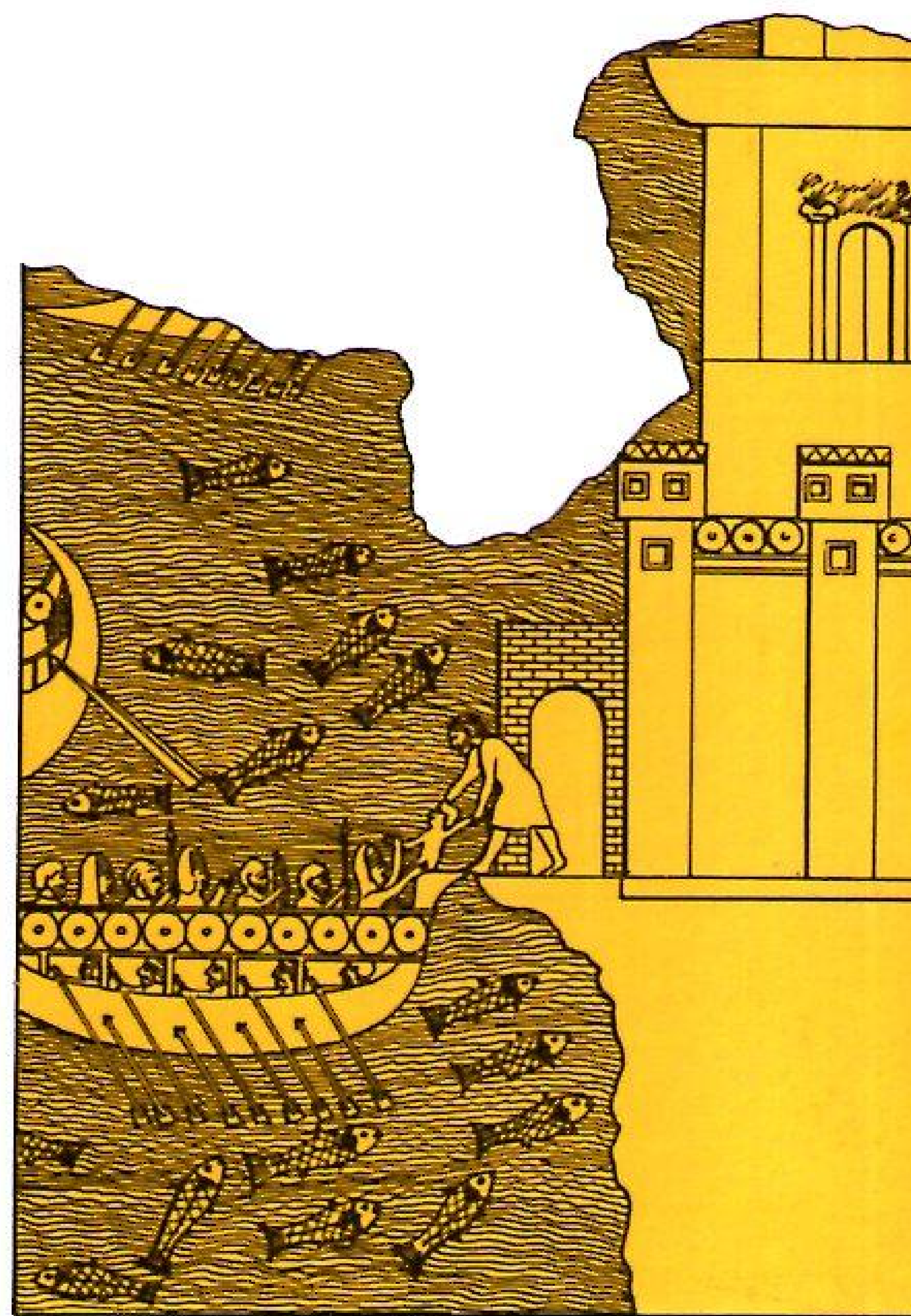
Tiro, en ese momento leal a Asiria. De ese tratado con el rey asirio Asarjadón se conservan algunos fragmentos y, por ellos, es evidente que era demasiado duro para mantenerse mucho tiempo en vigor. En el año 671, Tiro se rebeló para apoyar al faraón egipcio Tirhacá; como consecuencia, se cortó el abastecimiento a la ciudad y se impuso un tributo. Fenicia se había convertido en una serie de pequeñas provincias asirias gobernadas desde Simira en el norte, desde un nuevo centro de Sidón (Kar-Asarjadón) y desde Ushu, la ciudad terrestre de Tiro, en el sur. Sólo Arvad, Biblos y Tiro insular mantuvieron ciertos rasgos de independencia.

En sus primeras dos campañas contra Egipto, Asurbanipal (h. 668-627 a. C.) parece haber estado en condiciones de ignorar a Tiro; pero en su tercera campaña, el soberano asirio sitió la ciudad y forzó la dimisión de su gobernante, que aún era el rey Baíl, el que antes había apoyado a Egipto. En la traducción de Oppenheim:

«En mi tercera campaña, avancé contra Baíl, rey de Tiro, que vive (en una isla) en medio del mar, porque no obedeció mis reales órdenes ni escuchó mis dictados personales. Rodée al rebelde con mis fortificaciones, intercepté sus comunicaciones por mar y tierra. (Así) intercepté e hice que fueran escasos sus abastecimientos y los obligué a someterse a mi yugo. El rey llevó a su propia hija y a las hijas de sus hermanos a mi presencia para que cumplieran labores serviles para mí. Al mismo tiempo, llevó a su hijo Iahimilki, que aún no había cruzado el mar para saludarme, y (me) lo entregó como esclavo. De él recibí a su hija y a las hijas de sus hermanos con grandes dotes.



Dibujos del siglo XIX de un relieve hoy perdido, procedente del palacio de Senaquerib en Nínive, Irak; muestra al rey Luli de Tiro y Sidón mientras huye de Tiro, en 701 a. C., después de un ataque asirio. Se ilustran los dos tipos tradicionales de naves: las fenicias mercantes redondas, con remos y palos para las velas, y los barcos de guerra con arietes.

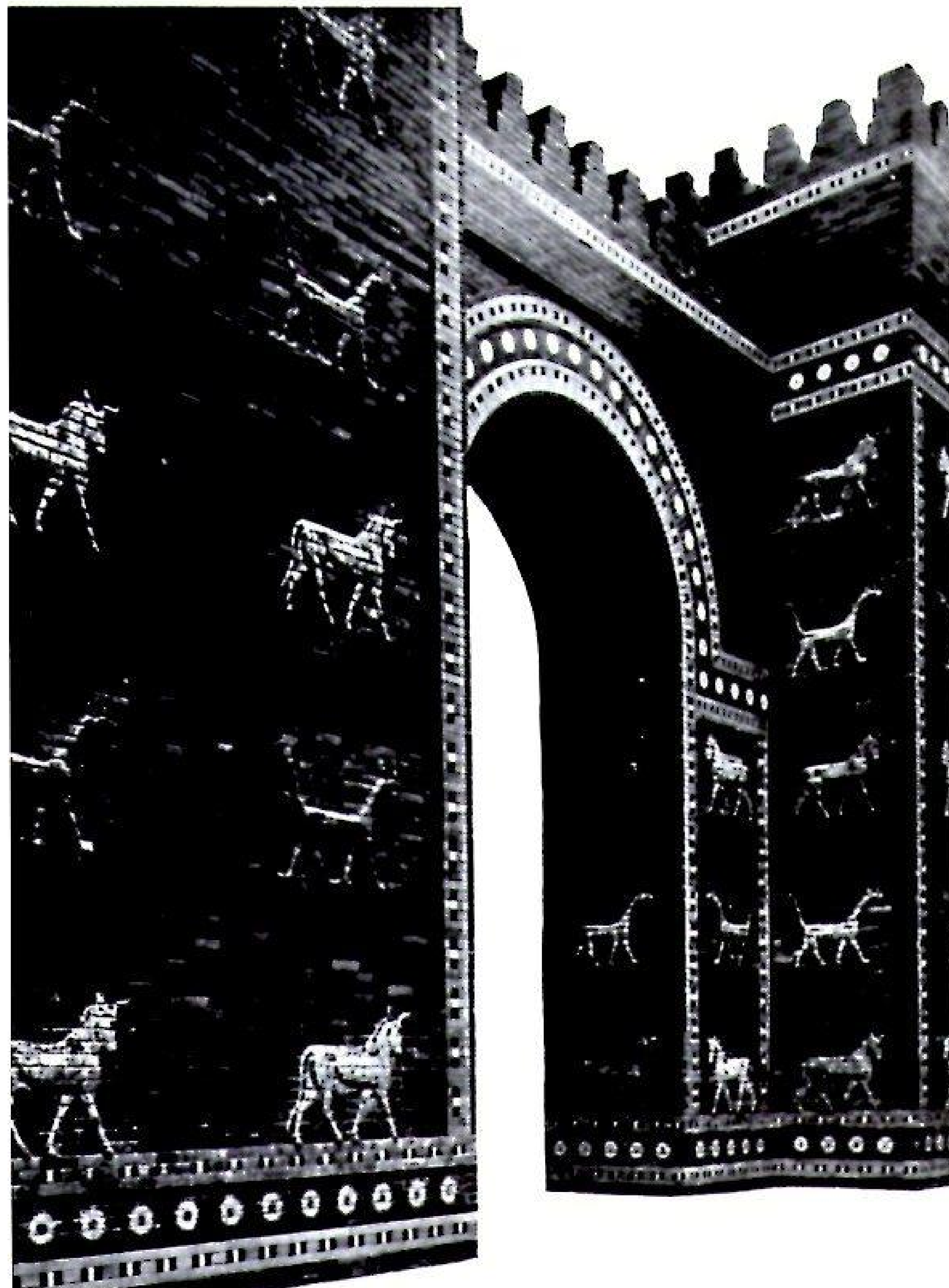


Tuve piedad de él y le devolví su hijo, carne de su carne.» Arvad también fue sometido. Al regresar de su campaña árabe, Asurbanipal masacró a los habitantes tirios de tierra firme (h. 639-637 a. C.) que no habían cumplido con el pago del tributo anual.

Eso fue el fin de un estrecho control asirio, porque el imperio empezó a desintegrarse lentamente. En el interregno siguiente, antes de la llegada de nuevos dominadores desde Mesopotamia, las ciudades fenicias disfrutaron de gran prosperidad, sobre todo asociada con Tiro, que recibió la maldición de Ezequiel (27, 1-9). El profeta imaginó a Tiro como una gran nave, símbolo de su prosperidad comercial y de su preeminencia política entre las ciudades fenicias:

«Tiro, tú decías: Yo soy un navío
de perfecta hermosura.
En el corazón de los mares estaban tus fronteras.
Tus fundadores hicieron
perfecta tu hermosura.
Con cipreses de Senir te construyeron
todas tus planchas.
Del Líbano tomaron un cedro
para erigirte un mástil.
De las encinas de Basán
hicieron tus remos.
El puente te lo hicieron de marfil incrustado en cedro
de las islas de Kittim.
De lino recamado de Egipto era tu vela
que te servía de enseña.
Púrpura y escarlata de las islas de Elisá
formaban tu toldo.
Los habitantes de Sidón y de Arvad
eran tus remeros.
Y tus sabios, Tiro, iban a bordo
como timoneles.
En ti estaban los ancianos de Guebal [Biblos] y sus artesanos
para reparar tus averías.»

Puerta de Ishtar, en Babilonia, decorada con animales sagrados, en azulejos policromos, tal como está reconstruida en el Museo de Berlín.



Tras la caída de Nínive, la capital asiria, en 612 a. C. y la derrota de un ejército egipcio en Karkemis en 602 a. C., Siria y Fenicia quedaron abiertas a los babilonios, herederos por entonces de la supremacía asiria. Pero Nabucodonosor II no intervino hasta que se organizó una rebelión en apoyo de Egipto. Durante trece años (h. 585-572 a. C.), aprovisionada por mar, Tiro resistió ante el asedio de los babilonios descrito con fuerza en *Ezequiel* 29, 18:

«Hijo de hombre, Nabucodonosor, rey de Babilonia, ha emprendido con su ejército grandes movimientos contra Tiro. Todas las cabezas han quedado peladas y todas las espaldas llagadas [por el uso de los yelmos y por haber llevado las armas durante mucho tiempo], pero no ha obtenido de Tiro, ni para sí ni para su ejército, ningún provecho de la empresa acometida contra ella.»

Aunque Ezequiel sin duda tenía razón, los registros de raciones destinadas a los cautivos, hallados en tablillas de barro en Babilonia, revelan que, si bien el soberano no destruyó la ciudad insular, por fin recibió su rendición nominal y envió príncipes y nobles como rehenes a Babilonia.

Fenicia, como gran parte del imperio babilonio, pasó pacíficamente a poder de los persas gobernados por Ciro en 538 a. C. Sus ciudades quedaron unidas dentro de la quinta satrapía (o provincia), con sus propios gobernantes, supervisados por funcionarios de la administración imperial. De esta manera –con buen trato y libres de expandir su comercio a cambio del pago regular de tributos–, las ciudades fenicias se mantuvieron leales a Persia durante largo tiempo, en el que sus flotas proporcionaron el apoyo indispensable para los ataques persas contra Grecia. A juzgar por los edificios hallados en Sidón –sus obras de puerto, el palacio de un rey o sátrapa persa al estilo per-

sepolitano, la reconstrucción del Templo de Eshmun sobre un monte fuera de la ciudad y fortificaciones en varios otros puntos a lo largo de la costa–, en esa época Fenicia disfrutaba de una prosperidad material sin paralelo. Diodoro habla de 100 naves ancladas en el puerto de Sidón a mediados del siglo IV a. C. Tiro controlaba la costa desde Sarepta hasta el Monte Carmelo y Ascalón; Arvad se extendió hasta tierra firme; hacia 450 a. C., Sidón recibió Dora y Joppe (Jaffa) en el sur; Tiro, Sidón y Arvad colaboraron para fundar Trípoli.

En el siglo IV, a medida que se debilitaba la administración central del imperio persa, las ciudades fenicias fueron entrando en el campo griego. En 392 a. C., se sometieron a Evágoras, rey de Salamina, un estado chipriota hablante de griego; en 362 a. C., el rey de Sidón, progriego por completo, recibió con gusto a un ejército egipcio que se había rebelado contra Artajerjes II. Con el fracaso del levantamiento de los sátrapas, las ciudades fenicias volvieron por un tiempo al redil persa pero, entre 347 y 345 a. C., el rey sidonio Tennes se insurreccionó. Sin embargo, por entonces gobernaba el imperio Artajerjes III, un monarca cruel y dinámico, que incendió Sidón y masacró a 40.000 personas. Tennes, que trató de salvarse en el último momento entregando la ciudad como un traidor, también fue condenado a muerte. Esta acción impidió levantamientos posteriores. Sidón se reconstruyó, pero la supremacía comercial y política pasó a Tiro.

La hegemonía de Tiro sería breve en esta ocasión. Después de su victoria sobre los persas en la batalla de Iso (333 a. C.), Alejandro Magno decidió que era vital controlar los puertos marítimos fenicios y sus flotas, para proteger su retaguardia mientras él avanzaba por Asia, en persecución del monarca persa. Sidón y Biblos lo recibieron con docilidad. Tiro vaciló y después se negó a entregar la ciudad-isla. Pero Alejandro no era hombre que se dejara intimidar y se produjo entonces uno de los sitios más famosos del mundo que modificó para siempre la topografía de la ciudad. Durante un bloqueo de siete meses, los ingenieros de Alejandro construyeron un gran muelle desde tierra firme hasta la isla, a lo largo del cual, gracias a un inteligente uso desviacionista de sus fuerzas navales, sus tropas lograron entrar en la ciudad-isla.

Quinto Curcio escribió una historia de Alejandro en el siglo II d. C. y completaba su relato del asedio con un resumen de la historia de Tiro que puede ser un prólogo para una consideración general sobre la cultura y los éxitos fenicios.

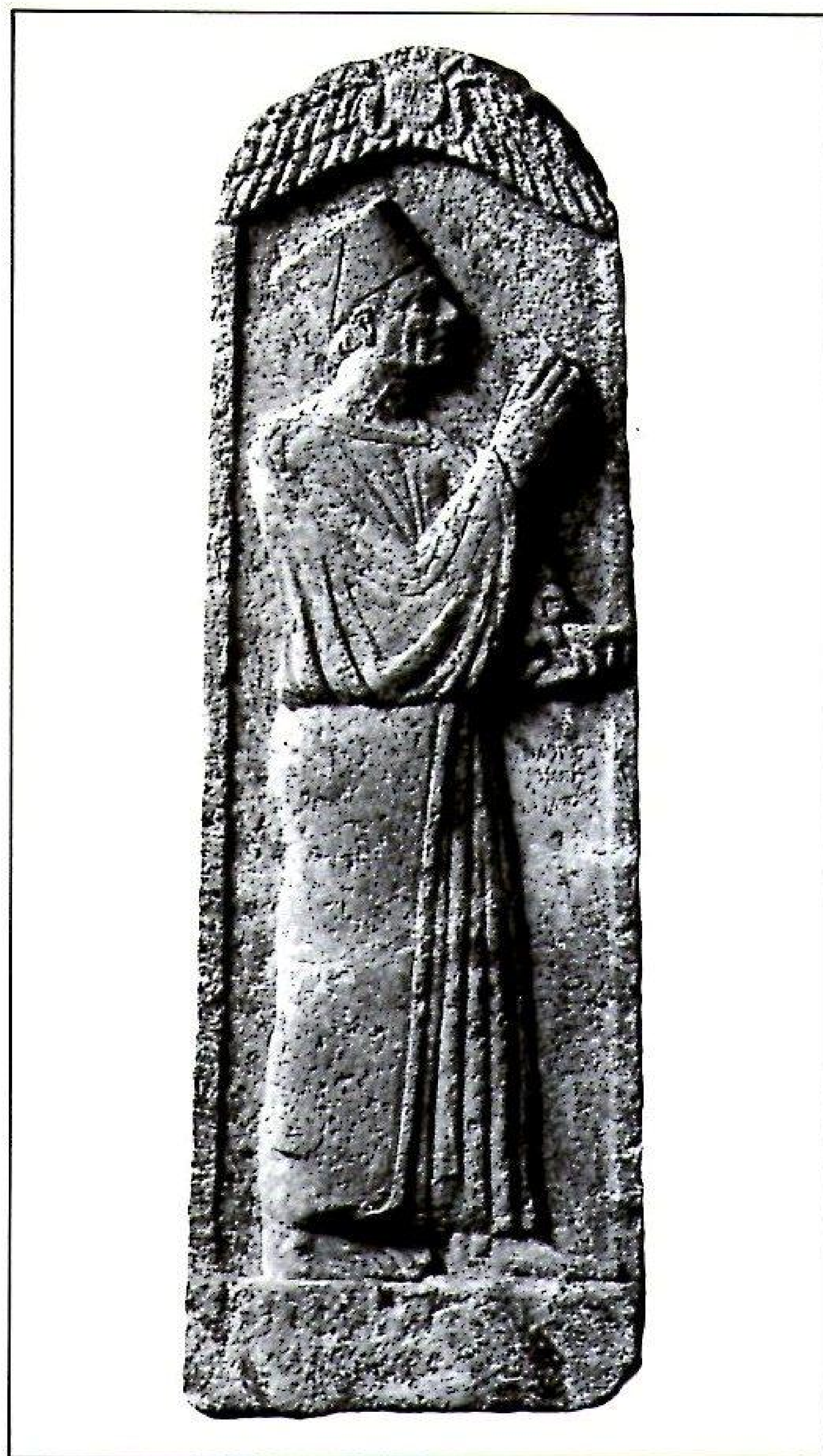
«En el séptimo mes después del comienzo del asedio fue tomada Tiro, una ciudad digna de estar en la memo-



Fotografía ampliada de un pequeño colgante de un creyente, tal vez chipriota. El colgante tiene, en su parte posterior, dos pequeñas anillas para pasar una cuerda. Está hecho en estilo fenicio y data del siglo VI a. C. Como muchos de estos amuletos, esta figura podría llevar un ensalmo escrito en una pequeña hoja de oro o plata.

ria de los tiempos futuros, tanto por su antiguo origen como por sus frecuentes cambios de fortuna. Fundada por Agenor [en la mitología griega, padre de Europa, la madre de Minos, por lo que se constituía un lazo entre Fenicia y Creta], por mucho tiempo tuvo bajo su dominio no sólo los mares vecinos, sino todos los puntos a los que su flota podía llegar. Asimismo, si se ha de creer en la tradición, este pueblo fue el primero en enseñar, o en aprender, el arte de la escritura. En cualquier caso, sus colonias se distribuyeron casi por todo el mundo: Cartago en África, Tebas en Beocia, Gades [Cadiz] en el Océano.»

Poco se sabe del gobierno fenicio y de la política interna de las ciudades individuales. Tras este breve resumen de su historia, es obvio que las ciudades eran independientes por completo y poco dadas a cualquier tipo de cooperación. Cada una tenía una monarquía, hereditaria según los datos existentes, y el rey y la reina también eran sumos sacerdotes. Yehimilk de Biblos se describe a sí mismo como «un rey imparcial y un rey probo ante los dioses sagrados de Biblos». Cada monarca tenía su consejo de ancianos; Ezequiel se refiere a los de Biblos y Asarjadón menciona en Tiro a «los ancianos de tu tierra en consejo»; en esta última ciudad podían tomar decisiones en ausencia del rey y en Sidón, donde al parecer eran cien los consejeros, podían incluso oponerse al rey si les parecía necesario. Al cabo de corto tiempo, bajo el mando de los gobernadores asirios, todas las autoridades locales quedaron sujetas a ellos. Asarjadón dijo al rey de Tiro que: «Toda carta que te envíe no se ha de abrir sin el gobernador. Si el gobernador no está presente, le esperarás y después la abrirás.» Al menos en el período persa, los consejos de ancianos –que en su mayor parte eran mercaderes–



Arriba: estela funeraria de piedra de Baaljaton, un sumo sacerdote tirio del siglo III o del II a. C.

Abajo: ataúd de basalto negro, en estilo egipcio, con una inscripción fenicia, destinado a Asmunasar II de Sidón. Siglo V a. C.





Botellas de vidrio policromo, destinadas a perfumes; las fabricaban en grandes cantidades y comercializaban sobre todo los fenicios, 500-300 a. C.

empezaron a tener plena autoridad y, en algunos casos, incluso tenían más poder que los soberanos. En Tiro, desde el período babilonio, un par de magistrados (jueces) ejercían amplios poderes ejecutivos.

Los cultos y las prácticas cultuales. Las creencias y prácticas religiosas de los fenicios en el primer milenio a. C. derivaban directamente de las de los cananeos, bien representadas –aunque sólo parcialmente– en los textos de Ras Shamra. Los testimonios sobre los cultos y las prácticas cultuales obtenidos en las ciudades mismas son muy escasos después de la conquista de Alejandro, por lo que las modernas investigaciones sobre la religión fenicia dependen, sobre todo, de datos que brindan los autores clásicos, de unas pocas inscripciones monumentales, en particular de África septentrional, y de comparaciones con los textos ugaríticos anteriores. Esto tiene sus riesgos. Griegos y romanos, que escribían mucho después, también interpretaban lo que veían –elementos cartagineses coloniales mucho más a menudo que fenicios originales– según su propia realidad. Las inscripciones dedicatorias y los textos sacrificiales son breves y crípticos y, cuando provienen del Mediterráneo occidental, pueden muy bien reflejar unas condiciones muy distintas de las que hubo en las ciudades de origen. En Fenicia, cada ciudad tenía su propio panteón de dioses que no era estable: se introducían divinidades nuevas o las antiguas adquirían identidades nuevas o nuevos papeles. Los prototipos ugaríticos, algunos al menos quinientos años anteriores, pueden ser una guía poco fidedigna en estas circunstancias.

El panteón de divinidades tirias, a principios del siglo VII a. C., estaba registrado entre los juramentos habitua-





Izquierda: placa de marfil, datada en el siglo VIII a. C. y destinada a una ornamentación de taracea en un mueble de madera, hallada en un palacio asirio de Nemrod, Irak. El carácter egipcio de su diseño es típico del arte de Fenicia. Aunque la hilera de ureos, el disco alado y los hombres que lo flanquean, tocados con coronas dobles, son distintivamente egipcios, la jarra que sujeta el hombre de la izquierda es una típica vasija fenicia.

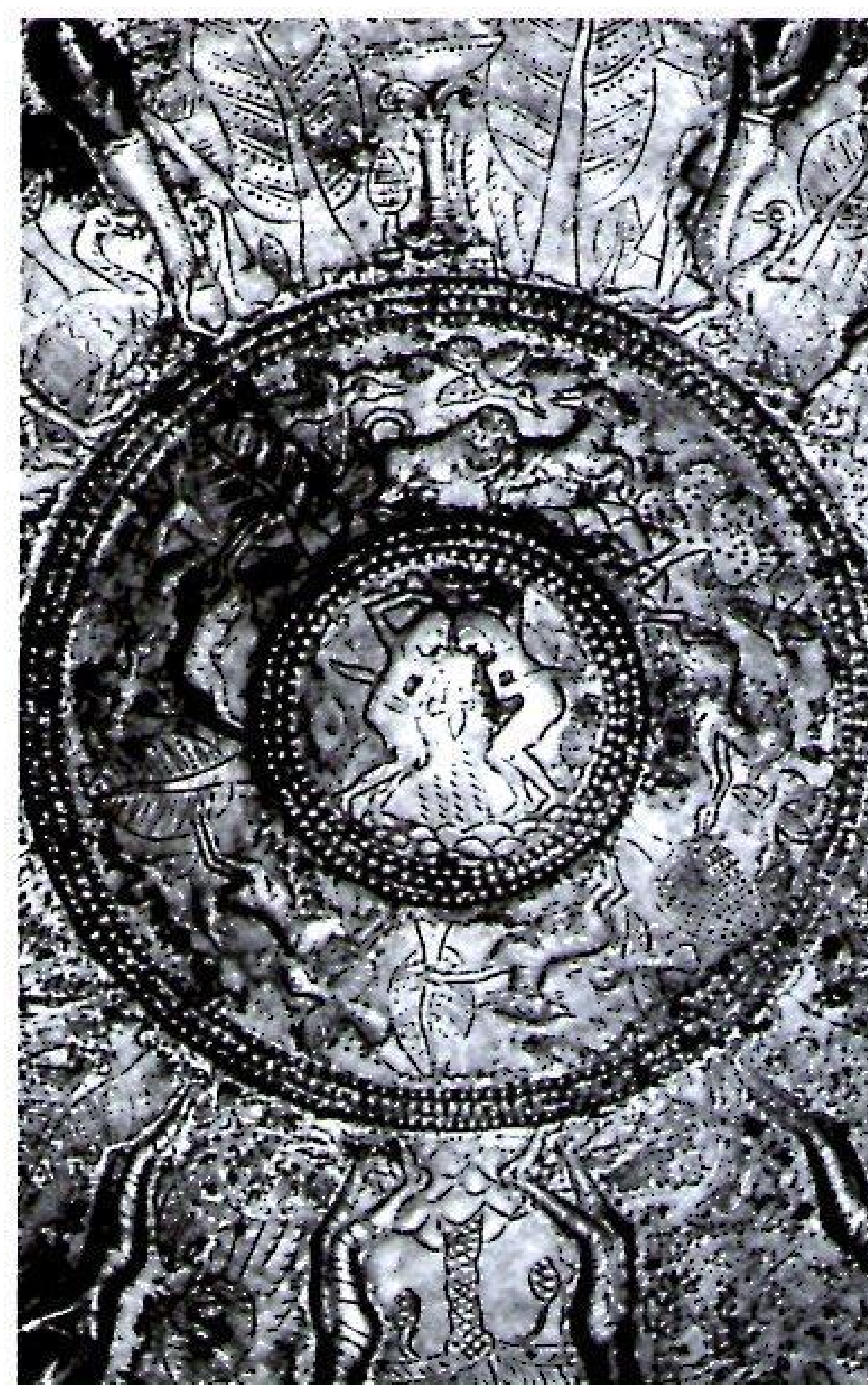
Derecha: placa de marfil, de un trabajo de taracea, fechada en el siglo VIII a. C. y procedente de Nemrod, Irak. Se trata de una joven que tañe la lira. Sus ropas y los rizos de su cabello (o peluca) siguen la moda egipcia, pero la técnica de talla del marfil indica que la manufactura es siria y no fenicia.

les al final de un tratado entre el soberano de la ciudad y Asarjadón, rey de Asiria. En primer término había tres Baales: Baal Shamin, «Señor de los cielos»; Baal Malage, «Señor de la pesca» y Baal Sapon, «Señor de la tormenta». Les seguía Melkart, dios principal de Tiro y Cartago, Eshmun de Sidón y Astarté. Melkart, identificado por los griegos con Heracles, era una divinidad solar con atributos marinos. Eshmun, que llegó a desplazar a Melkart en Cartago, era una divinidad terrestre que presidía la salud y la curación. Astarté era una divinidad de diversas atribuciones en Ugarit, en especial diosa de la fertilidad y de la maternidad. Entre muchas otras deidades, comunes a las ciudades fenicias y no mencionadas en este tratado, conocemos cierto número de dioses por los textos de Ras Shamra: Reshep, dios del rayo y del fuego; Dagon, dios de la fertilidad; personificaciones de cualidades, como Sidik (justicia) y Misor (probidad); o de habilidades, como Chusor, patrono de las artesanías.

Si bien el sistema era flexible y fluido, una tríada de dioses común a todas las ciudades sugiere que las muy complejas explicaciones griegas sobre la religión fenicia, en términos de sus propios dioses Cronos, Afrodita y Adonis, son correctas en esencia. La más importante era la divinidad masculina, protectora de la ciudad, con su esposa o compañera femenina que simboliza la fertilidad, y un joven dios que por lo común era el hijo de la diosa y símbolo del curso de la naturaleza durante el ciclo anual, del que se creía que moría con la Naturaleza, a comienzos del invierno, y renacía con la primavera.

Todas las ciudades tuvieron santuarios monumentales dedicados a los dioses principales; además, había muchos otros puntos de adoración fuera, en las montañas, cerca del agua, o bien se veneraban árboles y rocas. Algunos de esos sitios recibían el nombre de «lugares altos»: eran santuarios al aire libre con altares y pilares simbólicos o piedras cónicas (betilos). La estrecha relación entre el Templo de Salomón y los santuarios fenicios está muy clara en la Biblia. Hasta hoy, en Fenicia sólo se exploraron versiones tardías de esos templos; entre ellos, son los más importantes el helenístico dedicado a Eshmun en Sidón y el de Umm el-Amed, a unos 20 km al sur de Tiro. Entre los recintos principales del templo había varias capillas pequeñas, cada una con su propio altar y estatua de culto, a menudo dedicada por algún donante privado. Cada tem-





Izquierda: cuenco fenicio chapado en plata, del siglo VII; su ornamentación está repujada e incisa.

Arriba: cuenco fenicio de plata, del siglo VII, de evidente estilo egipcio.

plo tenía una gran cantidad de sacerdotes, funcionarios y sirvientes. El festival más importante se celebraba en honor del joven dios Adonis, cuyo funeral se reiteraba con ofrendas y banquetes.

Se hacían estatuillas votivas de los dioses en arcilla, piedra y metal. Una nave naufragada en el siglo V o IV, hallada hace poco a menos de un kilómetro al norte de Acre, frente a la costa de Israel, llevaba una carga de cerámica y figurillas moldeadas de terracota, marcadas en algunos casos con un delfín, con un brazo alzado o con el símbolo de la diosa Tanit. El comercio de exportación de esas estatuillas es tan sorprendente como el hecho de que, en la comarca fenicia central, esté presente Tanit, una diosa de la fertilidad de la que siempre se pensó como divinidad exclusiva de Cartago y de las colonias occidentales.

Desde 1862, cuando Gustave Flaubert, en el dramático capítulo «Moloch» de su novela *Salambó*, llamaba la atención hacia ellos, los sacrificios de niños en Cartago se convirtieron en el aspecto mejor conocido de la religión fenicia. La descripción de Flaubert se basó en un relato de Diodoro Sículo (h. 40 a. C.) sobre un momento particular de crisis en Cartago. En el año 310 a. C., cuando la ciudad estaba amenazada, sus habitantes atribuyeron el peligro a la ira del dios Cronos, al que poco antes habían sacrificado sólo niños enfermos u otros comprados con ese fin. Como expiación, sacrificaron 200 niños de familias nobles. Se ponía al niño en las manos de una enorme estatua de bronce de Cronos, desde donde se lo precipitaba a las llamas. En el santuario cartaginés de Tanit, se han encontrado urnas que contenían huesos quemados de corderos y de cabras, pero más a menudo de niños. Las inscripciones de la ciudad contienen las expresiones «ofrendas de cordero / ofrendas de hombre». La palabra fundamental *molk*, en este contexto, no se refiere al dios Moloch sino a una ofrenda sacrificial específica; el nombre de Moloch se asocia con *mlk*, gobernar, y puede ser sólo un título alternativo para deidades fenicias bien conocidas como Melkart y no un dios distinto.

En las colonias occidentales esos sacrificios de niños eran, sin duda, rutinarios, pero no tienen que haberlo sido también en la comarca central, donde seguramente se practicaban también, pero es posible que sólo en época de crisis extrema, personal o nacional; por cierto que por breve tiempo se introdujeron, asimismo, en Palestina. Los

recintos destinados a los sacrificios, que hoy conocen los arqueólogos en el norte de África, Cerdeña y Sicilia como *tofet* («asador»), reciben su nombre por el sitio cercano a Jerusalén donde se celebraban esos sacrificios: «Profanó el Tofet del valle de Ben Hinnom, para que nadie hiciera pasar por el fuego a su hijo o a su hija en honor de Mólek.» (*2 Reyes*, 23, 10).

Los enterramientos fenicios fueron en principio inhumaciones en tumbas rupestres; la realeza y los nobles se hacían fabricar hermosos sarcófagos de piedra. Los más antiguos, y más famosos, de una serie de ataúdes antropomórficos de piedra, por lo común sólo con una cara y cuerpo en forma de momia sobre la tapa, son dos importados de Egipto con inscripción fenicia del siglo V a. C., destinados a contener los cadáveres del rey Tabnit de Sidón y de su hijo Asmunasar II. Así se estableció una moda muy estable y popular tanto en Fenicia como en las colonias occidentales. En el mismo complejo rupestre de Sidón, se encontraron dos sarcófagos de tipo arca, hechos en piedra, con magnífica decoración de estilo griego y probablemente llegados desde Asia Menor para aristócratas, hacia fines del imperio persa. En Fenicia también se practicó la cremación. La mayoría de los enterramientos estaban bien equipados con vasijas para comida y bebida, adornos personales y artículos de tocador.



Arriba: vista aérea (1974) del recién excavado templo fenicio de Kition, en Chipre.

Arriba, derecha: pendientes de oro del siglo VII, hallados en Líbano: se trata de un producto fenicio muy comercializado y copiado en todo el Mediterráneo.

Artesanos y comerciantes. A pesar de su poca extensión, el territorio fenicio metropolitano era muy fértil: en sus valles y al pie de las montañas había viñas, olivos, dátiles e higueras y en las cumbres, los famosos bosques de cedros y cipreses. Fenicia importaba lino de Egipto; cereales, miel y bálsamo de Palestina; caballos y mulas del sureste de Turquía; metales y piedras semipreciosas a través de Arabia y Mesopotamia desde Irán y tierras más lejanas aún; lana de Siria y ovejas de los beduinos de Arabia. Del Mediterráneo occidental, España y Cerdeña, llegaba plata, hierro, plomo y estaño. Del centro del continente africano obtenían marfil, esclavos, oro, plata, monos y pavos reales. En *Odisea* se relatan una cantidad de incidentes de piratería fenicia y de raptos de hombres, mujeres y niños para venderlos como esclavos: «... fenicios, hombres ilustres en la navegación, pero falaces, que traían innúmeros joyeles en su negra nave» (Libro XV, 403-404).

Pero no hay que pensar que los fenicios eran tan sólo transportistas de materia prima o de manufacturas producidas por el trabajo de otros. También fueron artesanos de gran habilidad, muy famosos como herreros, tejedores y tintoreros, carpinteros, ebanistas, canteros y constructores. No se puede esperar que se conservara mucho de su trabajo en materiales perecederos como el lino y la lana, pero es lamentable que el testimonio de sus habilidades de forja (en especial en sus cuencos decorados) y sus marfiles tallados (sobre todo placas ornamentadas para taracea en los muebles) todavía provenga por entero de fuera de Fenicia, de Asiria y Palestina, de Chipre, Grecia y sus islas y de Italia. Es difícil aislar el trabajo fenicio en esas comarcas, porque todas ellas contaban con sus propios artesanos, ca-

paces de copiar o adaptar los productos de estilo fenicio.

Con razón, se dice que la marca del arte fenicio es la dependencia de la inspiración egipcia en la decoración y el diseño; muy en particular, el uso de los temas y motivos egipcios de una manera no egipcia, que revela las manos de hombres no entrenados en las convenciones formales del arte egipcio. Esta característica no es sorprendente cuando se recuerda el arte de los cananeos, o los lazos vigorosos entre Biblos y Egipto, sostenidos por más de dos mil años, antes del apogeo de la prosperidad fenicia. En la relación de Uenamón, hacia 1100 a. C., el déspota de Biblos señala, según la traducción de Wilson:

«Sei Amón creó el trueno en el cielo cuando dio a Baal su reino. Cuando Baal estableció todas las tierras, primero lo hizo con Egipto, de donde tú provienes, porque de allí surgió la artesanía para llegar a la comarca en que yo estoy, y de allí nacieron las instrucciones para llegar a la comarca en que yo estoy.»



Como navegantes y exploradores, los fenicios extendieron su influencia en todo el Mediterráneo.

Entre los tributos que recibían los reyes asirios de Siria y Fenicia, estuvo el marfil, que se usaba para objetos pequeños, pero más comúnmente para placas de taracea y aplicación en camas, asientos y taburetes de madera; algunas piezas halladas en las excavaciones de Nemrod, Irak, tienen letras fenicias garabateadas en la parte posterior para indicar al montador del mueble la relación de las partes. De Ur, la localidad iraquí meridional, proviene la tapa llana, rectangular, de marfil, de una caja de cosméticos con una inscripción en fenicio: «Amat-Baal, hija de Patisi, joven esclava, regala esta caja... a Astarté». Claves tan indirectas y una preferencia notoria por los motivos egipcios en sus diseños llevaron a los expertos a identificar como específicamente «fenicias» las placas de marfil talladas, todas ellas desprendidas de sus bases originales, halladas en palacios sirios de Arslan Tash, en los palestinos de Samaria y en Nemrod, Irak. Muchas estaban embellecidas en su diseño con cristales de colores engastados en ellas, con *fritta* o piedras semipreciosas, además de hoja de oro.

Ninguno de esos hallazgos da testimonios que hagan posible escribir una historia del tallado fenicio del marfil, porque todo lo encontrado son restos entre escombros, que no hacen más que señalar un límite máximo de antigüedad en su manufactura. Algunos se datan en el siglo IX, otros en el VIII a. C. No sólo por su estilo sino también por la elección de motivos de inspiración egipcia resultan piezas llamativas: el niño Horus en la flor de loto, esfinges de cabeza humana y aladas, diseños de flores de loto y papiro, imitación de inscripciones jeroglíficas y figuras humanas que llevan pelucas, vestiduras y también cetros





Amuletos de cristal multicolor, usados como colgantes, fabricados en grandes cantidades y comercializados bajo influencia fenicia en los siglos V y IV a. C.

reales egipcios. Aún no se ha definido si estos temas representan mitos religiosos fenicios específicos, con un barniz egipcio, todos ellos muy populares incluso lejos de las comarcas en que esos temas tenían sentido, lo que indica que su atractivo estaba en la riqueza misma de los diseños y en la ejecución excelente.

Distribuidos con mayor amplitud aún, se han encontrado una serie de cuencos llanos de plata, chapados de plata o de bronce laminado, cuya superficie interna está repujada o incisa con dibujos dispuestos en franjas concéntricas. En *Ilíada* se habla de un cuenco de plata que era «el más hermoso del mundo: los fenicios lo trajeron a través de la mar cubierta de brumas...»; en *Odisea* se habla de un vaso de plata con bordes de oro, un presente del rey de Sidón. Layard encontró una acumulación de esos cuencos de bronce en el palacio real de Nemrod, pero también se conocen ejemplos de Chipre, Creta, Grecia y Etruria. No se puede decir que su estilo y sus técnicas sean tan homogéneos como los de los marfiles. Aun cuando también en estas piezas predomina la influencia egipcia, lo más común es que esté mezclada con motivos de marcado carácter asirio o sirio, o incluso oscurecida por ellos. Esos diseños son una amalgama de temas, algunos sólo decorativos, otros que parecen narrativos en su yuxtaposición. En un extremo, tenemos un bello cuenco de plata de una tumba de Preneste (Italia); es sobre todo egipcio pero el nombre del propietario está escrito en fenicio. De una fecha algo posterior, llega de Chipre una pieza en que las influencias griegas locales son muy visibles. Algunos de esos cuencos pueden venir de talleres «fenicios» de Chipre, donde el cementerio real de Salamina (siglo VII a. C.) nos ha dado arneses de metal, muy elaborados, para carros y caballos, en un estilo «egipcio»

El trabajo fenicio de los metales fue mucho más variado de lo que puedan indicar los vestigios conservados. Nuestra mejor clave está en la descripción del Templo de Salomón (*1 Reyes*, 7, 13 y ss.):

«El rey Salomón envió a buscar a Jiram de Tiro; era hijo de una viuda de la tribu de Neftalí; su padre era de Tiro; trabajaba en bronce y estaba lleno de ciencia, pericia y experiencia para realizar todo trabajo en bronce; (...) Fundió las dos columnas de bronce (...) Hizo el Mar de metal fundido (...) Hizo también las diez basas de bronce (...) Hizo diez pilas de bronce (...) Jiram hizo los cenicero, las paletas y los acetres (...) los hizo fundir en la vega del Jordán, en el mismo suelo, entre Sukkot y Sartán». En

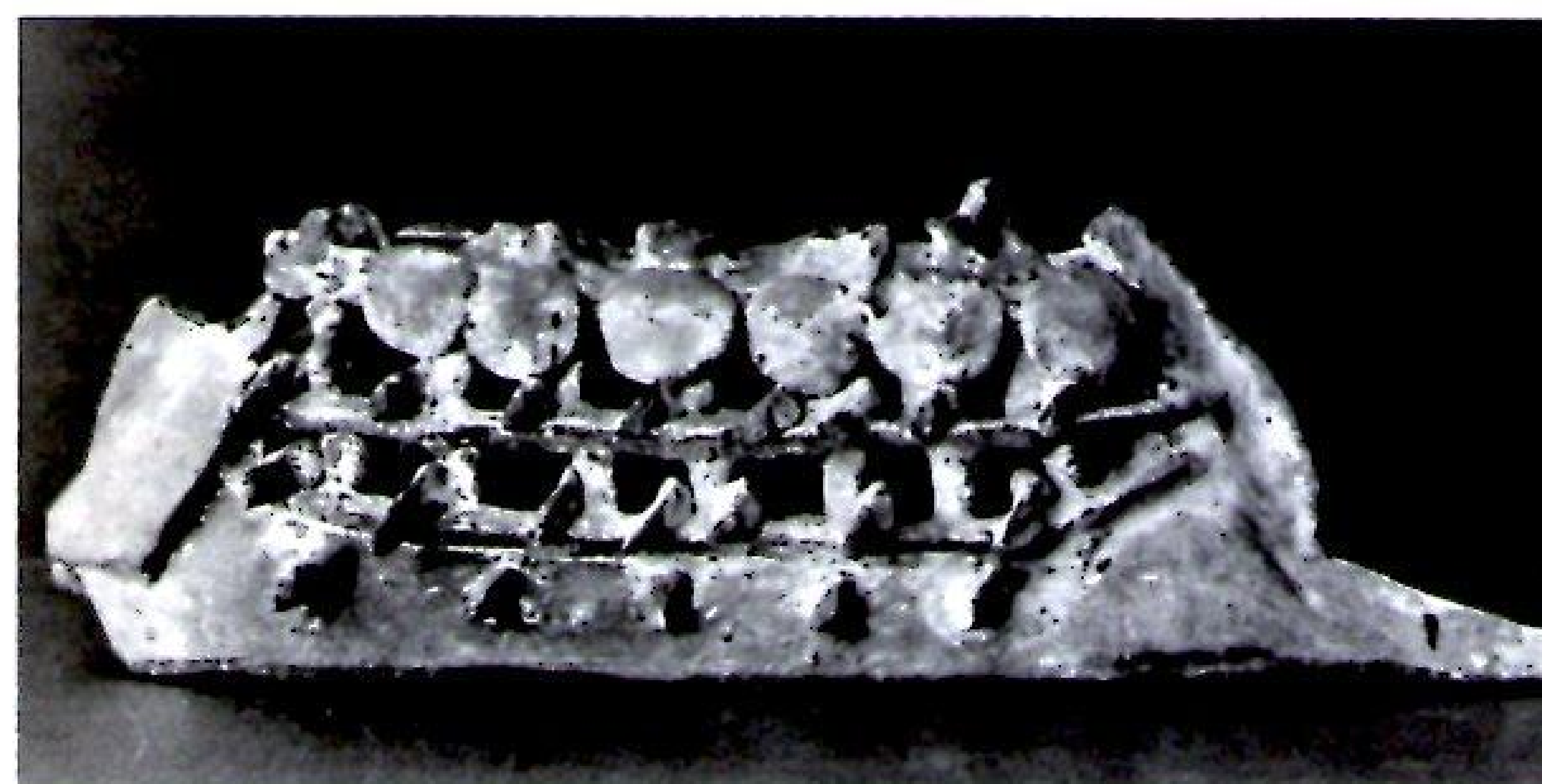
muchas ciudades fenicias de la región metropolitana y de las colonias se producían joyas finas de oro y plata, con delicadas ornamentaciones hechas con granulado o repujado. También en estos casos los diseños a menudo tienen rastros de inspiración egipcia.

Los fenicios pudieron ser, asimismo, grandes vidrieros. Aunque Plinio se equivocaba sin duda al atribuirles la invención del vidrio, es verdad que desempeñaron un papel importante en su difusión. En los siglos IX-VIII a. C., hubo un renacimiento de la fabricación del vidrio, después un período de eclipse, con dos centros principales de producción: uno en Irak y el otro en Fenicia. Por esa época, y hasta la invención de la técnica del soplado en el siglo I a. C., se hacían grandes cantidades de pequeños recipientes de vidrio policromo cubriendo con fajas de vidrio fundido un elemento central, hecho de paja y algún tipo de atadura, que tenía la forma de la vasija deseada (el método llamado «alma de arena»). Las formas variaban de un período a otro y, en general, copiaban las pequeñas redomas de ungüentos y perfumes hechas en cerámica y piedra. Estos vasos se encuentran en todo el Mediterráneo y en la región del Mar Negro. No es probable que provengan en su totalidad de los talleres fenicios, ya que había factorías secundarias en Chipre, Rodas y otros sitios.

Famosa por sus excelentes telas, Fenicia siempre tuvo un renombre excepcional por la púrpura con que las teñía. Hasta el día de hoy grandes cantidades conchas rotas de *murex brandaris, murex trunculus* y *cardium* (berberecho), originalmente usados como carnada, se acumulan en ciertas zonas de la costa libanesa. Plinio dejó una descripción concisa del proceso que dio a los fenicios tanta fama y fortuna. Un fragmento de ella dice:

«Se quita la vena [del cuello del molusco], a la que se agrega sal, como una libra por cada cien; tres días es el tiempo adecuado para que se pueda extraer la sustancia... que luego se calentará en un caldero revestido de plomo y con 50 libras de tinte por cada 4 cántaros de agua mantenidos a una temperatura moderada y estable, con un tubo que viene de un horno situado a cierta distancia... Al cabo de nueve días se filtra lo que hay en el caldero, se mete dentro un vellón limpio para probar el tinte y el líquido se calienta hasta que se consigue la certeza de que está listo. Un tono rojizo se considera inferior a uno negruzco. Se deja el vellón en el líquido durante cinco horas y después de cardarlo vuelven a sumergirlo, hasta que absorbe todo el tinte que puede. No se usa el buccino [*bucinum: Purpura haemastoma*] solo, porque no tiñe con rapidez; en proporción moderada se mezcla con la púrpura marina [*murex*] que, al matiz demasiado oscuro del otro, suma ese tono escarlata fuerte y brillante que tanto se pide; cuando ambos han mezclado así sus fuerzas, uno se aviva o se debilita, según se vea, por el otro. La cantidad necesaria de materia para teñir mil libras de lana sòn doscientas libras de buccino y ciento once de púrpura de mar, y así se produce ese maravilloso color amatista. Para tener la púrpura tiria, la lana se empapa primero con púrpura de mar, para una base pálida, y después se transforma por completo con tinto de buccino. Su mayor encanto consiste en el tono de la sangre coagulada, negruzco a primera vista, pero reluciente cuando se ve a contraluz.» (*Historia natural*, 9, LXII). Era inevitable que esas actividades, tanto de productores como de comerciantes, llevaran a los fenicios hacia el oeste.

Fenicios de ultramar. Durante siglos, antes de los ataques de fines del siglo XIII, las ciudades costeras de Siria y de Líbano habían mantenido contactos comerciales continuos con Chipre y puntos más alejados. Si hubo o no mercaderes asiáticos asentados en Chipre –algo que parece más que probable– es aún motivo de discusión. Hacia el siglo X al menos había fenicios instalados en Kition, que sería su principal colonia chipriota. En esa época (según una interpretación de un comentario enigmático de Josefo), el rey tirio Jiram comandó una expedición de casti-



Arriba: modelo de una nave de guerra fenicia, con tres bancos de remeros y ariete; proviene de Armant, Egipto, y data de los siglos V o IV.

Abajo: modelo de una nave mercante fenicia de Amathus, Chipre, en el que se ven los bancos de los remeros y las cabinas.





Siclo doble de plata sidonio, en el que se ve una nave de guerra con su mascarón de proa y al rey persa (o Baal) en un carro; hacia 350 a. C.

go contra los colonos de Kition, que se negaban a pagar sus tributos. También de Kition puede provenir una inscripción funeraria del siglo IX, la más antigua de las inscripciones fenicias registradas en Chipre. En tiempos del segundo Jiram de Tiro, a fines del siglo VIII, un gobernador de «Qart Hadasht» (tal vez Kition misma) dedicó algunos cuencos de bronce a «Baal de Líbano». Hacia el año 800 a. C., los fenicios habían construido un hermoso templo en Kition, en el sitio de anteriores santuarios, de forma rectangular y dividido por dentro con cuatro filas paralelas de siete columnas. Allí se encontró gran cantidad de cerámica y objetos pequeños, muchos de ellos, distintivos de los centros fenicios de todo el Mediterráneo.

No sabemos si por estos tiempos la de Kition era la colonia fenicia más lejana, bien diferenciada por sus intensos contactos comerciales. El conjunto de los testimonios epigráficos sugiere que la autoridad política fenicia, controlada estrechamente al principio por las ciudades-madre continentales, sólo en forma esporádica se extendió hasta más allá de las propias fronteras. Lo más habitual era que los mercaderes fenicios se mezclaran libremente con la población de habla griega y ampliaran su intervención en el comercio mediterráneo. Aunque hay muchos testimonios de que en Chipre fue muy fuerte la influencia fenicia en el arte y la religión, esto no implica una colonización amplia. Desde fines del siglo VI, bajo el dominio persa, la autoridad de los fenicios en Chipre se expandió más aún, ya que los persas los favorecían para contrarrestar el poder de los soberanos griegos locales. Los reyes de Kition, con típicos nombres fenicios, extendieron por entonces sus dominios hasta ciudades como Idalia y Támasos. En Lapitos se acuñaron monedas con el nombre del monarca escrito con letras fenicias, en tanto que muchas inscripciones fenicias de este período reflejan la actividad creciente de este pueblo.

Arqueológicamente, la penetración fenicia del Egeo y de Grecia resulta más difícil aún de identificar, aunque los autores clásicos la consideraron importante. Herodoto señaló que en Tera, Citera, Tasos y Beocia había colonias fenicias, pero hasta el presente la arqueología no ha podido aportar pruebas al respecto. En cambio, en la isla de Rodas, la tradición literaria y los hallazgos arqueológicos se dan la mano, ya que allí hay testimonios de un asentamiento fenicio hacia fines del siglo VIII a. C., cuyos habitantes se ocupaban de la manufactura y comercio de ungüentos y de los recipientes para transportarlos. El aspecto más conocido de esta industria es la producción, con faenza y *fritta*, de preciosos vasos pequeños, algunos con formas humanas o animales, además de amuletos y escarabajos de estilo «egipcio». Como en el caso de la transmisión del alfabeto, no es posible aún decir si los numerosos objetos hechos en Oriente que viajaban hacia Grecia, en el oeste, a fines del siglo VIII y en el VII a. C., se transportaban en naves mercantes griegas o fenicias o en amistosas flotas mixtas.

Los historiadores griegos y romanos tampoco dudaban de que los colonos fenicios hubiesen estado activos en el Mediterráneo desde fines del siglo XII a. C., mucho antes de las incursiones griegas por esa zona. Dice la tradición que la colonia hispana de Cádiz y Útica, en África, al norte de Cartago, se fundaron en los años 1110 y 1101 a. C. respectivamente, mientras que algunos autores databan las colonias fenicias norteafricanas en fechas incluso anteriores. De momento, no existe un testimonio arqueológico inequívoco de la presencia fenicia sustancial en ningún punto de esa región antes del siglo VIII a. C. Esta contradicción, que dio lugar a un debate vigoroso y continuado, es más aparente que real. No hay motivo para pensar que los fenicios no navegaron con regularidad por el Mediterráneo occidental; en esos viajes, pudieron hacer desembarcos ocasionales, cuando lo requirieran las circunstancias, e incluso tal vez formaron minorías exiguas en las comunidades costeras locales, mucho antes de que su arquitectura y sus utensilios típicos proclamaran su presencia. Por ejemplo, de no haber sido por la abundancia de tablillas de barro inscritas contemporáneas, los arqueólogos jamás habrían reconocido una famosa colonia asiria de principios del segundo milenio a. C. en Kültepe, en Turquía suroriental. La cultura material de los colonizadores era la de sus huéspedes.

La actividad marítima fenicia a lo largo de las costas libias y tunecinas pudo tener su comienzo con desembarcos eventuales en fondeaderos abrigados, seguidos de puntos de comercio ocupados con intermitencias durante el siglo VIII, en centros como Leptis Magna, Oea y Sabrata, que en el siglo siguiente se convertirían en poblados estables. La fecha tradicional de la fundación de Cartago, la más famosa de todas las colonias fenicias, es 814 a. C. Sin



Arriba: inscripción funeraria de fines del siglo IV; Pococke le encontró en Larnaca (Chipre), en 1738.

Abajo: sarcófago de Ahiram de Biblos, hecho en piedra caliza, con inscripciones; está datado h. 1250-1000 a. C. y es la pieza más importante del arte cananeo.

embargo, la cerámica más antigua que se puede fechar, que presenta afinidades griegas y que proviene de ese lugar, hallada dentro del recinto de la diosa Tanit –que quizá fuera la protectora del poblado de los primeros colonos–, no se puede datar antes de hacia 730 a. C. Un pequeño colgante circular de oro de la «Tumba de Tadamil», que muestra una dedicación que es la inscripción fenicia más antigua de África, también pertenece a este período, poco más o menos. En Sicilia, a pesar de la opinión contraria del historiador griego Tucídides, la penetración griega fue contemporánea de los primeros asentamientos fenicios, si no los precedió en realidad. Hacia 720 a. C., se estableció en Motia una colonia fenicia y, poco después, hubo presencia fenicia en Malta. Ambas empresas tal vez se debieran a Cartago, más que a las metrópolis fenicias. Con bases seguras en Cartago y en Motia, que controlaban ambas costas de un paso muy estrecho en el canal siciliano, los fenicios estaban en una buena posición para explotar los puntos del Mediterráneo occidental ganados antes por la actividad de sus mercaderes.

Una traducción muy reciente de la famosa inscripción de Nora (Cerdeña) muestra que se trata del recordatorio de una victoria de las tropas fenicias sobre las tribus nativas de Tarsis, en tiempos del rey tirio Pummay (h. 821-785 a. C.), quien tal vez enviara una expedición para proteger sus intereses mineros. El rey Pummay es el Pigmalión de la leyenda griega, lo que plantea interesantes posibilidades nuevas. No sólo confirma el alcance de la empresa occidental de Tiro hacia fines del siglo IX, sino que también da un apoyo complementario a la fecha tradicional de la fundación de Cartago, en el séptimo año del reinado de Pigmalión, 814 a. C. Sobre el fin mismo del



siglo VIII había al menos un centro sacrificial (tofet) en Cerdeña, el de Sulcis, y en los decenios siguientes se emprendió una colonización más amplia. En algún momento de mediados del siglo VII, Cartago estableció una colonia en Ibiza, aunque es posible que los fenicios ya antes hubieran recalado en la excelente ensenada de Mahón (Mago), en Menorca. En los siglos VII y VI, los cartagineses tomaron la iniciativa y establecieron comunidades en la costa atlántica de Marruecos, desde Tánger a Mogador.

Si el suroeste de España era de verdad la «Tarsis» bíblica, como muchos eruditos sostuvieron, los contactos comerciales de los fenicios en la región, si no más, deben remontarse hasta la fecha tradicional de la fundación de Cádiz (fines del siglo XII a. C.); hacia los últimos decenios del siglo VIII y los primeros del VII, la actividad colonial fenicia está marcada con claridad por una serie de estaciones de comercio en la costa meridional de España, desde Villaricos hasta Cádiz, casi en todos los puntos abrigados de la costa. Cerca de Almuñécar (la Sexi clásica) un cementerio muy rico, además de tipos de cerámica fenicia y griega, contenía grandes vasijas egipcias de alabastro con inscripciones de los soberanos Sheshonk II (h. 890 a. C.), Osorkon II (h. 874-850 a. C.) y Takeloth II (h. 850-825 a. C.), usadas como urnas cinerarias. La cerámica griega asociada indica, sin duda, que las tumbas eran de principios del siglo VII y no del IX. Vasos semejantes se encontraron en las ruinas del palacio de Asurnasirpal II en Asur (Irak), uno con una inscripción local que decía que era parte del botín del rey Asarjadón, de su campaña contra el rey sidonio Abdimilkuti en 677 a. C. Resulta atractiva la idea de asociar la llegada de esas vasijas a España con los refugiados fenicios de esta masacre asiria, y por cierto que se sugirió que las presiones de los asirios en la base económica del corazón de Fenicia, a principios y mediados del siglo VII, fueron lo que intensificó la actividad colonial de los fenicios en el Mediterráneo occidental.

En su viaje hacia Cádiz, los fenicios remontaron el profundo y ancho río Guadalquivir, donde se advierte su fuerte influencia en la cultura material de sitios como los de Sevilla y Carmona. Pero el foco real del interés fenicio estaba mucho más al oeste, en la rica zona minera de la comarca de Río Tinto, tierra adentro con respecto a Huelva. Allí, en el cerro Salomón, donde surge el río, antiguos montones de escoria dan pruebas de una explotación prolongada de los minerales metalíferos del lugar, en especial la plata. La investigación reciente ha revelado edificios con vestigios de trabajos de forja, acompañados de cerámica de los siglos VIII-VII a. C., distintivamente púnico-palestina, mucho más que la cerámica anterior de centros como Cartago y Útica.

Puertos, navegación y exploración. El desarrollo de la arqueología submarina en los años recientes contribuyó en mucho al estudio de la actividad marítima fenicia. Aunque se había advertido, ya hace tiempo, que los marinos fenicios frecuentaron puntos fácilmente localizables por su buena calidad como sitios donde anclar, tanto en las costas de su tierra como en las mediterráneas, a menudo era difícil, si no imposible, datar esos puertos con precisión. Nada se sabía de los barcos, salvo por ilustraciones que ofrecen pocos detalles. Poco a poco cambia esta situación. Los puertos naturales se investigaron con cuidado y se propusieron otras fechas. Una nave que podía ser cananea se rescató en 1960. Había naufragado frente al Cabo Gelidonya, en Turquía meridional, hacia 1200 a. C., mientras transportaba una carga de lingotes de metal y chatarra. Ya se ha citado otra nave, que naufragó frente a las costas de Acre y los restos de lo que podría ser una nave de guerra cartaginesa están bajo investigación frente a Motia, en Sicilia.

Los primeros fondeaderos sobre la costa expuesta de Fenicia se cavaron, no se construyeron, en salientes rocosas, arrecifes apartados del litoral y paralelos a éste, o en islas, como lo demuestran los puertos de Sidón, Tiro y Arvad. Sólo después de que se perfeccionara la técnica de la construcción de muros bajo el agua –tal vez no antes de la mitad del primer milenio a. C.– fue posible crear puertos compactos, como el de Sidón (siglo V). En un principio, se cortaban masas de roca para hacer un muelle sobre el lado de tierra, dejando un muro de piedra, en caso necesario elevado artificialmente con obra, del lado que daba al mar. Instalaciones tan imprescindibles como las escolleras, almacenes o amarraderos y otras también se cavaban en la roca. Todos los puertos importantes solían estar en islas lo bastante extensas como para ser habitadas, por ejemplo, Tiro y Arvad. En otros sitios, las naves mercantes anclaban lejos de la costa y la carga y descarga se hacía con embarcaciones menores, para las que se habrán montado fondeaderos en peñascos situados mar adentro, como se hizo en Sidón y en Machroud, a algo más de 3 km al sur de la isla de Arvad, frente al asentamiento de Tabbat el-Hammam (siglo IX), sobre la costa siria. Ya que las naves antiguas presuntamente no podían navegar contra el viento, los marinos a menudo se habrán visto obligados a fondear en puntos hoy fuera de todo uso –bajíos de mar adentro o aún peñascos peligrosos– y sólo señalados por pesadas anclas de piedra sumergidas hace largo tiempo.

Los antiguos griegos reconocieron con presteza la maestría de los fenicios en las artes de la vela y la navegación. En particular aprendieron de ellos la mejor manera de determinar el norte por la Osa Menor en lugar de la Osa Mayor. Los marinos fenicios eran más emprendedo-

res de lo que nos dejan ver algunos relatos modernos. Casi con certeza no viajaban sólo de día y a la vista de la costa. En la actualidad los marineros a menudo han de navegar por el Mediterráneo de noche, en barcas comparables a las de los fenicios, y deben variar la derrota según el dictado de las circunstancias.

Como todos los grandes pueblos marinos, los fenicios eran maestros en la construcción de barcos de distintos diseños: produjeron naves de guerra, mercantes, pesqueras y barcas menores. Un modelo de terracota, procedente de Biblos y datado hacia 1500-1200 a. C., representa una nave mercante de forma redondeada y simetría perfecta, cuya quilla se proyecta en la proa y la popa. En cada extremo hay una plataforma con una barandilla a su alrededor. Así fueron los barcos de los «Pueblos del mar», tal como se ven en los relieves egipcios, aunque tenían cabezas de animales o de aves talladas a proa y popa. Esta tradición básica iba a perdurar; naves similares están representadas en un relieve del palacio del rey Senaquerib, en Nínive (Irak), como integrantes de la flota de Tiro y Sidón hacia 701 a. C. En este conjunto hay distintos barcos que se pueden agrupar en dos tipos híbridos. Ambos podían cambiar de velamen y sus mástiles se podían bajar si era necesario, ambos tenían cubiertas superiores sustentadas con puntales (soportes) y protegidas con filas de escudos y ambos estaban impulsados por dos rangos de remos a cada lado. Pero mientras uno tiene la forma rendondeada tradicional de las naves mercantes, el otro tiene el ariete de una nave de guerra. Ningún testimonio pictórico existente se puede fechar en los dos siglos siguientes, pero en las monedas fenicias, acuñadas con regularidad durante el siglo IV a. C., las naves fueron el motivo favorito de Arvad, Biblos y Sidón; después del reinado de Alejandro, otras ciudades siguieron el ejemplo.

Entre ellas, Sidón tuvo la variedad más amplia e informativa, pues muestra un trirreme con sus tres filas superpuestas de remos, la nave característica de ese período. En Fenicia se desarrollaron directamente desde barcos como el del rey Luli, diferenciándose tan sólo en el agregado de otra fila de remos y un castillo de proa con forma ocular. Como los navíos fenicios tenían un casco muy ancho, era posible acomodar la tercera fila de remos sin usar un brazo saledizo para una fila, cosa necesaria en el trirreme griego, más estrecho. A juzgar por las ilustraciones de las monedas y por un bello modelo de terracota procedente de la localidad egipcia de Armant, los remeros se sentaban en filas oblicuas de tres, cada uno un poco por encima del otro, desde el lateral del barco hacia dentro. Se ha calculado que estos galeones fenicios tenían unos 36 m de eslora, con 174 remeros, tres filas de 29 hombres a cada lado. Cuando habla de la batalla de Salamina, Plutarco los describe «con sus proas elevadas y sus cubiertas altivas», tan vulnerables a los vientos fríos y la mar agitada, como Temístocles advirtió astutamente al elaborar su estrategia con los trirremes griegos, más pequeños y menos vulnerables. La cubierta superior continua permitía que el trirreme fenicio llevara, según Herodoto, 30 persas, medos y otras tropas además de la tripulación normal.

Las grandes naves fenicias estaban ornamentadas –por razones religiosas, no estéticas– con una enseña cerca de la proa: se trataba de un asta que llevaba un globo y una media luna para representar a Astarté, colgaduras en la popa y mascarones de proa. Herodoto habla de mascarones de proa llamados *pataikoi*, enanos patizambos con cabeza de animal, una corona de plumas y los brazos alzados, como el muy popular dios egipcio Bes. A veces, esta figura iba con yelmo y armas. También eran corrientes otros mascarones convencionales, en forma de león, caballo u otros animales.

Al tratar de colonización y comercio, hemos hablado ya de los viajes fenicios hacia el oeste por las aguas del Mediterráneo, pero esa región no era la única en que se desarrollaba la actividad marítima fenicia. El rey tirio Jiram «envió a las naves a sus servidores, marineros, conocedores del mar, con los servidores de Salomón. Llegaron a Ofir, y trajeron de allí cuatrocientos veinte talentos de oro» (*1 Reyes*, 9, 27-28). No se conoce la localización exacta de Ofir, pero es probable que estuviese en Arabia occidental, sobre la ruta marítima a India, y no en la propia India. Un fragmento de cerámica hallado en la superficie de Tell Qasile, cerca de Tel Aviv, posiblemente del siglo VIII a. C., muestra una inscripción con treinta signos del tipo fenicio: «(O)ro (de) Ofir. (Perteneciente) a Beth-horon/ 30 s(iclos)». También desde el mar Rojo partió la expedición de los navegantes fenicios enviada por el faraón egipcio Nekó (o Necos), hacia 600 a. C., y que se dirigió al sur para circunnavegar África. Herodoto cuenta que: «cuando venía el otoño, hacían tierra, sembraban en cualquier punto de Libia en que se hallaran navegando, y aguardaban la siega. Recogida la cosecha, se hacían a la mar; de suerte que, pasados dos años, al tercero doblaron las columnas de Heracles y llegaron al Egipto. Y contaban lo que para mí no es creíble, aunque para otro quizá sí [lo fue para muchos y se aceptó como una prueba de que los fenicios hicieron de verdad este viaje]: que navegando alrededor de Libia habían tenido el sol a la derecha» (IV, 42).

Dos de los viajes más famosos asociados con los fenicios partieron de Cartago. Ambos se cumplieron a fines del siglo V a. C. Himilco, cuyo viaje sólo se conoce por la referencia de un manual romano de geografía, navegó por el golfo de Vizcaya hasta Bretaña y Cornwall (Cornualles), en busca del

estaño que se explotaba allí. Hanno hizo la relación de su viaje en el templo cartaginés de Baal Hammon, un texto que se conserva en una traducción griega imprecisa y poco consistente, donde nos enteramos de que navegó a lo largo de la costa africana oeste por lo menos hasta Sierra Leona y posiblemente por buena parte del golfo de Guinea.

La mayor herencia de los fenicios: el alfabeto. La escritura alfabética desarrollada en Canaán en el segundo milenio a. C. había adquirido la forma llamada «fenicia» en el siglo XI. En esa época la escritura lineal con letras reemplazó por completo a la pictográfica, el número de signos se estabilizó en 22 y también la dirección de la escritura, de derecha a izquierda. Sólo se escribían las consonantes, como es habitual en las lenguas semíticas, y el lector debía completar las vocales. Uno de los textos lineales más antiguos, distinto de las inscripciones pictográficas fenicias, es una breve frase que se lee en una espátula de bronce procedente de Biblos, hoy datada en el siglo XI. Mucho más importantes son dos líneas, probablemente grabadas hacia 1100 a. C. en la tapa de un sarcófago de piedra con ornamentación anterior, reutilizado para el enterramiento de Ajiram, rey de Biblos, un texto que expresa las maldiciones habituales para todo el que atente contra el ataúd. Muy larga es la sucesión de inscripciones fenicias posteriores, que llega hasta una, sidonia, hallada en el puerto griego del Pireo y fechada en el 96 a. C. Casi todas son fórmulas fijas de textos funerarios o dedicatorios, en los que hay poco más que nombres de dioses y de personas.

Sin embargo, tenemos una excepción notable. El más interesante de todos los textos fenicios es el de Karatepe, hallado en un valle relativamente remoto y solitario entre los montes Tauro, al suroeste de Marash, en Turquía. Allí, en un pequeño fuerte, el gobernante local Azitawadda, con toda probabilidad a fines del siglo VIII a. C., erigió una estatua y en las entradas una serie de bloques de piedra decorados, con una inscripción autobiográfica en la escritura local jeroglífica; cosa sorprendente, el texto también está escrito en fenicio, un reflejo de la fuerza de la penetración fenicia en la comarca, como también lo es la alianza de Sidón con los gobernantes de esa zona en 677-676 a. C. Es evidente que los mercaderes fenicios de la comunidad local tenían tanta importancia como para merecer inscripciones reales en su propia lengua. Entre las escenas representadas, algunas se inspiran directamente en el arte fenicio.

Cuándo y dónde adoptaron los griegos la escritura alfabética es un tema que se continúa discutiendo en la actualidad, aunque nadie negaría hoy la antigua tradición de que la fuente ha sido Fenicia. Una minoría de estudiosos cree que los mercaderes fenicios ya la habían llevado a islas griegas distantes, como Thira y Creta, aproximadamente poco después de 1100 a. C., pero otros eruditos –la mayoría– son más cautos y piensan que un número cada vez mayor de inscripciones griegas alfabéticas, de fines del siglo VIII y no anteriores, sugiere que la fecha media de adopción del alfabeto es hacia 750 a. C. Esto concordaría con la idea de que la escritura fenicia administrativa de fines del siglo IX es la más cercana a la forma de las letras griegas arcaicas. Resulta significativo que sea ésa la época del rey tirio Pummay quien, con el nombre de Pigmalión, tuvo más notoriedad que ningún otro soberano fenicio en la tradición griega.

Las inscripciones alfabéticas griegas más antiguas que se conocen, fechadas hacia 720 a. C., provienen de la colonia griega más lejana de la época, Pitecusas en la isla de Ischia, cerca de Nápoles (Italia). Ciertos grupos académicos discuten la forma en que viajó el alfabeto y acerca del lugar en que echó sus primeras raíces. Algunos hablan de una iniciativa fenicia y de Creta; Ulises, se señala, dejó Creta en una nave tripulada por fenicios. Otros recuerdan que los griegos de Eubea y de distintos sitios vivían en puertos como al-Mina y Tell Sukas, sobre la costa siria, al menos desde 800 a. C., y otorgan la iniciativa a los mercaderes griegos, que de inmediato habrían transmitido sus recién adquiridas habilidades de escribas, muy útiles en el comercio, hasta zonas apartadas de occidente, como Ischia. Sea cual sea la historia futura, los fenicios pusieron a disposición de los griegos, y de quienes heredaron su legado cultural, una herramienta muy eficaz, indispensable para el desarrollo de la alfabetización general.

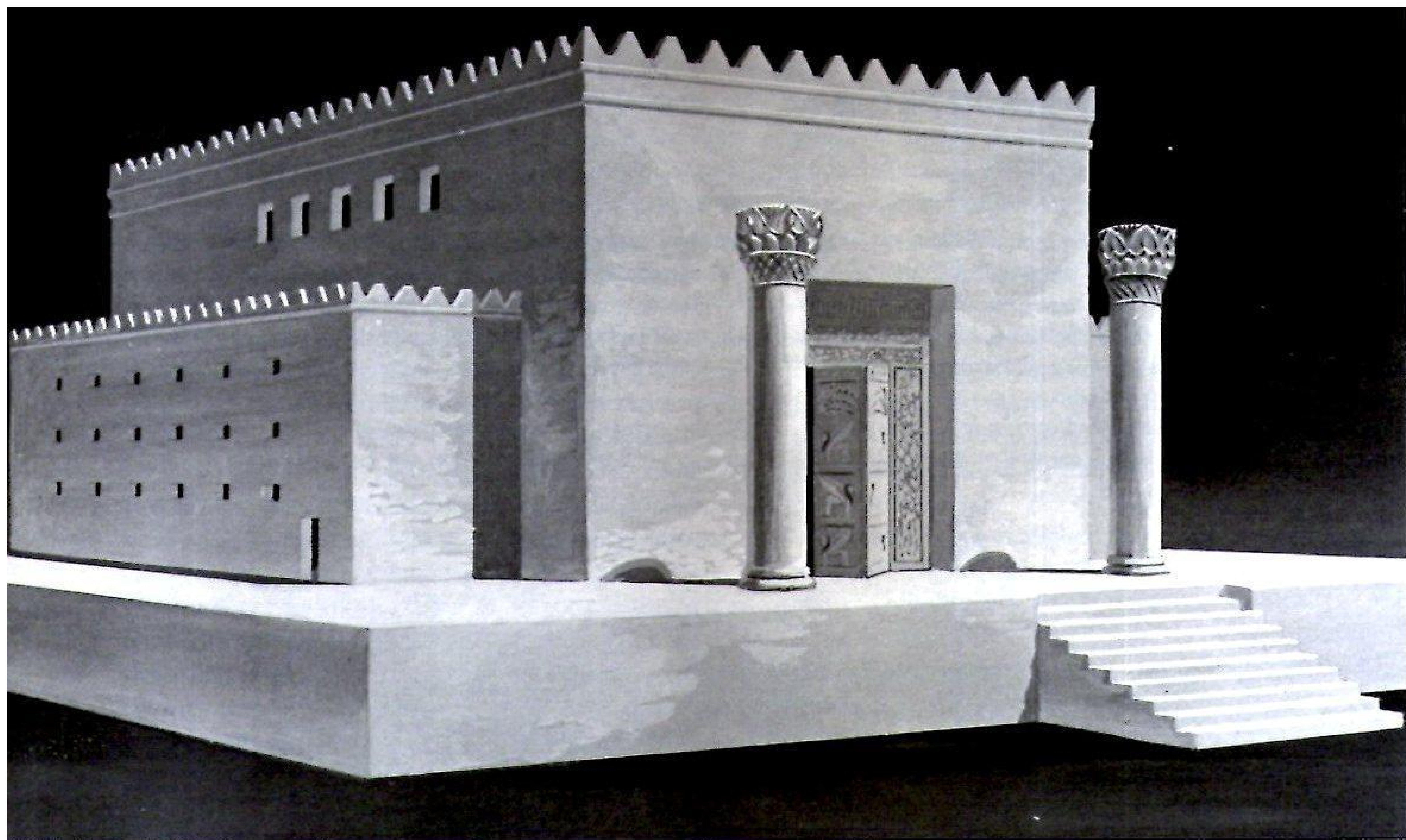
La escritura exige materiales específicos, por lo que no es coincidencia que la palabra griega que significa libro [*búblos*, papiro; *bíblion*, libro] se considere derivada del nombre fenicio de la ciudad de Biblos. Grandes cantidades de papiro –durante siglos lo más cercano a un libro moderno fueron los rollos de papiro– se embarcaban en este puerto. El Informe de Uenamón relata que «500 (rollos) de papiro bien elaborado» estaban entre las mercancías enviadas desde Egipto al príncipe de Biblos, a cambio de madera.

La historia de Palestina, a la que volveremos ahora, estuvo en muchos momentos enlazada con la de Fenicia, y en gran medida a través de la tradición cananea. En muchas ocasiones en que las consideraciones políticas unieron a ambas comarcas, la minoría cananea que aún estaba en Palestina y los contactos fenicios hicieron mucho para modificar y desarrollar la vida artística, e incluso religiosa, de Israel y Judá.

El Templo de Salomón

Aparte de las pirámides, ningún otro monumento del mundo antiguo es tan conocido como el Templo de Salomón en Jerusalén, aun cuando todavía no se haya hallado ni una sola piedra de sus muros. Tan burda fue la reconstrucción hecha por Herodes el Grande, que es muy improbable que algo de aquel Templo se conserve dentro de la enorme plataforma de piedra erigida por sus constructores. La edificación se inició en el cuarto año del reinado de Salomón y terminó en el undécimo. Diseñado y construido por artesanos de Fenicia, el Templo nació por deseos de David, que había llevado a Jerusalén el «Arca de la Alianza» y había adquirido el terreno, al norte del Ofel, en el que se construiría un templo para albergarla. Si se compara la descripción bíblica (*1 Reyes*, 6) con la información obtenida de las excavaciones en distintos países de Levante, hoy es posible reconstruir el Templo de Salomón y el palacio real contiguo con bastante más precisión que hace cincuenta años.

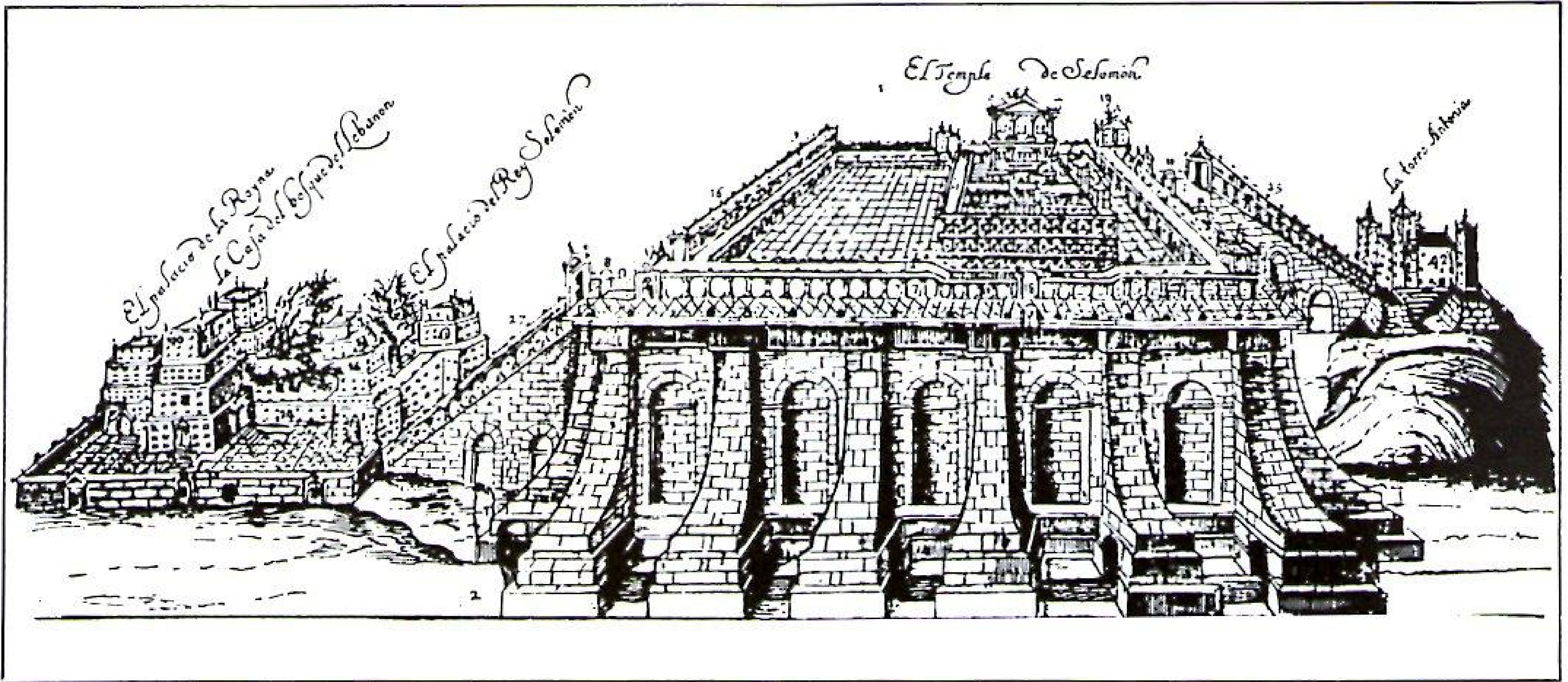




Arriba: este dibujo moderno se basa en las opiniones actuales sobre la apariencia exterior del Templo de Salomón: un edificio mucho más pequeño, sencillo y austero que lo que proponían sus reconstrucciones tradicionales. Tiene el aspecto de los antiguos templos cananeos, como el de Jasor. El herrero fenicio Jiram hizo las dos columnas de bronce exentas, llamadas «Jachin» (Yakín) y «Boaz», en el valle del Jordán. Columnas semejantes se ven en los modelos de santuarios de terracota provenientes de Chipre. Para los muros se usaron piedras talladas a medida (obra rústica). Hasta el presente no hay un testimonio arqueológico que permita una reconstrucción exacta de las tres arcadas, cada una algo más ancha que la inferior, situadas en la parte externa pero sin tocar el muro de la entrada.

Derecha: las paredes internas del Templo estaban revestidas de madera de cedro ricamente tallada y cubierta de oro. Dentro del «Santo de los Santos» (el *Sancta Sanctorum*) y fuera de él, entre los motivos ornamentales se contaba la representación de misteriosas criaturas llamadas «querubines». Como el Antiguo Testamento habla de artesanos fenicios, se piensa que un buen paralelo de la decoración interior del Templo (aunque en escala mucho menor) se puede encontrar en las numerosas placas de marfil tallado de manufactura fenicia, provenientes de los palacios asirios de Nemrod (Irak). Entre ellas hay ilustraciones de monstruos híbridos, con cuerpo de león y cabeza (a menudo se ve la cara entera, como en este ejemplar) de hombre o mujer, con peluca egipcia. Hasta hoy, esto es lo más cercano que tenemos al posible aspecto de un «querubín».

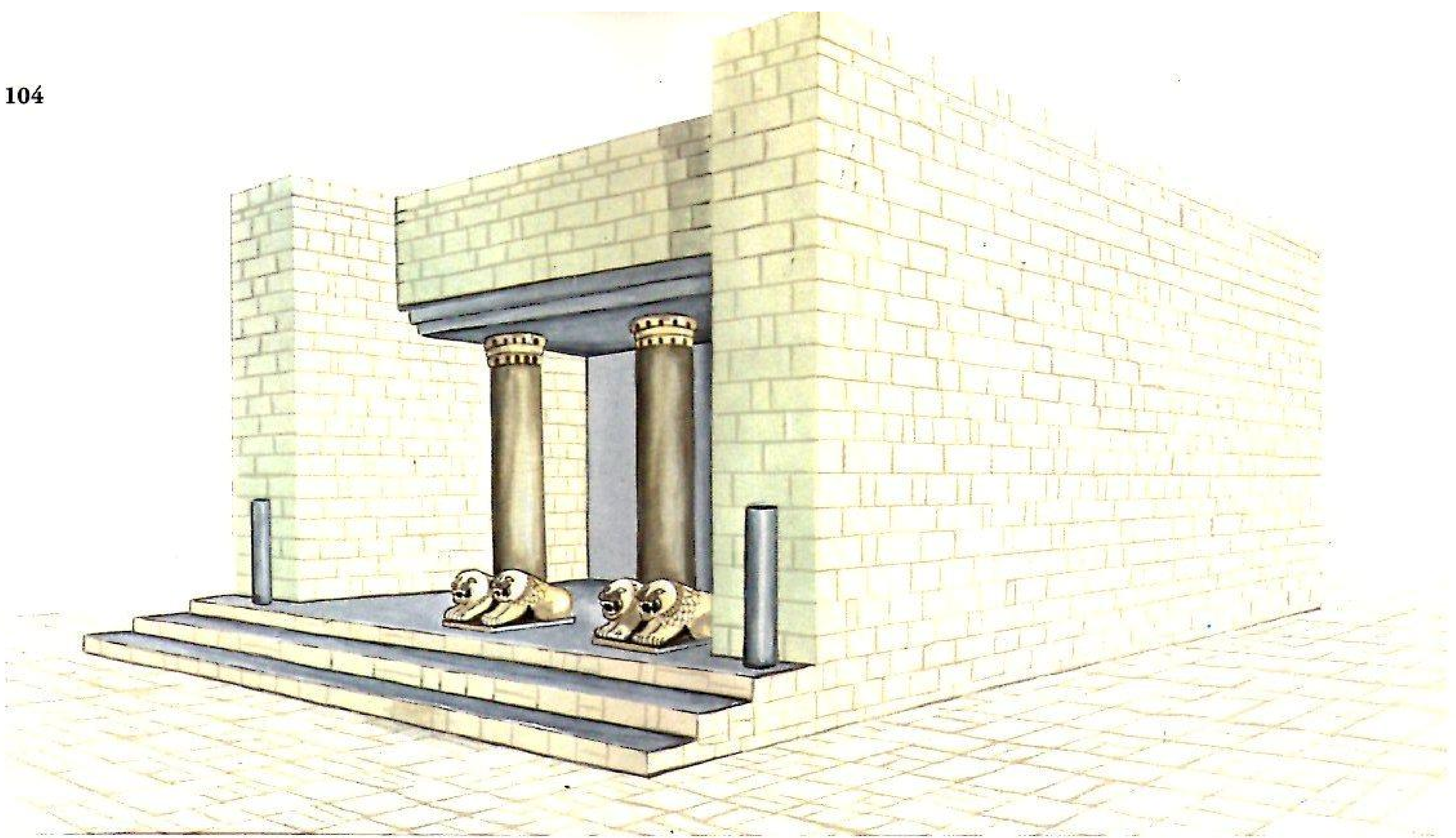




Arriba: antiguas reconstrucciones del Templo de Salomón, previas a la época de la investigación arqueológica seria; su base es una interpretación imaginativa de la descripción bíblica y, por lo común, se apoyan en los estilos arquitectónicos de la época del autor de la reconstrucción. Este intento de 1641 apela a un estilo arquitectónico romano y, en contraste con muchas otras versiones más fantasiosas, es notable por la relativa precisión de la topografía. Los estudiosos modernos preferirían situar el palacio (aquí a la izquierda) sobre el lado norte de la plataforma del Templo.

Abajo: reconstrucción del siglo XIX, publicada por los eruditos franceses Perrot y Chipiez; representa una etapa posterior de la historia del Templo, pero es uno de los primeros intentos serios de servirse de los testimonios arqueológicos. El estilo arquitectónico y los detalles cuidados de la edificación deben mucho a las investigaciones del erudito francés Renan en Líbano. Aunque más atrevida que las actuales, esta realización captó mejor la atmósfera, a pesar de que las de hoy sean más precisas en cuanto a los detalles.



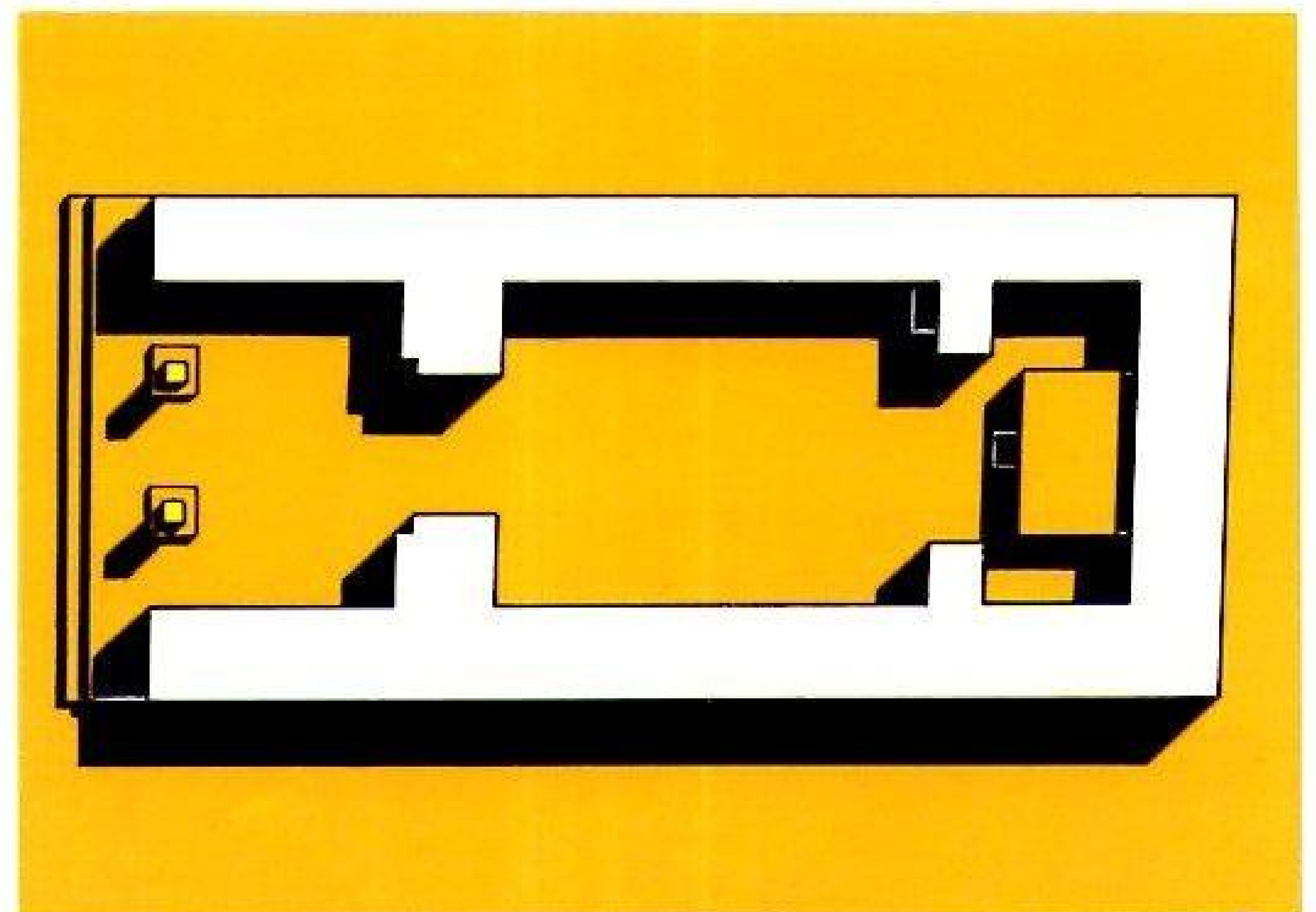


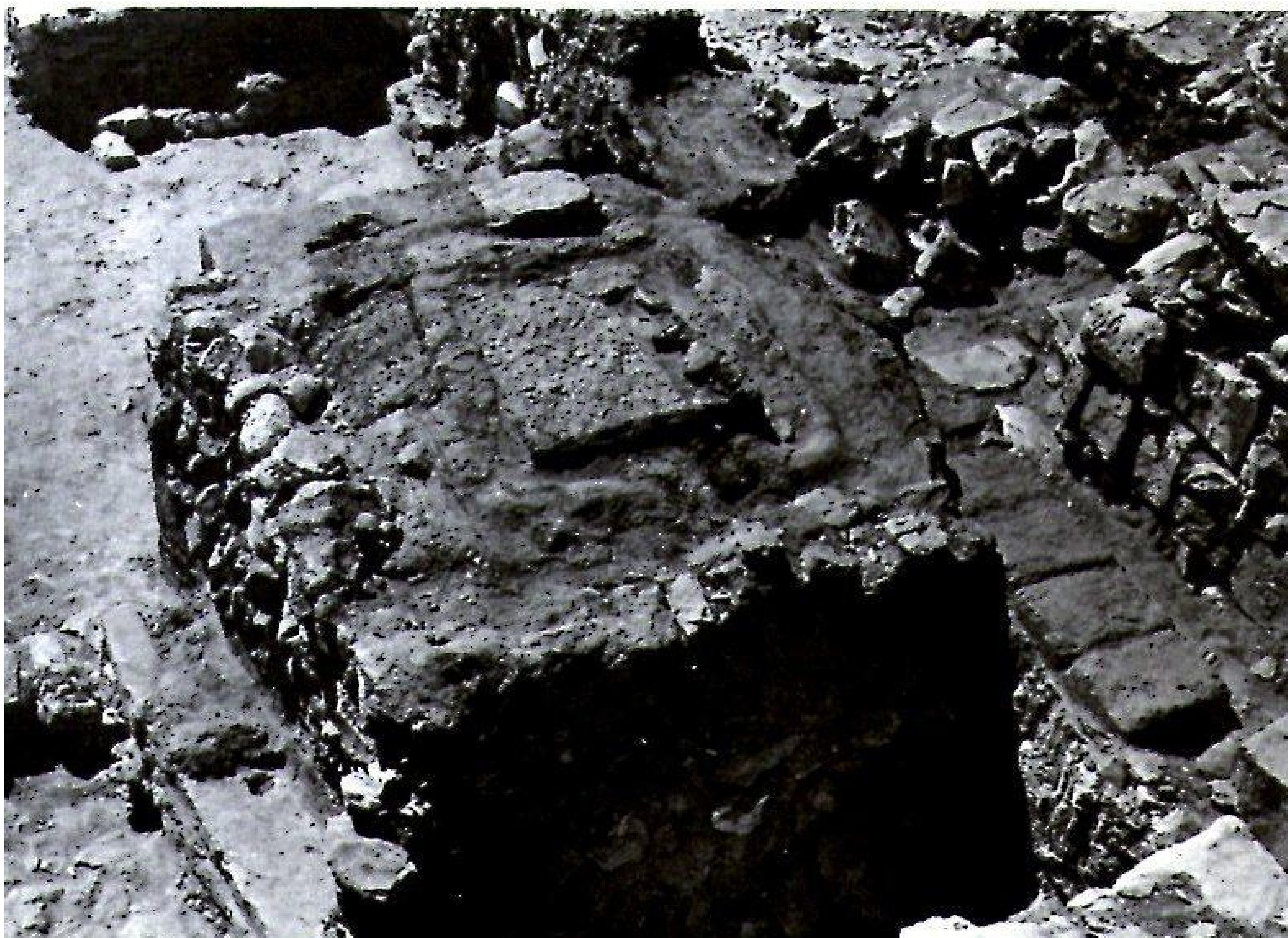
Arriba: uno de los mejores paralelos arqueológicos de la planta del trazado de Salomón, y de la posible relación entre palacio y templo, se encuentra en las ruinas casi contemporáneas de Tell Tayanat, en Siria.

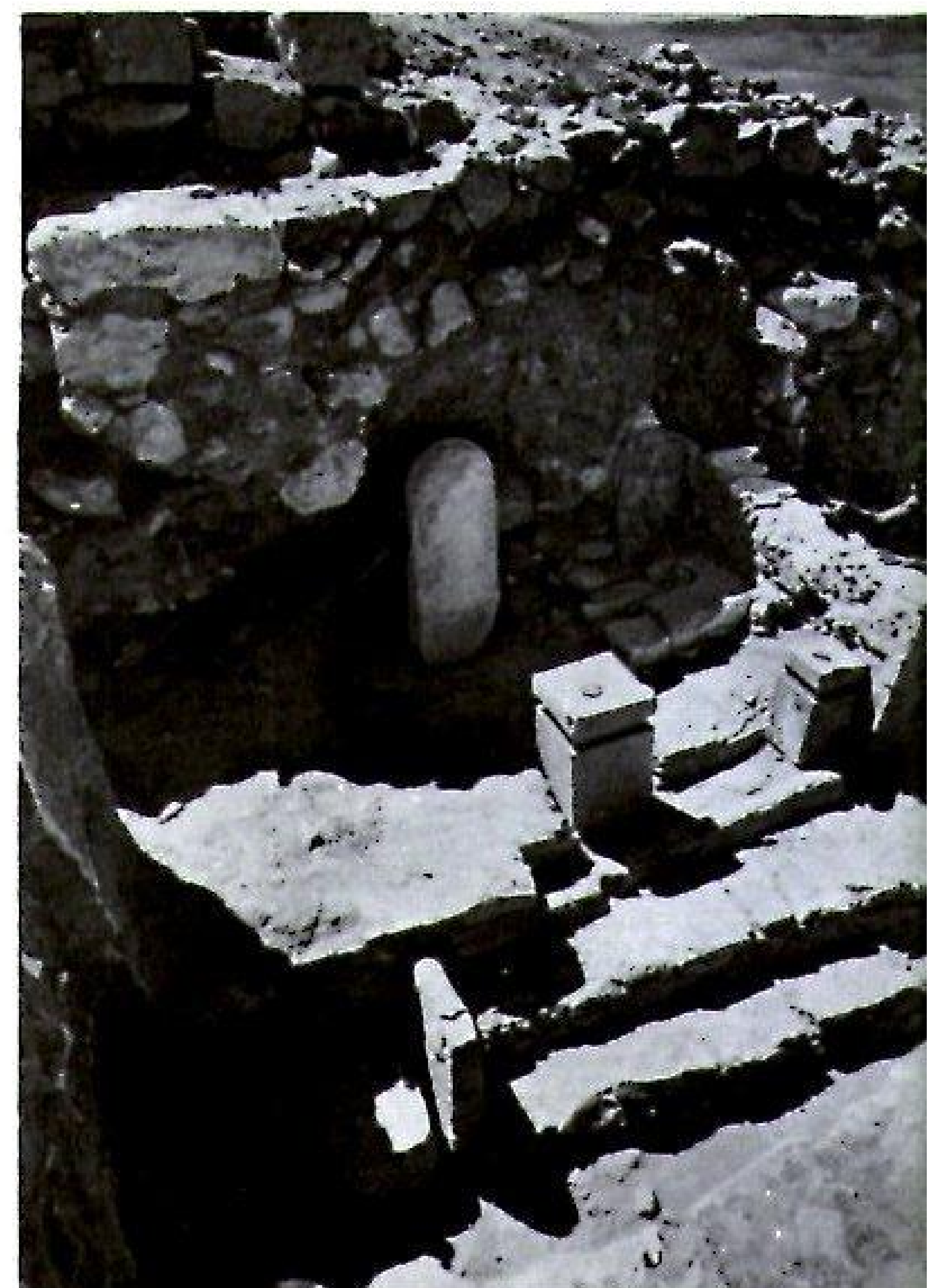
Derecha: planta del Templo de Salomón, tal como la describe el Antiguo Testamento. Es muy similar a la de muchos otros templos cananeos antiguos, excavados en Palestina y en Siria.

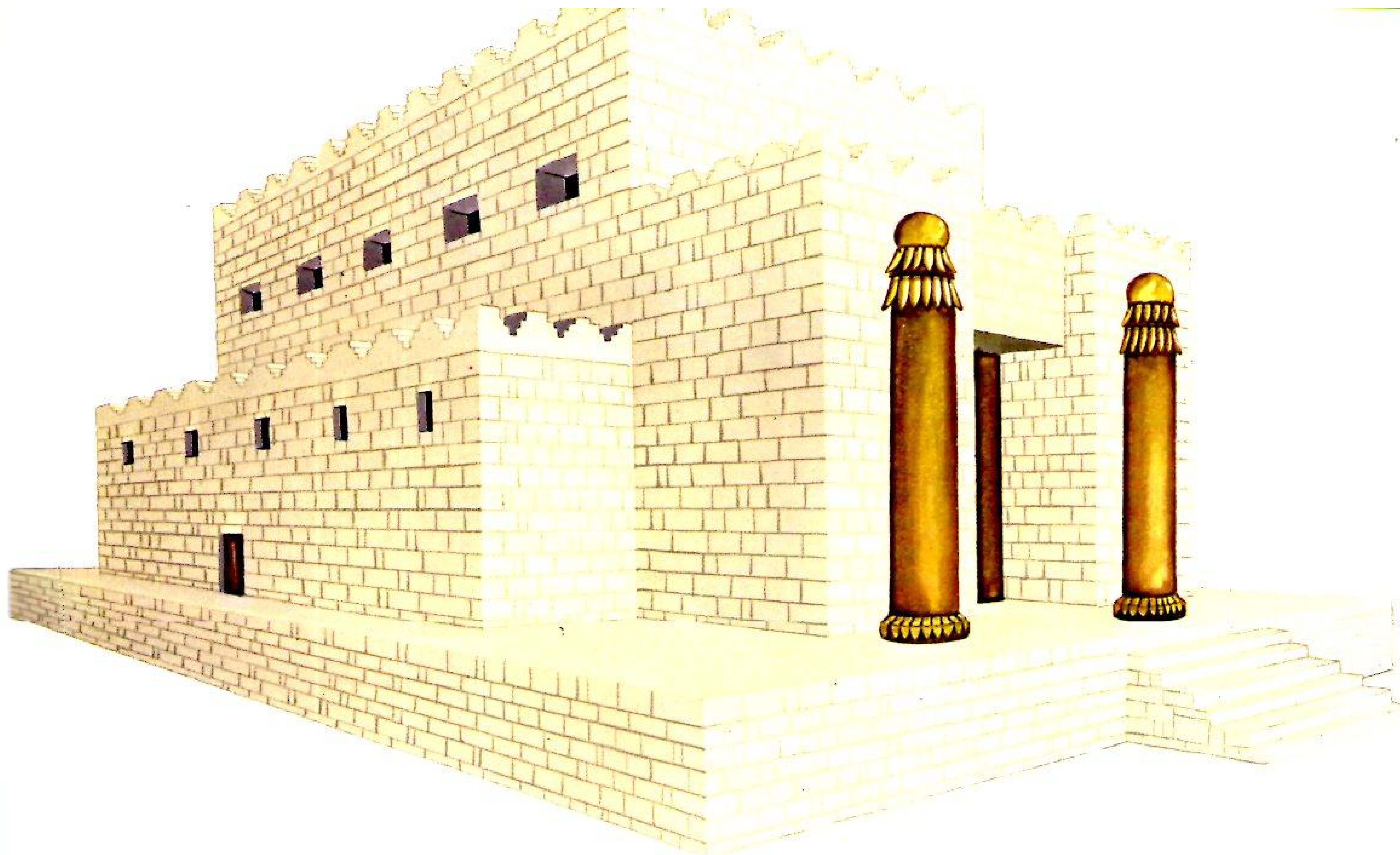
Abajo, izquierda: santuario excavado en Tell Arad, Israel; está muy cercano al Templo de Salomón en el tiempo y en el espacio; este altar destinado a quemar ofrendas se halló en el patio.

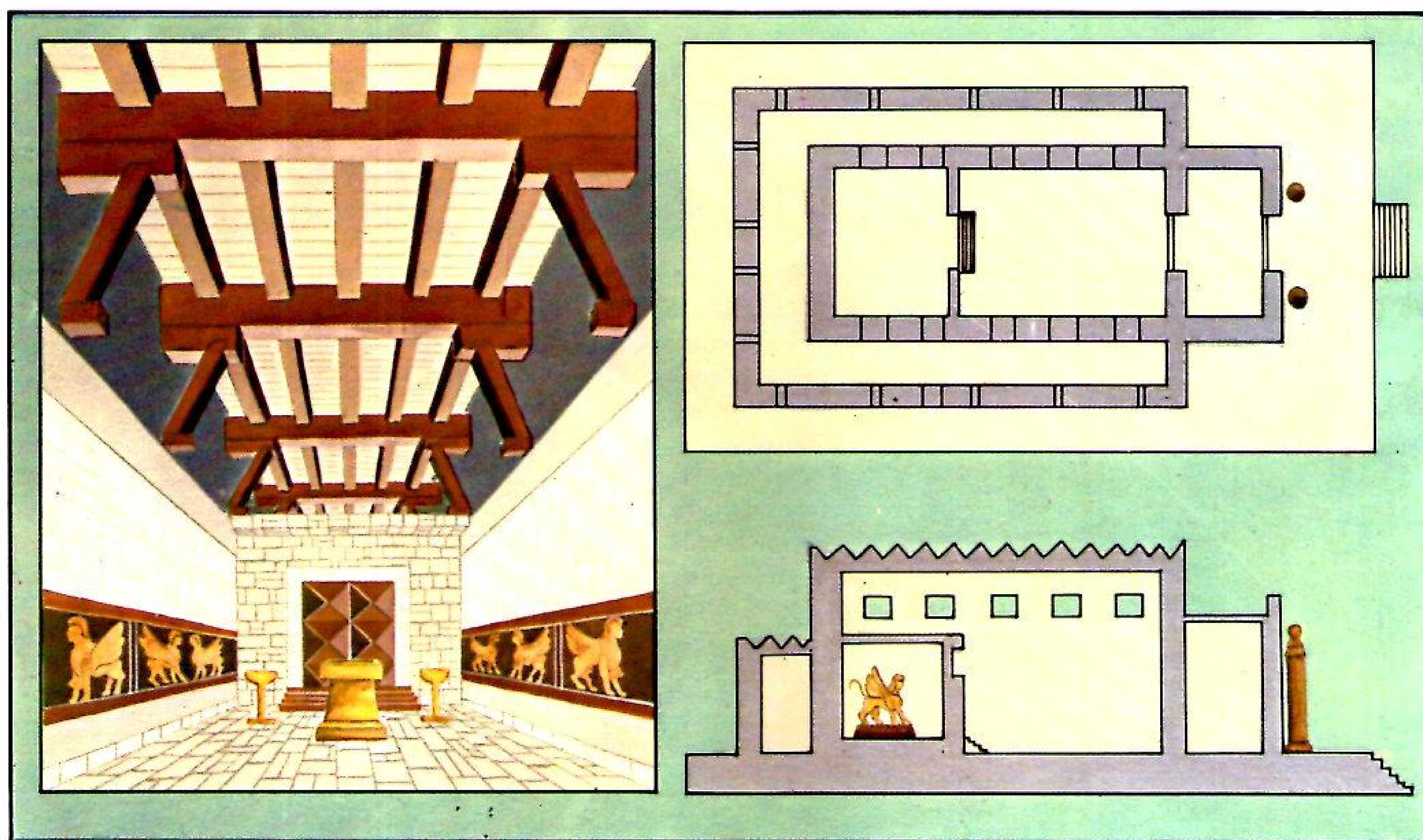
Abajo, derecha: «Santo de los Santos» del templo de Arad; es más pequeño que la sala principal, pero conserva buena parte de su sencillo mobiliario.





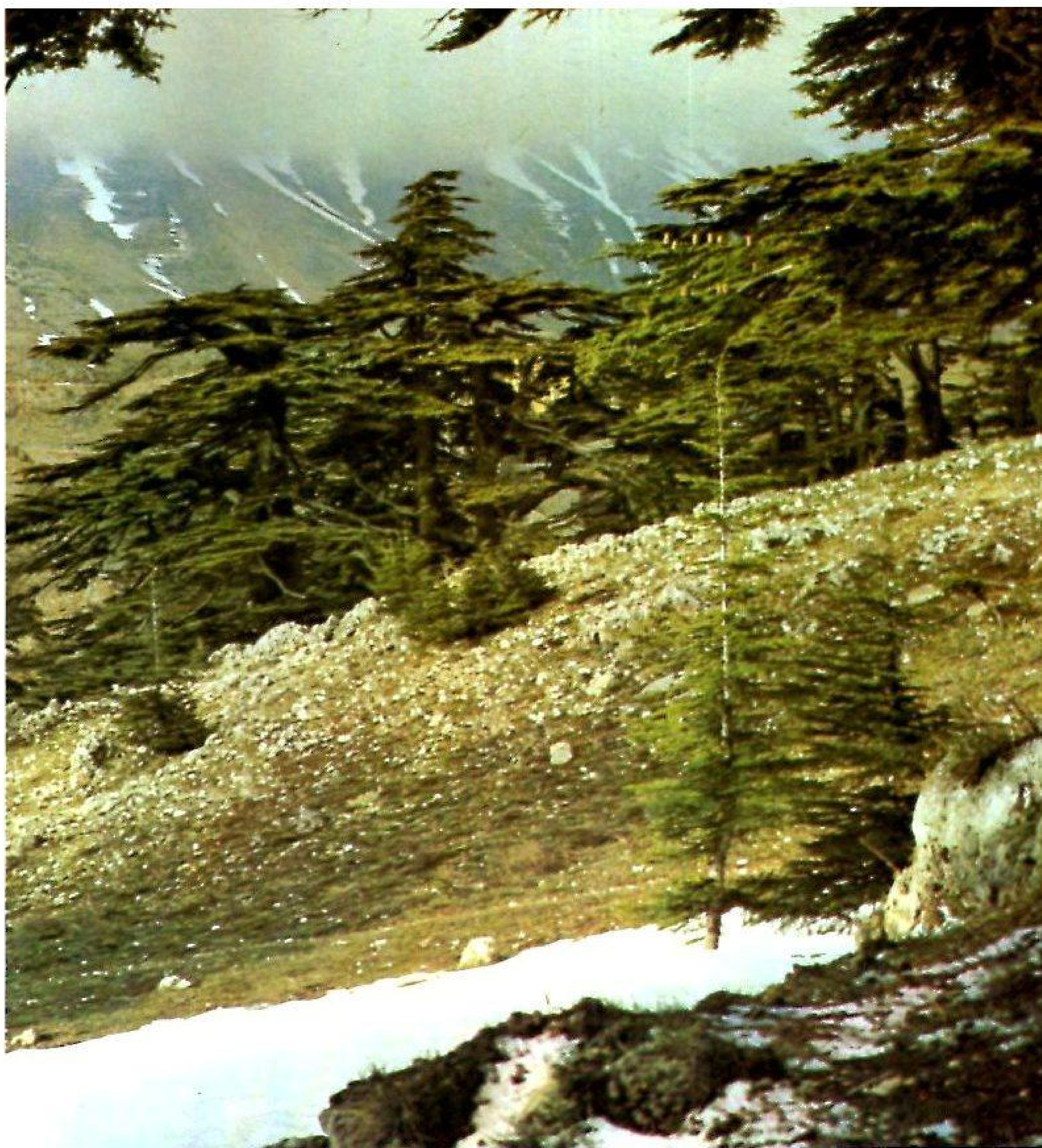






Cualquier intento de hacer dibujos arquitectónicos para ilustrar la planta y las partes altas del Templo de Salomón tiene que basarse en la descripción –detallada aun cuando no siempre explícita– del edificio, tal como se lee en la Biblia, *1 Reyes*, 6. El que aquí se muestra es obra de un autor muy informado, pero no un proyecto arquitectónico. La división interna en tres partes y sus dimensiones básicas están dadas en codos, como también lo están muchos detalles de la ornamentación y mobiliario interiores. Pero aun cuando se hubiera excavado algo exactamente igual a este edificio –cosa que no ha ocurrido–, resultaría difícil establecer el aspecto de todo lo que no estuviera por encima del nivel de los cimientos. Estas reconstrucciones del Dr. Busink representan todo lo que hasta hoy se puede conseguir sin caer en especulaciones sin fundamento.

Derecha: pocos de los cedros por los que las laderas de las montañas libanesas (Fenicia) fueron famosas en la antigüedad se pueden ver hoy, pues la tala fue indiscriminada durante demasiado tiempo; ya presumía de ello Jiram, rey de Tiro, cuando decía a Salomón: «Yo haré cuanto deseas en madera de cedro y ciprés. Mis siervos los bajarán desde el Líbano hasta el mar, y yo los pondré en balsas y los llevaré al lugar a que me mandes».



Extremo derecho: como parte de los edificios palaciegos adyacentes al Templo de Jerusalén, Salomón hizo construir la «Casa Bosque del Líbano». Como su nombre sugiere, se hizo con cuatro filas de columnas de cedro, quince en cada fila, y un techo con vigas de cedro asentado en ellas. Su función no está clara, pero parece que había una gran sala de consejo o de recepción, no muy distinta de las salas con columnas tan comunes en Persépolis.

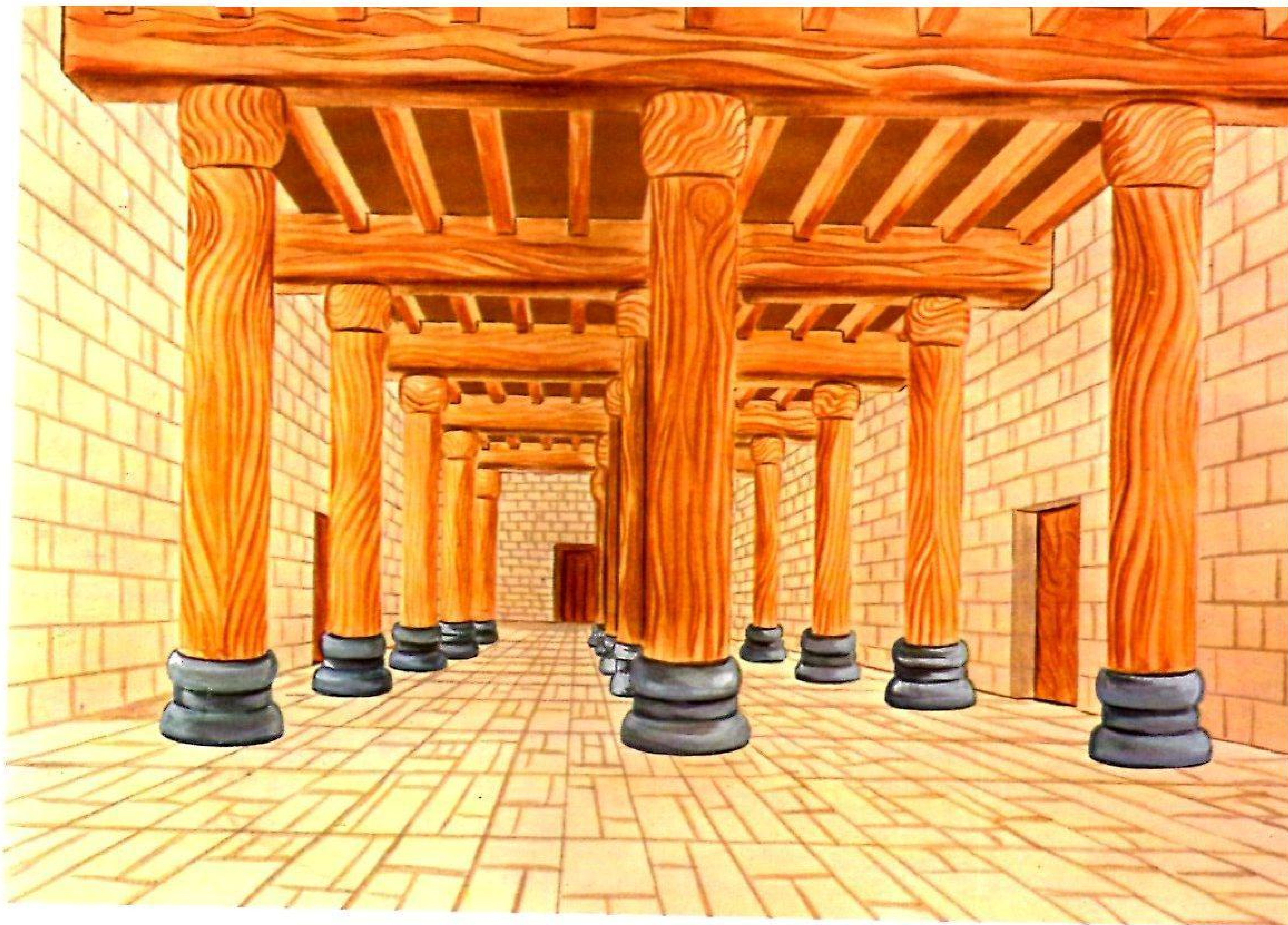
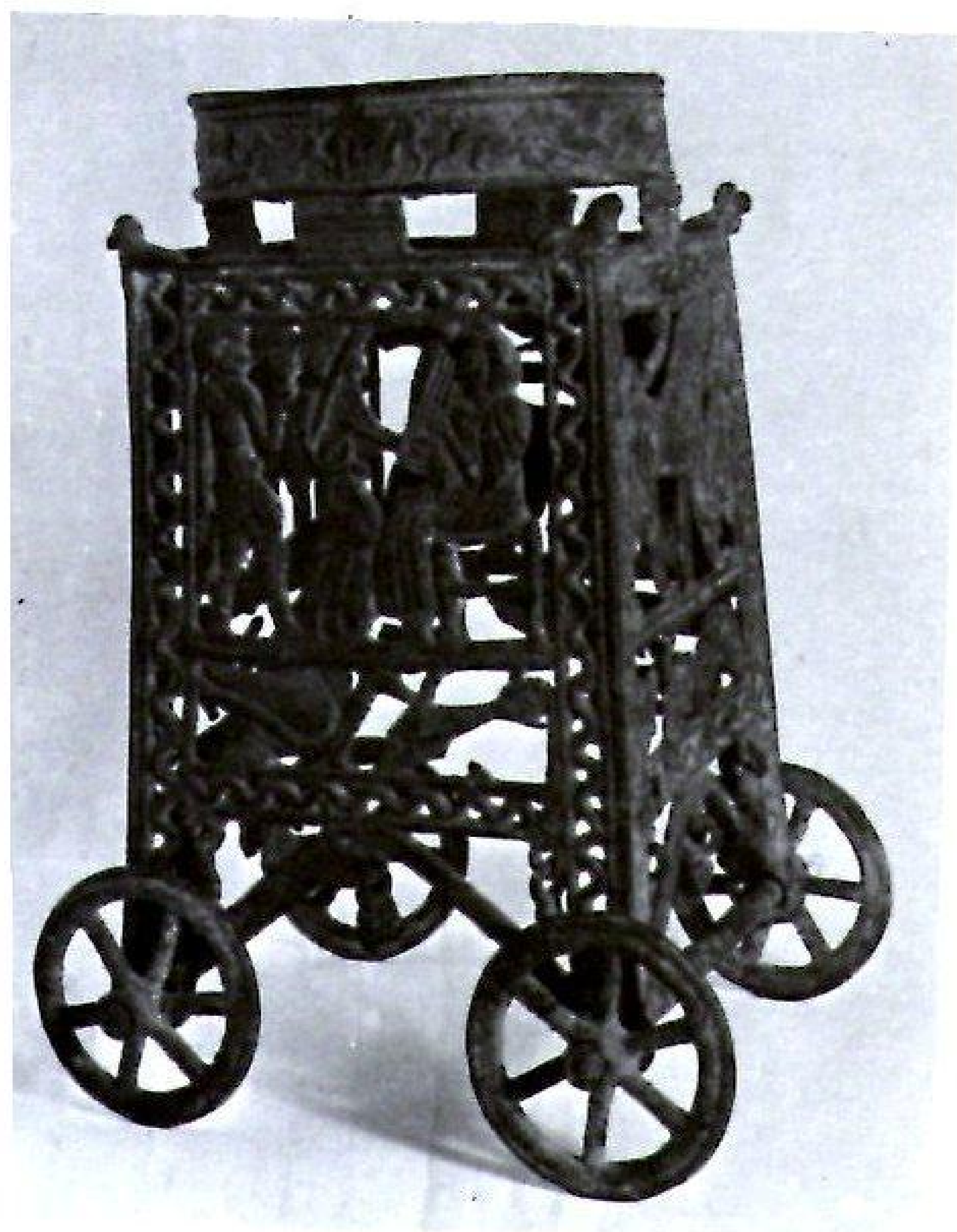
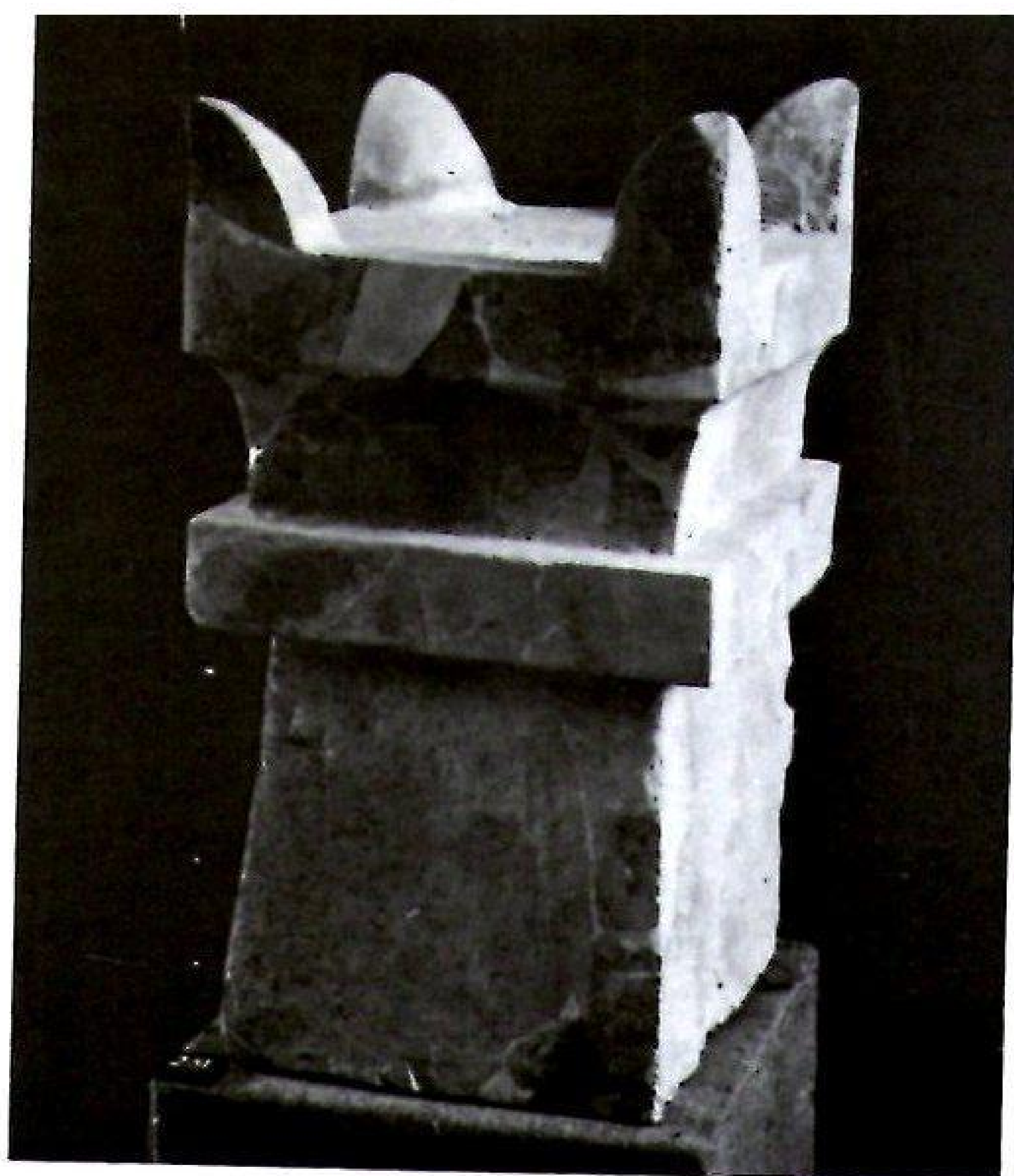


Placas de marfil a la *izquierda* y *abajo*. En *1 Reyes*, 6 se dice que «El cedro del interior de la Casa estaba esculpido con figuras de calabazas y capullos abiertos». Como ocurre con los querubines, esta ornamentación floral era casi con seguridad igual a la que, en menor escala, usaron los artesanos fenicios en la tallas de las placas de marfil que engastaban en los muebles de madera. Las dos aquí reproducidas son ejemplos típicos de los palacios asirios de Nemrod (o Nimrud, Irak).



Derecha: versiones miniatura de las basas móviles fundidas por el herrero fenicio Jiram para el Templo se conocen desde dos o tres siglo antes en Chipre. El ejemplar que se reproduce es casi idéntico a los que hizo Jiram: «... tenían paneles y los paneles estaban entre listones. Sobre el panel que estaba entre los listones había leones, bueyes y querubines. Lo mismo sobre los listones... Cada basa tenía cuatro ruedas de bronce y ejes de bronce».

Extremo derecho: este pequeño altar de piedra de Megiddo, con cuernos en cada ángulo de la cavidad en la que se quemaba el incienso, es típico de muchos usados en los santuarios domésticos de la Edad del Hierro en Palestina. Sin duda los del Templo de Salomón tenían un diseño semejante, pero serían más grandes y de materiales más espléndidos.

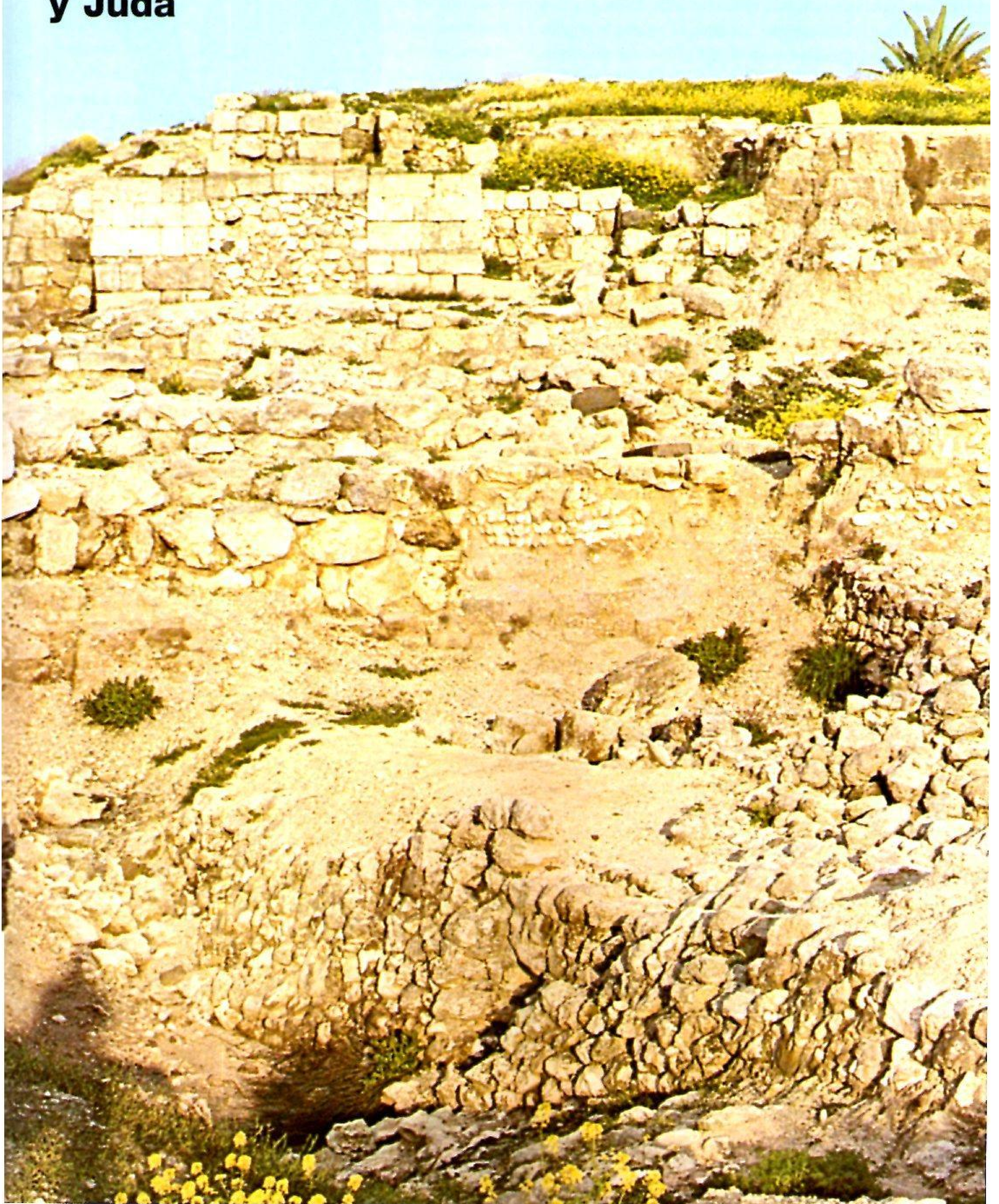


Arriba: modelo moderno del Templo de Herodes. Después de muchas vicisitudes, el Templo de Salomón terminó saqueado por los babilonios, que se llevaron a su tierra los tesoros en él guardados. Se restauró hacia 515 a. C. y Herodes el Grande lo reconstruyó por completo en el siglo I a. C., según el estilo grecorromano que él tanto admiraba. Poco queda de la construcción original, porque los planes de Herodes eran muy ambiciosos: hizo agrandar la plataforma del Templo de tal modo que cubrió o destruyó todo lo preexistente. Los romanos saquearon este templo en 70 d. C.

Derecha: altar de piedra procedente de Palmira (la Tadmor bíblica), en Siria. En parte, la inscripción dice: «en el mes de septiembre del año 396 (85 d. C.), se hicieron y ofrecieron este *hammam* y este altar...» Este texto es una clave vital para la traducción e identificación correctas del *hammam* bíblico (*2 Crónicas*, 34, 4) como un altar para el incienso («altares de los aromas»), como se muestra entre los dos hombres en el relieve reproducido. Objetos como éste entraron en el Templo de Jerusalén en épocas de adoración pagana, en tiempos del Reino Dividido.



Capítulo quinto: Israel y Judá

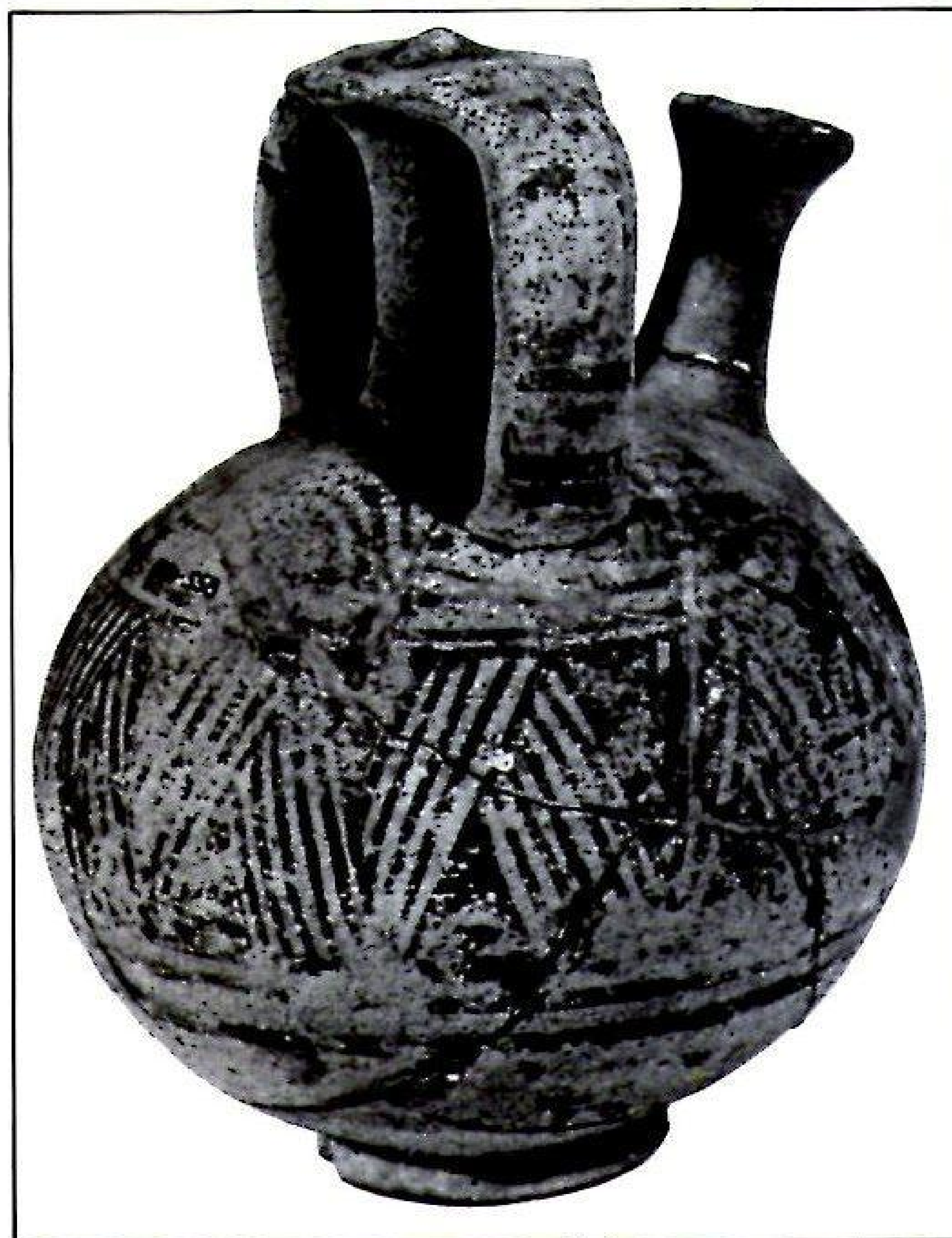


Los filisteos. Este grupo, uno de los muchos que componían los «Pueblos del mar», colonizó gran parte de la llanura costera palestina, desde el sur de Gaza hasta el sur de Joppa (Jaffa), en los comienzos del siglo XII a. C., al principio en calidad de vasallos de Egipto. De sus cinco ciudades principales, Gaza, Ascalón y Asdod se han localizado con exactitud, pero todavía no se ha establecido el lugar preciso en que se alzaron Gat y Egrón. En el área de asentamiento de este grupo se concentra un tipo distintivo de cerámica pintada, que tiene una franja en matices distintos de blanco decorada con diseños de uno o dos colores. Tanto las formas como los diseños reflejan que las culturas micénica griega, egipcia y chipriota influyeron en los filisteos, durante sus movimientos hacia el este, desde algún punto del Egeo o de Turquía occidental. Ese tipo de cerámica dejó de fabricarse después del siglo XI, aunque son habituales imitaciones posteriores. Los filisteos fueron los primeros que en Palestina usaron, de modo habitual, el hierro para producir herramientas y armas y también monopolizaron la herrería cuando dominaron a los israelitas (*1, Samuel*, 13, 19-22).

Nada se sabe de la lengua y la literatura filisteas. Su religión es también oscura, ya que las únicas deidades que se les atribuyen en la Biblia llevan nombres semitas. En Israel se les conocía por su práctica de la adivinación y de la predicción. Un templo recién excavado en la ciudad filistea de Tell Qasile, sobre la ribera norte del río Yarkon, más o menos a 1,5 km aguas arriba, muestra una planta que aún no tiene un par exacto en Palestina. Después de pasar por una pequeña antecámara bordeada de bancos de mampostería, el fiel giraba a la derecha para entrar en la cámara principal del santuario, también con bancos adosados a la pared; el techo estaba sostenido por dos columnas de madera de cedro, asentadas en basas de piedra sobre el eje central. Un muro dividía la sala principal de una pequeña habitación trasera que servía de depósito. Contra esa pared se había instalado, a modo de altar, una pequeña plataforma con unos escalones para llegar a ella. Allí y en el depósito, se encontraron vasijas de culto: cuencos en forma de ave, un ritón con forma leonina y varios estantes. Se ofrecían sacrificios animales en un patio exterior, en el que se cavaron fosos donde se ocultaban vasijas cultuales, para protegerlas de la profanación; uno de esos recipientes tenía la forma de una mujer o diosa. A juzgar por un *óstrakon* (fragmento de cerámica) hallado en la superficie, el dios adorado allí debe haber sido Horon.

Los filisteos se diferenciaban de sus vecinos semitas en particular porque no practicaron la circuncisión; pero aparte de ello, el conocimiento de su estructura social y de sus costumbres es pobre. Al principio, cada una de sus cinco ciudades principales estuvo gobernada, según parece, por un concejo de cinco hombres, pero más tarde se convirtieron en monarquías con el mismo tipo de jerarquía social que tuvieron las ciudades cananeas anteriores. Este rasgo y el firme sentido de la independencia de las ciudades filisteas sobrevivieron hasta el período helenístico, aunque después del año 1000 a. C., aproximadamente, su cultura material no se diferencia de la de Judá e Israel.

Página anterior: excavaciones americanas en Megiddo, hechas en el decenio de 1930, tal como se conservan.



Arriba: jarra filistea (restaurada), procedente de Tell el-Farah (Sur), h. 1150 a. C.; estilo griego micénico.

Saúl, David y Salomón (h. 1020-922 a. C.). El desafío que los filisteos representaban para las tribus de Israel llevó por fin a la creación de una monarquía, lo que abrió uno de los períodos más significativos en la historia de Palestina. Los hechos, muy notables ya por sí mismos, lo son más aún en el relato bíblico. Por primera vez existen registros contemporáneos, o casi contemporáneos, provenientes de la propia Palestina. En algunos casos tienen la claridad y riqueza de detalles del relato de un testigo directo (véase *2 Samuel*, 9-20 o *1 Reyes*, 1-2). Ninguna otra

etapa de la historia de la antigua Palestina se conoce tan bien, ningún otro personaje está presentado con tan vívidos rasgos como David, tanto en su aspecto humano como en el de rey. Gran parte del reinado de Salomón está narrado con trozos literales o paráfrasis de documentos oficiales. Por el contrario, el registro arqueológico es de una pobreza singular. Para Saúl hay una fortaleza en Tell el Ful (Guibeá); para David, virtualmente nada y aun para el gran constructor que fue Salomón, poco más que los cimientos de sus instalaciones militares en ciertas ciudades clave. Si lo que se hizo durante este período tuviera que deducirse sólo de los vestigios de su cultura material, el relato sería mínimo.

No se conserva más que una narración poco consistente, derivada sobre todo de relatos populares; habla de la animosidad incipiente de filisteos e israelitas, que culminó con la derrota de Israel hacia 1050 a. C., cuando el Arca –llevada especialmente al campo de batalla desde Silo cayó en manos de los filisteos. El santuario que la liga tribal israelita tenía en Silo quedó destruido. Se impusieron las guarniciones filisteas y la industria del metal (armas) de Israel sufrió un control riguroso. Por último, el Arca se llevó a Quiryat Yearim, donde permanecería hasta que David la llevara a Jerusalén, una generación más tarde. Lo poco que le quedaba a Israel de preeminencia estaba en manos de Samuel, en todos los sentidos el último de los «jueces», exceptuado el nombre, que mantendría vivos los restos de las antiguas tradiciones y esperanzas tribales hasta la aparición de Saúl. Tan ajena era la monarquía al espíritu israelita que sus orígenes exactos no están para nada claros en el relato que se conserva, probablemente oscurecido por los prejuicios de editores tardíos, negativos con respecto a la historia posterior de la institución.

Saúl, vencedor de los ammonitas, fue aclamado por el pueblo como jefe en Guilgal, el antiguo centro de la tribu, una elección apoyada por Samuel que, por cierto, viviría para lamentarlo. Una victoria señalada sobre los filisteos en Mikmás, donde Jonatán, hijo de Saúl, tuvo un comportamiento excepcional, mostró como jefe militar eficaz a Saúl que, forzado por las circunstancias a seguir siendo un soldado, más que un administrador o legislador, gobernó sobre una comarca que se extendía, poco más o menos, por el norte hasta el monte Hermón, por el este hasta Galaad, por el sur hasta Beersheba y por el oeste lindaba con Filistea y Fenicia. Su monarquía estaba des-

Siquem, importante ciudad cananea sobre la carretera principal de Jerusalén hacia el norte, que mantuvo un valor especial bajo el poder de Israel.



provista de los elementos tradicionales. Su base, situada en Guibeá, al norte de Jerusalén, era una fortaleza de construcción sólida que se alzaba en el centro de la aldea. Tenía unos 15 m de lado, con torres en saledizo en las esquinas. Al menos una parte de la superestructura de la primera fase, destruida en el siglo XII, era de madera; la de los tiempos de Saúl estaba algo más perfeccionada.

La Biblia pinta con rasgos vivaces el carácter de Saúl: hombre de buena apariencia, modesto, enérgico y valiente, pero emocionalmente inestable, una inestabilidad que crecía ante el aumento de la presión de los hechos. Las disputas con Samuel, que por fin intentó quitarle la soberanía, y con el cada día más popular David, amigo entrañable de su hijo Jonatán, marido de su hija Mikal, hicieron que Saúl lanzara un ataque, desastroso, contra la familia sacerdotal de Silo, por entonces establecida en Nob, cerca de Jerusalén. También ignoró el matrimonio de su hija y persiguió a David, lo que distrajo su atención de los verdaderos enemigos de Israel, los filisteos. David, cansado de una vida precaria y errante, se puso al servicio del rey filisteo de Gat, quien estableció a su nuevo vasallo en Négueb, desde donde asumió un doble papel, con astucia, mostrándose leal, en apariencia, a su nuevo señor mientras mantenía su ascendiente sobre la imaginación de su pueblo. Una invasión filistea y un triunfo militar sobre Saúl en el monte Gelboé, donde el rey herido se quitó la vida, forzaron el desenlace.

Abner, jefe del ejército de Saúl, huyó del campo de batalla y coronó a Isbaal, uno de los hijos supervivientes de Saúl, como rey de la nueva capital, Majanáyim, al otro lado del Jordán. Todavía unido a los filisteos, David, como antes Saúl, recibió la aclamación popular y fue ungido rey en Hebrón, dentro del territorio de Judá. Por primera vez apareció la división fatídica en dos reinos, norte y sur, aunque fue momentánea. Para David había empezado el verdadero período heroico de su vida; tras una disputa, Isbaal y Abner acudieron a David, quien aprovechó las circunstancias para concentrar en sus manos el mando de Israel y Judá. Con la toma de la capital jebusita de Jerusalén, el nuevo rey eliminaba la cuña foránea entre las tribus del norte y del sur, a la vez que se aseguraba una capital bien situada en un territorio neutral que, por derecho de conquista, era propiedad del monarca. Las excavaciones demostraron que la ciudad amurallada que ocupó David, de una extensión de unas 4,5 Ha, ocupaba la cumbre rocosa del Ofel, ampliada por enormes terrazas de piedra, construidas como un panal relleno de grava, quizá el *Mil-ló* («terraplén») del Antiguo Testamento. El poder militar de los filisteos quedó reducido a la insignificancia y sus fronteras retrocedieron hasta las afueras de Gat, Eglón y Asdod. Las ciudades cananeas que se mantenían independientes en Sefelá (Sefelah, Shephelah), Sarón y en los valles del norte cayeron en manos de los israelitas y algunas se convirtieron en propiedad del rey. En el norte, se produjo la derrota de los arameos y se estableció una guarnición en Damasco. En el sur, fue sometida Edom y se estableció un puerto en el mar Rojo.



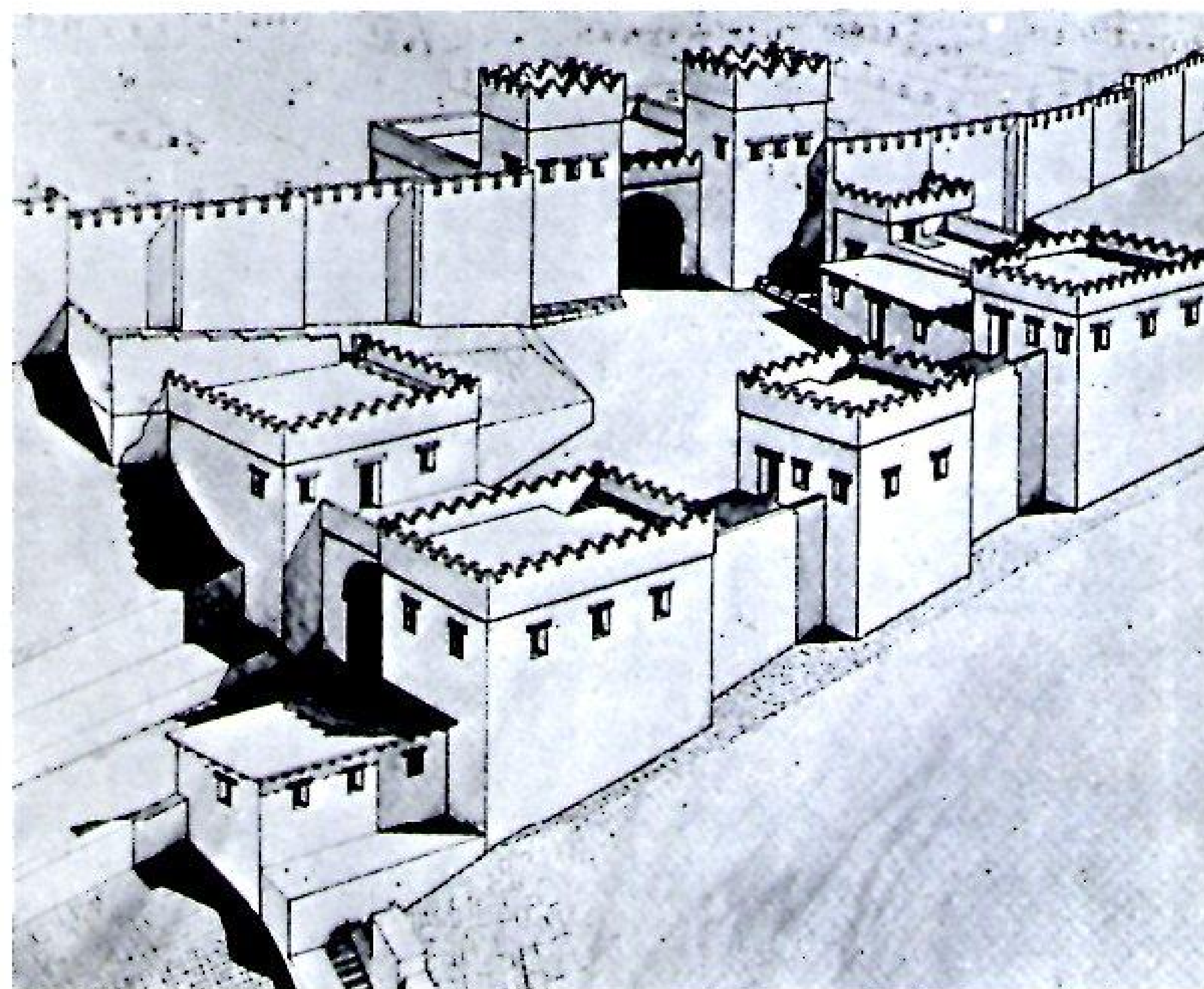
El territorio concreto del Reino Unido de Israel y Judá no se extendía más allá de las fronteras de Palestina.

David no sólo llevó a Israel a la cúspide de su poder, sino que incluso creó un nuevo papel político para su patria.

Esta creación fue un acto singular del rey, por entero independiente de la confederación tribal que en un principio había controlado y que, tras ese proceso, no era más que una parte de un reino que abarcaba enclaves cananeos, dominios conquistados y tributarios, algunos con gobernadores israelitas, y provincias también tributarias que, de diversas formas, reconocieron la hegemonía de David. En tales circunstancias, la concentración de poder en manos del monarca era una consecuencia inevitable. La burocracia de David seguía los modelos egipcios, probablemente a través de las estructuras del gobierno cananeo; con un censo se establecían las bases del cobro sistemático de tributos y de la reorganización militar; la división en distritos bajo el mando de gobernadores facilitaba el control real sobre los derechos tradicionalmente tribales, lo que suscitaba hondos resentimientos contra la monarquía en algunos sectores.

La política religiosa de David fue sensible y de largo alcance. Llevó el Arca a Jerusalén e hizo planes detallados para que un templo la albergara allí, para asociarla sagazmente con la corona como una institución estatal. David es el responsable de los planes y del mobiliario del templo; fue él quien reunió los materiales para la construcción y los lingotes de oro para el ajuar sagrado; también reunió a los hombres y fijó las clases y funciones de los sacerdotes. Sobre todo, ocupó el sitio, sobre un peñón al norte del Ofel. No obstante, todos esos planes se cumplirían en tiempos de Salomón. La oposición a la política real y la incertidumbre sobre la sucesión llenaron los años finales de David con violencia y rebeliones, primero dirigidas por su hijo Absalón, después por Seba, hijo de Bikrí, que se puso a la cabeza de las tribus israelitas, molestas por lo que consideraban una actitud indulgente de David hacia Judá. Por fin, la acción precipitada de Adonías, hijo mayor del rey, hizo que David hiciera ungir a su hijo menor, Salomón, como rey, con el apoyo importante de los jefes de los sacerdotes y del ejército.

Salomón fue tan distinto de su padre como lo fueron las circunstancias de sus respectivos reinados. El nuevo rey no era un jefe militar ni por instinto ni por necesidad; era un administrador que mantendría, y no expandiría, un reino demasiado diverso para tener segura una estabilidad duradera. Los asuntos exteriores presentaban pocos problemas, ya que los asirios estaban tranquilos y los egipcios, tratables. En tiempos de Siamón, las tropas egipcias, quizá alentadas por la derrota de los filisteos a manos de David, atacaron la ciudades de la llanura costera, cuyas aspiraciones comerciales habían entrado en conflicto mucho antes



Restauración de la puerta fortificada de Megiddo, construida por Salomón. La muralla de la ciudad, de entrante y salientes o dentada, es posterior.

con las de las ciudades y puertos del delta. El ejército faraónico tomó la ciudad cananea de Guézer y la entregó a Salomón como dote, cuando el nuevo rey israelita se casó con una hija del monarca egipcio, hecho que, por sí mismo, era un símbolo del cambio de las relaciones entre los gobernantes de Egipto y Palestina. Egipto ya no era el dominador indiferente. El paso del ejército de Siamón puede reflejarse en los niveles de destrucción excavados en Asdod y Guézer, a la vez que en Tell el Farah (Sur) se encontró un escarabajo-sello que llevaba el nombre del rey egipcio. Más significativo que su alianza fue para Salomón el mantenimiento de un tratado concluido con Jiram, rey de Tiro, y heredado de su padre, en el que se establecía una importante cooperación comercial, industrial y también artística.

En el campo interno, con el reinado de Salomón se creó definitivamente un estado dinástico, crecieron las comunidades urbanas y surgió una estructura social semejante a la de las antiguas ciudades-estado cananeas. Se desarrollaron los carros de guerra, al modo cananeo, como fuerza de ataque esencial y decisiva, cuando antes los israelitas habían dependido de la infantería. Se crearon nuevos distritos administrativos, en parte para reducir aún más las fronteras tribales e integrar las antiguas ciudades cananeas, pero sobre todo para obtener las provisiones y la mano de obra exigida por el sustento de la corte en expansión y del ejército estable. Los monopolios comerciales del reino explotaron las muchas rutas de caravanas abiertas desde Arabia, como se ve en la visita de la reina



de Saba (hoy, Yemen) y, además, estimularon el comercio a través del mar Rojo, con la colaboración de navegantes fenicios y compras continuas de carros, a Egipto, y de caballos, a Cilicia, comarca situada al sureste de Turquía.

No es una casualidad que en el folclore del Oriente Próximo la fama de Salomón provenga no de su sabiduría, como en Occidente, sino de su carácter de constructor de edificios magníficos por su estilo e imponentes por sus proporciones. La política militar condujo a establecer puntos fortificados en ciudades como Jasor, frente a los arameos de Siria; Megiddo, para vigilar la fundamental carretera este-oeste; Guézer, sobre el extremo oriental de la planicie y Tamar, al sur, cerca de Edom. Las excavaciones hechas en Jasor, Megiddo y Guézer revelaron sistemas defensivos y puertas lo bastante similares como para sugerir un idéntico proyecto (*1 Reyes*, 9,15). En Megiddo, dos edificios fundamentales se atribuyeron a los arquitectos de Salomón y no quedan de ambos más que los cimientos. Uno, construido dentro de su propia muralla, se puede identificar como un palacio, edificado según un modelo sirio de pórtico de entrada con columnas de piedras talladas a la perfección. Contiguo por el lado oeste, fuera de la muralla, se alzó otro edificio rectangular, al parecer un complejo administrativo.

En un patio adyacente al Templo de Jerusalén, se había edificado el palacio de Salomón, del que el autor del *Libro Primero de los Reyes* dice poco y con poca claridad. Apartada del conjunto principal, estaba la Casa «Bosque del Líbano», un rectángulo de unos 45 x 22,5 m, dividido en alas por tres o cuatro filas de columnas de madera de cedro del Líbano, quince por fila. Las ventanas y puertas estaban dispuestas simétricamente. Se usaban y guardaban allí vasijas y escudos de oro, aunque no se sabe con qué fines. La descripción del palacio se entiende mejor comparándola con los antiguos palacios sirios de Alalakh y Ugarit y los casi contemporáneos que también se excavaron en Siria. El visitante pasaba por una sala de acceso con pilares o pórtico, antes de entrar en el rectángulo de la gran «Sala del juicio», probablemente a través de una puerta que estaba sobre el lado mayor. Ese salón era la cámara principal de ceremonias, donde estaba instalado el trono del rey, sobre una de las paredes menores, quizá la izquierda. El trono era una pieza magnífica de marfil con adornos de oro. Seis escalones, cada uno flanqueado por leones de manufactura similar, conducían al trono, a su vez también flanqueado por leones. Algunos tronos menos elevados, que se ven en marfiles tallados de Megiddo y del sarcófago de Ahiram, procedente de Biblos, tienen una ornamentación semejante. Más allá de esa habitación, a través de una puerta que estaba sobre el otro lado mayor del rectángulo, el visitante pasaba a un patio interior, al cual se abrían las dependencias privadas del rey, de su reina y el harén.

Aunque no se ha excavado ni una sola piedra del Templo de Salomón, tal como ocurre con el palacio, es posible hacer una reconstrucción hipotética complementando la descripción detallada, aunque no siempre precisa, de la Biblia (*1 Reyes*, 6) con testimonios arqueológicos de distinto tipo. La construcción se inició en el cuarto año del reinado de Salomón y se completó en el undécimo. Su localización exacta es incierta, aunque es muy posible que los cimientos del «Santo de los santos» se abrieran sobre el promontorio rocoso hoy cubierto por la Cúpula de la Roca, con la entrada del Templo hacia el este. La madera llegaba del Líbano; la piedra se extraía de canteras locales. Se hizo una leva de israelitas para que trabajaran como albañiles y se contrató a hábiles artesanos fenicios, por lo que, se supone, el estilo de la construcción fue sobre todo fenicio.

El rasgo más distintivo de la planta, encontrada en los templos cananeos de Alalakh y de Jasor y en un templo sirio de Tainat que data del siglo IX, era la disposición de las habitaciones una tras otra en línea recta, dentro de un edificio que mantenía idéntico ancho en toda su longitud. Por dentro había una división en tres cámaras, cada una de las cuales se comunicaba con la siguiente: un vestíbulo o porche, una sala para la adoración y, por último, el «Santo de los santos» para el Arca. Por tres lados, había una serie de galerías y salas laterales dispuestas en tres plantas, cada una un codo más amplia que la inferior, de un modo que no resulta fácil reconstruir según el relato



Izquierda: planta baja de un depósito de la ciudad de Jasor (siglo IX), en el norte de Israel.

Arriba: capitel de piedra «protoeolio» de Jasor (Edad del Hierro), uno de los pocos elementos decorados de la arquitectura israelita arcaica.

bíblico. Hasta hoy, el único paralelo de este edificio hallado en Palestina es un templo, construido por primera vez en el siglo X a. C. en Arad. Este edificio tenía un patio con un «altar para quemar ofrendas» hecho de barro y piedras sin cortar, según los requisitos rituales; un porche con dos columnas y «bancos» bajos de mampostería; un «Santo de los santos» donde probablemente dos altares para el incienso flanqueaban la entrada, con una estela de piedra que tiene restos de pintura roja, y una zona pavimentada con piedras.

Modelos pequeños de santuarios, hechos en terracota y procedentes de Chipre, sugieren que las columnas Yakín y Boaz eran exentas, como los tradicionales *massebot*. Estos nombres aún esperan una explicación, pero o bien son dinásticos o se trata de frases que invocan la fuerza en nombre de Yahveh. El salón principal del Templo tenía amplias puertas exteriores y un juego de puertas dobles ante el «Santo de los Santos», ricamente ornamentadas con tallas cubiertas con lámina de oro. Sus paredes, como también las del «Santo de los Santos», estaban revestidas de madera de cedro, también tallada con profusión, con diseños de calabazas, palmeras y flores y diversas criaturas mitológicas. Alguna idea de estos dibujos, en miniatura, se puede vislumbrar gracias a los muchos fragmentos de marfil tallado, engastes para muebles de madera, también hechas por artesanos fenicios, que se recuperaron en grandes cantidades de los palacios reales asirios en Irak.

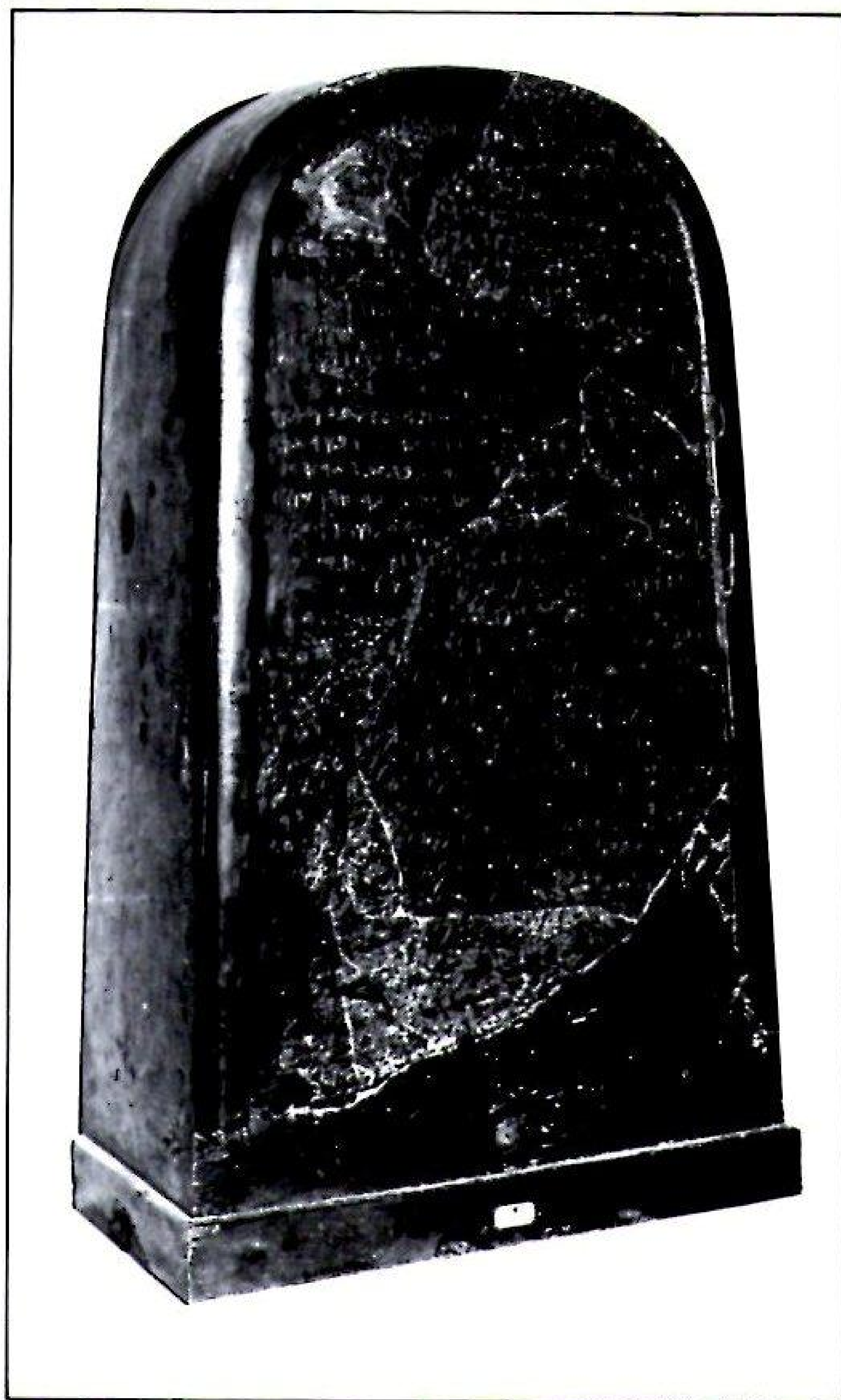
En el «Santo de los Santos» se guardaba el Arca de la Alianza. Sobre ella se alzaban dos grandes tallas de madera que representaban querubines, ambas revestidas de oro; los querubines cubrían el ancho de la sala y la mitad de su altura. En todas partes, la palabra querubín nombra a una criatura consejera de los dioses y protectora de los creyentes. Las mejores referencias de su aspecto que se conservan hacen pensar en una criatura alada con cuerpo de león y cabeza humana. Los querubines y el Arca se vieron como el trono y el escabel de Yahveh que, según los dogmas de la religión israelita, no podía estar representado por una imagen esculpida. Ni esta disposición ni la idea subyacente carecen de paralelo. En la iconografía cananea, los querubines flanquean los tronos de dioses y reyes. En otros países del Oriente Próximo a veces se han encontrado tronos vacíos entre el mobiliario del templo. Los Diez Mandamientos, instrumento oficial del pacto entre Yahveh y su pueblo, estaban dentro del Arca, tal como los pies de Yahveh, cosa que también se ajusta a una tradición establecida. Ramsés II, cuando habla de su tratado con el rey hitita, subraya:

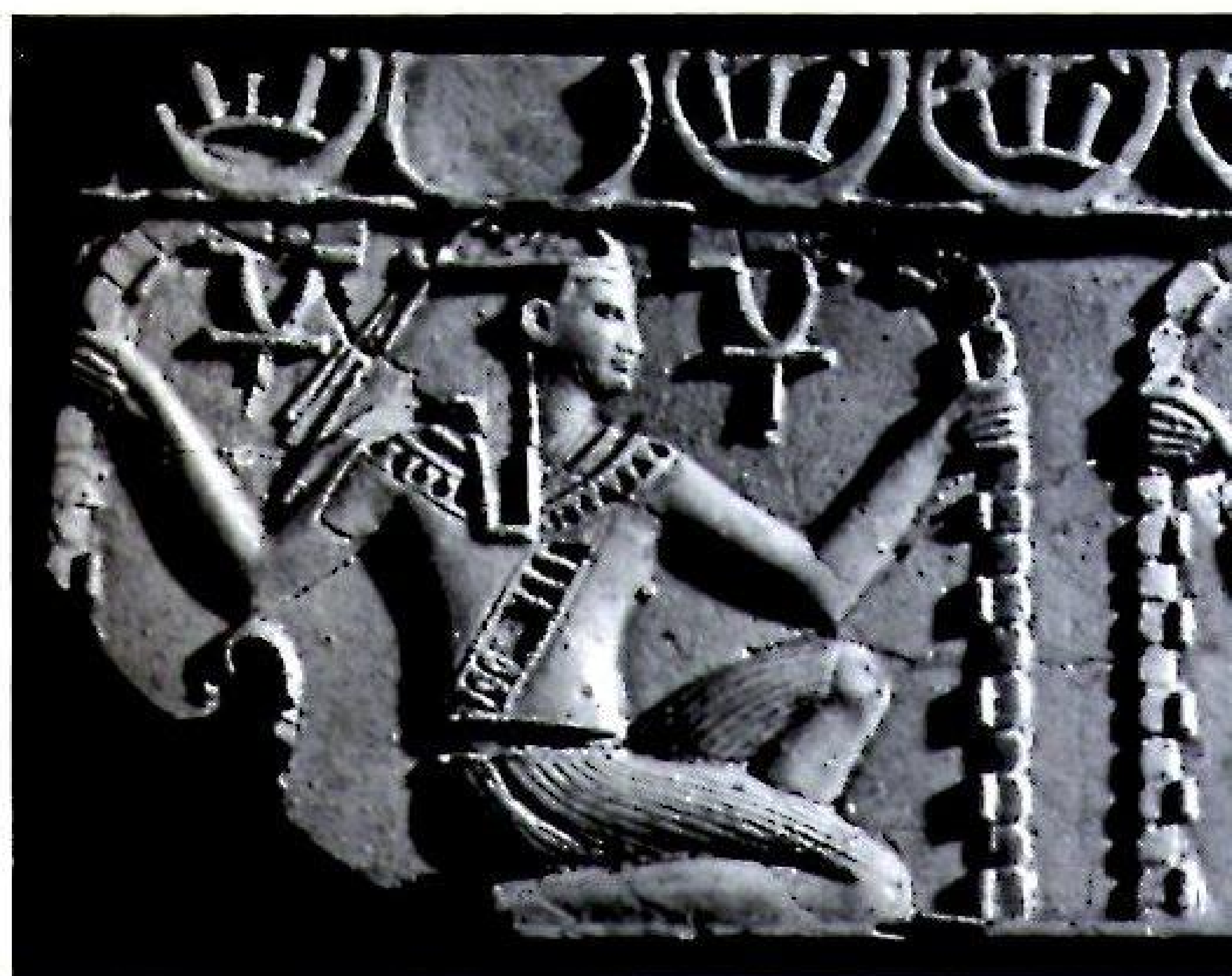
«El escrito del juramento [pacto] que hice para el Gran Rey, el Rey de Hatti, está debajo de la cara del dios Teshup [una deidad hitita]: los grandes dioses son los testigos del pacto». El otro mobiliario del Templo descrito en la Biblia, aunque no tiene paralelos exactamente contemporáneos, puede imaginarse con la ayuda de elementos menos elaborados provenientes de asentamientos de Palestina y Chipre.

El comentario más agudo sobre la naturaleza del reinado de Salomón es el hecho de que a su muerte se precipitara la división de los reinos. A pesar del carácter notable de las victorias militares y organizativas de David y de

los logros de Salomón como constructor, administrador y comerciante, ninguno de los dos resolvió el conflicto fundamental entre las antiguas tradiciones tribales y la nueva institución de la monarquía dinástica. En el norte en particular, las demandas dinásticas de la Casa de David se recibieron mal y el gobierno de Salomón se vio como una tiranía. Ya antes del fin de este reinado, Jeroboán, controlador de los trabajos en el norte, se vio obligado a refugiarse en Egipto, cuando los habitantes de la región septentrional lo consideraron como un posible monarca de Israel.

La división de los reinos. De no haber sido por la intransigencia de Roboam, el hijo de Salomón, es posible que la unidad de los reinos se hubiera mantenido durante más tiempo. Roboam (h. 922-915 a. C.) ascendió al trono de Judá en Jerusalén pero, cuando acudió a Siquem para que los representantes de las tribus del norte de Israel lo pro-





Arriba: placa de marfil fenicia con diseños egipcios y cavidades para engastes multicolores de cristal o *fritta*. Se encontró en Samaria y puede fecharse en el reinado de Ajab, aunque en la excavación apareció en un nivel de destrucción muy posterior.

Izquierda: estela del siglo IX a. C., procedente de Moab, con una inscripción del rey Mesá, en la que se registran las guerras con Israel.

Derecha: vista general del monte de Samaria al que Omrí trasladó la capital desde Tirsá: una posición estratégica excelente para la nueva capital.

clamaran rey, se enemistó con el pueblo de inmediato porque se negó de plano a aliviar las cargas instituidas por su padre. Así fue como se vio obligado a retirarse hacia el sur y Jeroboam, que había vuelto de Egipto, fue elegido para el trono del norte de Israel (h.922-901 a. C.); de un plumazo había desaparecido, virtualmente, el reino de David y Salomón: Israel y Judá quedaban como potencias menores, rodeadas por vecinos hostiles, con su economía muy debilitada por la pérdida de tributos y del monopolio antes ejercido en las rutas comerciales terrestres y por las luchas internas. Si Roboam había pensado en recuperar la parte septentrional de su reino, la invasión de Sesonq, el faraón egipcio, destrozó esas aspiraciones en el quinto año de su mandato.

A pesar de una larga lista topográfica de ciudades visitadas por el faraón, inscrita en Karnak, el curso exacto de su campaña se discute aún. Roboam se rindió rápidamente, pagó un tributo muy alto, vio cómo subían hacia el norte las tropas de Sesonq y dejaban a Jerusalén intacta. La devastación fue general; los niveles de destrucción reconocidos en las excavaciones de lugares como Tell Beit Mirsim, Bet Semes, Tell Jemmé, Tell Abu Hawam, Siquem y Megiddo se asociaron con esa invasión. Sesonq se instaló en Megiddo, donde sólo sobreviven restos de la maciza estela de triunfo erigida por orden suya. Jeroboam,



traidor a sus antiguos amigos egipcios, había cruzado el Jordán. Las fuerzas egipcias avanzaron hacia el sur, hasta Négueb y Arabá, para destruir la línea de fuertes salomónicos y de estaciones de mercaderes, incluidos centros como Arad y Esyón-Guéber. Pero para Egipto todo aquello fue inútil. Por fin Sesonq se retiró con un buen botín (quizá su único objetivo) e iba a pasar mucho tiempo antes de que los ejércitos egipcios volvieran a Palestina.

Como su historia posterior lo mostró con crudeza, Israel y Judá eran diferentes en aspectos fundamentales. Judá tenía una tradición dinástica relativamente estable; no así Israel, que resultaría crónicamente inestable. Judá, aunque de menor extensión y geografía menos favorecida, estaba mejor aislada de las amenazas exteriores e internamente era más homogénea. Las fronteras del norte y del este de Israel, expuestas a vecinos poderosos y depredadores, encerraban una numerosa población cananea. A mediados del siglo VIII, Israel fue el primero en experimentar esas fuerzas que se apoderarían de ambos reinos. La historia de Israel es la más confusa y, por cierto, su complejidad a menudo desconcierta al historiador.

Jeroboam tenía que crear los órganos de un estado y, además, establecer un culto religioso oficial. Primero sentó su capital en Siquem y después en Tirsá, la moderna Tell el Farah (Norte), ambas ciudades no israelitas en su origen y con afiliaciones tribales fuertes. Aunque con mucha astucia eligió dos centros de culto antiguos en extremos opuestos de su reino –Betel y Dan– como santuarios oficiales, Jeroboam tuvo una política religiosa mucho menos segura. Los toros dorados que erigió como pedestales para el dios invisible (Yahveh) se identificaban con demasiada facilidad con los cultos de fertilidad de Canaán y de los estados vecinos, como para que no se aplicaran al rey los cargos de herejía e idolatría.

A pesar de toda su habilidad, Jeroboam no consiguió crear un orden de sucesión estable. En los siguientes veinticinco años (h. 900-875 a. C.), los oficiales del ejército desafiaron con regularidad y éxito la sucesión del hijo del rey anterior y acompañaron sus triunfos con la matanza sistemática de la facción vencida. Esta tendencia autodestructiva se detuvo por unos años gracias a Omrí (h.876-869 a. C.), cuyo gobierno en un momento vital dio a Israel la estabilidad que tan necesaria era. Por el norte, el reino arameo de Damasco, bajo el mando de Ben Hadad I, cercaba poco a poco la frontera israelita, mientras que en el este, Asiria, una amenaza potencial más temible aún, entraba en uno de los períodos dinámicos y expansivos de su historia, con el reinado de Assurnasirpal II. Omrí comprendió, con gran sagacidad, que esas amenazas externas requerían lazos diplomáticos fuertes e inmediatos con vecinos como Judá y Fenicia (ambos sellados con matrimonios reales) y el control de reinos como Edom y Moab.



Detalle del «Obelisco negro» encontrado por Layard en Nínive (Irak) y hoy en el Museo Británico. Muestra a Jehú, rey de Israel, postrado ante el rey asirio Salmanasar III.



Placa de marfil del siglo IX; proviene de la localidad siria de Arslan Tash y es probable que represente al rey de Damasco Jazael, que luchó contra Salmanasar III de Asiria.

El reinado de Omrí fue breve, pero su hijo Ajab (h. 869-850 a. C.) se había casado, gracias a la diplomacia paterna, con la princesa fenicia Jezabel y cosechó lo sembrado por su padre en materia de dirección del Estado. Unidos momentáneamente ante la amenaza común, los reinos locales de Siria, con 2.000 carros y 10.000 hombres de infantería proporcionados por Ajab, detuvieron el avance de Salmanasar III de Asiria, hacia el año 853 a. C., en la batalla de Carcar, junto al río Orontes.

El registro arqueológico de este período en Palestina es más rico que el de la fase temprana de la Edad del Hierro. Los niveles excavados en la antigua ciudad de Tirsá, hoy Tell el Farah (Norte), fechada en el siglo X, revelaron una destrucción violenta, tras la que las casas privadas se reemplazaron con los cimientos de un edificio muy amplio, de paredes sólidas, que quedó inacabado. Esto hace pensar que hacia 876 a. C. Omrí destruyó la ciudad gobernada por Zimrí, que él mismo propuso su reconstrucción y que la abandonó al decidirse por otra capital en un centro nuevo de Samaria.

La nueva capital, mejor situada geográficamente para las comunicaciones con Fenicia y Judá, era ideal para la fortificación y no estaba ocupada por estructuras previas. Una pequeña meseta natural estaba rodeada con una muralla defensiva con casamatas, dentro de la que se alzaban el palacio real y las dependencias auxiliares. La cerámica más antigua es la inmediata subsiguiente al tipo más tardío de Tirsá, que al parecer durante un tiempo quedó deshabitada por la mudanza hacia Samaria. La edificación inicial continuó hasta bien entrado el reino de Ajab y, aunque se ha conservado poco más que cimientos y escasos capiteles protojónicos, indican un trabajo de calidad óptima, quizá de artesanos fenicios. Los restos de un gran vaso de alabastro con los cartuchos del faraón Sargón II (Osorkon) (h. 874-850 a. C.) pueden indicar una relación diplomática, más que simples lazos comerciales.

De los restos que dejó el posterior saqueo asirio de 721 a. C., los excavadores recuperaron fragmentos de taraceas de marfil para muebles, enriquecidas con hoja de oro e incrustaciones de elementos de color, que se asociaron con la descripción bíblica de la «casa de marfil» de Ajab, aunque estas pieza tal vez no sean tan antiguas. Como Fenicia, la tierra de la reina, era renombrada por sus artesanías y técnicas, es posible que esos muebles y también las placas murales decoradas fueran del gusto de Jezabel. A Ajab, o al reinado posterior, pertenece una reconstrucción radical de la zona palaciega de Megiddo para crear un sector cerrado como el de Samaria. Los depósitos (antiguamente conocidos como «establos de Salomón») y un gran pozo para el agua, con un túnel de acceso, sugieren que la im-



Santuario de la Edad del Hierro, destinado a un culto heterodoxo, cerca de la Fuente de la Virgen, sobre el monte Ofel, Jerusalén.

portancia de este centro como ciudad estratégica con guarnición militar fue la consideración principal en esos cambios. En Jasor también se fortaleció la ciudad para responder a la amenaza aramea y se creó un vasto sistema de abastecimiento de agua con un pozo y un túnel de acceso a él bien diseñados, para poder resistir ante cualquier asedio.

Profetas y paganos. A pesar de todo, como lo deja bien claro el relato bíblico, la amenaza más seria a la integridad de Israel eran las tensiones internas. Jezabel había conservado el culto de deidades fenicias como Baal, Melkart y Asherah y donde quiera que iba la corte, allí establecía adoratorios y llevaba sacerdotes para sus dioses. Su ferviente celo misionero para ese culto y la corriente oculta de tradición cananea que sobrevivía en Israel, en sí mismo parte de Canaán, amenazaba por primera vez con superar al culto oficial a Yahveh. En todo el país se establecieron santuarios y altares al aire libre, se plantaron árboles sagrados en honor de las diosas de la fertilidad, se instalaron incensarios y se fabricaron grandes cantidades de figurillas de mujeres desnudas o vestidas, de barro cocido, a la antigua manera cananea. En esta situación, los profetas de Yahveh se dividieron. Los complacientes aceptaron el nuevo orden, al menos en términos nominales; los intransigentes, con Elías a la cabeza, formaron una oposición potente, aunque aislada al principio.

Desde su comienzo en la época de los Jueces, el movimiento profético se había preocupado tanto de la reforma moral y política como de la restauración religiosa. Sus miembros eran hombres que se creían elegidos de Dios para un fin especial, cuyo conocimiento les llegaba por inspiración divina. Sus vidas se transformaron y su misión resultó ser compulsiva. Al principio, en el siglo IX, como Elías y Eliseo, eran hombres de fe exaltada y dados a la acción, como lo revela el vital relato bíblico de sus carreras. En el siglo VIII, aunque herederos de esa tradición, ya eran hombres de palabras, profetas oraculares de la destrucción; entre ellos están el pobre labriego Amós, con un sentido abrumador de la injusticia social y la explotación económica, siempre en busca de recuperar la religión tradicional y la moralidad social; Osías, atormentado por un matrimonio desdichado, que concebía a Israel como una mujer adúltera que rechaza su solemne alianza con el benefactor Yahveh y la conminaba a volver al yahvismo puro, primigenio y, por encima de todos, Isaías, el noble estadista, arrebatado por los acontecimientos mismos que presagiaban el juicio divino, con sus visiones vigorosas de un Yahveh temible y un sentimiento hondo del desastre inminente.

Cuando Ajab murió en la batalla contra los arameos, subieron al trono sus hijos Ocozías y, tras su muerte prematura, Joram. Desde el extranjero, Moab y los arameos amenazaban a Joram. En 1868 y por casualidad, se encontró una estela en el extremo suroriental del *tell* de Dhiban (antigua Dibón), en la que el rey moabita Mesá había inscrito sus victorias sobre Israel y refiere la (re)construcción de «Qarhoh», posiblemente la propia Dibón o parte de ella.

En Israel, el profeta Eliseo encabezó entonces un movimiento, cada día más fuerte, para oponerse a la religión cortesana sustentada por la reina madre Jezabel. La tensión creciente estalló al fin en un golpe de estado del ejército dirigido, hacia 842 a. C., por Jehú, a quien Eliseo había ungido rey, uniendo contra la Casa de Omrí a todos los elementos conservadores de la corte y las zonas rurales. Cuando los reyes de Israel y de Judá se reunieron para discutir con Jehú, fueron asesinados. Al asesinato siguió una purga sangrienta, con pocos paralelos en la historia del país, en la familia de Ajab, en la corte (incluida Jezabel) y entre los sacerdotes y fieles de Baal.

Judá, aunque nunca llegó a tales extremos, no se libró de disputas religiosas comparables. Durante el reinado de Roboam, la madre del rey, que era ammonita, y la esposa favorita del monarca, Maaká, de ascendencia aramea, practicaron y difundieron sus cultos paganos nativos. En tiempos de los hijos de Maaká, Abiyyam (h. 915-913 a. C.) y Asá (h. 913-873 a. C.), el partido de la reina madre tuvo el poder hasta que el segundo, al llegar a la mayoría de edad, oficialmente destruyó los cultos paganos. La lucha con el vecino Israel había cesado por entonces y, bajo el mando de Josafat (h. 873-849 a. C.), Judá volvió a disfrutar de paz y prosperidad. Los sistemas judicial y fiscal se reformaron, mediante la aplicación de una supervi-

sión gubernamental más estrecha, lo que contribuyó a evitar, en cierta medida, los agravios sociales y económicos que habían crecido en Israel contra los omridas. La alianza con Israel, asegurada por el matrimonio de otro Joram, de Judá (h. 849-842 a. C.), con Atalía, miembro de la Casa de Omrí, llevó el culto de Baal a Judá. Ocozías, su hijo, apenas había reinado un año cuando Jehú lo asesinó, durante la revuelta que encabezó en Israel, como se ha dicho. La enérgica reina madre se apoderó del trono vacante, se libró de la oposición y extendió la influencia de los sacerdotes de Baal. Al cabo de cinco años, se entronizó a Joás –hijo de Ocozías, criado por su tía, mujer del sumo sacerdote Yehoyadá– con el apoyo de la guardia real. La reina Atalía fue ejecutada y los santuarios de Baal, destruidos.

El reinado de Joás (h. 837-800 a. C.) está poco documentado. El debilitamiento progresivo del apoyo real al yahvismo y el fracaso militar parecen haber sido un estímulo para la oposición y, por último, llevaron al asesinato del rey y a la entronización de su hijo Amasías (h. 800-783 a. C.) quien, después de reconquistar Edom, se vio comprometido en una guerra con Israel, por la forma en que había tratado a los mercenarios israelitas. Joás de Israel, aunque vencedor, quedó satisfecho con la humillación de Amasías y no intentó arrasar la tierra de Judá.

Entretanto, Asiria hacía sentir su fuerza creciente en el norte. Hacia 841 a. C., Salmanasar III comandó una campaña en Siria, en la que probablemente destruyó Jasor, antes de llegar al monte Carmelo y dirigirse a Fenicia, más al norte. Jehú le pagó tributo, un hecho que registra y



representa el famoso «Obelisco negro» asirio, conservado en el Museo Británico. En la inscripción de este monumento, Israel aparece para los asirios como «la Tierra de la Casa de Omrí» y el usurpador Jehú como «hijo de Omrí», un giro irónico para aludir a su verdadera posición. Después de la retirada asiria, Israel quedó bajo el dominio del enérgico Jazael, instalado en Damasco, que también dominó Transjordania y obtuvo tributo de Judá. Pero cuando, a fines del siglo IX, el rey asirio Adadnirari III invadió Siria e impuso un tributo a Israel, se desvaneció el poder de Damasco. Con la debilidad interna de Asiria, preocupada por su gran rival, Urartu, en Turquía oriental, Israel y Judá disfrutaron de un período tranquilo, con el gobierno de reyes más o menos hábiles.

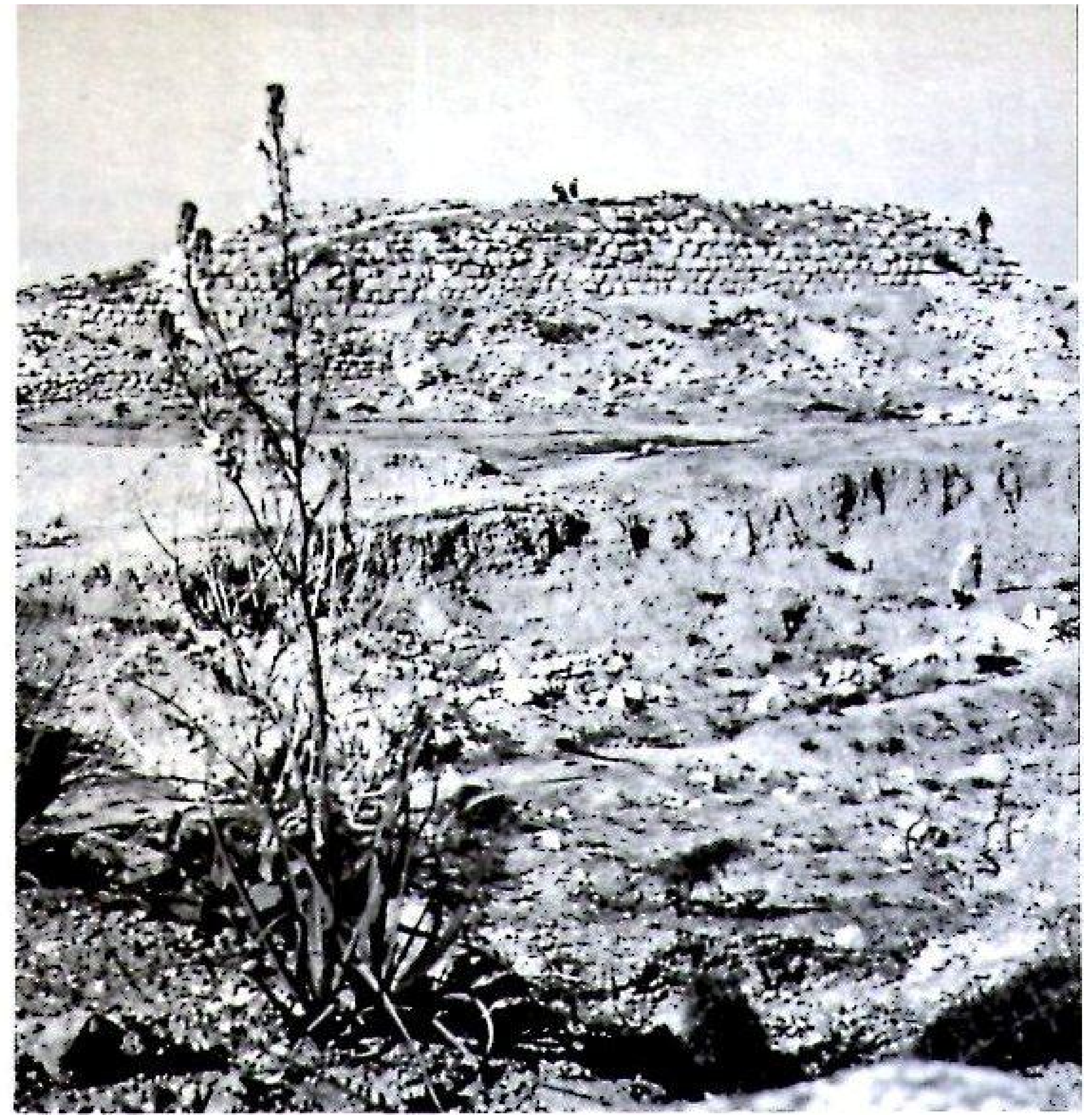
Con las dos naciones en paz, Jeroboam II de Israel (h. 786-746 a. C.) y Ozías de Judá (h. 783-742 a. C.) devolvieron a la zona situada bajo su autoridad una superficie semejante a la que tuviera en tiempos de Salomón. El comercio interior y exterior floreció. Se restauró el puerto de Esyón-Guéber y se construyeron fortalezas, como las de Kades-Barnea y Horvat Uzza, cerca de Arad, para proteger las rutas de las caravanas a través del desierto. Por entonces surgieron muchos poblados en gran parte del Négueb. Es probable que al reinado de Jeroboam II pertenezcan los registros de consignaciones de aceite y vino escritos con tinta sobre fragmentos de cerámica, hallados durante las excavaciones hechas en Samaria. Estos recibos de tributos pagados en especie incluyen nombres personales compuestos con el de Baal, al menos tantos como los que tienen el de Yahveh, un testimonio pequeño pero



Izquierda: detalle de un relieve asirio que muestra al ejército de Senaquerib durante el asedio de Lakísh.

Arriba: prisioneros israelitas tomados por el ejército del rey Senaquerib en Lakísh, en los relieves del palacio del monarca en Nínive (Irak).


Puerta interior de la ciudad de Tell ed-Duweir (antigua Lakísh), tal como la descubrieron los arqueólogos británicos en el decenio de 1930.


Ruinas de un pequeño palacio del siglo V a. C., destinado a un gobernador persa y construido en la cima del montículo en Lakísh (Tell ed-Duweir).

significativo de las tendencias de la sociedad contemporánea que los profetas clásicos, a punto de surgir por primera vez a mediados del siglo VIII, iban a condenar cada vez más.

La arqueología aún no ha revelado ninguna prueba definitiva sobre los santuarios y rituales de los cultos heterodoxos que tienen un papel tan importante en la historia bíblica de este período. Un centro posible de esa adoración se descubrió al pie de las lomas orientales del Ofel, en Jerusalén, junto a la muralla de la ciudad y a la Fuente de la Virgen. Allí se encontró toda una serie de cuevas naturales llenas de cerámica y estatuillas de mujeres y animales hechas de barro cocido, pero no había huesos que sugirieran enterramientos. Junto a una de las cuevas, al menos, había un santuario de piedra construido contra la roca, con dos columnas, tal vez *massebot*, en una de sus pequeñas cámaras y un altar sobre un saliente de piedra, más arriba. La cerámica parecía haber sido depositada en las cuevas para que nadie las profanara con el uso corriente tras su empleo en ritos religiosos. La posición de extramuros de estos santuarios y las estatuillas humanas, que recuerdan a las figurillas de la fertilidad cananeas, casi sin duda indican cultos paganos. La mayoría de la cerámica relacionada se fecha hacia 700 a. C.

La amenaza asiria. Hasta mediados del siglo VIII a. C., en sus incursiones hacia el oeste, los asirios iban en busca de botín y tributos, en campañas devastadoras, repetidas con regularidad. Con el ascenso al trono de Teglatfalasar III (h. 745-727 a. C.), ante toda señal de resistencia a su condición de dominadora militar y económica de Siria y Palestina, Asiria aplicó una política de ocupación territorial y deportaciones, mantenida por los monarcas siguientes. Sobre esta época, las inscripciones reales asirias y, más tarde, la Crónica babilonia dan una información histórica, cada vez más abundante, que complementa la registrada en el Antiguo Testamento.

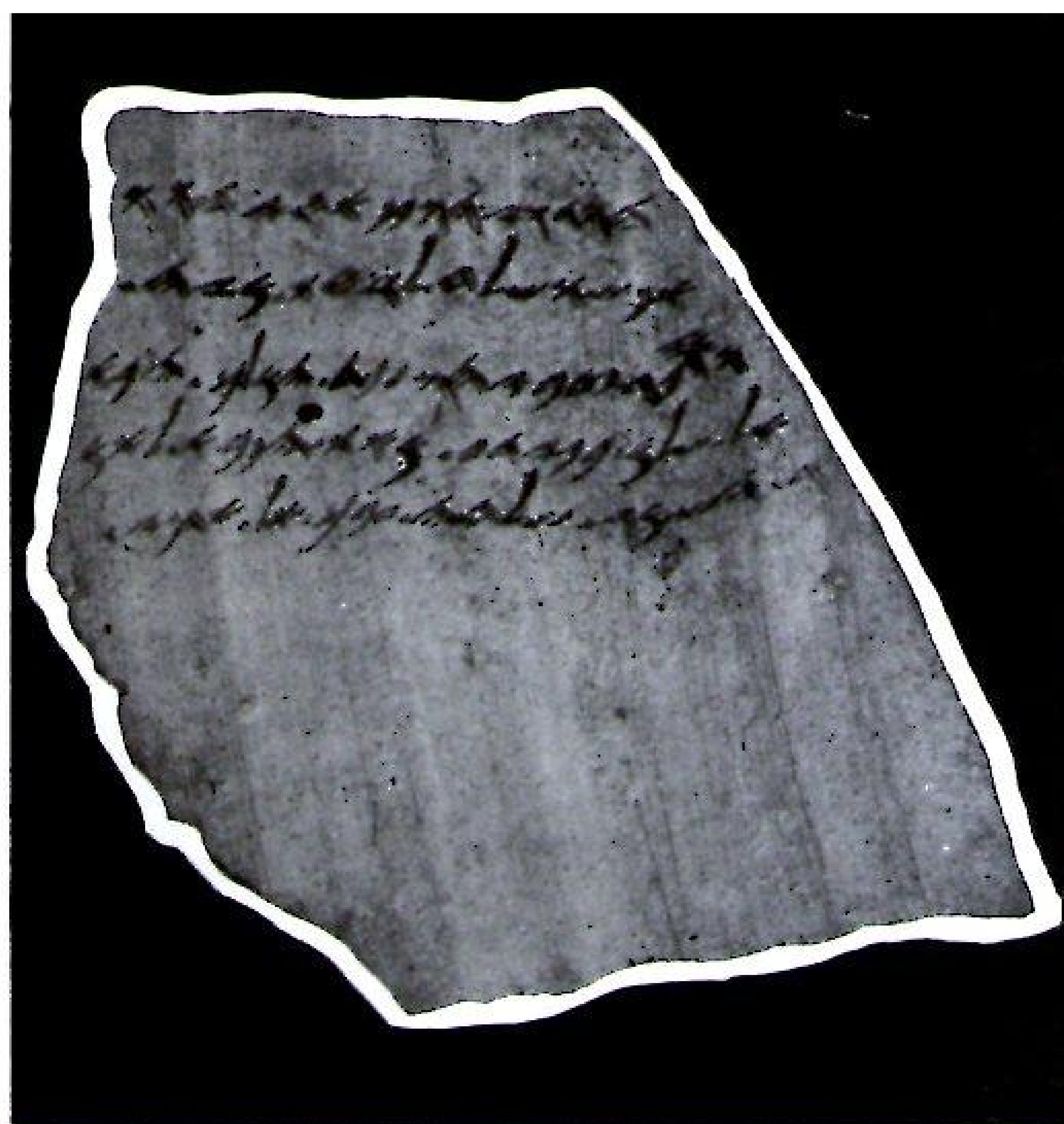
Tras la muerte de Jeroboam, resurgió la inherente tendencia israelita a la anarquía. En diez años, cinco reyes planearon su ascenso al trono mediante asesinatos. La ley y el orden desaparecieron, el paganismo se imponía. En 743 a. C., en la ciudad siria de Arpad, el rey de Israel Menajem (h. 745-738 a. C.) se sometía formalmente a Teglatfalasar III, cosa que no hizo, sin embargo, Ozías de Judá, que aparece en las listas de rebeldes. Ante la tremenda política predatoria de los asirios, ni siquiera un soberano vigoroso podría haber resistido y sólo un imprudente habría iniciado un conflicto abierto. Pero Pecaj de Israel (h. 737-732 a. C.), para fortalecer sus planes de resistencia ante Asiria, recurrió a las armas con el fin de obligar a Judá a una resistencia positiva ante la amenaza exterior. Edom, por el este, y Filistea, por el oeste, también se vieron arrastradas contra Judá. Ante tales presiones, Ajaz de Judá (h. 735-715 a. C.), ignorando la advertencia de Isaías y, como se vería con el tiempo, el reparo previsor contra esa actitud, invocó la ayuda de Teglatfalasar III para enfrentar a sus enemigos, para convencerlo de lo cual le mandó regalos espléndidos. La reacción del monarca asirio fue inmediata y de terrible eficacia. Israel, arrasada, quedó reducida

a una pequeña comarca en torno a Samaria y las provincias de Dor, Megiddo y Galaad. La ciudad de Jasor, el importante baluarte septentrional, resultó destruida.

En Samaria, rebeldes proasirios asesinaron a Pecaj; de inmediato subió al trono Oseas (h. 732-724 a. C.) que, en principio, capituló y pagó tributo a Asiria. Pero después de la muerte de Teglatfalasar, quien había sofocado un levantamiento en Babilonia, Oseas se rebeló contra el nuevo soberano asirio y pidió ayuda –que fue ineficaz– a un faraón egipcio, probablemente Sargón IV. Aunque moriría en su hora de triunfo, Salmanasar V avanzó hacia el oeste, tomó Siquem, apresó y deportó a Oseas y después ocupó Samaria en 722-721 a. C. Su sucesor, Sargón II, aplastó posteriores intentos de rebelión y, en lo que quedaba de Israel, implantó el sistema provincial asirio. Se deportó a muchos habitantes a Siria, al este y oeste del Éufrates; en los años siguientes, se reemplazaría a esa población con gentes del sur de Irak, que se mezclaron con los nativos para convertirse en antepasados de los samaritanos a los que, por esto, Judá despreciaría por su mezcla racial. Para los profetas, la caída de Samaria –sólo superada desde su punto de vista por el posterior cautiverio babilonio– confirmó su interpretación de la historia de Israel: la destrucción significaba el juicio divino de Israel por la violación de la alianza con Yahveh.

Para vengarse de Israel, Ajaz pagó el precio de la libertad. La exigencia de tributos excesivos abrumó a un país que por entonces ya había perdido Edom y su puerto sobre el mar Rojo. La subordinación a Asiria implicaba la subordinación a sus dioses, que entraron en el Templo de Jerusalén. Entonces se introdujeron los cultos astrales, la dedicación de caballos y carros al dios-sol y otros ritos asirio-babilonios. Pero esto no era lo peor porque, en general, Ajaz había tolerado los cultos extranjeros e incluso en una ocasión había ofrecido a su propio hijo para cumplir un voto. Nuevas presiones políticas recayeron sobre Judá cuando en Egipto se estableció la dinastía XXV, cuyos faraones estaban deseosos de intervenir en Palestina contra Asiria. Cuando Asdod y otras ciudades filisteas se rebelaron entre 714 y 712, con la promesa de ayuda egipcia, Judá resistió sin auxilio. Cayó Asdod, en cuyas excavaciones se encontraron fragmentos de una estela asiria; la comarca se reorganizó como provincia asiria. El jefe rebelde, que había huido a Egipto, fue entregado a Asiria. En Nínive, Layard encontró un sello del faraón contemporáneo Sabaká (Shabakon), que muestra al rey egipcio triunfante, con sus títulos inscritos en la parte superior.

En Megiddo, la arqueología reveló con detalle los efectos más generales de la influencia asiria. Sobre las ruinas de los edificios reales y administrativos del estrato IV, se



Arriba: trozo de cerámica procedente de Lakísh; tiene escrito un mensaje que refleja la tensión ante el inminente ataque babilonio.

Abajo: ruinas de las terrazas del Ofel después del ataque de Nabucodonosor.





Excavaciones alemanas en Babilonia a principios de este siglo; revelaron estas estructuras celulares de ladrillos de barro que, se piensa, sirvieron como base para grandes terrazas en las que estarían plantados los legendarios «jardines colgantes».

construyó una ciudad de pequeñas casas privadas, dentro de parcelas más o menos rectangulares, sin duda parte de un trazado urbano de un tipo nunca visto antes en Palestina. No sólo las casas privadas sino también algunos edificios públicos se construyeron según diseños que tenían una fuente asiria. El palacio de un gobernador en Tell Jemmé tenía bóvedas de ladrillo, que también pudieron ser un diseño de constructores asirios. La presencia de funcionarios asirios de alto rango se advierte en algunas ciudades gracias al hallazgo de piezas de cerámica de gran calidad, llamada «cerámica de palacio», muy semejantes a las encontradas en los palacios asirios de Nemrod, ciudad destruida hacia 614 a. C., y en contraste marcado con las vasijas palestinas tradicionales de este período. Una pequeña ciudad del siglo VIII, quizá destruida por el ejército de Senaquerib, empieza a desenterrarse en Beersheba. En el trazado destaca una calle que rodea toda la ciudad por el lado interno de las murallas. Las casas estaban entre la muralla defensiva con casamatas y la carretera, al otro lado de la cual había casas que en general tenían cuatro habitaciones, una más ancha y tres alargadas, divididas por una fila de columnas. Los depósitos para almacenar cereales, vino y aceite estaban situados cerca de la entrada a la ciudad, que también contaba con un pequeño santuario. Los edificios públicos principales se alzaban en el centro de la ciudad, en un espacio levemente elevado.

Ezequías, reformador en materia religiosa y antiasirio en política, sucedió a su padre, Ajaz, en el trono de Judá hacia 715 a. C. y gobernó hasta 687 o 686 a. C. Las prácticas e imágenes de culto paganas se desterraron de Jerusalén y se hizo, sin éxito, un intento de cerrar los santuarios locales, en los que durante tanto tiempo se practicaron cultos no ortodoxos. Poco se sabe de las reformas sociales y económicas contemporáneas. El testimonio arqueológico de una innovación administrativa en esta época pueden darlo las muy analizadas asas de recipientes de almacenamiento, estampadas con el escarabajo real de cuatro alas, la palabra *lmlk*, «real», y un nombre de lugar, ya sea Hebrón, Zif, Socó o el enigmático *mm–t*. Otras medidas fueron pensadas para llevar adelante la política antiasiria de Ezequías. Se reforzaron las defensas de Jerusalén, se llevó agua desde la Fuente de la Virgen (Guijón) hasta la ciudad amurallada de Ofel a través de un túnel cavado en la roca que llegaba hasta la Alberca de Siloam. En el túnel se grabó la famosa inscripción, hoy en Estambul, en el punto en que se encontraron las cuadrillas de excavadores que avanzaban desde ambos extremos. Albright tradujo una parte:

«[Y], cuando aún quedaban por cavar tres codos, se oyó) la voz de un hombre que llamaba a su compañero... Y cuando el túnel quedó abierto, los canteros terminaron de picar (la piedra), cada hombre frente a su compañero, hacha con hacha». Se aprovisionó a las ciudades centrales de Judá y, a expensas de Gaza y Edom, se ampliaron las fronteras, a la vez que se enviaban cartas con una petición, infructuosa, de obtener el apoyo de la población israelita en Megiddo y Samaria.

Cuando Senaquerib sucedió a Sargón en 704 a. C., Ezequías se negó formalmente a pagar tributo, ya que estaba comprometido en una red de conjuras que, desde

Egipto a Babilonia, quería destronar al nuevo rey. De la campaña de Senaquerib –si es que fue una sola y no dos, como creen algunos estudiosos– tenemos no pocos datos a través de la Biblia y de registros asirios. En 701, los asirios avanzaron por la costa hacia el sur, tomaron Ascalón y Egrón y después se volvieron hacia Judá para sitiar Lakísh. Este hecho se representó con precisión en una serie de relieves de piedra, en el palacio de Senaquerib, en Nínive, hoy conservados en el Museo Británico. Fueron muchas las ciudades de Judea tomadas y Ezequías envió, desde Jerusalén, un altísimo tributo. Senaquerib sitió esta ciudad y exigió la rendición. En esos momentos, de pronto, los asirios se retiraron, o bien acosados por una epidemia o bien por acontecimientos adversos en su tierra. Pocos años después murió Ezequías, a quien sucedió su joven hijo Manasés (h. 687-642 a. C.), durante cuyo reinado se mantuvo una política de lealtad a Asiria, aun después del asesinato de Senaquerib.

En los años centrales del mandato de Manasés, hubo todo un decenio de campañas asirias, más o menos continuas, contra Egipto, comandadas por Asarjaddón o Assurbanipal (h. 673-663 a. C.); los registros asirios mencionan a Manasés como vasallo que contribuía con materiales en los proyectos de construcción locales de su real señor y en las guerras externas en Egipto. Estos aspectos convencionales del vasallaje se corresponden con la reaparición de los dioses asirios en Judá: Manasés llegó a repudiar por completo las reformas religiosas de su padre. Los cultos paganos florecieron en todas partes, se volvió a los ritos de fertilidad arcaicos y al ritual de la prostitución sagrada, a las artes adivinatorias y a la práctica de la magia. Para los ojos muy ortodoxos de los autores de los *Libros de los Reyes*, y no sin razón, Manasés fue el peor monarca que tuviera jamás el país. Sin embargo, en la época de su muerte, el Imperio asirio había empezado a desintegrarse. Amón, hijo de Manasés, fue asesinado tras un breve reinado de dos años; le sucedió Josías, un niño de ocho años. Los consejeros del rey rechazaron la alianza con los asirios, al principio cautamente y después, a medida que la gran potencia se preocupaba cada día más por los problemas que surgían en otros puntos del Imperio, lo hicieron con mayor energía. Se apropiaron de las provincias de Samaria, Megiddo y Galaad y la autoridad del soberano de Judá se extendió hasta las costas del mar.

Hay testimonios del control que Josías alcanzó en la región costera; en las excavaciones hechas en una fortaleza en forma de L de Mesad Hashaviahu, se recuperaron documentos hebreos y abundante cantidad de piezas cerámicas griegas orientales, lo que data la ocupación en el último tercio del siglo VII a. C. Está en discusión si los griegos asentados en ese centro constituían una comunidad de mercaderes o, cosa más probable, eran un grupo de mercenarios de Jonia y Caria (Asia Menor occidental), como los que contrató, según se sabe, el faraón Psamético I. La inscripción más larga es una carta, hallada entre las ruinas de una sala de guardia, dirigida al gobernador local por un pobre segador que pide la devolución de las ropas que le ha arrebatado un supervisor. Los mercenarios griegos (*kittim*) aparecen otra vez en una inscripción de Tell Arad, fechada hacia 600 a. C. En los fragmentos de cerámica de esa época y lugar se leen, sobre todo, pedidos de abastecimiento de vino, aceite o cereales, hechos por un hombre llamado Eliashib, encargado del aprovisionamiento militar de la región. También contienen lo que parece ser una referencia directa al Templo de Jerusalén: «la Casa de Yahveh».

La ortodoxia de Josías le aseguró un lugar muy favorable en la tradición, ya que puso en marcha la reforma religiosa más profunda hasta entonces enfocada. Se depuró y restauró el Templo de Jerusalén, de él salieron las deidades asirias, los cultos solar y astral, los ritos adivinatorios y los mágicos, las prácticas locales paganas y, con ellos, los sacerdotes, eunucos y prostitutas. Por fin, se cerraron los lugares altos y santuarios situados fuera de Jerusalén, entre ellos el pequeño templo excavado en Arad; los sacerdotes que oficiaban en esos sitios quedaron absorbidos por un culto centralizado en Jerusalén. Esta política se aplicó con idéntico celo en todas las provincias septentrionales recién recuperadas y hasta en la misma Galilea.

Dominadores babilonios: exilio y regreso. Cuando las consecuencias de estos cambios se hicieron visibles, Judá estaba amenazada, una vez más, por un agresor mesopotámico. Entre 612 y 610 a. C., una alianza de babilonios y medos había invadido Asiria, capturado Nínive y después, tras tomar Jarán, llegó a eliminar los últimos restos de gobierno asirio. Sin embargo, para apoyar a los asirios, un ejército egipcio al mando de Necao II avanzó por la llanura costera de Palestina hasta Megiddo, donde Josías trató de detenerlo, por razones desconocidas; el rey de Judá fue muerto en batalla y durante unos años Egipto ejerció el poder en Israel y Judá a través del rey vasallo Yoyaquim, quien impuso un tributo altísimo al pueblo para pagar lo que exigía el faraón. Ante tales presiones, el movimiento de reforma religiosa se diluyó y sus opositores se vieron en libertad para volver a sus prácticas anteriores. A pesar de las presiones económicas que debía soportar, Yoyaquim se construyó un nuevo palacio con obreros forzados, un edificio que se puede igualar con otra construcción de este período, excavada en Ramat Rahel, al sur de Jerusalén.

Entretanto, Nabucodonosor II de Babilonia derrotó a los egipcios y avanzó por Siria hasta Filistea, donde destruyó Ascalón y deportó a sus habitantes. Hacia 603 a. C., Yoyaquim se alió con el nuevo invasor y Judá no sufrió daños, pero el rey tenía otra cosa en mente. Cuando Nabucodonosor volvió a su Babilonia, tras una victoria pírrica sobre los egipcios, Yoyaquim se rebeló y murió poco después. Su joven hijo Joaquín entregó Jerusalén en el año 597 a. C. y fue llevado a Babilonia, junto a la mayor parte de sus cortesanos y grandes cantidades de botín, incluido el tesoro del Templo. Las tablillas de barro halladas por excavadores alemanes en Babilonia, fechadas entre los años 10º y 35º del reinado de Nabucodonosor II, registran envíos de aceite para los prisioneros de guerra y servidores de la casa real, entre ellos Yoyaquim, sus hijos y otros judíos. En Judá, subía al trono el tío del rey cautivo, Sedecías.

La posición de Sedecías era incómoda, porque muchos aún veían a Yoyaquim como soberano legítimo de Judá y existía una corriente oculta de fuertes sentimientos antibabilonios que, al cabo de cinco años, ya había precipitado a Judá en una rebelión final y desastrosa. A principios de 588 a. C., el ejército babilonio estaba otra vez en Judá y avanzaba sobre Jerusalén. La investigación arqueológica en diversos sitios de ese derrotero ha dado testimonio de la devastación que el avance produjo. Muchas ciudades quedaron destruidas para no volver a levantarse jamás y sus habitantes fueron deportados. Por ejemplo, en Lakísh (Tell ed-Duweir), la excavación ha desenterrado una ciudad importante, devastada e incendiada tras un asalto (596 a. C.), cuyas murallas y casas se reconstruyeron para sufrir otra destrucción menos de un decenio más tarde. En una de las torres de entrada de esta última ciudad, se encontraron algunas cartas escritas por oficiales y comandantes con tinta sobre trozos de cerámica, donde se refleja con dramatismo el desastre inminente: «Y quiera (mi señor) saber que aguardamos las señales de Lakísh, según todas las indicaciones por mi señor dadas, pues no podemos ver Azeká».

Tras esa toma, en el verano de 587 a. C., Jerusalén sufrió el saqueo y los atacantes arrasaron sus murallas hasta el suelo. Las excavaciones de las lomas orientales del Ofel revelaron algo de esta destrucción, en la que las casas levantadas sobre la cumbre de la loma y las grandes terrazas que las sostenían se derruyeron y cayeron al pie de la elevación. Los administradores que no pasaron por una ejecución sumaria sufrieron, junto a buena parte de la población, la deportación a Babilonia. Hubo un breve intento de convertir a Judá en provincia del Imperio babilonio con un gobernador nativo, pero no prosperó y, después de otras deportaciones (582 a. C.), Judá quedó incluida en la vecina provincia de Samaria. Algunos judíos partieron hacia Egipto en esta ocasión y los más notables fueron los que se constituyeron en colonia militar en Elefantina, junto a la primera catarata del Nilo, probablemente a las órdenes del faraón Apries.

En Babilonia, los exiliados –quizá entre 15 y 20.000 personas– se asentaron en aldeas destinadas a ellos y tuvieron libertad para ganarse la vida como mejor pudieran, llevar una vida en comunidad y mantener sus tradiciones. Aunque los profetas Ezequiel y Jeremías instaron a la resignación, las aspiraciones políticas seguían vivas y, tras la muerte de Yoyaquim, se fundaban en su nieto Zorobabel. No podía ser de otro modo en comunidades que tenían a las figuras principales de la vida civil y religiosa judía. En la propia Palestina, la arqueología ha mostrado la escasez de asentamientos y de cultura material en esos tiempos.

Durante su primer año de triunfo sobre Babilonia (538 a. C.), el rey persa Ciro devolvió a la comunidad judía su culto y sus tierras palestinas. En *Esdras*, 6, 3-5 se conserva el original en arameo de un memorándum de la decisión oral del rey sobre ese asunto, en tanto que *Esdras*, 1, 2-4 cita en hebreo la proclamación real de esa decisión tal como fuera anunciada por los heraldos a los más directamente afectados por ella. El Templo se reconstruiría, según determinadas especificaciones, con fondos del tesoro real y las vasijas del Templo arrebatadas por Nabucodonosor se devolverían. El primer grupo en retornar, bajo las órdenes de Sasabassar, el hijo de Joaquín –que iba como gobernador, no como rey–, aunque no existen registros, habrá puesto las bases para que se cumpliera la decisión del rey persa, en circunstancias que no podían ser fáciles. Sin embargo, muchos judíos iban a quedarse voluntariamente en su nueva tierra babilonia.

Sasabassar murió y le sucedió su sobrino Zorobabel. Al cabo de años de lentos avances e incertidumbres, Darío por fin confirmó el decreto original de Ciro, que se encontró en los reales archivos de Ecbatana, en Irán, y dio instrucciones al gobernador persa local para que facilitara la construcción del Templo en todo lo posible. El nuevo edificio se consagró hacia 515 a. C. Quienes visitan Jerusalén todavía hoy pueden ver, a menos de 30 m al norte del actual ángulo de la plataforma del Templo de Herodes, una línea divisoria en la mampostería: herodiana hacia el lado sur pero muy distinta sobre el lado norte. Este trabajo de piedra se parece a la sillería de Sidón y Biblos en el período persa tanto como para sugerir el trabajo de los canteros de Zorobabel. Aunque el Templo volvió a alzarse, no ocurrió lo mismo con la monarquía israelí y no se sabe cuál fue el destino de Zorobabel. Palestina había pasado a formar parte del vasto Imperio persa.

Persépolis: el palacio del Gran Rey

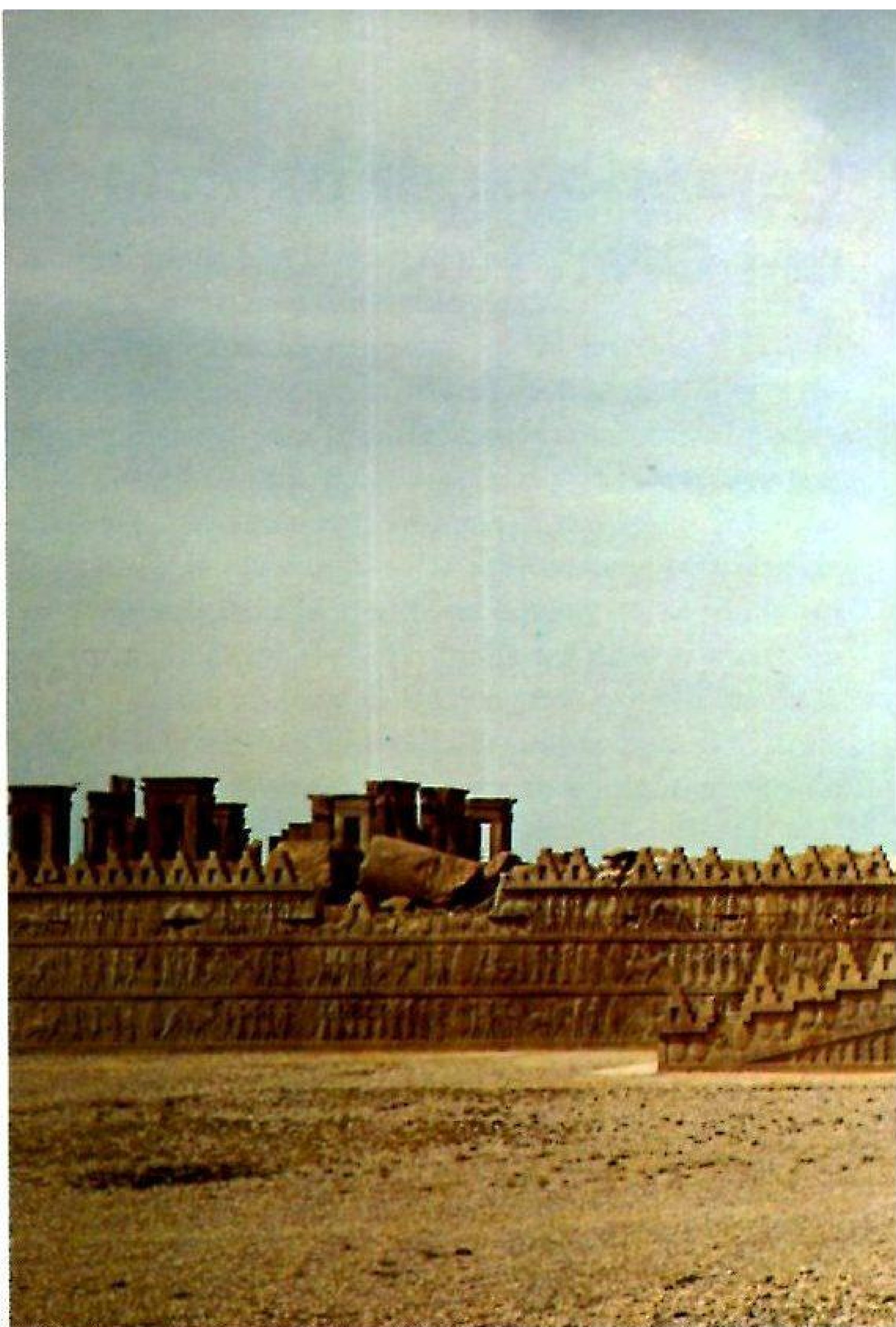
Cuando Alejandro Magno incendió Persépolis en el año 330 a. C., ya fuera para satisfacer el capricho de una cortesana durante una fiesta o para vengar a Atenas, saqueada por los persas en 480 a. C., destruyó el símbolo supremo del último y mayor de los imperios del Oriente Próximo antiguo. Esta ciudad es una especie de enigma, a pesar de todo. Nunca fue la capital administrativa del Imperio persa, ni siquiera la residencia veraniega favorita, y los escritores griegos casi no la mencionan. Fundada por Darío I, se convirtió en el lugar al que los reyes aqueménidas acudían con regularidad para celebrar las conquistas de sus reales antecesores, en ceremonias religiosas y recepciones diplomáticas, y donde se hacían enterrar. La mayor parte de la ciudad se construyó en los tiempos de Artajerjes I y muy poco trabajo más se llevó adelante, hasta poco antes del fin del Imperio persa.

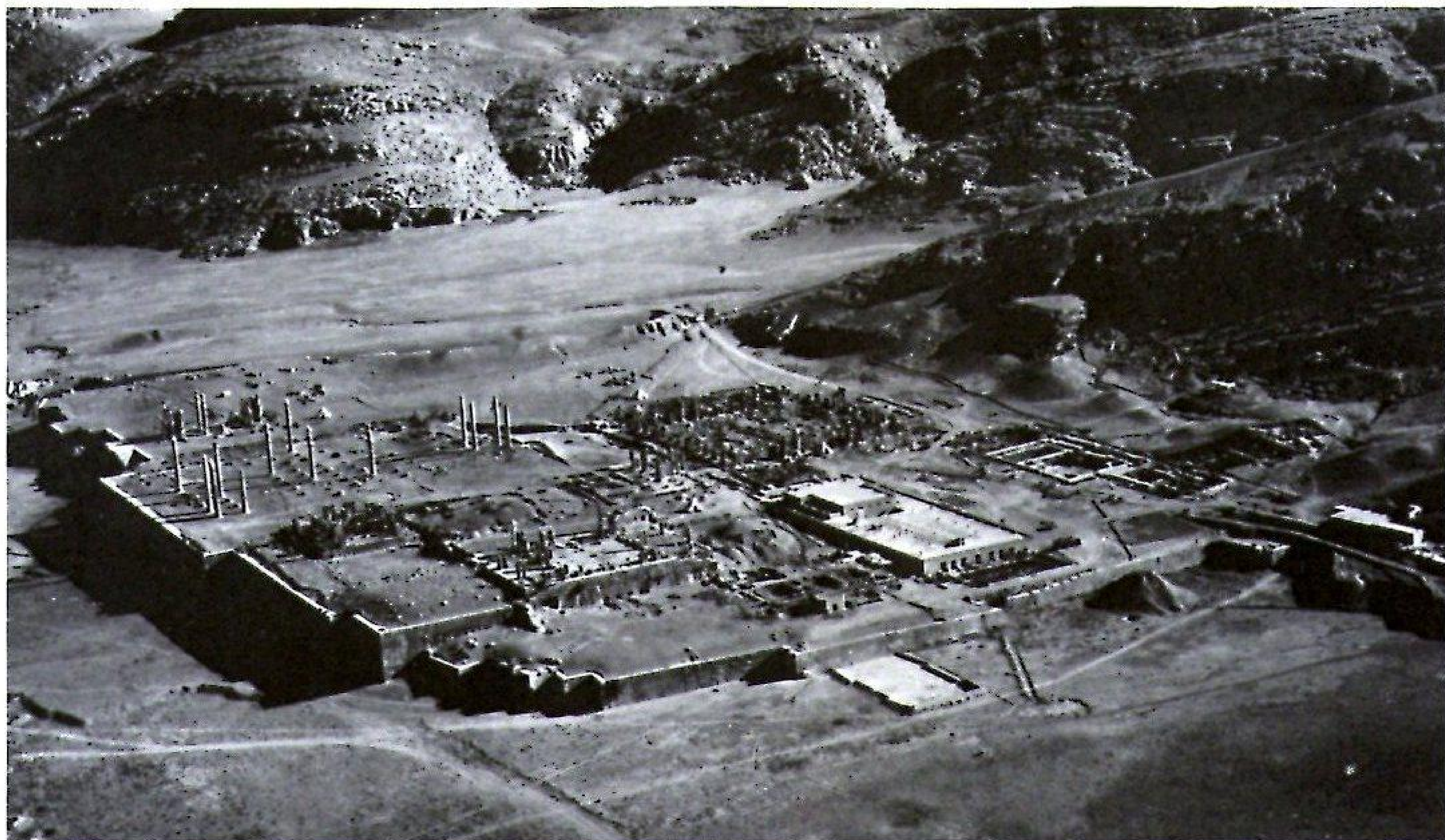


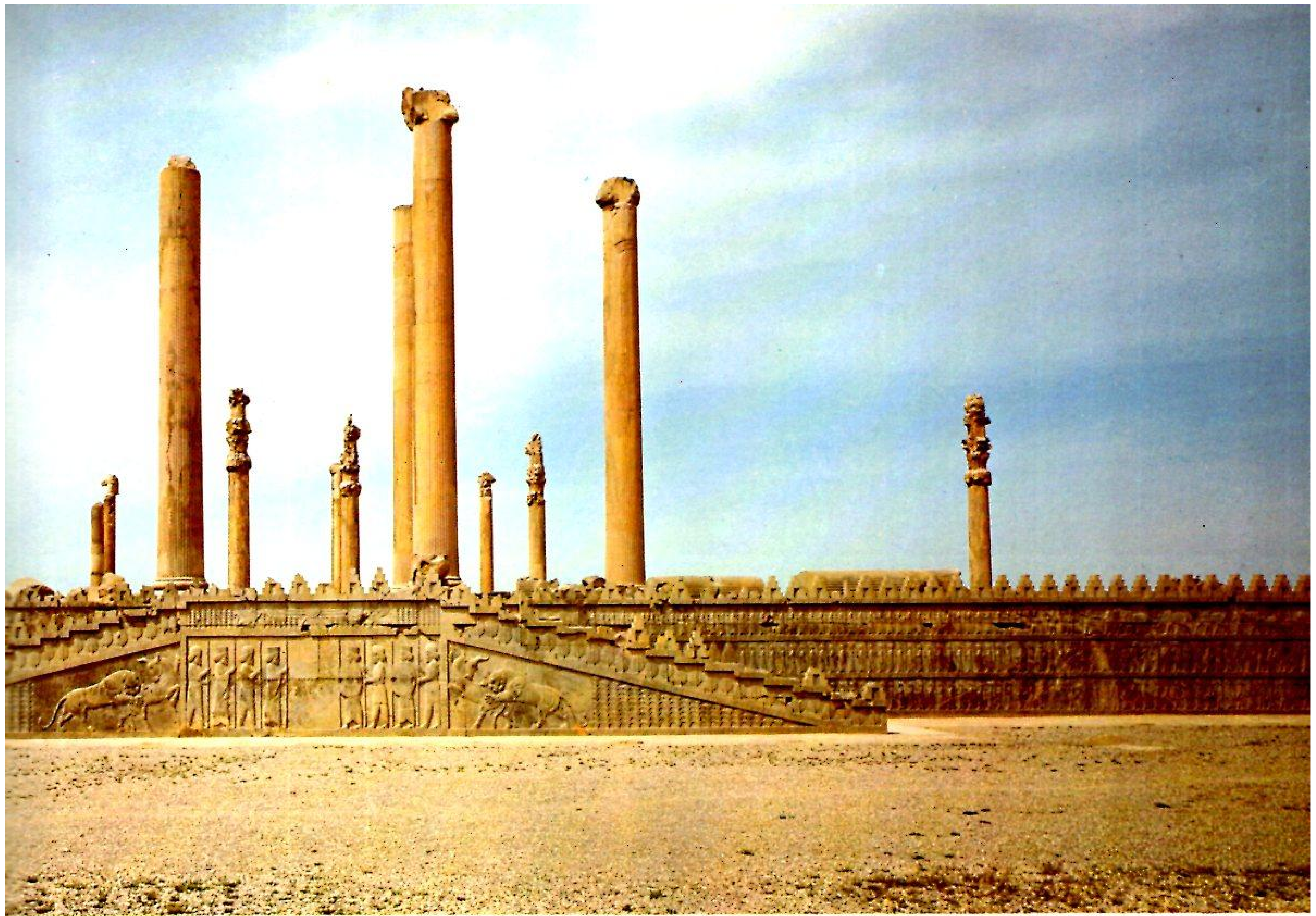
Abajo: cabeza de un joven príncipe persa, hecha con *fritta* azul de Egipto; lleva una corona almenada como una muralla. Los ojos originalmente eran piedras incrustadas. Se encontró en Persépolis y data de los siglos V o IV a. C.

Derecha: a pesar de la excavación y el estudio intensivos, la función exacta de cada edificio que hay sobre la Terraza de Persépolis es algo aún sujeto a discusión. No se sabe siquiera si los palacios eran residenciales o estaban destinados sólo a grandes ceremonias; en este caso, el rey y la corte se alojarían en los palacios y campamentos de tiendas de la llanura inferior. Parece que todas las procesiones importantes se hacían en esa llanura.





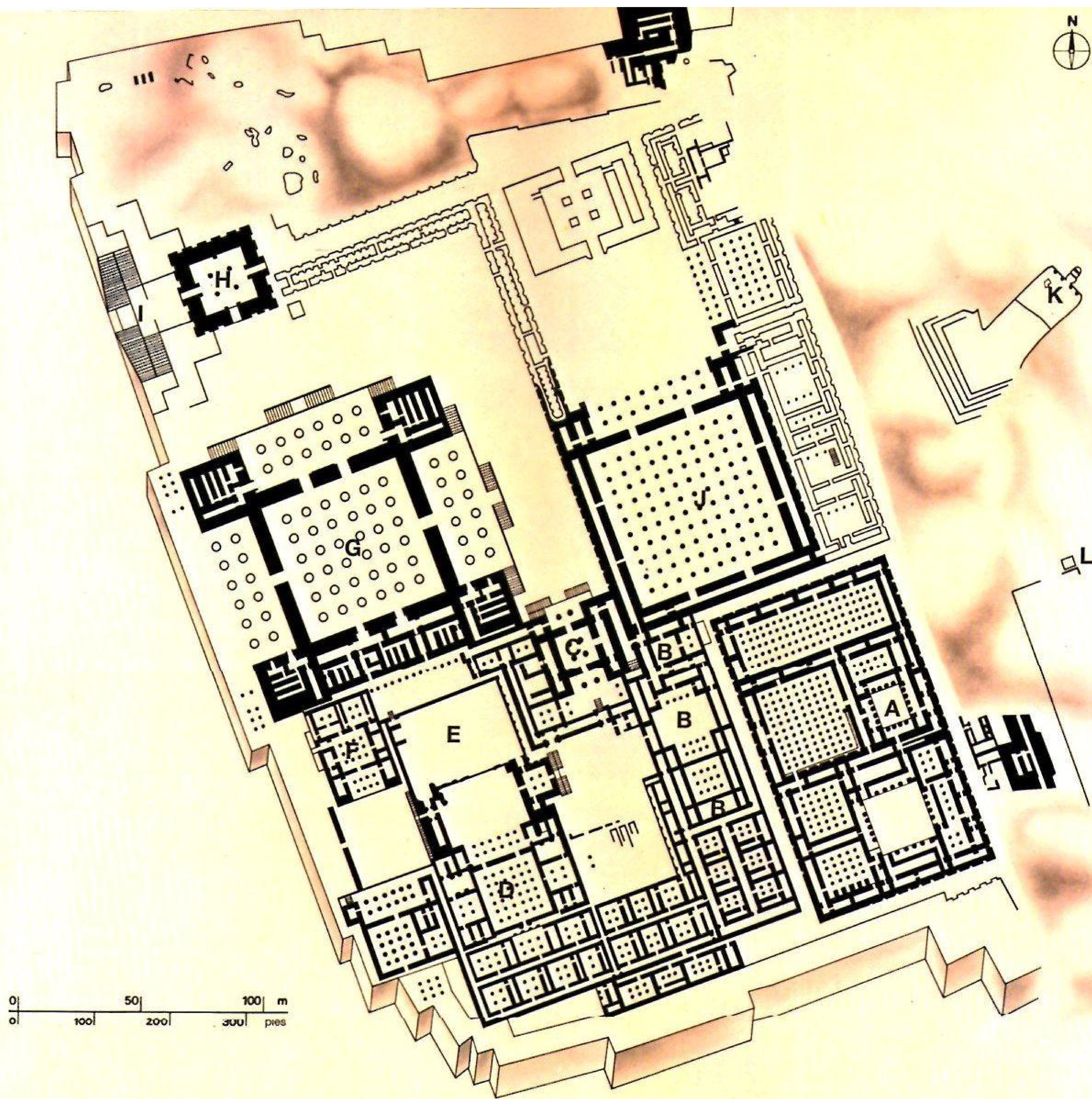




Izquierda: vista aérea tomada en el decenio de 1930; muestra la gran terraza de Persépolis y el promontorio rocoso al pie de las montañas, que formaba el corazón de la ciudad. En tiempos estuvo rodeada de gruesas murallas de ladrillos de barro. Dentro, distribuidos con irregularidad, se alzaban palacios, salas de reunión, depósitos, edificios administrativos y barracas.

Derecha: personal que trabajaba delante del edificio restaurado del harén, en las excavaciones americanas de Persépolis, bajo la dirección del Dr. Erich Schmidt, en el decenio de 1930. El edificio restaurado hace las veces de museo, depósito y taller de trabajo. Aunque las tareas de excavación y restauración todavía continúan, la monumental publicación de Schmidt sobre este trabajo, editada en tres volúmenes, sigue siendo una de las obras maestras de la arqueología del Oriente Próximo.





Cuando se observa un plano de Persépolis, no es fácil ver con claridad el esquema general del desarrollo arquitectónico iniciado por Darío I y, virtualmente, completado por sus dos sucesores inmediatos. Algunos edificios quedaron inconclusos y muchos detalles parecen casuales. La gran puerta de entrada, con sus toros alados guardianes, fue construida por Jerjes. Sobre el lado oeste de la Terraza está la sala de recepción o Apadana y contigua, una serie de palacios privados con sus edificios auxiliares. Al este se alzan el Salón del trono, una sala hipóstila, y los depósitos adyacentes, dependencias y barracas.

A Tesoro
B Harén
C *Tripylon* (Triple puerta)
D Palacio de Jerjes
E Edificio en ruinas
F Palacio de Darío I
G Sala de audiencias de Darío (Apadana)
H Casa de entrada de Jerjes
I Escaleras hacia la Terraza
J Salón del trono de Jerjes
K Tumba real
L Cisterna



Abajo: otra vista de las excavaciones de Persépolis (decenio de 1930); se trata del acceso al Salón del trono, cuya construcción inició Jerjes y terminó Artajerjes I.

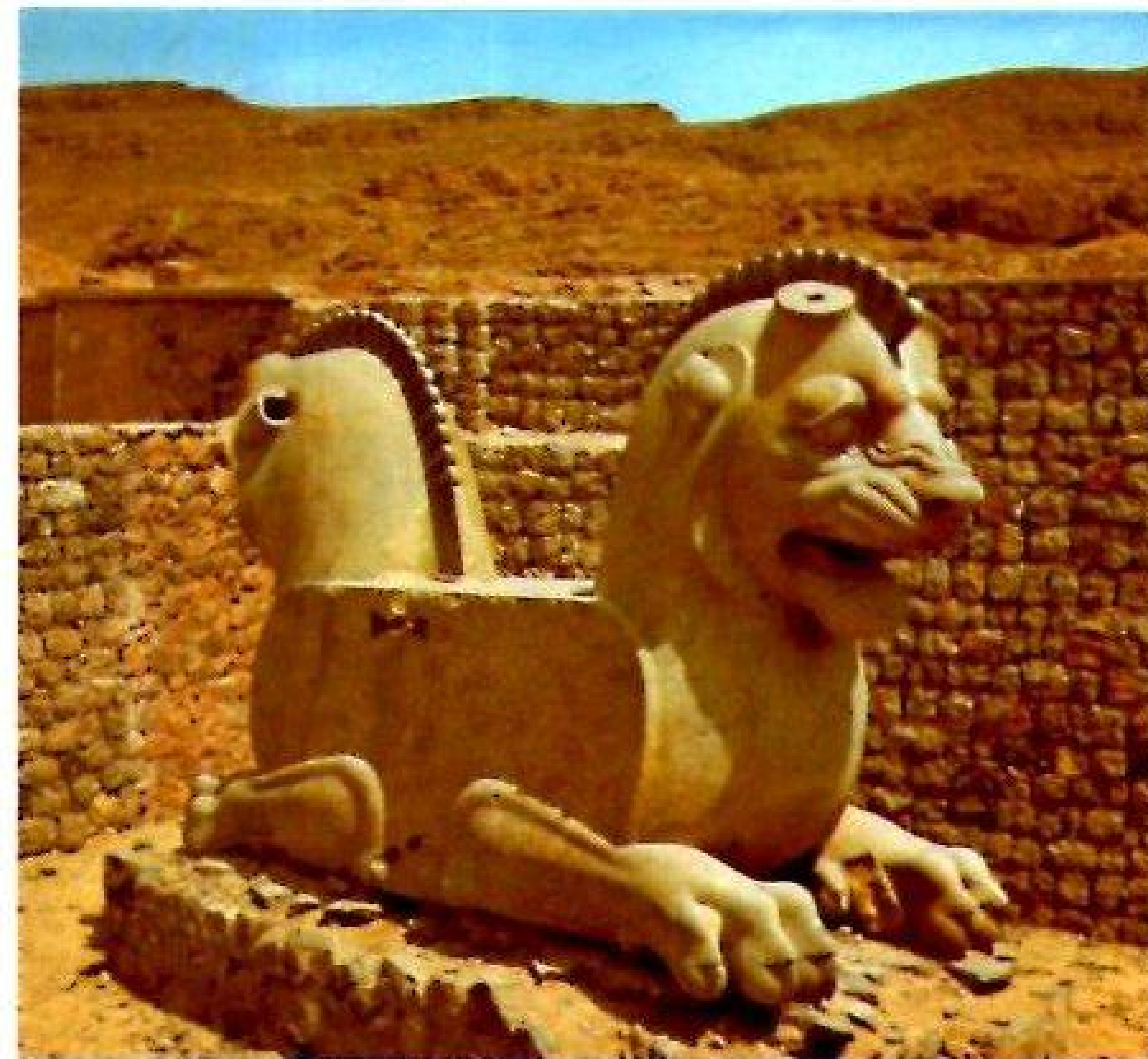
Arriba: por el lado sureste de la Apadana se alza el *Tripylon*. Los muros de la escalera pequeña están decorados con figuras de sirvientes; los de la más grande, con nobles y soldados medos y persas.

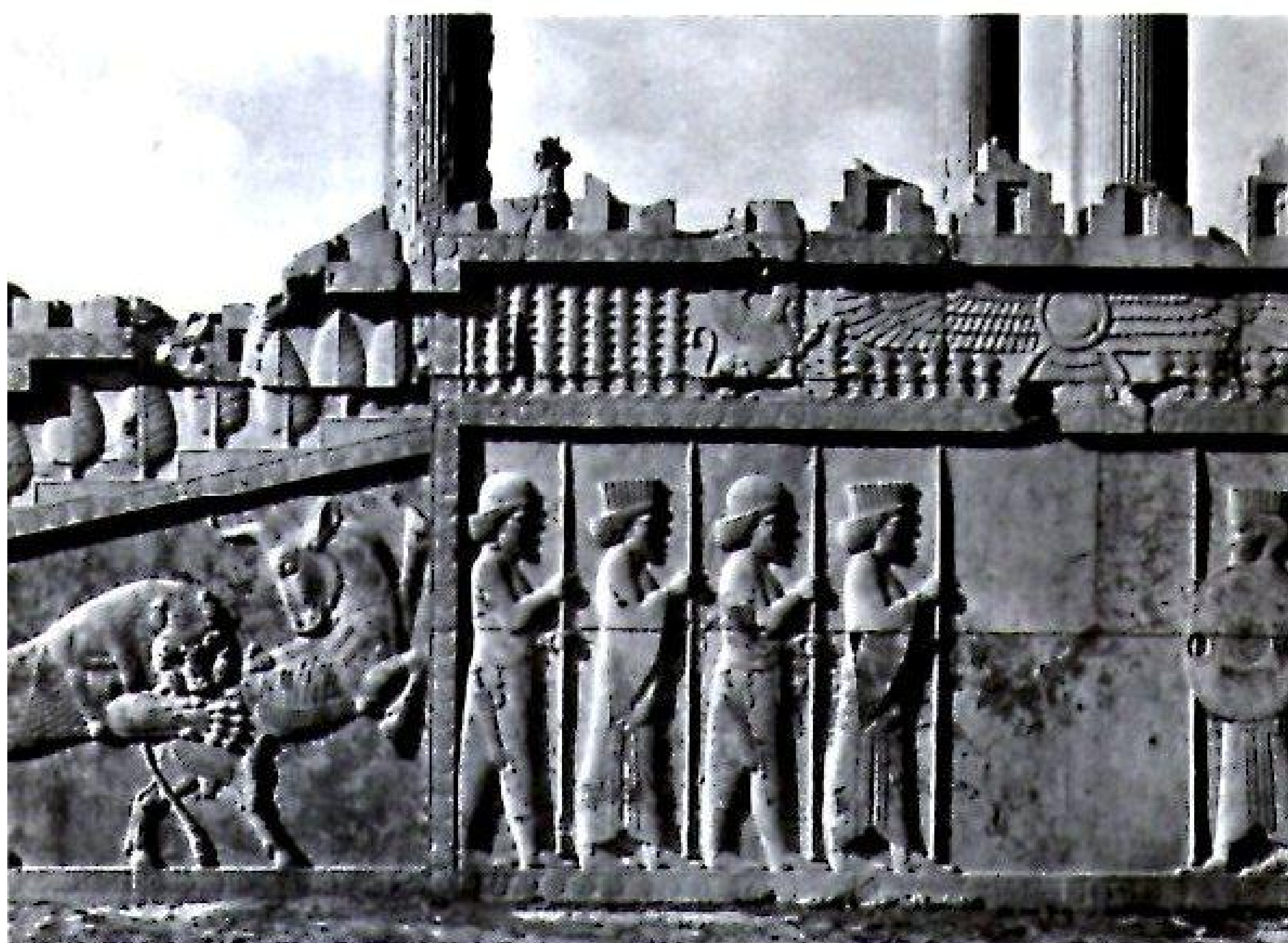


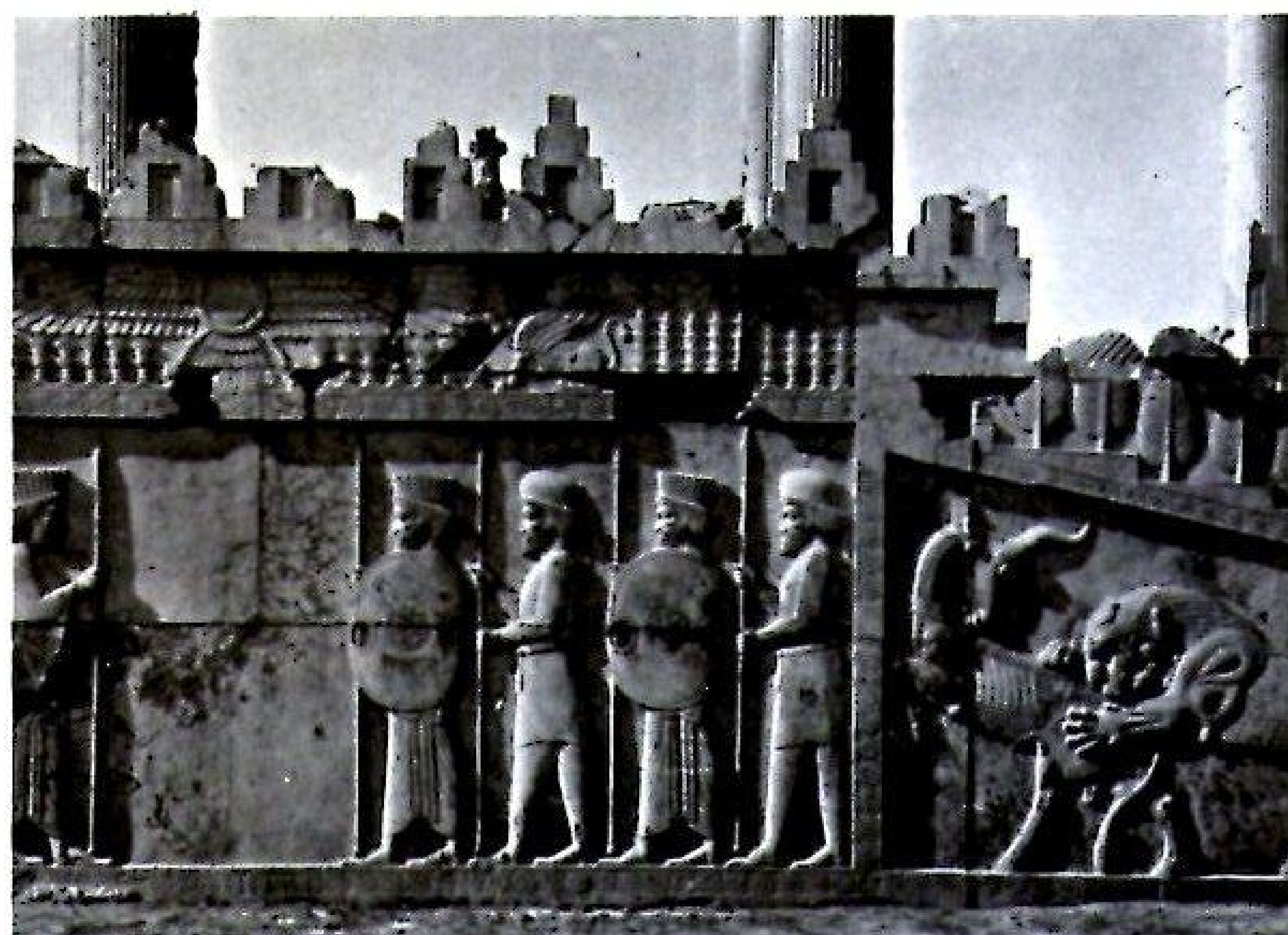
Derecha: magnífico capitel de una de las muchas columnas que hicieron de la Apadana un edificio notable entre todos los del mundo antiguo. Esta obra se inició durante el reinado de Darío y prosiguió en los de Jerjes y Artajerjes I. Hoy sus altas murallas de ladrillo de barro pintadas han desaparecido y ya no quedan más que las ruinas de sus columnas de piedra maciza y sus puertas.

Extremo derecho: relieves de la Apadana que muestran delegaciones de diversos puntos del Imperio persa. Aquí los sirios (nº 6) pasan entre filas de guardias medos y persas. Cada delegación se distingue por sus ropas y, en menor grado, por los presentes que lleva, por lo común oro en láminas, joyas, ricas telas y animales.

Abajo: panel principal de las esculturas de la escaleras de la Apadana; originalmente mostraba al rey persa en su trono, con la corona de príncipe detrás, con sus ayudantes, como si recibiera a las delegaciones esculpidas en el resto de las escaleras. Ese panel se llevó al Tesoro y fue sustituido por estos otros, en relieve, quizá en tiempos de Artajerjes I.





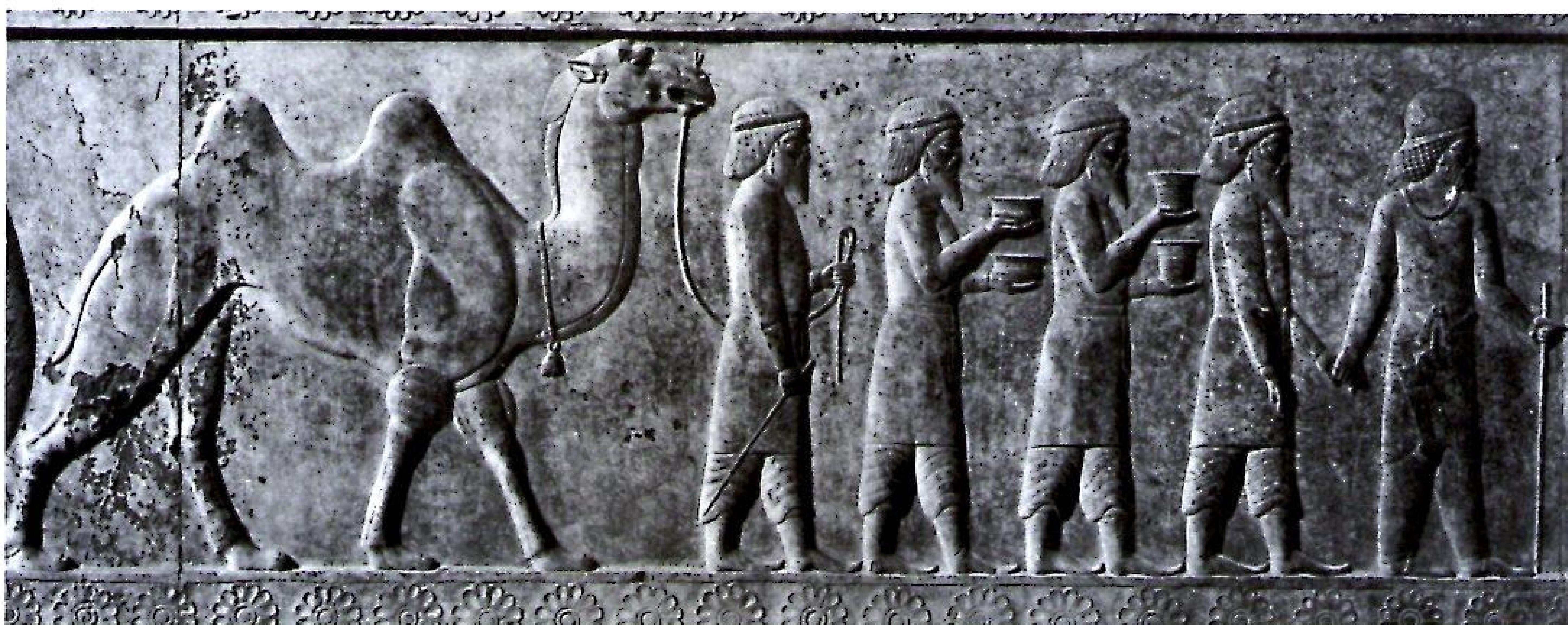




Izquierda: fila de servidores que llevan platos y crías de animales, quizá destinados al sacrificio y no a la alimentación; están esculpidos en la escalera sur del Palacio de Darío.

Derecha: el rey persa y dos siervos tallados en la jamba de la puerta sur del salón principal del Palacio de Darío. Un camarero imberbe con una redoma de cosméticos y una toalla, relieve de la jamba de la puerta oeste de la sala 12 del Palacio de Darío.





Arriba: delegación nº 15, los bactrianos, conducidos por un ujier medo; aquí están presentados con sus trajes típicos; llevan oro laminado y el camello tan característico de su tierra, al este de Irán.

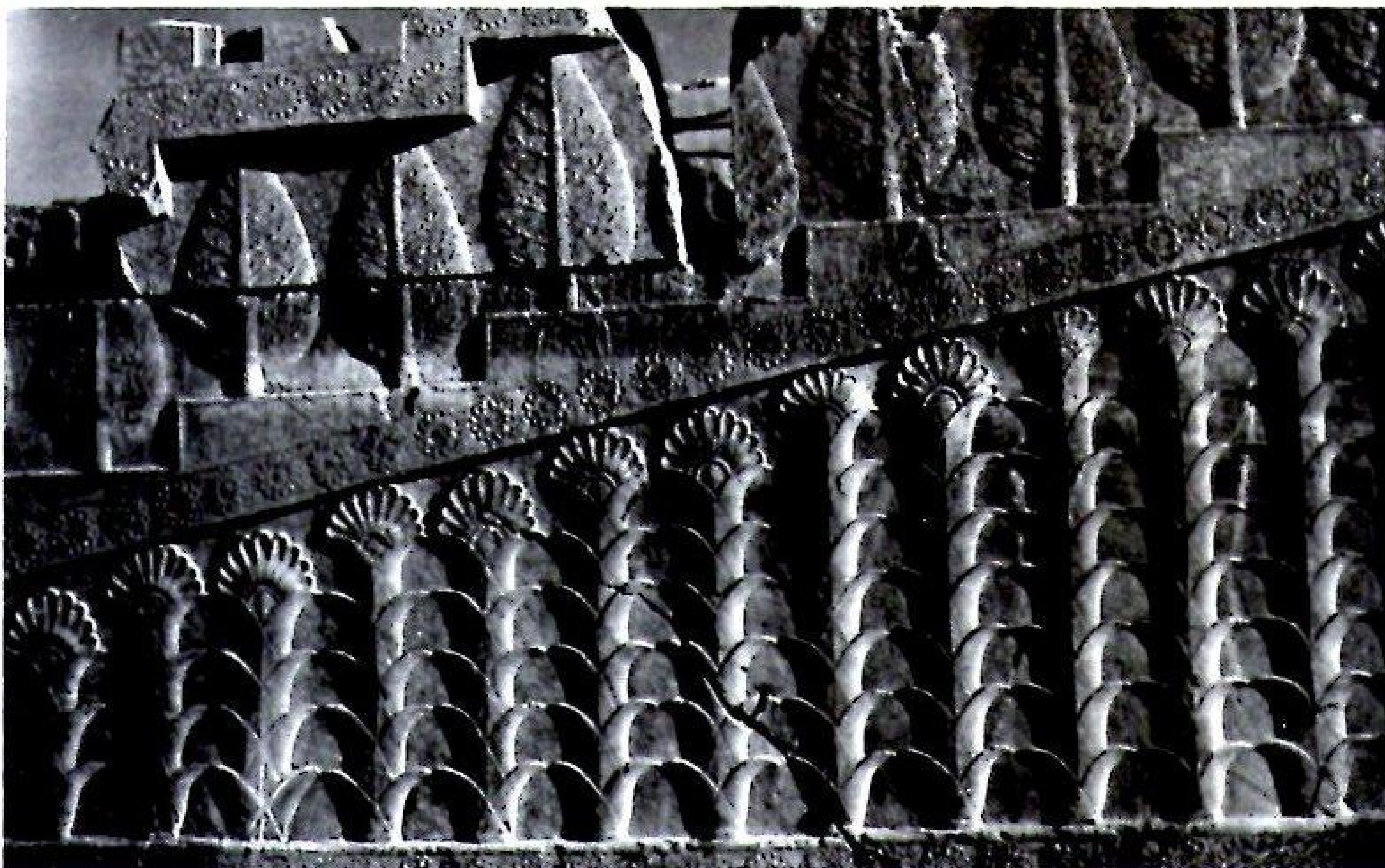
Abajo: delegación nº 3, los armenios, conducidos por un ujier persa. Llevan telas, láminas de oro y uno de los caballos pequeños y fuertes que dieron renombre a su comarca











Izquierda: son raras las decoraciones florales en los relieves y, cuando aparecen, están muy estilizadas y tienen una valor estrictamente ornamental.

Arriba: caballos del rey (seguidos por los carros, que no se ven en esta fotografía); avanzan en procesión con nobles medos y persas, desde la gran escalinata de la Apadana.

Derecha: inscripción de Artajerjes III (359-338 a. C.), en persa antiguo, sobre la escalera occidental del Palacio de Darío. Reproduce los títulos y antepasados del soberano y dice que él construyó la escalinata.







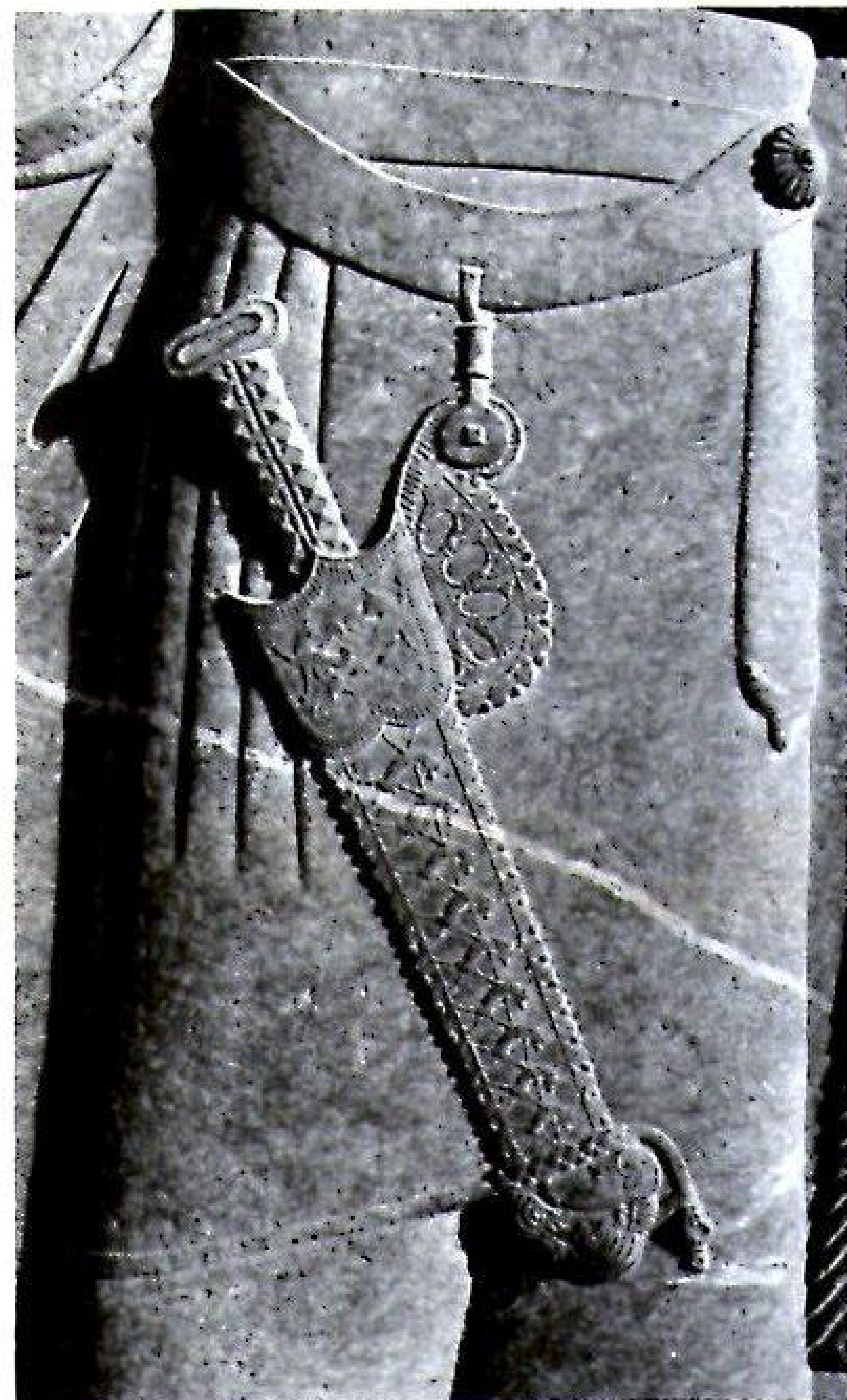
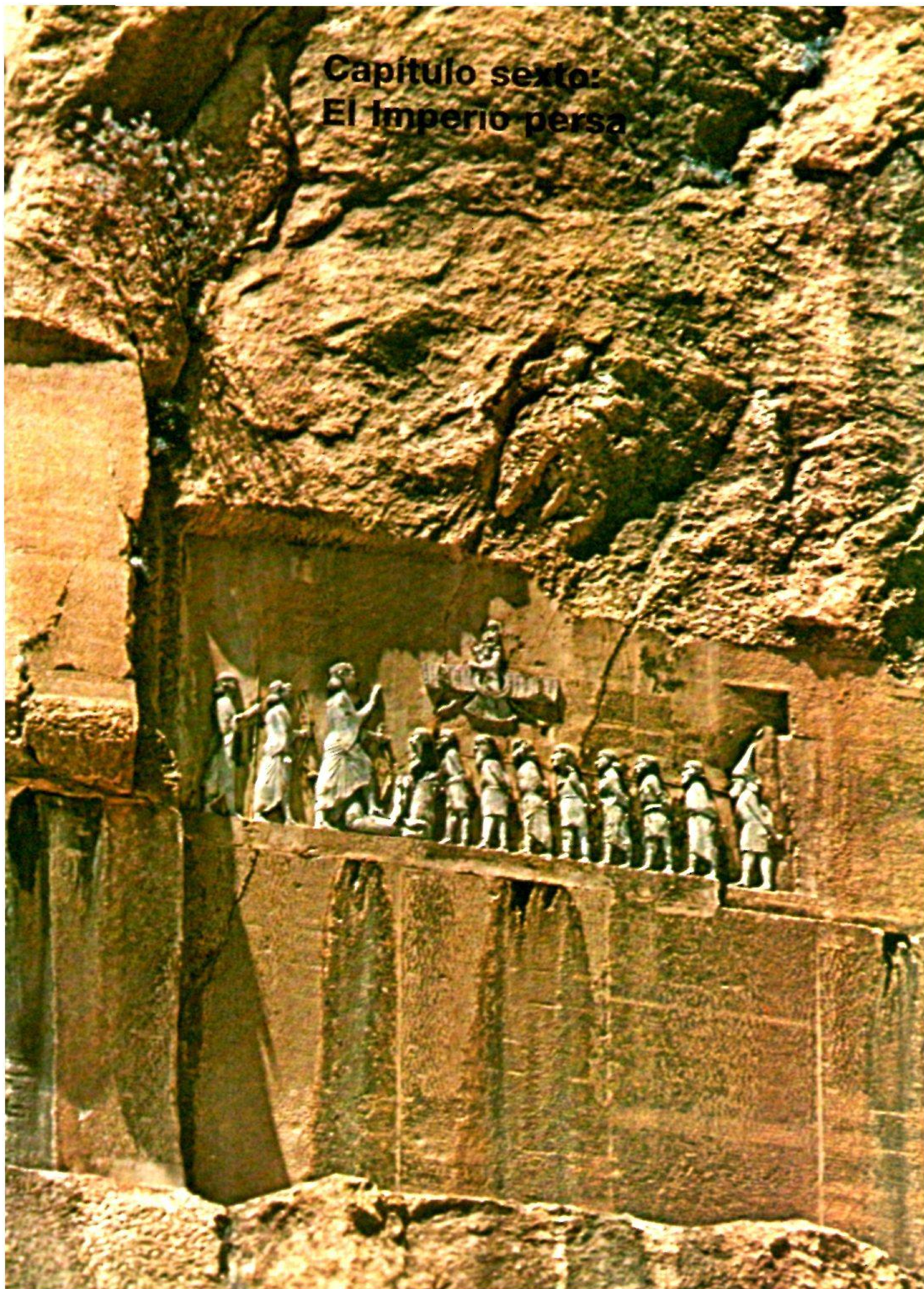


Foto superior: esta reconstrucción del harén, bastante cuidadosa, corrige la extraña impresión creada hoy por la destrucción completa de todas las murallas originales de Persépolis, hechas con ladrillos de barro.

Arriba: vista del harén antes de la restauración, en la que se aprecia que la piedra se usaba sólo para las jambas de puertas y ventanas y para las basas y capiteles.

Derecha: detalle de la vaina de la espada, de hermosa ornamentación, que lleva el armero del rey; integra un relieve hallado en el Tesoro: originalmente estaba en la pieza central del diseño escultórico de la escalera de la Apadana.

Capítulo sexto: El Imperio persa



Orígenes del Imperio. Cuando se enfrentaron con los asirios, en los valles de los montes Zagros, en el occidente de Irán, los pueblos hablantes de iraní entraron en las páginas de la historia: primero los persas, en 844 a. C., y después los medos, en 836 a. C., durante el reinado de Salmanasar III. En esa época la patria de los persas estaba en algún punto del Kurdistán actual, se extendía hasta la Gran Carretera de Jorasán, que atravesaba los montes Zagros desde Irak en dirección a la meseta iraní. Hacia el siglo VII, se habían asentado más al sureste, en la actual provincia de Fars. Media se extendía en torno a su capital Ecbatana, moderna Hamadán, en el extremo oriental de la Gran Carretera de Jorasán, en el punto en que ese camino atravesaba los montes Zagros hacia la meseta.

Aproximadamente en el siglo VII, una confederación de los medos, en cierta medida aliada con los escitas y los cimerios, se había convertido en la fuerza dominante en la región, hasta el punto de que cuando Asiria atacó a Elam, en la actual provincia de Khusistán (Jusistán), y resultó destruida, Media extendió con rapidez su autoridad por el suroeste iraní. Al mando de un soberano capaz y ambicioso, Ciasares II, se reorganizó el ejército, se sometió a los persas y se establecieron relaciones diplomáticas con los babilonios, que querían abatir a la ya débil monarquía asiria. Una vez conseguidos estos objetivos, gracias a la alianza medo-babilonia de 614-610 a. C., Ciasares avanzó hacia Turquía oriental para apoderarse del reino de Urartu (Ararat) y atacar Lidia. Babilonia, molesta por las ambiciones incontenibles de Media, firmó un tratado por el cual la frontera entre Lidia y Media debía fijarse en el río Alis (o Halis). Entre los combates librados por medos y lidios hubo uno que brinda un punto de referencia muy raro en la historia de este período. Herodoto cuenta que: «... hasta hubo una batalla nocturna, pues a los seis años de la guerra, que proseguían con igual fortuna, se produjo un encuentro y, en medio de la batalla misma, de repente, el día se les volvió noche». Los astrónomos fechan el eclipse al que se refieren estas palabras en el 28 de mayo de 585 a. C.



Durante medio siglo, aproximadamente 600-550 a. C., no se sabe casi nada de la historia de los medos. Su cultura está también en la sombra, aunque desempeñó un papel considerable en la etapa final del Imperio persa. El geógrafo griego Estrabón afirma que los usos de la monarquía persa se derivaron de los medos; por ejemplo, la voz que significa gobernador –sátrapa en la forma griega– proviene del vocablo medo **khshathrapan*. Las salas hipóstilas de Persépolis y Pasargada tienen sus antecedentes en Media, en asientos como Godin Tepe y Tepe Nush-i Jan, donde también hay un templo del fuego de los siglos VIII-VII, un tipo común en Persia tiempo después. Tal vez a la muerte de un rey, se apagaba el fuego, se rellenaba sistemáticamente el edificio con piedras y se abandonaba.

Idéntica falta de información habría con respecto a los persas, si no fuera por los relatos que sobre su historia y costumbres dejaron los escritores griegos antiguos y por las referencias bíblicas dispersas. Las inscripciones de la casa real aqueménida, con excepción del gran relieve de las rocas de Behistun, no son muy numerosas ni informativas. Por consiguiente, es muy difícil escribir sobre el último y el mayor de los imperios del Oriente Próximo sin adoptar, inadvertidamente, los criterios y los prejuicios de los griegos. Sobre Persia y la historia persa hasta más o menos 480 a. C., Herodoto nos ha dejado un relato de calidad y encanto sin paralelo. Tucídides escribió la crónica de la intervención persa en la segunda guerra del Peloponeso (431-404 a. C.) entre Atenas y Esparta. Jenofonte, un ateniense que estuvo al servicio de Ciro el Joven, dejó una magnífica narración (conocida con el título de *Anábasis*) sobre la retirada de los diez mil mercenarios griegos desde Mesopotamia hasta Trapesos, sobre el mar Negro, después de la derrota y muerte de Ciro en Cunaxa (401 a. C.). También escribió Jenofonte una «novela» histórica, *Ciropedia*, en la que el protagonista es Ciro el Grande, héroe y soberano modelo. Ctesias, el médico griego de Artajerjes II, en el bando opuesto al de Jenofonte en Cunaxa, escribió una historia de Persia, no del todo fidedigna, de la que sólo se conservan unos pocos fragmentos. Es posible entrever ciertos testimonios suplementarios, y valiosos, en obras

Página anterior: relieve esculpido en la roca de Behistun, sobre la carretera Irak-Irán; muestra al rey Darío I triunfante sobre los rebeldes, h. 520 a. C.

Izquierda: modelo en oro de carro aqueménida; proviene del «Tesoro de Oxus», encontrado en las riberas del río Oxus en 1877; quizá originalmente integrara el tesoro de un templo.

posteriores, como la *Historia de Alejandro,* escrita por Arriano, la *Geografía* de Estrabón, las *Vidas paralelas* de Plutarco y la *Historia del mundo* de Diodoro Sículo. De esta manera se llega a saber bastante acerca de los acontecimientos de la zona occidental del imperio, en especial Turquía, Chipre y el Levante, pero el este pocas veces está documentado con claridad, como no lo están las interminables y complejas intrigas cortesanas que tanto hicieron para debilitar la monarquía persa aqueménida.

En sus comienzos, como a lo largo de toda su historia, el Imperio persa dependía en última instancia de la energía de su soberano, el Gran Rey, y de la inteligente dirección que él le imprimiera. Durante más de doscientos años (550-330 a. C.), los miembros de una única familia persa, fundada por Aquemenes, gobernaron el mayor imperio establecido hasta entonces, que se extendía desde Grecia hasta India y desde Egipto hasta el Cáucaso en sus puntos extremos y cuyo creador fue Ciro. Al escribir sobre Alejandro, Arriano señalaba que «nadie antes había invadido India, ni siquiera Ciro, hijo de Cambises, aunque condujo una expedición contra los escitas y en todos los demás aspectos fue el más enérgico de los reyes de Asia», un elogio altísimo en la pluma de tan grande admirador de Alejandro.

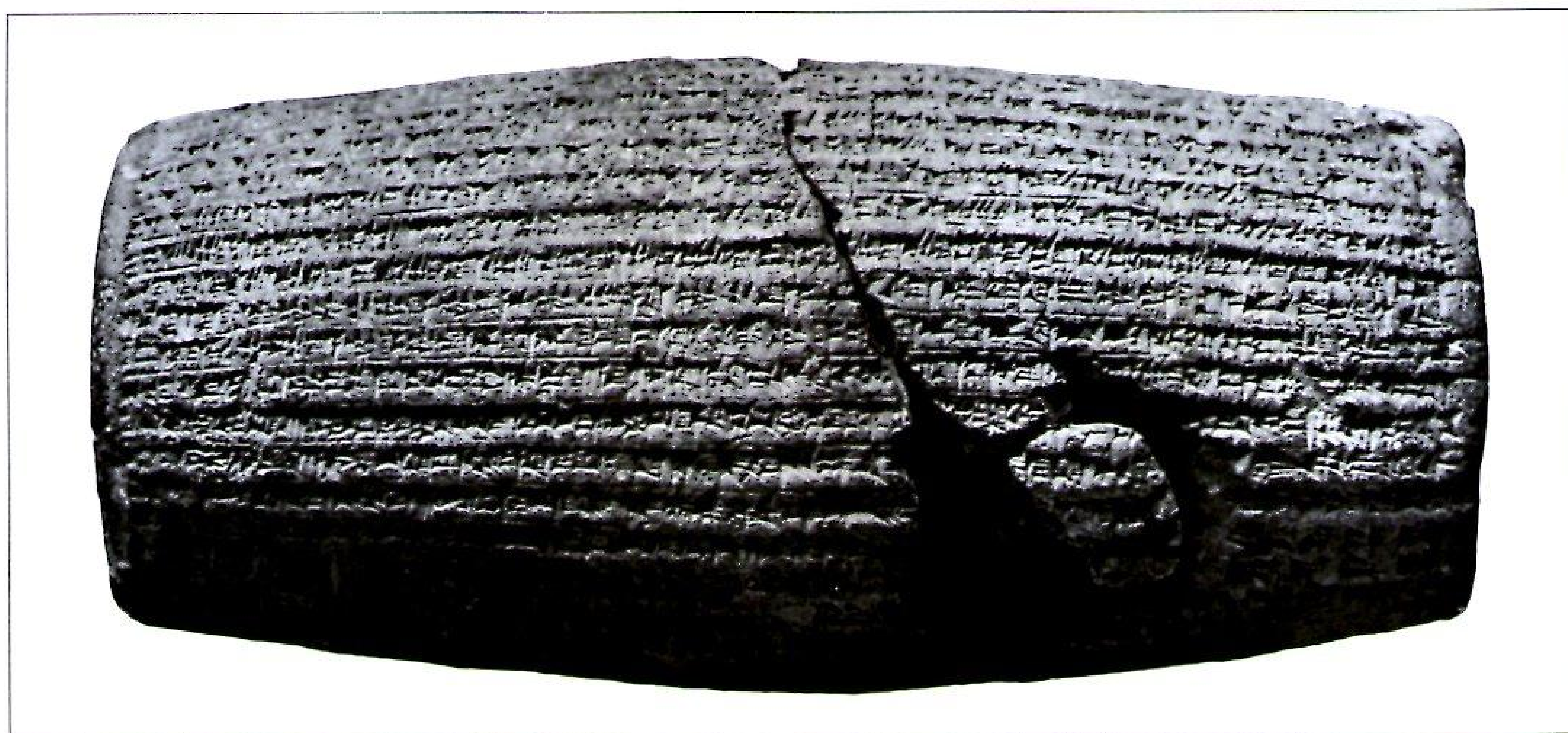
La familia de Ciro había gobernado a los persas durante generaciones; este soberano tenía el título de «Rey de Anshan» –una parte de Fars, que hace muy poco tiempo se identificó con certeza– cuando llegó al trono hacia 558 a. C., a la edad de cuarenta años, poco más o menos. Al cabo de diez años, había derrocado a su abuelo, el rey medo Astiages, y ocupaba Ecbatana, la capital de Media. Los lidios, para aprovecharse de la derrota de los medos, avanzaron hacia el este y atravesaron el río Alis. Ciro, firme ya en su trono, marchó hacia Turquía; en 545 a. C., poco más o menos, tomó la capital de Lidia, Sardis, y capturó a Creso, su famoso soberano, a quien casi con seguridad perdonó la vida, aunque sean muy gráficos los relatos griegos sobre su suicidio en la pira funeraria. El poder persa entraba así en contacto directo con las ciudades-estado griego-jónicas de Turquía occidental, que iban a tener un papel muy importante en la historia final del Imperio.

A continuación, Ciro puso su interés en Babilonia. No se dirigió directamente contra el rey Nabonid, que había apoyado a Creso: con gran astucia, esperó que aumentara la impopularidad del monarca entre sus propios súbditos por razones religiosas que minaban su fuerza. Los súbditos elamitas de Babilonia (habitantes del suroeste de Irán) fueron los primeros en acudir a Ciro quien, en 539 a. C., ocupó pacíficamente la ciudad de Babilonia, en cuya crónica se dice:

«[L]os escuderos de Gutio guardaban las puertas de Esagila [el gran templo de Marduk]; ni una espada se llevó a Esagila ni entró en su santuario, ni una sola ceremonia se vio perturbada.»

Allí, sobre todo, se consolidó la duradera reputación de tolerante y clemente que tuvo Ciro, cuando honró al dios babilonio Marduk, menospreciado por Nabonid que, en su lugar, había establecido al dios Sin, como se cuenta en el famoso «Cilindro de Ciro», hoy conservado en el Museo Británico. Aún más conocida es su decisión de liberar a los judíos de su cautiverio babilonio. Los antiguos súb-

Abajo: cilindro de barro cocido: registra la rendición de Babilonia ante Ciro el Grande en 539 a. C.



ditos del rey babilonio en Siria y Palestina se sometieron al nuevo soberano que, como lo dice el libro de Esdras, buscó y ganó con astucia su apoyo duradero. Desde Ecbatana, su capital, Ciro estableció las bases para la administración de su reino, con una habilidad que valió para mantenerla durante mucho tiempo, a pesar de los méritos variables de los reyes sucesores. La frontera oriental no se estabilizó con tanta facilidad como la occidental y Ciro murió (530 a. C.) luchando contra los masagetas en el norte de Irán. Su tumba se alzó en Pasargada, la ciudad que él mismo había fundado.

Griegos y persas. Su hijo y sucesor Cambises (h. 530-522 a. C.) había subido al trono, como rey titular de Babilonia, diez años atrás y ya no era un jovencito. Casi todo su breve reinado pasó entre los preparativos y la realización de la conquista de Egipto, planeada por su padre. En la campaña de 525-522 a. C., se tomaron las antiguas capitales egipcias de Menfis y Tebas, pero las expediciones planeadas contra Cartago, Etiopía y el Oasis de Siva resultaron, en su momento, fracasos parciales o absolutos desastres. Herodoto nos da una pintura de Cambises muy hostil, quizá explicable por el nacionalismo de los sacerdotes egipcios, que fueron sus informantes principales, y por su propia actitud antipersa. Se acusó a Cambises de haber degollado al toro sagrado Apis, un acto de supremo sacrilegio en Egipto. En realidad, dentro de la estricta tradición faraónica, el soberano persa proporcionó un sarcófago espléndido para el toro, que había muerto por causas naturales en el sexto año de su reinado. Aunque los ingresos y los edificios de los templos resultaron afectados por la guerra, al parecer Cambises seguía la política tolerante, de gran estadista, de su padre. Este soberano murió en Siria, tras un accidente con su caballo, cuando volvía para dominar una rebelión que había estallado en Irán. Su sucesor, Darío, lo había acompañado a Egipto con el rango de armero real pero parece ser que ya estaba de regreso en Irán a la muerte de Cambises.

Las circunstancias que rodearon el acceso de Darío al trono están envueltas en el misterio. La fuente histórica primordial es su propio relato, inscrito entre 520 y 518 a. C. en las rocas altas de Behistun, en la Gran Carretera de Jorasán que atravesaba los montes Zagros. En unos relieves tallados al estilo asirio, Darío está de pie, tras él los armeros que llevan su espada y su arco, y apoya el pie izquierdo sobre el cuerpo del usurpador Gaumata. La mano derecha del rey está alzada en un saludo al dios Ahura Mazda, representado por un disco que se cierne en lo alto. Ante Darío, con las manos amarradas a la espalda y unidos por una cuerda atada a sus cuellos, hay una fila de nueve jefes rebeldes. La inscripción que acompaña esta escena está en tres idiomas, persa antiguo, elamita y acadio, y en grafía cuneiforme. Tan importante era este texto para Darío que se enviaron copias a todo el Imperio; se conoce un ejemplar en arameo, sobre papiro, recuperado en Egipto y otro, en acadio, escrito sobre una tablilla de barro cocido hallada en Irak. Muchos expertos piensan que se trata de propaganda, de un astuto intento de ocultar su dudoso derecho al trono.

Guardia palaciego persa; lleva su arco y el carcaj a la espalda; la figura integra un friso de ladrillo vidriado multicolor, Susa (Irán). Este relieve del siglo V nos da una buena idea sobre el aspecto de un guerrero persa.



La prolongada estancia de Cambises en Egipto había provocado una rebelión en su tierra. El mago Gaumata se había apoderado del Imperio oriental, porque aseguraba que era Bardiya, un hermano menor de Cambises, aunque Darío afirmaba que Cambises ya lo había asesinado. Si se puede dudar de Darío, es probable que el rebelde fuera el verdadero Bardiya (en griego, Esmerdis) quien, con la ayuda de algunos magos (una casta sacerdotal), se habría insurreccionado contra su hermano ausente. Sea cual sea la verdad, Darío derrocó a Gaumata, que fue asesinado en el año 522 a. C. Según las fuentes griegas, Darío se casó después con Atosa, hermana de Cambises y mujer de Gaumata, y con Parmis, hija del verdadero Bardiya. A continuación, en una notable serie de campañas relámpago, entre 522 y 518 a. C., Darío aplastó las rebeliones, una tras otra, sobre todo en Elam, Babilonia y Egipto, con lo que volvió a unificar el Imperio. Desde sus primeros años de reinado, Darío (Herodoto lo llamaba «tendero») organizó el Imperio y estableció impuestos sistemáticamente; además, se mantuvo siempre muy al tanto de los recursos financieros de cada nueva provincia conquistada.

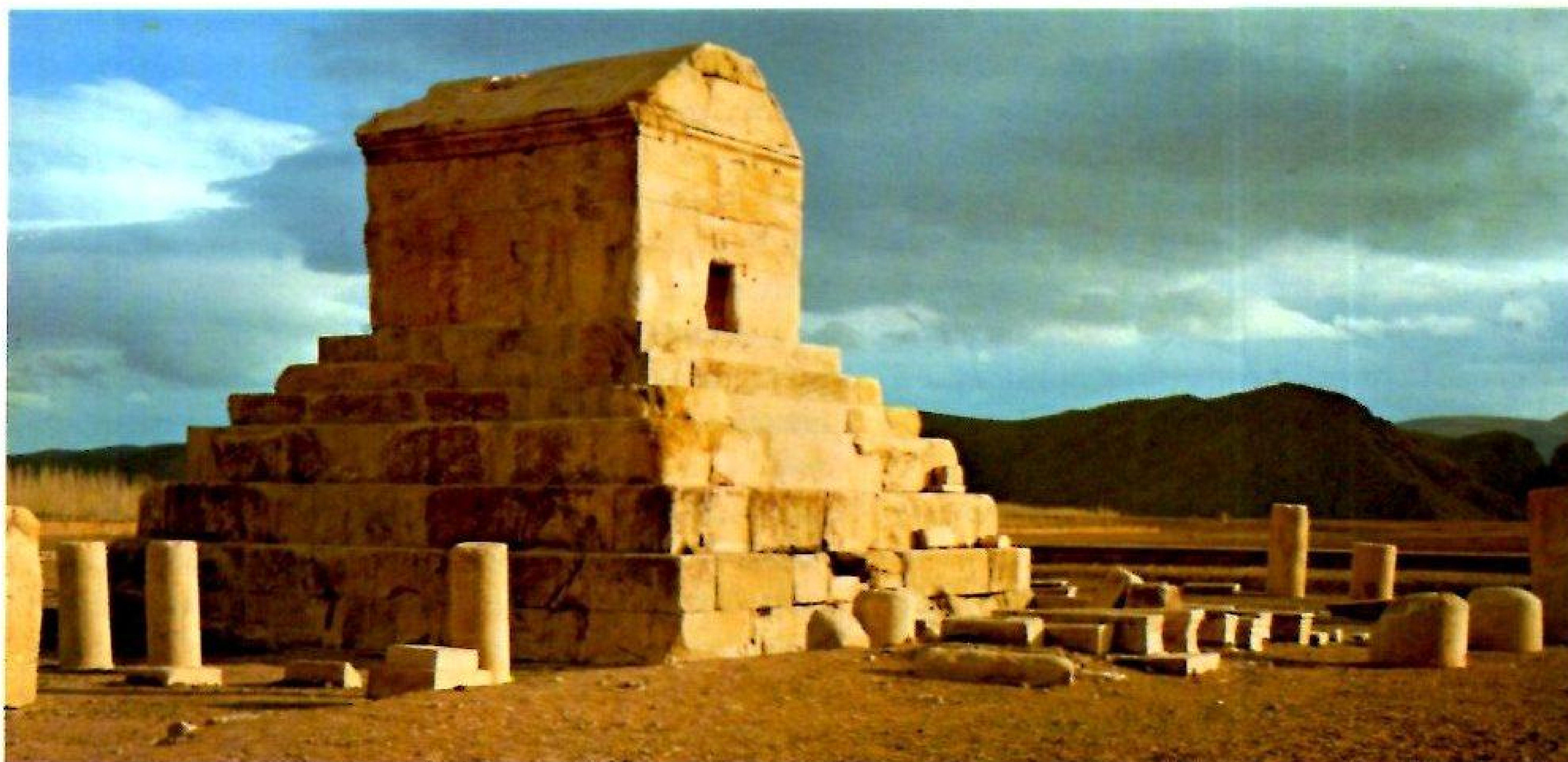
En sus campañas egipcias (519-518 a. C.), Darío restauró los templos y protegió la religión local, codificó la ley y volvió a cavar un canal en la actual zona de Suez, ya que facilitaba los viajes de las naves tributarias provenientes de Irán. El griego Escílax de Carianda recibió el encargo de explorar la ruta marítima hacia India antes de la gran campaña que allí se hizo en 514 a. C., que convirtió a Darío en soberano del Punjab, que fue la provincia que pagaba los tributos más altos del Imperio. Sólo una incursión que iba en busca de oro a la Escitia europea, al otro lado del Bósforo, tal vez en 519 y no después de la ofensiva en India, llevó a un estancamiento militar. Los nómadas escitas lo obligaban a avanzar, mientras quemaban sus tierras en la retirada; en la frontera oriental, más tarde, Darío tuvo más suerte ante los escitas.

Al iniciar la hostilidades contra la zona continental de Grecia, Darío iba a cosechar los frutos de la discordia fatal sembrada en su frontera oeste. Desde los triunfos de Ciro en Turquía, las ciudades-estado de la Jonia griega habían quedado bajo la tutela persa. Hacia 500-494 a. C., se rebelaron para recuperar su independencia política y su prosperidad económica previas dentro del Egeo. Sardes sufrió el saqueo y Chipre se unió al levantamiento. Los persas iniciaron operaciones combinadas por tierra y mar –con una flota que provenía sobre todo de las ciudades fenicias– y volvieron a apoderarse de Chipre, derrotaron a los jonios y a sus aliados en el mar y destruyeron el centro del alzamiento, situado en Mileto. Se restauró en Jonia la autoridad de los sátrapas y se inició una campaña de gran envergadura para castigar a Grecia continental por la ayuda que había prestado a los jonios; la lucha culminó con la derrota de los persas en la batalla de Maratón (490 a. C.), que fortaleció la convicción de los griegos y persuadió a Darío de que sólo conquistaría Grecia con una vasta y bien preparada operación conjunta por tierra y mar. Ocupado en los preparativos, murió en el año 486 a. C.

Su hijo Jerjes (h. 486-465 a. C.), mucho menos capaz, heredó la tarea de guerrear con Grecia, aunque antes tuvo que enfrentarse a una oposición de origen más tradicional. Ya en tiempos de Darío, Egipto, que siempre había mostrado inquietud en tiempos de subordinación a un soberano extranjero, se aprovechó de los problemas persas en Grecia para rebelarse. En el segundo año de su reinado, Jerjes aplastó el levantamiento y puso a su hermano Aquemenes al frente del país. En 484-482 a. C., los babilonios siguieron aquel ejemplo y Jerjes reaccionó con mayor violencia aún: su ejército saqueó Babilonia, destruyó las murallas y derruyó los santuarios más importantes.

Relieve griego que data del siglo VI y muestra a guerreros griegos en combate.





Tumba de Ciro el Grande (muerto en 529 a. C.) en Pasargada (Irán). Es probable que la diseñaran y construyeran canteros de Turquía occidental. Alejandro Magno la visitó y ordenó que se restaurase. Aun en su estado actual de abandono, impone por su dignidad.

La estatua de oro del dios Marduk fue quitada de su sitio, lo que atentaba contra un culto que durante largo tiempo había propiciado intentos repetidos de restaurar un reino babilonio independiente con un reyezuelo nativo.

En 481 a. C., Jerjes se instaló en Sardes para preparar la invasión de Grecia. Reunió un enorme ejército, descrito por Herodoto de un modo memorable, y una flota cuyo núcleo eran las naves fenicias. En el Helesponto, se construyó un puente de barcos y se abrió un canal en la península de Athos. La campaña tuvo buen comienzo para Jerjes, pues su flota fue vencedora en Artemisio (Artemisium). A pesar de la defensa heroica del desfiladero de las Termópilas, dirigida en el año 480 a. C. por Leónidas, rey de Esparta, el ejército persa consiguió entrar en Ática, devastarla, tomar Atenas y saquear la Acrópolis. Los griegos se vieron obligados a retroceder, en su defensa, hasta el istmo de Corinto. Pero la victoria naval de Temístocles en Salamina, por sí sola, cambió las tornas. Amenazada peligrosamente su línea de abastecimiento, Jerjes estaba obligado a retirarse hasta Turquía. En primer término, bajo las órdenes de Mardonio, el ejército persa se dirigió a Platea, donde el general fue muerto; a continuación, los griegos desembarcaron en las costas turcas al norte de Mileto y derrotaron a otro ejército persa conducido por Tigranes. Los jonios volvieron a ponerse del lado de los griegos peninsulares y la derrota persa fue completa. Después de 479 a. C., cuando ya Herodoto deja de ser nuestra fuente, la carrera de Jerjes es oscura. Parece haberse contentado con sus proyectos de construcción en Persépolis (Irán) y con los asuntos de su harén que, poco a poco y fatalmente, terminaron por dominar la dinastía. Jerjes fue asesinado en 465 a. C.

De las intrigas cortesanas surgió Artajerjes I como soberano, sometido en parte a la influencia destructiva de Amestris, la reina madre. Siguió lo que iba a convertirse en una familiar sucesión de acontecimientos. En oriente, el monarca tuvo que superar el desagrado de la corte y de Bactria. En el oeste, con apoyo griego, Egipto se insubordinó en 460 a. C. Después de conflictos reiterados, en 449 a. C., una delegación presidida por Calias, hábil diplomático ateniense, fue a Susa para acordar los términos de un tratado de paz: quería establecer una forma provisional de convivencia, fijando las zonas de influencia griega y persa. Persia aceptaba no enviar sus flotas al oeste del Bósforo ni más allá de Faselis (Turquía meridional), ni un ejército a más de tres días de marcha de la costa, mientras que Atenas dejaba a los persas todo lo que estaba al este de esa línea, incluidos Egipto y Chipre.

En realidad era poco más que un cese de hostilidades. Los roces entre las ciudades-estado jonias y el sátrapa persa de Sardes eran endémicos y una nueva guerra se evitó sólo porque, después de 431 a. C., Grecia estaba absorta en la segunda guerra del Peloponeso, entre Atenas y Esparta. En un principio, Persia se mantuvo como espectadora. En 424 a. C., murieron la reina y Artajerjes. La política de este soberano, como se ve en el tratamiento de honor que dio al exiliado jefe ateniense Temístocles y a diversas minorías raciales, era más afín a la magnanimidad firme de un Darío que a la furia petulante de un Jerjes, pero su reinado señala un giro en la historia del Imperio persa: empezaban a surgir las señales de una desintegración.

La caída del Imperio. Tras la muerte de Artajerjes, la sucesión generó una de las luchas más sangrientas de la corte aqueménida. Jerjes II, hijo de Artajerjes y de su reina, sobrevivió sólo 40 días antes de acabar asesinado por Secidiano, el hijo de Artajerjes y una concubina babilonia convertido en aspirante al trono. Desde Babilonia, otro hermanastro, Ocos, apoyado por los sátrapas de Hircania y Egipto, revelaba mayor poderío: coronado rey de Babilonia con el nombre de Darío II en 423 a. C., asumió el poder supremo y eliminó a Secidiano y a su facción. Pero el imperio estaba hundido en una inestabilidad peligrosa, porque los sátrapas se insubordinaban y luchaban entre sí; en Egipto se conseguía controlar, con esfuerzo, un intento de independización y se perdía una de las provincias más ricas. En la corte, la reina Parisatis intrigaba para que la sucesión recayera en su hijo favorito, Ciro el Joven, en detrimento de Arsaces, su hijo mayor y heredero oficial. En 408 a. C., Ciro –adolescente de dieciséis años– sustituyó como comandante general en Turquía al hábil e influyente sátrapa Tisafernes e intervino de una manera decisiva en la guerra del Peloponeso, apoyando a Esparta.

Llegó la crisis cuando, sublevada Media, Darío II enfermó durante la campaña, volvió a Babilonia y allí murió en 404 a. C. Arsaces subió al trono con el nombre de Artajerjes II y, al cabo de corto tiempo, dejó ver que estaba influido por su mujer, la reina Estateira. Se permitió que Ciro, por entonces en el este, ocupado en la campaña contra los medos, volviera a Sardes. Allí, con el pretexto de reunir tropas para una expedición contra Pisidia, se hizo con el apoyo de los sátrapas locales y organizó un ejército mercenario, en el que se alistó el griego Jenofonte, para derrocar a su hermano. Marchó hacia el este primero y después hacia el sur, aguas abajo del Éufrates, pero fue derrotado por los ejércitos de Artajerjes y Abrocoma, sátrapa de Siria, y murió, en la batalla de Cunaxa (401 a. C.), a unos 100 km al norte de Babilonia. Esta campaña y sus consecuencias para los 10.000 mercenarios griegos en retirada están descritas por Jenofonte en su obra *Anábasis*. En las narraciones griegas, Ciro aparece como un hombre eficiente y encantador, que bien podría haber sido mejor monarca que su hermano.

Cunaxa es un buen ejemplo de la amenaza que para la dinastía gobernante representaban el poder y la independencia incipientes de los sátrapas de Turquía. Su habilidad para explotar las rivalidades griegas en sus fronteras occidentales, tanto con armas como con dinero, podía

Ciro, miembro de la familia aqueménida, dio vida al vasto Imperio persa aqueménida, extendido desde Sogdiana, al noreste, hasta el mar Egeo por el oeste.



encaminarse fácilmente hacia el este, contra el propio Gran Rey o a las disputas entre ellos, algo más insidioso aún. A pesar de que eran herederos de las diversas tradiciones de reinos como Lidia, Licia y Frigia, los sátrapas se helenizaban con rapidez en su vestimenta, sus maneras y cultura. Toda la administración iba apartándose paulatinamente de sus raíces orientales. Al mismo tiempo, la influencia griega estimulaba una vez más las aspiraciones separatistas de Egipto, Fenicia y Chipre.

Aunque en los primeros tiempos de su reinado Artajerjes II consiguió imponer los términos de la paz en las comarcas griegas continentales (387 a. C.), los efectos fueron efímeros. Jenofonte comenta:

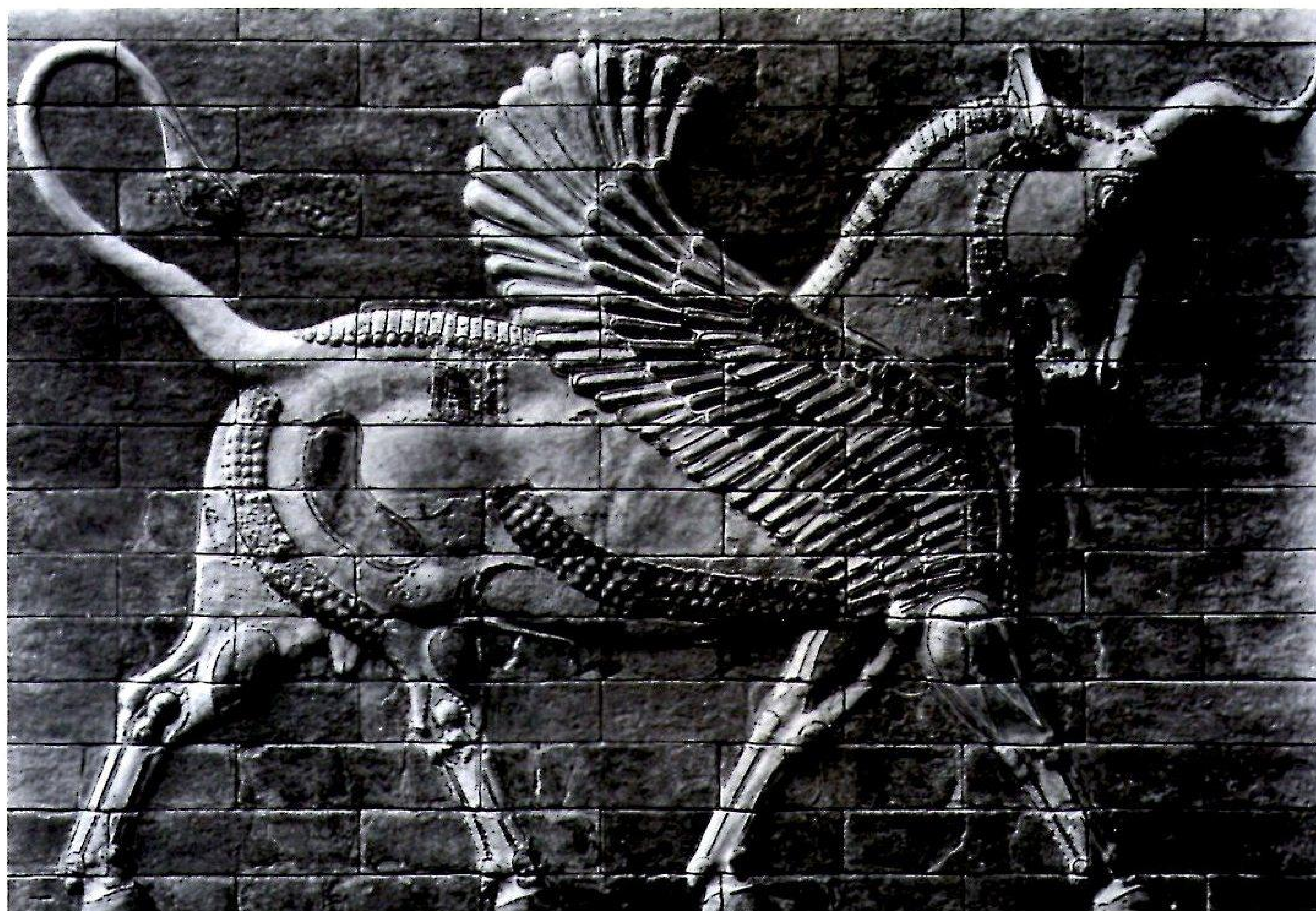
«El rey Artajerjes piensa que sólo las ciudades de Asia han de pertenecerle, como así también Clazomenes y Chipre entre las islas, y que las demás ciudades griegas, tanto grandes como pequeñas, han de permanecer independientes, con excepción de Lemnos, Imbros y Esciro, que deben pertenecer, como en tiempos antiguos, a los atenienses. Si alguna de las dos partes no aceptara este tratado, contra ella hará el rey guerra, aliado con quienes acepten el pacto, por tierra y por mar, con naves y con dinero.»

Las maquinaciones de los estados griegos, las intrigas y rivalidades de los sátrapas, la insumisión de los pueblos conquistados en Judá y en Irán septentrional causaban constantes enfrentamientos y fricciones, anulaban todos los intentos de recuperar Egipto y amenazaban con la caída del Imperio occidental. Se aplastó una sedición de los hijos del rey, encabezada por Darío, el heredero, que fue ejecutado; Ocos, un hijo menor del monarca, consiguió enemistar a sus rivales con el rey y a unos con otros, y así, a la muerte de Artajerjes (359 a. C.), se ciñó la corona con el nombre de Artajerjes III.

El alcance total de los males del Imperio iba a dejarse ver, no por la presencia de un rey débil, sino por el fracaso de un monarca enérgico, incapaz de restaurar siquiera una imagen de estabilidad duradera. En un reinado de veinte años, el dinámico e inteligente Artajerjes III (359-338 a. C.) volvió a fortalecer el control central sobre sus dominios ya fracturados. Cuando fracasó un intento de recuperar Egipto, se produjo la sedición de Chipre, Fenicia y Cilicia. En el año 345 Artajerjes reunió un gran ejército en Babilonia y marchó, triunfante, contra Fenicia y después contra Egipto; Chipre capituló. Pero el eunuco Bagoas envenenó al rey antes de que Persia llegara a comprometerse demasiado en la lucha entre las ciudades-estado griegas y Filipo de Macedonia, padre de Alejandro Magno. Artajerjes III no pudo destruir los enemigos más antiguos de su dinastía: los griegos en el exterior y, en casa, las intrigas de la corte y el harén.

Los acontecimientos tomaron una dirección cada vez más dramática. Bagoas, que no podía subir al trono, puso

Monstruo alado en un friso de ladrillo vidriado multicolor de un palacio real en Susa.

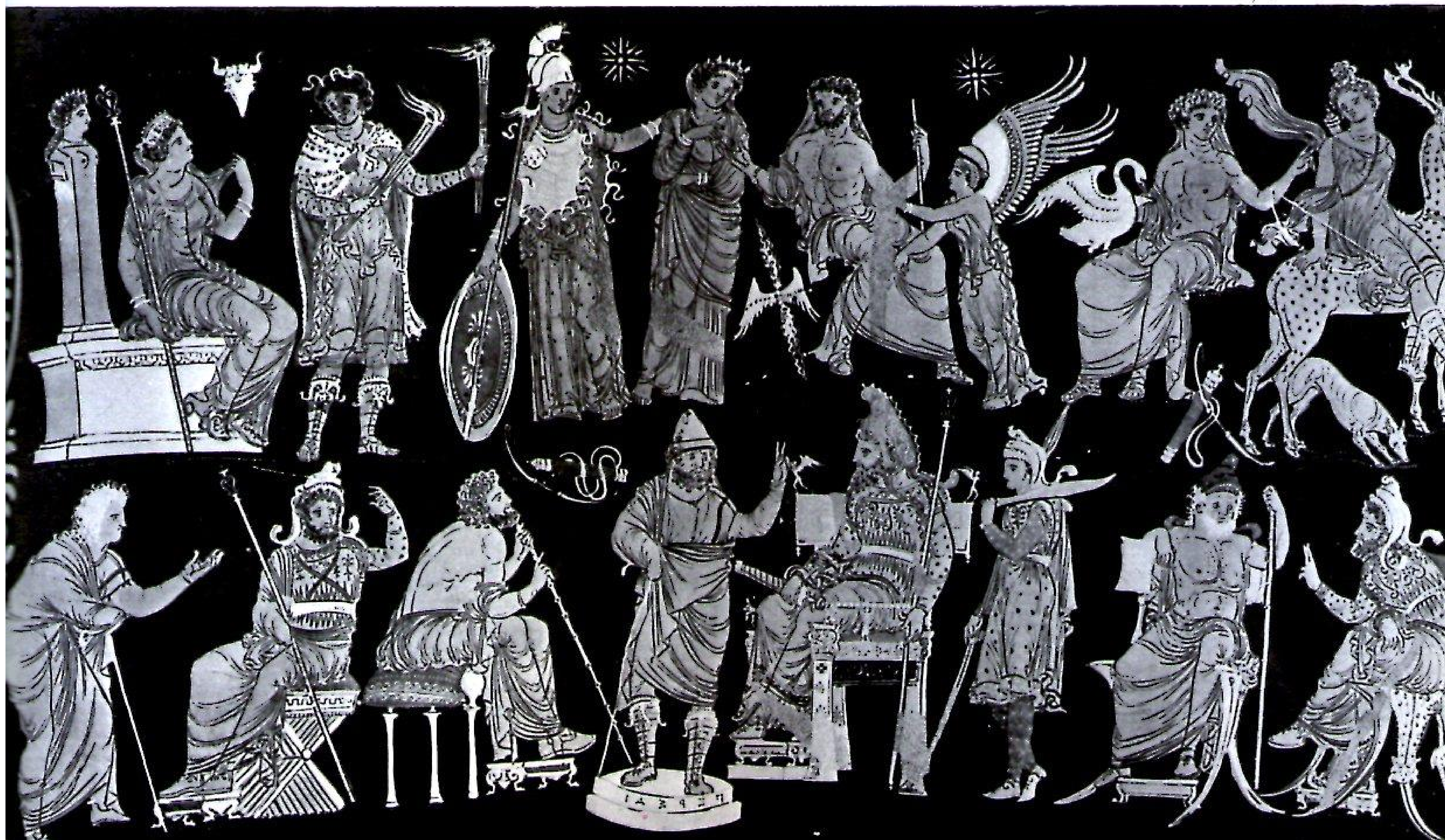


en él al hijo de Artajerjes, Arses, que apenas si vivió un par de años antes de ser víctima del veneno destinado al todopoderoso eunuco. Con la línea principal de sucesión ya exterminada, Bagoas tuvo que apelar por fuerza a una rama lateral y poner en el trono a Darío III, sobrino nieto de Artajerjes II. Es evidente que no supo juzgar a este hombre, porque Darío era enérgico y, además, tan despiadado como el propio eunuco hacedor de reyes, que sería víctima de una de sus pociones envenenadas. En Macedonia, la seguridad de la nación misma, después del asesinato de Filipo (336 a. C.), y el acceso al trono del joven Alejandro causaban una preocupación que dio a Darío un espacio de tiempo vital para la reconquista de Egipto, donde hubo una rápida reacción ante el asesinato de Artajerjes III y, una vez más, otra declaración de independencia.

A continuación, Alejandro de Macedonia, embarcado ya en su gran campaña asiática, despedazaba la autoridad persa en Turquía. En 333 a. C., derrotó a los persas en la batalla de Isos, cerca del mar, al norte de la actual Iskenderum (Turquía). Alejandro avanzó, triunfal, por Levante y conquistó Egipto. Después volvió al norte, se desvió hacia el este y entró en Mesopotamia en 331 a. C., donde se enfrentó a Darío en la batalla final de Gaugamela, al este de Nínive y Nemrod (Nimrud), las ciudades en ruinas del Imperio asirio, destruidas tres siglos antes por los medos. Fugitivo una vez más, Darío huyó hacia el este por las comarcas septentrionales de Irán: sus cortesanos, desesperados, lo asesinaron. El sátrapa Bessos fue su sucesor, con el nombre de Artajerjes IV. Alejandro lo persiguió y ejecutó y con ello puso fin a la dinastía persa nativa. El fuego, también por orden de Alejandro, devastó el centro dinástico de Persépolis. Irónicamente, el interés griego y romano en la figura de Alejandro y en sus campañas orientales es lo que nos ha conservado tanta información acerca del fin de la dinastía aqueménida.

El Gran Rey y su corte. Un persa no podía imaginar siquiera que la sociedad funcionara sin un rey que asegurase el orden adecuado de las cosas. Sólo el monarca podía ganar en la guerra, aplicar la ley, obtener productividad en la agricultura y en la ganadería y proteger a las gentes de los poderes sobrenaturales, gracias a su relación especial con la divinidad suprema, Ahura Mazda. Hasta donde nos es posible juzgar, el rey persa tenía que haber nacido de padre y madre aqueménidas o, al menos, de una madre que perteneciera a una de las siete familias más nobles. Como lo demostró la historia final de la dinastía, la reina madre ejercía una gran autoridad. Al subir al trono, el rey asumía un nombre para reinar, que debía ser uno entre tres: Darío («el que apoya con firmeza el bien»), Jerjes («héroe entre los que gobiernan») o Artajerjes («el que gobierna con justicia»). El soberano no recibía ado-

Representación griega, pintada en un vaso del sur de Italia, del rey Darío en su trono y rodeado por sus cortesanos; en la parte superior, dioses griegos.



ración como un dios en vida, pero tenía una situación especial por su supuesto acceso directo a la divinidad, y la corte le debía obediencia absoluta. Su persona tenía también carácter sagrado. Las órdenes divinas, se creía, le llegaban a través de los sueños; así se dijo que Jerjes recibió instrucciones para iniciar la invasión de Grecia. En todos los ritos importantes, el rey era el participante principal. Antes de pasar a Europa, Jerjes celebró una ceremonia propiciatoria. Cuando, al alba, el disco solar se alzaba en el horizonte, hizo una libación con una copa de oro, que después arrojó al mar junto a otra vasija de oro y una espada persa, para consagrar su ejército al servicio de Ahura Mazda.

El protocolo de la corte subrayaba la condición sobrenatural del monarca. En los relieves, el rey está representado con un tamaño mucho mayor que el de cualquier otro ser humano, su corona y la del príncipe heredero son distintivas, semejantes a la de Ahura Mazda, y su barba de corte recto sólo se repite en el rostro del príncipe heredero y en los de los seres sobrenaturales. Aunque las circunstancias no siempre lo permitieran, el ritual exigía que el pie del rey jamás tocara el suelo fuera de su palacio, dentro del cual caminaba sobre alfombras especiales que los demás tenían prohibido pisar. Sentarse en el trono del soberano era un crimen capital; el traje real que se le entregaba en la coronación era único y tenía valor de talismán; por lo común era púrpura y blanco y se llevaba sobre una túnica en la que se bordaban los símbolos alados de Ahura Mazda. Según Jenofonte, aunque estaba deseoso de usurpar el trono, Ciro el Joven se negó a permitir que asesinaran a Artajerjes mientras llevara su ropaje de coronación. Una serie de tabúes regía la vida diaria del rey, quien debía mantenerse apartado y comer una comida especial, servida en platos especiales, dato que corroboran tanto el Antiguo Testamento como los escritores griegos; por ejemplo, el *Libro de Ester* refiere: «Todos los servidores del rey y todos los habitantes de las provincias del rey saben que todo hombre o mujer que se presente al rey, en el patio interior, sin haber sido llamado, es condenado a muerte por el edicto, salvo aquel sobre quien el rey extienda su cetro de oro».

Más explícitos aún son diversos pasajes de *Deipnosophistai* (El banquete de los sabios), libro terminado hacia 200 a. C. por Ateneo de Naucratis en Egipto. Esta obra reúne relatos sobre banquetes, tomados de distintas fuentes de diverso grado de fiabilidad. Muchas de sus referencias son exageradas, en particular las que versan sobre la opulencia y la indulgencia de los persas, pero algunos datos son ciertos, en esencia, y tienen vivacidad:

«Todos los que asisten a una cena del rey persa antes





«Mosaico de Alejandro», de Pompeya; copia una hermosa pintura griega del siglo IV a. C., que representa una escena de la batalla de Isos (333 a. C.): el momento en que la victoria se vuelca a favor de Alejandro.

han de bañarse y luego vestirse con ropas blancas y la preparación para la cena les lleva casi la mitad del día. De los invitados a cenar con el rey, algunos comen fuera, a la vista de quien quiera mirar; otros cenan dentro, en compañía del rey. Pero éstos no pueden comer en la real presencia, porque hay dos salas, una frente a otra, en una de las cuales toma el soberano sus comidas; en la otra, lo hacen los comensales invitados. El rey puede verlos a través de los cortinajes que cubren la puerta, pero ellos no a él. Sin embargo, a veces, con motivo de una fiesta pública, todos comen en un gran salón con el rey... Casi todos los días el rey desayuna y cena solo, pero a veces su esposa y alguno de sus hijos come con él. Y durante la cena, sus concubinas cantan y tocan la lira.»

La corte real no tenía residencia fija. El rey disponía de palacios y propiedades en todo el imperio, tal como el resto de su familia. Los centros administrativos principales estuvieron en Babilonia y Susa, aunque Ecbatana mantendría una situación especial, como antigua capital media y residencia de verano favorita. Desde los primeros tiempos de la dinastía, una posición clave en la corte fue la del comandante de la guardia real, que dominaba una amplia jerarquía de oficiales y funcionarios domésticos. Además de ellos, estaban los miembros de la familia real y sus sirvientes, el harén del rey y sus custodios y, en las capitales, todo el personal del gobierno y de la administración en diversos niveles. La gran variedad de sus integrantes –astrónomos y «sabios» babilonios, almirantes y exploradores fenicios, doctores griegos, científicos y filósofos– daba un carácter cosmopolita a la corte. Todos estaban alojados con lujo, como lo refieren los innumerables cuentos que se conservan, disfrutaban de entretenimientos espléndidos y participaban en las intrigas y perfidias en perpetua fermentación.

Ejército y administración. A lo largo de todo el período imperial, la autoridad persa y el poder de cada uno de los reyes, y también el de los sátrapas, tenía su base última en el ejército. En los primeros tiempos del imperio, su fidelidad a la administración central, a través de la persona del soberano, en general fue digna de confianza, pero a medida que los sátrapas se independizaron y la familia aqueménida se dividió en mayor número de facciones, la lealtad de las fuerzas militares locales se mostró más dividida y menos predecible; más tarde, los mercenarios, sobre todo griegos, solían enrolarse con los rebeldes, en especial con los pudientes. En tiempos de paz había un ejército estable, en el que predominaban medos y persas, con una guardia real de caballería y los famosos «inmortales», soldados de infantería que siempre debían ser 10.000 y que constituían la guardia real máxima, el bastión último de la autoridad del monarca. En tiempos de guerra, el ejército se convertía en un mosaico de contingentes de tanta variedad étnica como la del imperio mismo, aunque los extranjeros raramente llegaban a un rango elevado. La mayoría de los oficiales eran iraníes o babilonios. Dividido en cuerpos de lanceros, arqueros y caballería según la nacionalidad, el ejército aplicaba la superioridad numérica, más que tácticas sutiles. Las guarniciones, también multinacionales, se agrupaban como el ejército bajo un estandarte que llevaba el nombre de su comandante y después en centurias. Por un accidente de supervivencia, una de las más oscuras y distantes de esas guarniciones es hoy la más conocida. En Elefantina, al sur de Egipto, se conservaron documentos escritos en papiro: pertenecían a una colonia de judíos hablantes de arameo que cumplían allí tareas militares.

En términos administrativos, el imperio se dividía en provincias, a las que los persas llamaban «tierras» y nosotros, siguiendo la denominación griega, conocemos como satrapías; al menos algunas datan del tiempo de Ciro. Por subdivisiones y conquistas, Darío aumentó su número y otorgó a los antiguos reinos de Babilonia y Egipto una posición especial que Jerjes les quitó. Los persas, como amos del imperio, siempre tuvieron un papel privilegiado. Herodoto da una lista de veinte satrapías. (Las listas persas que se conservan, a menudo mal comparadas con las del historiador griegos, citan pueblos y no hacen una referencia específica al sistema administrativo). Cada provincia estaba al mando de un sátrapa, siempre miembro de la familia real o de la nobleza más alta, quien era responsable, ante todo, de la seguridad y de recaudar los tributos. En la medida en que lo permitiesen las condiciones locales, las cortes y administraciones de los sátrapas eran un reflejo de la del Gran Rey. Tenemos una idea de la vida y los deberes de un sátrapa gracias a una serie de cartas, escritas en arameo sobre cuero, restos de los archivos de Arsames, sátrapa de Egipto en tiempos de Artajerjes I y Darío II. Se refieren a una de sus propiedades egipcias, aunque el uso de cuero en lugar de papiro sugiere que fueron escritas en Irak o en Irán, donde a menudo acudía Arsames, tras dejar sus asuntos de Egipto en manos de delegados y agentes, para participar en la vida cortesana. Como miembro de la familia real, podía extender su autoridad más allá de su propia satrapía.

En todo el imperio, el rey debía entender en multitud de cosas grandes y pequeñas, hasta un punto a menudo sorprendente. La debilidad de los últimos soberanos de la dinastía nació, en parte, de su incapacidad para mantener un control tan estricto como el que estableciera Darío, y bastan pocos ejemplos para comprenderlo. Oretes, sátrapa de Lidia, se mostraba terco y se eligió a un oficial per-



Moneda de oro de Darío, llamada darico; muestra al rey, o al «genio» real, con un arco y lanza que tiene una granada en su extremo.

sa llamado Bageo para que lo hiciera entrar en razón, pero no por la fuerza de las armas sino por el mero ejercicio de la autoridad real. Bageo llegó al palacio de Sardes antes que el sátrapa y entregó al secretario del gobernador, uno a uno, los despachos reales que llevaba, para que los leyera en voz alta. Herodoto nos cuenta:

«Bageo entregaba las cartas para comprobar si los guardias se avendrían a desamparar a Oretes. Y, al ver que mostraban un gran respeto ante las cartas y más aún ante su contenido, entrega otra en la que figuraban las siguientes palabras: "Persas, el rey Darío os prohíbe seguir al servicio de Oretes". Al oír esto, los guardias depusieron ante él sus lanzas. Entonces Bageo, al ver que con este ademán obedecían el dictado de la carta, desde ese momento cobró confianza y entregó al secretario la última de las cartas en la que figuraba escrito: "El rey Darío ordena a los persas que se encuentran en Sardes que maten a Oretes". En cuando los guardias oyeron esta orden, desenvainaron sus alfanjes y al momento lo mataron.»

No menos decisiva fue la intervención del rey en un asunto mucho menos grave, sometido a su atención por la parte perjudicada. Su carta, más tarde incisa en piedra y depositada por los sacerdotes en el santuario de Apolo en Magnesia (Turquía occidental), respondía favorablemente a la queja, remitida por encima de la autoridad del sátrapa local, Gadatas de Jonia. El texto muestra la preocupación de Darío por la observancia religiosa y por el cultivo de árboles y cereales, una responsabilidad primordial para un rey persa, según aparece en otras fuentes griegas:

«Rey de Reyes, Darío, hijo de Histaspes, a su "esclavo" Gadatas dice: he oído que no obedeces mis órdenes en todo; te encomiendo una buena política para el cultivo de mi tierra y para la introducción de los cereales comestibles más allá del Éufrates en la comarca del Asia Baja y, por esto, grande será tu mérito en la casa del Rey. Pero si haces que se olvide mi intención favorable a los dioses, te daré motivos, a menos que cambies de comportamiento, para saber de mi ira; porque tú has pedido tributo a los jardineros sagrados de Apolo y les ordenaste cavar en terreno profano, sin conocer mis sentimientos hacia el dios, que dijo la verdad a los persas.»

Los judíos que reconstruían el Templo de Jerusalén también apelaron a Darío con fortuna, pasando por encima del sátrapa local. La mano del rey se puede advertir incluso en los asuntos de la colonia judía de Elefantina y las tablillas administrativas de Persépolis revelan su interés en los pagos grandes y también en los pequeños.

Un eficiente servicio de mensajería, que se servía de correos a lo largo de carreteras vigiladas, aseguraba comunicaciones excelentes, de donde se derivaba la imprescindible inmediatez de cumplimiento de las directrices rea-

Altares del fuego postaqueménidas, en Naqsh-i Rustam, cerca de Persépolis, lugar de enterramiento de los soberanos aqueménidas desde tiempos de Darío I.



Parte del templo del fuego medo de Tepe Nush-i Jan (Irán), vista desde arriba; cuando se los abandonaba, estos edificios se rellenaban con guijarros.



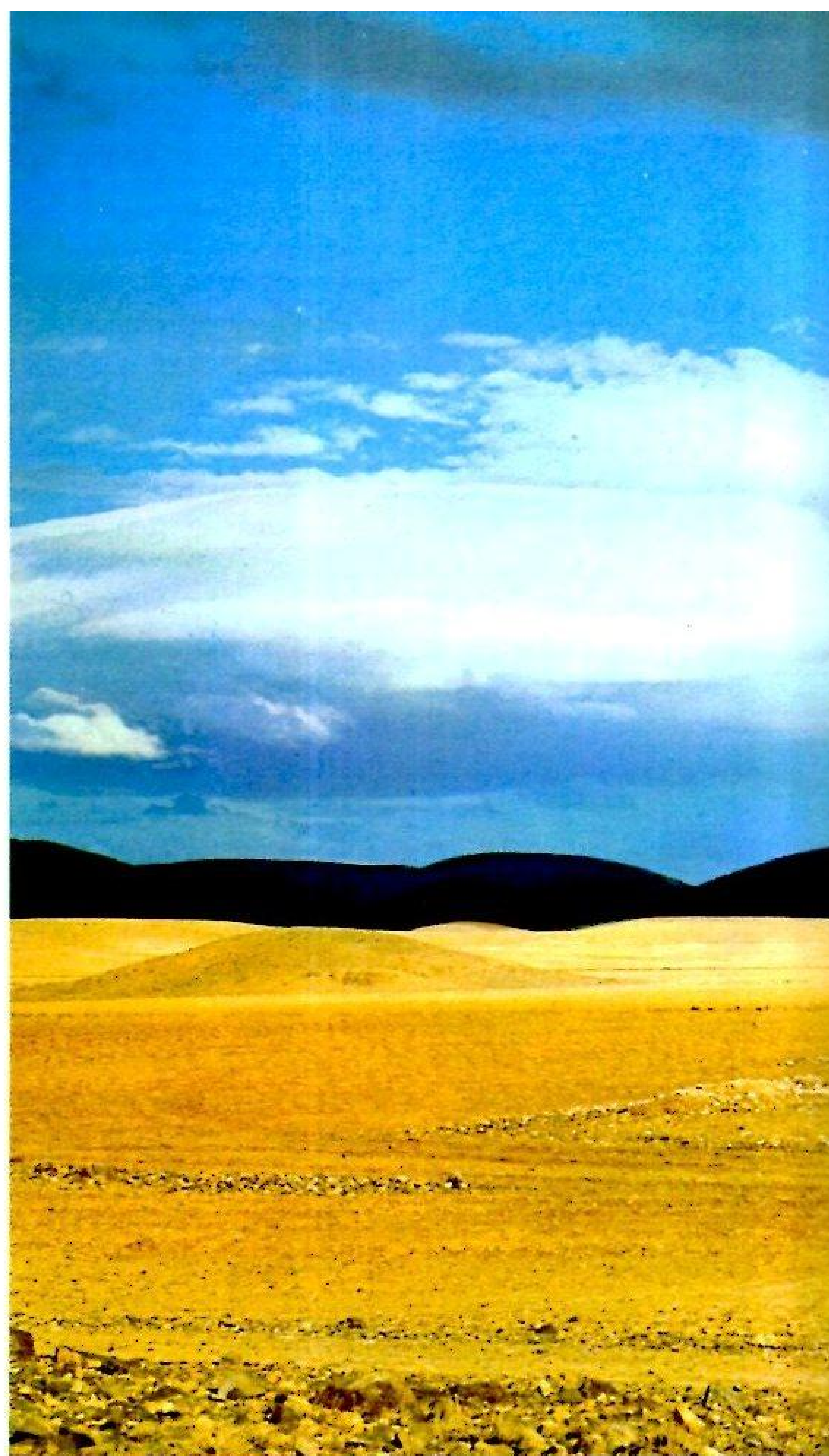
les. El arameo sirvió como idioma internacional; en él se daban a conocer en todo el imperio los edictos, que se traducían a las lenguas locales con fines administrativos.

«El día trece del primer mes fueron convocados los secretarios del rey para escribir, según lo ordenado por Amán, a los sátrapas del rey, a los inspectores de cada provincia y a los jefes de todos los pueblos, a cada provincia según su escritura y a cada pueblo según su lengua; se escribió en nombre del rey Asuero [Jerjes], se selló con el anillo del rey, y se enviaron las cartas, por medio de los correos, a todas las provincias del rey» (*Ester*, 3, 12-13).

El Antiguo Testamento convirtió en proverbial la «ley de los medos y los persas, que no cambia». Los reyes aqueménidas fueron codificadores más que grandes legisladores o innovadores y en especial lo fue Darío. Cuando el imperio estaba recién establecido, era esencial que en cada satrapía se registraran sistemáticamente las leyes locales, para que la nueva administración persa pudiera aplicarlas con eficacia. También en esto demostraron los monarcas persas buen criterio, al no imponer leyes y costumbres extrañas y al mantener las tradiciones de los pueblos sometidos. Los monarcas aqueménidas anotan en muchas de sus inscripciones su interés por la ley y su ejecución correcta. El rey era el juez máximo de los crímenes contra el estado, pero generalmente la justicia estaba en manos de tribunales nativos, que la aplicaban con rigidez y eficiencia. Como era común en esos tiempos, las penas eran muy severas.

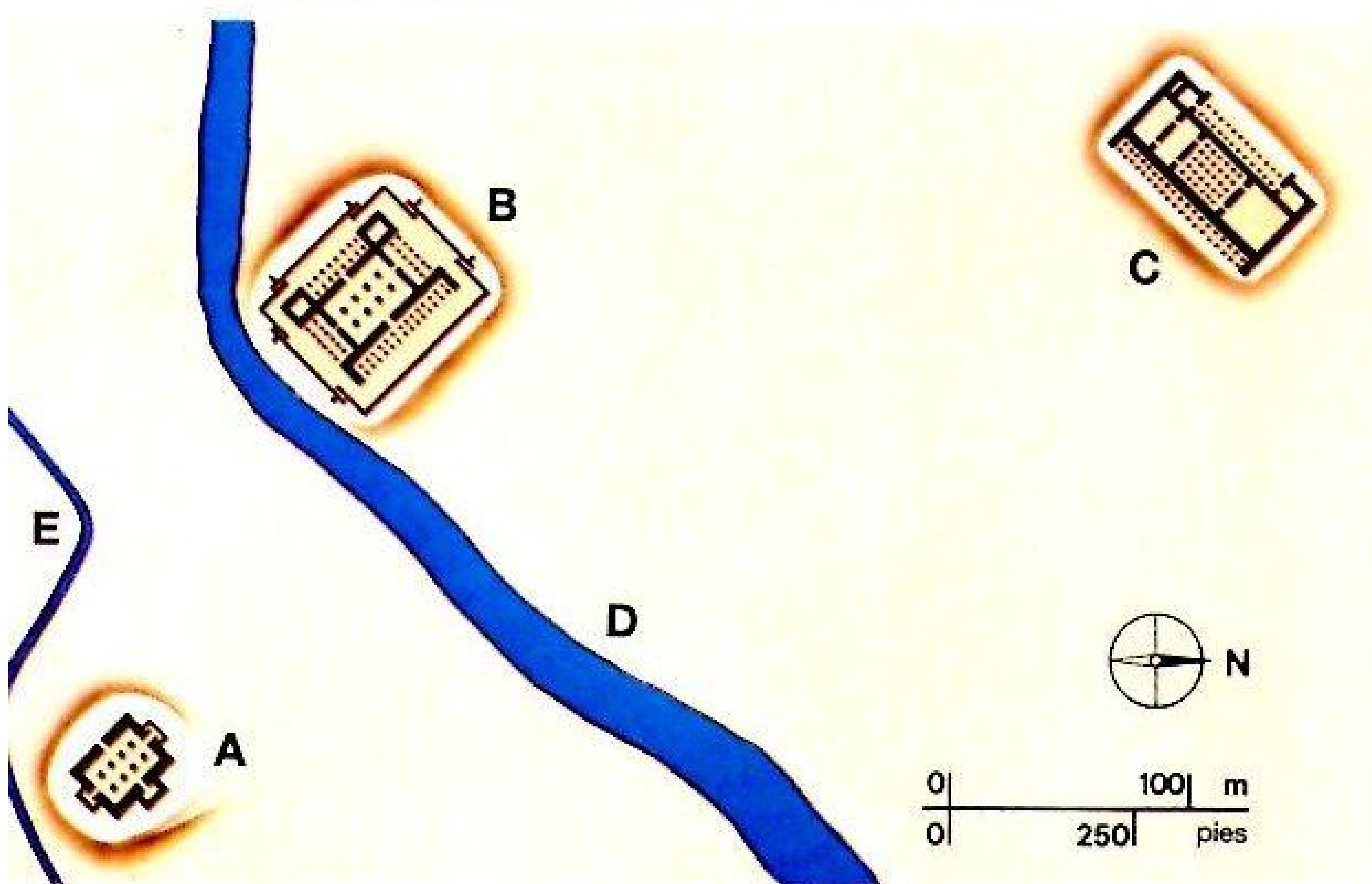
Religión. Ni dentro ni fuera de Irán hubo una religión única en la época de los aqueménidas. En las distintas provincias del imperio, los gobernantes persas admitían y respetaban las antiguas formas de culto. Durante largo tiempo una controversia encendida impidió la comprensión clara de la religión del rey y de su corte. Las fuentes a las que todos los estudiosos deben acudir no son aún lo bastante amplias como para que haya acuerdo, siquiera en los puntos más elementales. En un famoso, pero infortunadamente muy breve pasaje sobre la religión persa, Herodoto describe, desde un punto de vista griego, las características externas de una religión que, en esencia, es la del *Avesta* (Ley), el compendio de los antiguos textos religiosos persas, todavía conservado por los parsis de India.

«...los persas... no tienen por norma erigir estatuas, templos ni altares... suelen subir a las cimas de las montañas para ofrecer sacrificios a Zeus, cuyo nombre aplican a toda la bóveda celeste. También ofrecen sacrificios al sol, a la luna, a la tierra, al fuego, al agua y a los vientos. Primitivamente sólo ofrecían sacrificios a esas divinidades,



Arriba: Pasargada y, en primer plano, las ruinas de Zendan-i-Sulaiman. Puede haber sido un templo o un tesoro.

Abajo: edificios que se conservan aún en Pasargada: palacios (B y C); entrada (A); corriente de agua (D) y canal (E).





pero después han aprendido de los asirios y los árabes a ofrecer también sacrificios a Urania Afrodita... En los sacrificios... los persas observan el siguiente ritual. Cuando se disponen a ofrecer un sacrificio, no levantan altares ni encienden fuego; tampoco se valen de libaciones ni de flautas, cintas y granos de cebada. Y cuando alguien quiere ofrecer un sacrificio a uno de sus dioses, conduce a la víctima a un lugar puro e invoca a la divinidad llevando en la tiara una corona, generalmente de mirto. Ahora bien, el que sacrifica no puede impetrar el favor de la divinidad para él solo exclusivamente, sino que ruega por la ventura de todos los persas y del rey, pues, como es natural, entre la totalidad de los persas está incluido el propio oferente. Después de hervir la carne, una vez descuartizada la víctima en trozos menudos, esparce en el suelo la yerba más tierna posible, generalmente trébol, y sobre ella coloca, por lo regular, todos los trozos de carne. Una vez que los ha depositado, un mago, presente al efecto, entona una teogonía (al menos ese es, según ellos, el contenido del canto en cuestión), pues ocurre que sin un mago no tienen por norma hacer sacrificios. Y, tras un breve instante de espera, el celebrante se lleva los trozos de carne y hace con ellos lo que le viene en gana. (...) el cadáver de un persa no recibe sepultura, mientras no haya sido desfigurado por un ave de rapiña o un perro... En cualquier caso, los persas impregnan con cera el cadáver y, después, lo entierran (...) los magos... matan con sus propias manos toda clase de seres vivos, excepción hecha del perro y el hombre y lo consideran una gran hazaña, pues matan indistintamente hormigas, serpientes y todo tipo de reptiles y volátiles. En fin, en lo que a esta costumbre respecta, que siga como se estableció en su origen.»

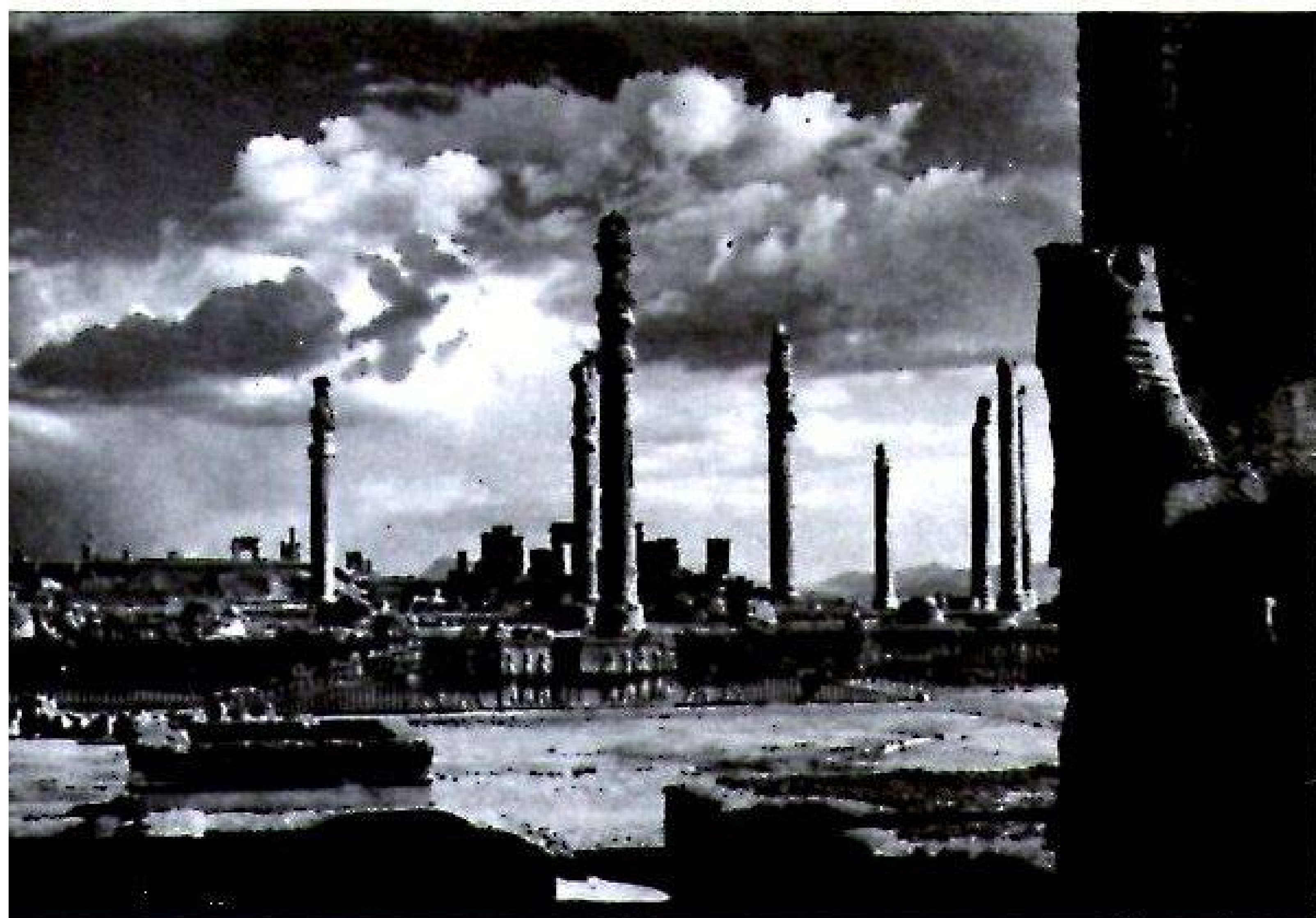
A diferencia del Antiguo Testamento, la tradición literaria del *Avesta* no contiene información histórica, sino

sólo instrucciones rituales e himnos que transmiten gran cantidad de detalles mitológicos. Como en cierto sentido lo es el Antiguo Testamento, es una especie de compendio de textos compuestos en diversas épocas y reunidos en su forma actual mucho después del período aqueménida. Los persas del *Avesta* creían que estaban obedeciendo los preceptos revelados por Dios a su profeta Zoroastro (Zaratustra), cuyos himnos o canciones, los *Gathas*, en una lengua más primitiva que el resto, forman la base de la tradición del *Avesta*. Algunos estudiosos creen que Zoroastro nació a fines del siglo VII a. C. y ejerció su ministerio, posiblemente como exiliado de Media, en Irán oriental y comarcas más apartadas. Hacia 588 a. C., convirtió al rey local Vishtaspa a la religión de los *Gathas* y esto marcó el verdadero comienzo de su carrera profética. En esos textos se proclama un solo Dios supremo, creador de todas las cosas materiales y espirituales, que está más allá del alcance de las fuerzas del mal. El mundo se divide entre dos polos opuestos, entre los que el hombre puede elegir libremente: Verdad y Mentira, Bien y Mal. Se promete la recompensa eterna a los que hayan elegido las buenas obras y el tormento eterno a los que hayan obrado mal. El símbolo supremo de la Verdad es el fuego y, por tanto, los altares del fuego se convirtieron en el mayor símbolo cultual del zoroastrismo.

La aceptación de este culto en Irán occidental en el siglo VI se deberá a los magos, una tribu o casta sacerdotal de Media, considerada como indispensable para la celebración de cualquier ceremonia religiosa. Sus inscripciones sugieren que Darío y Jerjes aceptaron formalmente las doctrinas principales de Zoroastro; pero el zoroastrismo se impuso con claridad como religión oficial de la dinastía gobernante en el reinado de Artajerjes I, cuando se reformó el calendario civil, hacia 441 a. C., en el que se incluyeron meses nombrados según las deidades principales. Sin duda, sobrevivieron otros cultos anteriores y, con el tiempo, modificaron las enseñanzas del profeta. En las prácticas religiosas de las cortes del rey y de los sátrapas, los cultos de la antigua religión iraní se mantuvieron sin modificaciones serias derivadas del zoroastrismo ortodoxo.

El rito más famoso de la religión indoiraní, el uso de una bebida embriagadora llamada *haoma* (en India, soma), que se preparaba majando en un mortero una planta desconocida, tal vez ruibarbo, no está mencionado en Herodoto: fue una omisión. El dibujo de un sello, hallado en Persépolis en varias tablillas de barro y fechado en el reino de Jerjes, se identificó convincentemente como la ceremonia del *haoma*. El historiador antiguo Douris pudo referirse a ella cuando escribía: «sólo en el festival de Mitra, de todos los festivales celebrados por los persas, el rey se embriaga y baila la danza (persa)». En el sello principal de Persépolis, bajo el disco alado de Ahura Mazda, dos personas flanquean un altar del fuego y llevan un mortero y su mano, idénticos a una serie de estos utensilios, de piedra verde, que llevan inscritas breves frases en arameo, también encontrados en Persépolis. Las inscripciones sugieren que la ceremonia del *haoma* era una celebración dedicada a Mitra, hecha por y para el ejército.

Comercio y economía. Los persas aceptaron siempre que el vasto complejo de su imperio incluía una enorme variedad de condiciones sociales y económicas, que iban desde las sociedades urbanas antiguas y muy refinadas de Babilonia, Turquía y Egipto, hasta las comunidades predominantemente agrícolas y nómadas de la comarca iraní. No había intentos de centralizar o unificar los métodos y estructura de la vida económica y comercial, siempre que los tributos se recaudaran con eficiencia y regularidad. Gracias a la seguridad y a las excelentes comunicaciones terrestres el comercio floreció. Las ciudades fenicias prósperas acuñaron sus propias monedas de plata en el siglo IV. Los objetos de lujo hechos de metales preciosos, cristal y cerámica fina se exportaron, desde centros especializados en esas manufacturas, hacia todos los puntos del imperio y mucho más allá, hasta las profundidades de lo que hoy es Rusia. Se encontraron grandes cantidades de monedas griegas, sobre todo atenienses, de los siglos V y IV, en todo el imperio, hasta Arabia. La cerámica griega de buena calidad tuvo una distribución semejante. Desde distintos centros del imperio occidental, las comunidades de mercaderes, una vez más sobre todo griegos, comercia-



Persépolis, donde Darío instaló la residencia de la dinastía aqueménida. Este rey y sus sucesores se enterraron en esta terraza o cerca de ella.

ron con objetos de lujo de los centros orientales llevados al oeste por las caravanas. Los géneros básicos como el cereal, que tanto abundaba en Babilonia, Siria y Egipto, se intercambiaban por vino y aceite de oliva griegos.

En teoría, toda la tierra pertenecía al rey. La propiedad privada del monarca, incluidos los cotos de caza, era extensa. Los miembros de la familia real, los sátrapas y los altos funcionarios, y también funcionarios menores y oficiales del ejército, tenían aseguradas sus fincas en diversas condiciones, por lo común a cambio de servicios a la corona y una parte de cada cosecha; el sistema era semejante al feudalismo medieval europeo. Pero ya hacia principios del siglo V se exigía dinero con mayor frecuencia que la prestación del servicio militar. Progresivamente, las casas bancarias se hicieron cargo de la gestión de las fincas: pagaban la renta a los propietarios y a la corona, lo debido. Esta transformación se vio facilitada por un cambio hacia una economía monetaria, sobre todo en las provincias occidentales, donde hubo contactos más estrechos con los griegos. En la mayor parte del imperio, para las transacciones se usaron diversos tipos de lingotes, valorados por su peso, y sólo en Turquía la corona y el sátrapa se plegaron a la práctica local y acuñaron moneda. Después de 517 a. C. aproximadamente, el tesoro persa emitió los famosos «daricos» de oro, las únicas monedas de oro acuñadas en cierta cantidad antes de las de Filipo II de Macedonia. Los *sígloi* y siclos de plata, menos valiosos, llevaban una figura persa distintiva, un rey o un héroe real con diversas armas. Sobre todo en tiempos de guerra,durante la fase tardía del imperio, los sátrapas acuñaron en ocasiones monedas con su propia efigie. En el siglo IV, varias ciudades de Cilicia, Tarsos en especial, tuvieron monedas en las que estaba inscrito el nombre del sátrapa en griego o arameo.

En Nippur (Irak meridional) se halló una serie única de documentos, con los que se ha podido estudiar las prácticas de banca y las presiones económicas de este período. En esa localidad las excavaciones desenterraron los archivos, asentados en tablillas de barro, de la banca Murashu, en activo más o menos entre 455 y 403 a. C. En realidad, son muchos los documentos de esta clase procedentes de Irak, no todos estudiados con tanta rapidez como lo fueron los de Murashu, aunque todos demuestran que el país tuvo una administración de gran desarrollo. Entre otras cosas, esos testimonios indican que la política monetaria aqueménida fue desastrosa. Los elevados tributos en metálico y en especie producían la escasez de productos y de metales preciosos, con el aumento consiguiente de la inflación a lo largo de todo el período. Si el tesoro real hubiera convertido en moneda los tributos recaudados, podría haber surgido una economía monetaria lozana mucho antes de lo que lo hizo y se habría detenido esa tendencia. Pero el monarca persa seguía los instintos de su estirpe y las tradiciones de la época: acumulaba sus bienes en los grandes tesoros de Babilonia, Susa y Ecbatana, tanto en lingotes como en láminas de metal. Estas casas del tesoro fueron las que produjeron gran asombro entre los griegos, cuando los ejércitos de Alejandro las ocuparon.



Cabeza de hombre, en terracota: lleva un gorro de piel en franjas; proviene de las excavaciones de Persépolis y tal vez se trate de un persa.

Ciudades y palacios. La investigación arqueológica de la cultura aqueménida se concentró hasta hoy en los hechos de la corte real y sus satélites. Se han explorado los palacios de los reyes y de los gobernadores y casi nada más. Pero incluso este material es muy variable y no ha salido de él ninguna pintura coherente. En Babilonia, donde se podría esperar algo semejante a una gran ciudad administrativa, los excavadores alemanes encontraron pocos edificios que con certeza se pudieran atribuir al período per-

sa. La edificación posterior, del período seléucida, había borrado lo que no destruyó el ejército de Jerjes en 482 a. C.; en Susa, otra capital administrativa, hasta hoy sólo se han excavado palacios. Allí, en el montículo de la Apadana, una amplia plataforma artificial superpuesta a la antigua ciudad elamita, Darío y Artajerjes II crearon palacios monumentales, fundamentalmente de ladrillo de barro, decorados con otros vidriados, policromos, en frisos de animales, reales e imaginarios; sólo las columnas, sus capiteles y basas, junto a unas pocas esculturas, son de piedra. La ciudad misma estaba amurallada y, es posible, rodeada por un foso unido al río cercano. Al otro lado del río, en medio de su propio parque, había otro palacio, construido más tarde por Artajerjes II o III, con grandes salas hipóstilas, cuyas paredes y columnas estaban decoradas con enlucido pintado.

En Susa se encontró, en diversas ediciones, la inscripción de un edificio, escrita en persa antiguo, elamita y acadio sobre tablillas de barro cocido y de piedra, en la que se describe la construcción de los palacios de Darío. El interés particular de este texto se encuentra en su enumeración de los materiales y artesanos extranjeros empleados por el rey. La madera de cedro procedía del Líbano: la llevaban a Babilonia los sirios y de allí, hasta Susa, griegos orientales (carios y jonios); la madera de *yaka* llegaba desde Ghandara y Carmania (Irán meridional); el oro, de Sardes (Lidia) y de Bactria; el lapislázuli de Sogdiana; las turquesas, de Chorasmia (Jorasmia); el marfil, de Etiopía, Sind y Aracosia, todo ello ya elaborado. Algunos elementos decorativos no especificados, que se destinaban a las terrazas, se compraban en Jonia; las columnas de piedra, talladas en Susa, provenían de una aldea de Elam. Jonios y sardenses eran canteros; medos y egipcios, orfebres; sardenses y egipcios, ebanistas. Los babilonios fabricaban los ladrillos cocidos y los medos y egipcios ornamentaban las terrazas.

Esta explotación de recursos y artesanos foráneos seguía tradiciones imperiales del Oriente Próximo bien establecidas. Pero, según lo que se puede inferir de los vestigios mínimos de todo aquel esplendor, los artesanos cosmopolitas trabajaban bajo una supervisión local tan estrecha que, en las obras, sus estilos individuales raramente se detectan, excepto en detalles de destreza y técnica. Una estatua de Darío, a la que le falta la cabeza, descubierta hace poco en Susa, con inscripciones trilingües en caracteres cuneiformes y con jeroglíficos egipcios, ilustra todo esto muy bien. Aunque tiene algunos de los rasgos tradicionales de la estatuaria egipcia, en especial la columna sobre la que se asienta la espalda del cuerpo del rey, y aunque según la inscripción fue hecha en Egipto, el estilo de las ropas del monarca es persa tanto en el modelo como en la ejecución. Esto mismo se advierte en las montañas de Fars, donde Darío inició, en Persépolis, el más ambicioso de todos los programas aqueménidas de arquitectura y escultura.

La famosa capital meda de Hagmatana –el Lugar de la Asamblea–, residencia veraniega favorita de los aqueménidas, conocida entre los griegos con el nombre de Ecbatana, está bajo la ciudad moderna de Hamadán y aún espera a ser excavada. Algunas excavaciones ilícitas hechas allí descubrieron piezas espectaculares de utensilios y joyas aqueménidas, entre las que destacan dos tablillas fundacionales –una de oro y otra de plata– con inscripciones, dos vasos de oro, usados para beber, con cabezas de león y varios cuencos y platos. El monumento más famoso que se conserva es un león de piedra, muy estropeado, quizá hecho por orden de Alejandro en recuerdo de su favorito Hefestion, quien murió en Ecbatana, lo que llenó de dolor al rey.

La más notable de todas las ciudades de este período que se conservan es Dahan-i-Ghulaman (Puerta de los Esclavos), situada en una zona muy apartada del oriente iraní y que tal vez fuera Zarin, la capital de la antigua Drangiana. Al parecer estuvo ocupada durante un lapso relativamente breve. Sobre una terraza que se alza a unos 4 o 5 m del nivel general, las excavaciones desenterraron casas privadas con cuatro habitaciones rectangulares y cuatro cuadradas, dispuestas en torno a una sala central o patio, edificios públicos con patios porticados y un solo edificio religioso. Este último es de ladrillo de barro, con una sola entrada por el lado sur, a cubierto de los fuertes vientos predominantes en la región. Su patio central está flanqueado por cuatro pórticos, cada uno con una doble fila de columnas de basa cuadrada y altares secundarios y mesas para las ofrendas; las escaleras están dentro de recintos cuadrados, en cada ángulo. En el centro del patio hay una fila de tres altares rectangulares, huecos y colocados sobre pedestales bajos con escalones. Algunos huesos quemados de animales pueden ser los restos de sacrificios celebrados allí.

Sin embargo, los centros de Pasargada y Persépolis, en tierra persa –la actual provincia de Fars–, son los que resumen para la posteridad el carácter particular y los logros de la monarquía aqueménida, aunque estamos muy lejos de comprenderlos en su totalidad. Pasargada, en lo alto de la llanura de Murgab, muy fría en invierno y a menudo abrasadora en verano, era la capital establecida por Ciro, la ciudad de coronación de la dinastía. Si en Pasargada hubo edificios anteriores a 550, poco más o menos, aún no se han descubierto. Los restos existentes son los de una ciudad construida en términos generales entre 546 y 530 a. C. aproximadamente, con sectores que quedaron sin terminar tras la muerte repentina de Ciro. Aunque el



Parte de un juego para beber (siglo V a. C.), hecho en plata: consta de un cuenco, un cazo y una jarra, en el estilo greco-persa típico de los talleres de Turquía occidental.

monarca llevó artesanos de la recién conquistada Jonia y de Lidia (Turquía occidental) para que ayudaran en los trabajos de sillería, el carácter general de la ciudad, su diseño, trazado y función son parte de una tradición iraní local.

Aun cuando se han hecho varias excavaciones, el trazado general del sitio no está claro. Domina el asentamiento una enorme plataforma, inacabada, de sillería de aparejo de soga y tizón, que sin duda iba a ser la base de un palacio real, pero cambiada para sustentar un edificio mucho menos importante, de ladrillo de barro, cuando Darío empezó su ambicioso programa de construcciones en Persépolis. Bajo esa terraza, en una disposición al parecer casual en la llanura y dentro de una superficie amplia y amurallada, hoy se puede ver una torre en ruinas, la enigmática Zendan-i-Sulaiman, y tres edificaciones dispuestas entre jardines bien diseñados y regados. Una de ellas, una entrada monumental flanqueada por colosos protectores con la típica forma de toros, al estilo sirio, contiene el famoso relieve de un genio alado, vestido con una ancha túnica y tocado con una corona real egipcia, muy trabajada, que en tiempos se pensó representaba al propio Ciro. Dos edificios palaciales con amplios pórticos tienen el aire de pabellones diseñados para pasearse o sentarse, para contemplar los jardines y estanques: uno de los mayores legados de Persia a la civilización. Apenas destacada y dentro de su propio recinto, se alza la tumba de piedra de Ciro, rectangular, asentada sobre un plinto con seis escalones; hay una roseta tallada por encima de la puerta, bajo un techo de dos pendientes. Como ocurre con todas las tumbas reales aqueménidas, no se conserva nada del enterramiento.

Persépolis. Ciro o Cambises habrán construido los palacios de la llanura en Persépolis, pero fue Darío quien inició un desarrollo más importante del inmenso sitio. A menudo se la recuerda sólo por la gran terraza con los edificios ceremoniales, pero Persépolis abarca una super-

ficie mucho más extensa, cuya mayor parte aún no se ha explorado con excavaciones, en la que los edificios de la terraza, conocidos en la antigüedad como una «fortaleza», no son sino los mejor conservados. Desde el reinado de Darío, los monarcas aqueménidas fueron enterrados primero en tumbas rupestres, en Naqsh-i-Rustam, a unos 6 km al noroeste de la terraza de Persépolis, y después en tumbas semejantes, cavadas en las rocas de las laderas que se alzan detrás de la terraza. Frente a las tumbas de Naqsh-i-Rustam hay una torre aislada, la Kaabah, idéntica a la Zendan-i-Sulaiman de Pasargada, pero en mejor estado de conservación. La función de estas torres se discute todavía, aunque una inscripción posterior, sasánida, que hay en la Kaabah la denomina «depósito». Es posible que se guardara allí una especie de tesoro dinástico y quizá contuviera un santuario en memoria de los difuntos miembros de la casa real.

Antes de los tiempos de Alejandro, los autores griegos apenas si hablan de Persépolis, un centro que no tuvo ningún papel visible en la política ni en la administración del imperio. Al parecer, jamás fue una residencia habitual de la corte en ningún momento del año. Después de la primera mitad del siglo V a. C., cuando ya se habían construido la mayoría de los edificios asentados sobre la terraza, los reyes aqueménidas hicieron muy poco más allí. Se supone que la ciudad estaba reservada a festividades anuales, ritos y banquetes en honor de la casa real y de sus éxitos y a ceremonias fúnebres reales. Los intentos ingeniosos de reconstrucción de estas actividades, basados en la disposición de los edificios de la terraza y en los relieves esculpidos, se vuelven confusos en la increíble variedad de explicaciones que se ha elaborado. Las inscripciones bastante crípticas de los edificios contemporáneos no brindan ninguna guía; incluso los nombres de los edificios y sus funciones son sobre todo tema de deducción en la actualidad.

El corazón de Persépolis es un promontorio rocoso, que se proyecta hacia la llanura desde una cadena de montes bajos. Darío encerró esta plataforma natural con una muralla maciza de bloques bien trabajados e hizo dos accesos monumentales, con un tramo doble de escaleras por el lado oeste, que daba a la llanura. Nada se conserva de la muralla defensiva de ladrillo de barro, que en su época rodeaba la terraza y subía por la montaña que está detrás, ni de los muros de los edificios que hubo sobre la terraza, todos ellos de construcción similar. Lo que queda es un esqueleto en ruinas: columnas, basas y capiteles de piedra, entradas y escaleras con frisos esculpidos. Se necesita un gran ejercicio imaginativo para tener una visión del conjunto magnífico de edificios, opulentamente decorados, a los que Alejandro pegó fuego en 330 a. C.

La naturaleza del sitio se capta mejor en una rápida mirada a su planta, teniendo siempre presente que lo que hoy revelan las excavaciones creció lentamente a lo largo de los años y, es probable, no representa el diseño original bosquejado por Darío y su arquitecto. Los edificios situados sobre la terraza, al sur del gran portal de entrada, se dividen en dos grupos principales, el oriental y el occidental. La entrada principal tiene los monumentales toros alados guardianes y una inscripción de Jerjes: «Con el favor de Ahura Mazda construí esta columnata de Todas las Tierras. Muchas otras buenas (construcciones) se hicieron dentro de Persépolis, que yo construí y que mi padre construyó». Sobre el lado oeste de la plataforma se alza la sala de audiencias real, la Apadana; detrás, una serie de palacios privados y dependencias auxiliares, incluido el harén. Se entraba al lugar –el acceso era muy restringido– por una puerta triple, en el lado sureste de este grupo de edificios. Por el lado este, después de pasar una entrada que nunca se terminó de edificar y de atravesar un amplio patio, se llegaba al «Salón del Trono», una sala hipóstila, con depósitos adyacentes. En el extremo sureste hay un edificio grande, aislado y rectangular, construido en etapas, que albergó el tesoro, depósitos reales y las armas en salas con columnas, habitaciones diversas y patios porticados. En los detalles arquitectónicos, se pueden detectar rasgos griegos jonios o egipcios, pero el predominio de salas con columnas e hipóstilas se deriva de una tradición arquitectónica meda.

La Apadana es un edificio, con una sala hipóstila central, de unos 50 m de lado; tiene entradas en cada pared, torres macizas en los ángulos, galerías porticadas por tres lados y habitaciones sobre el cuarto. En los lados norte y este, suben hasta las galerías porticadas unas escaleras revestidas de bloques con relieves. En los ángulos noreste y sureste de la sala, los cofres de los cimientos contenían una gruesa lámina de oro uno y otro una de plata, con inscripciones trilingües de Darío, en grafía cuneiforme, que registraban la extensión el reino. El trabajo se completó en tiempos de Jerjes y de Artajerjes I. Los vestigios existentes dan una idea vaga del bosque original de columnas, cada una de casi 20 m de altura, con sus capiteles dobles de cabezas de toro, rodeadas por paredes de ladrillo de barro de más de 5 m de espesor, enlucidas y pintadas. Las vigas de madera del techo estarían pintadas y los muros, cubiertos con ricas telas bordadas o pintadas. Como en Persépolis, aquí el visitante contemporáneo suele olvidar que el gris opaco de la piedra (cuando no estaba pulida) y el tono apagado del ladrillo cocido fueron, en tiempos, un estallido de color. Las enormes puertas de doble hoja de la Apadana estaban cubiertas de relieves hechos en oro y bronce.

Los relieves de las escaleras de la Apadana, el conjunto escultórico más famoso del arte aqueménida, muestran a representantes de veintitrés pueblos del Imperio persa mientras llevan sus tributos a Darío, que originalmente aparecía sentado en su trono en el panel central, con el príncipe heredero Jerjes de pie tras él. Por razones desconocidas, más tarde se quitaron de allí esos paneles, tal vez en tiempos de Artajerjes I, para llevarlos al «Tesoro», donde los encontraron los excavadores. Los actuales paneles centrales de la escalera de la Apadana muestran a guardias medos y persas enfrentados, de pie bajo el disco alado de Ahura Mazda. En el diseño original, el rey entronizado y su heredero estaban flanqueados por paneles en los que había un león que atacaba a un toro, un motivo arcaico relacionado con la monarquía, cuyo significado mágico exacto se ha discutido durante mucho tiempo; algunos le aplican una elaborada explicación astronómica, otros lo ven como una advertencia de que, más allá de ese punto, sólo los privilegiados podían acercarse a la presencia del Gran Rey. Tampoco es seguro si esos relieves indican el orden de los acontecimientos de un festival anual determinado –se dice que el de año nuevo– o si quieren mostrar un panorama perpetuo del imperio: el Gran Rey recibe homenaje y tributos para toda la eternidad. En los relieves, mucho más variados de lo que puede sugerir una mirada superficial a sectores específicos, aparecen formando fila guardias medos y persas; entre ellos, avanzan uno tras otro los portadores de tributos de diversas regiones, desde Arabia hasta Armenia, desde el Danubio hasta el Oxus, encabezados por una delegación de medos. Cada grupo se distingue por su vestimenta y, en menor grado, por los presentes que lleva.

Al sur de la Apadana está el Tachara, un pequeño palacio privado de Darío, situado en la parte más alta de la plataforma con la fachada orientada al sur; en ella y en las escaleras de acceso, el león y el toro en lucha flanquean una procesión de guardias enfrentados. En la parte superior de las paredes laterales de las escaleras, se ven talladas figuras de sirvientes que llevan comestibles al palacio. En la parte superior, un pórtico de entrada con dos filas de cuatro columnas tiene guardias esculpidos en las jambas de las puertas que conducen a las habitaciones contiguas. En las jambas de la puerta central que lleva a la pequeña sala hipóstila principal, de mampostería finamente acabada, están representado el rey, de pie, bajo una sombrilla que sujeta un servidor. En los pliegues de las ropas de una de las figuras se dice que se trata de Darío; en las ropas del otro se ve el nombre de Jerjes quien, se agrega, completó esta obra. En algunos quicios de puertas internas se ve tallado al rey héroe mientras da muerte a un animal: se trata de un motivo apotropaico, es decir, protector. Sobre las jambas de las puertas de dos habitaciones privadas del lado norte se ven, en la primera, un siervo con una redoma de ungüento y una toalla y, en la segunda, otro siervo lleva un brasero y una vasija. En todos los casos, el rey aparece con su cetro y un pomo de perfumes en forma de flor, seguido por un servidor con un espantamoscas. Artajerjes III agregó una escalera en el lado oeste de este palacio.

Sobre el mismo nivel, en el ángulo sureste de la Apadana está la «Triple Puerta». Las paredes de su escalera, algo más pequeña, están decoradas con relieves de servidores que llevan alimentos y bebidas, tal vez para los sacrificios, y en las más amplias aparecen nobles y soldados medos y persas en frisos procesionales. Al sur se ven los vestigios de varios edificios palaciales, entre los que se impone el palacio de Jerjes. Es una versión aumentada del Tachara, y también las jambas de sus puertas y ventanas están decoradas con figuras de siervos que llevan comida y diversos objetos. Toda esta zona está cerrada al sur y al este por filas de depósitos idénticos.

Al otro lado de un muro, al este de la Apadana, se alza el otro gran edificio de la terraza, el «Salón del Trono», o mejor quizá la «Sala de las cien columnas», algo que no se puede ver hoy; allí, a través de las columnas tan cercanas unas de otras, un trono no podría ser visible sino para un pequeño grupo de personas. La inscripción fundacional dice que Jerjes empezó el edificio y Artajerjes I lo terminó. Una amplia galería porticada, con una doble fila de columnas y en los extremos paredes con estatuas colosales de toros, enfrenta al patio. Los quicios de las puertas por los lados norte y sur muestran al rey entronizado bajo un dosel y el disco alado de Ahura Mazda. En las puertas del norte se ven cinco filas de guardias; en las del sur, representantes de los pueblos sometidos sostienen el trono del monarca, como en las fachadas de las tumbas reales. Por el lado este y el oeste, las jambas muestran al rey héroe en el momento de hundir su espada en el pecho de diversas bestias rampantes, reales e imaginarias. En el ángulo noreste de la terraza, en recintos de la muralla de fortificación, se encontró un conjunto de tablillas de barro, escritas en elamita, relacionadas con transferencias administrativas de comestibles en los años 509 a 494 a. C.; se refieren a una vasta región que se extendía hacia el sur y llegaba hasta Elam, aunque no incluía la zona de Susa; también mencionan a los dioses elamitas Humban y Shimut, a los persas Ahura Mazda y Mitra y al semita Adad.

En el ángulo sureste se sitúa el «Tesoro», donde están los relieves que se quitaron de la Apadana. En esta zona encontraron los excavadores, entre los vestigios que dejó el saqueo de Alejandro (330 a. C.), todo lo que se salvó

de los legendarios tesoros de los monarcas aqueménidas. De los objetos de metales preciosos no quedaba prácticamente nada; los vasos de piedra con los nombres de faraones egipcios de épocas antiguas, de un rey hitita y de Assurbanipal de Asiria habrán desaparecido en los pillajes de los palacios de los reyes asirios, en el norte de Irak, mucho antes de los tiempos de Darío. Sólo quedó un torso de mármol de una figura femenina sedente, un recuerdo de algún botín llevado desde Grecia. Los platos de piedra de los servicios de mesa de Jerjes y otros utensilios diversos apenas si dan una idea de aquel esplendor que asombraba a los griegos. También en este sitio se encontró otro grupo de tablillas, fechadas entre 492 y 458 a. C., también en elamita, en las que se registran envíos de plata hechos desde el tesoro de Persépolis, sobre todo en lugar de lotes en especie, a distintos puntos de Persia; en estas tablillas se ven con claridad los problemas que enfrentaba la administración al establecer las equivalencias entre pagos en especie y pagos en metálico.

Artes menores y artesanías. Como en las artes del gobierno, en la religión y la economía, en el comercio y la sociedad, muchas de las artesanías se mantuvieron en las provincias del imperio aqueménida tal como en tiempos antiguos. Las modas establecidas por los opulentos enseres del Gran Rey y su corte tardaron mucho en inspirar a los artesanos locales, que trabajaban con materiales como metales comunes y cerámica, en lugar de los originales metales preciosos, cristal y piedras semipreciosas, tan abundantes para los artistas de la corte. La mayoría de los objetos que se conservan, llamados comúnmente «aqueménidas», siguen el estilo internacional desarrollado bajo el patronazgo cortesano.

Hombres y mujeres de todo el imperio llevaban una gran variedad de adornos personales. Las tropas persas, según cuenta Herodoto, «brillaban de oro, grandes cantidades del cual llevaban sobre sus personas». Pendientes, brazaletes, ajorcas y collares se distinguían por sus motivos zoomorfos y los extremos fundidos con formas de cabezas o cuerpos de animales. Algunos llevaban ricos engastes de piedras o cristal de colores. Los servicios de mesa de oro y plata de los aqueménidas fueron de una variedad y un esplendor legendarios. Herodoto cuenta que, tras la derrota de los persas en Platea, en el campamento se encontraron «jarras, copas y otras vasijas de oro; encontraron sobre los carros sacos en los que aparecieron calderos de oro y plata». Los metales nobles se entregaban como tributo al rey, quien también los dispensaba a los aristócratas, a los huéspedes extranjeros y a los embajadores; en este caso, interesaba menos el peso que la belleza de la manufactura. También en estas piezas había un gusto por las asas y los picos muy elaborados, zoomorfos, por los cuencos y platos con decoración inspirada en la flor de loto o rosetas radiales. La distribución de esas vasijas está ilustrada por cuencos de plata idénticos provenientes de Rodas, frente a la costa meridional de Turquía, y de Kazbek, localidad caucásica, todos ellos decorados con espirales en forma de S, con los extremos en forma de cabeza de pájaro. Es posible que se produjeran en talleres del oeste de Asia Menor, quizá en Lidia, donde también se fabricaron ánforas soberbias, con asas zoomorfas, como un ejemplar hallado en la localidad búlgara de Duvanli.

Una amplia serie de piezas de metal también se imitó en cristal tallado, que se producía para un mercado de objetos de lujo, para las cortes de los sátrapas de todo el imperio, desde Cirenaica hasta Irán. Las piezas de metal, además, tuvieron influencia en las vasijas de piedra y se fabricó cerámica de gran calidad para compradores pudientes. Los diseños distintivos del «estilo cortesano» aqueménida también se reconocen en sellos, tanto los de forma cilíndrica –que se hacían rodar para producir la impronta, a la antigua manera mesopotámica– como los que se estampaban. Algunas piezas de vajilla de plata y sellos de estampación, asociados con las cortes de sátrapas de Turquía occidental, muestran la profunda influencia que ejercieron los estilos griegos en los talleres de esa parte del Imperio.

Conclusión. La caída del Imperio persa ante el ejército de Alejandro señaló el fin de las tradicionales fronteras políticas y culturales del Oriente Próximo. Los generales de Alejandro, aunque dividieron sus vastos dominios, mantuvieron el ideal de su soberano, el de fusionar las antiguas tradiciones orientales con las griegas. La absorción de la cultura griega y de las formas de pensamiento griegas acompañó el aflujo de mercaderes y eruditos griegos, de soldados y aventureros, sobre todo en el Levante. En las «Tierras bíblicas» se sembraron, entre los judíos y sus dominadores helenizados, nuevas semillas de conflictos políticos y religiosos; y en la religión, entre los judíos que aceptaban el nuevo mundo sin comprometer su antigua fe y los que se sentían seducidos por esos nuevos modos, hasta el punto de considerar que sus tradiciones antiguas eran un peso muerto. Cuando las luchas políticas y religiosas terminaron, surgió la religión que hoy se conoce como judaísmo, forjada por la fe y la experiencia histórica que este libro ha resumido con brevedad.

Glosario

Nota: los asteriscos indican que la palabra señalada tiene una entrada independiente.

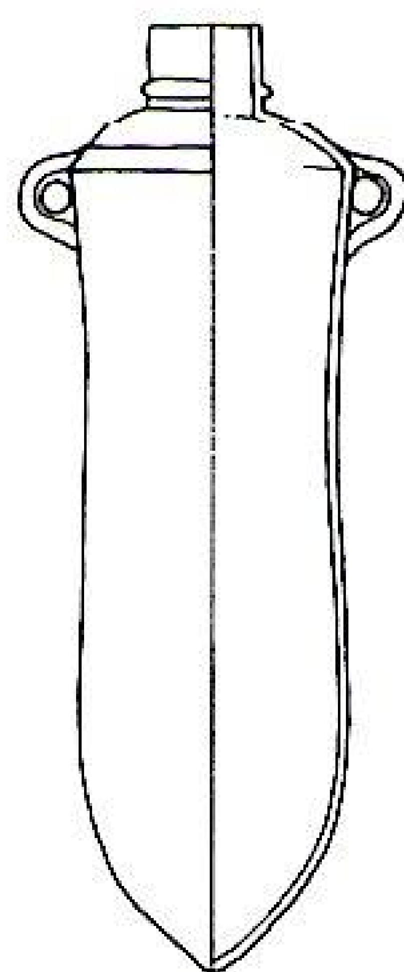
Adonis: dios fenicio de la vegetación, cuyo nombre deriva de la palabra «señor». Su vida era el símbolo del ciclo natural de la vegetación: se agostaba y moría con el calor del verano y revivía en primavera. Su muerte y resurrección se celebraban en todo el Líbano, en especial a orillas del río Adonis (moderno Nahr Ibrahim), cerca de Beirut. En la mitología griega, Afrodita –diosa del amor– y Perséfone –diosa de los infiernos– reclamaron su cuerpo cuando el dios murió durante una cacería del jabalí. Zeus* decidió que pasara la mitad del año con cada una de ellas, parte sobre la tierra y parte en el mundo subterráneo.

Ahura Mazda: nombre que significa «señor sabio» en persa antiguo. En las inscripciones de los reyes persas aqueménidas es el dios supremo, creador del mundo, de los hombres y de su prosperidad pacífica. En los relieves aparece representado bajo forma humana, emergiendo de un disco alado. Era la deidad suprema en las enseñanzas de Zaratustra y en persa su nombre es Ormuz u Ormaz (*ver* **Zoroastrismo**).

Albright, W. F. (1891-1971): erudito bíblico americano, el más importante de su tiempo. Tuvo una versatilidad notable; como lingüista, contribuyó al estudio del egipcio antiguo, del acadio, del ugarítico y de otras lenguas semitas. Su hondo interés en la religión de Canaán y de Israel también fue productivo. En las excavaciones de Tell Beit Mirsim, entre 1926 y 1932, aunó la observación cuidadosa de niveles sucesivos de ocupación con un estudio completo de la cerámica presente en cada nivel. Sus conclusiones, una vez publicada, se convirtieron con rapidez en una herramienta básica para el trabajo de todos los arqueólogos palestinos.

Amuleto: objeto pequeño, diseñado para dar protección o rechazar los males. En general están perforados, para que se pueda colgarlos de una pulsera o collar. Aunque no hay mención explícita de ellos en el Antiguo Testamento –quizá con excepción de *Is.*, 3, 20–, se encuentran en abundancia durante las excavaciones. Están hechos de piedra, terracota, metal, faenza*, cristal, hueso o marfil; los hallados en Palestina y Siria son, por lo común, de estilo e inspiración egipcios. En general, representan dioses, animales, frutos, flores y partes del cuerpo humano.

Ánfora: jarra grande de cerámica, por lo general alta y no muy ancha, con dos asas en el hombro, cuello estrecho y base que termina en punta, diseñada para el transporte y almacenamiento en tierra y mar, generalmente de líquidos. Aunque lo corriente es que se aplique a recipientes de ese tipo en la arqueología grecorromana, el término se aplica a veces a vasijas semejantes pero más antiguas. Por razones administrativas, un ánfora podía tener inscripciones impresas en las asas, para declarar su contenido (como hoy se indica el año de cosecha en las botellas de vino) o su destino.



Ánfora

Antediluviano: término que señala una época legendaria, anterior al Diluvio universal del que hablan el *Génesis* y la tradición literaria de los sumerios en Irak meridional. El primer fragmento de la leyenda babilonia del diluvio lo halló, inscrito en una tablilla de barro cocido que hoy se guarda en el Museo Británico, George Smith en 1872, que pudo localizar de qué parte del *Gilgamesh* (el gran poema épico nacional) se trataba. En excavaciones posteriores hechas en Nínive, encontró más piezas; este arqueólogo murió prematuramente (1876) en Alepo, durante su tercera expedición a Oriente.

Apotropaico (motivo): toda pintura o símbolo al que su creador considera útil para evitar los males. El término deriva de un verbo griego que significa «apartar». Los *hippies*, en nuestros tiempos, adoptaron el antiguo signo egipcio *ankh* (vida) por estas mismas razones (*ver también* **amuleto**).

Arca de la Alianza: cofre de madera que contenía las tablas de piedra en la que estaban inscritos los diez mandamientos. Yahveh se las había entregado a Moisés en el Sinaí y le dio instrucciones para fabricar el Arca en que debían descansar (*Éxodo*, 25, 10 y ss.); era el objeto sagrado máximo en Israel, habitualmente guardada en el «Santo de los Santos» del Templo de Salomón, en Jerusalén. Desapareció en 586 a. C., cuando los babilonios saquearon Jerusalén. Se consideraba que era un trono portátil destinado al invisible Yahveh.

Arriano (h. 95-175 d. C.): autor griego; su *Historia de Alejandro* es la fuente más importante para la carrera de Alejandro Magno, ya que conocemos las obras anteriores sobre el tema sólo de segunda a o tercera mano; escribió en sus años maduros (h. 150); fue un gran lector: conocía los libros de Ptolomeo –amigo de Alejandro durante su juventud y más tarde faraón en Egipto–, de Nearco –un cretense que también había conocido a Alejandro en la adolescencia y después se había convertido en almirante suyo– y de Aristóbulo –tal vez arquitecto– quien había restaurado la tumba de Ciro en Pasargada, por orden de Alejandro.

Asherah: nombre de una diosa cananea (y fenicia) y del objeto de culto* con el que se la representaba en los santuarios. Era una diosa madre, adorada bajo nombres semejantes en muchas comarcas del Oriente Próximo; se la conoce mejor en los textos de Ras Shamra. En esta ciudad se la consideraba esposa del dios supremo El* y madre y consejera de los demás dioses; también tenía una relación especial con el mar. El Antiguo Testamento no siempre distingue con precisión entre la diosa y su imagen. Esta última era de madera pero no se conserva ninguna descripción de ella y no se ha identificado con certeza en ninguna excavación, ya que la madera se pudre por completo, en general. Se trataba de un objeto manufacturado (no un árbol vivo), en posición vertical y puede que haya tenido algún rasgo de la diosa. Se colocaba cerca de un altar.

Astarté: nombre griego de la diosa cananea (y fenicia) de la fertilidad, *Ashtoreth* en hebreo. Como su equivalente babilonia Ishtar, tenía cierta relación con las estrellas. En los textos de Ras Shamra está asociada habitualmente con Baal*. En arte se la representa por lo común desnuda, a veces con cabeza de león o en pie sobre un león y rodeada de flores o serpientes. Gran cantidad de estatuillas de terracota y placas en relieve de las excavaciones de

Palestina y Siria que muestran esa clase de figuras, se cree, representan a Astarté (placas de Astarté). Se encuentran en casas y templos y con ellas se invocaba la ayuda y protección de la más popular de las diosas. Hay representaciones más preciosas en cristal moldeado, plata y oro.

Baal: el nombre significa «amo». Era el principal dios de la fertilidad de Canaán y Fenicia, asociado en particular con las lluvias de invierno y la tormenta. Los textos de Ras Shamra transmiten varios mitos sobre la naturaleza referidos a esta deidad. Su animal de culto era el toro, cuyos cuernos adornaban el yelmo del dios. Se le llamaba «el que cabalga en las nubes», una expresión que recuerda la descripción que de Yahveh se lee en *Deuteronomio*, 33, 26: «cabalga los cielos en tu auxilio, y las nubes, en su majestad». Se admite que está representado en una estela* de Ras Shamra como un guerrero que lleva yelmo y una especie de falda y avanza con el rayo como lanza y armado con una maza. Es probable que muchas estatuillas de cobre y bronce, sin inscripciones, que representan a dioses guerreros, procedentes de excavaciones de Palestina y Siria, sean imagen de esta divinidad.

Babel (Torre de): gran zigurat* del templo del dios Marduk* en Babilonia (Babel), Irak. El historiador griego Herodoto la describe como un edificio de seis escalones de tamaño decreciente, puestos uno sobre otro, y coronado con un templo pequeño al que se llega por una escalera en espiral. Los excavadores alemanes de Babilonia desenterraron la planta baja, pero su forma exacta no se conoce. En *Génesis*, 11, 1-9, donde se cuenta que Dios confundió los lenguajes, hay un juego de palabras entre el nombre del lugar «Babel» y la palabra hebrea *balal* (mezclar).

Bamah: palabra hebrea que denomina sitios de adoración en montes naturales o en los montículos de piedras de distinto tamaño construidos en templos, como el de Megiddo, para simular montes (*ver también* **lugar alto**).

Beduino: nómada que habita en el desierto en el Oriente Próximo; hoy este grupo representa una décima parte de la población de la comarca, aunque cada vez es mayor la presión para que se vuelva sedentario. El principal medio de vida de los beduinos fueron las ovejas y cabras, junto a asnos y caballos o, en tiempos modernos, camellos. Viven en tiendas y tienen un esquema de migraciones regulares en otoño, invierno y primavera, mientras que en verano acampan donde pueden aprovisionarse de agua. Están agrupados en tribus al mando de *sheikhs* (jeques) autócratas. Se ha sabido mucho acerca de la forma de vida de este pueblo en la antigüedad, mucho antes de que adoptara casi universalmente la religión islámica, gracias a las tablillas de barro cocido halladas en un palacio del siglo XVIII a. C. de Mari, Siria (*ver también* **Parrot**).

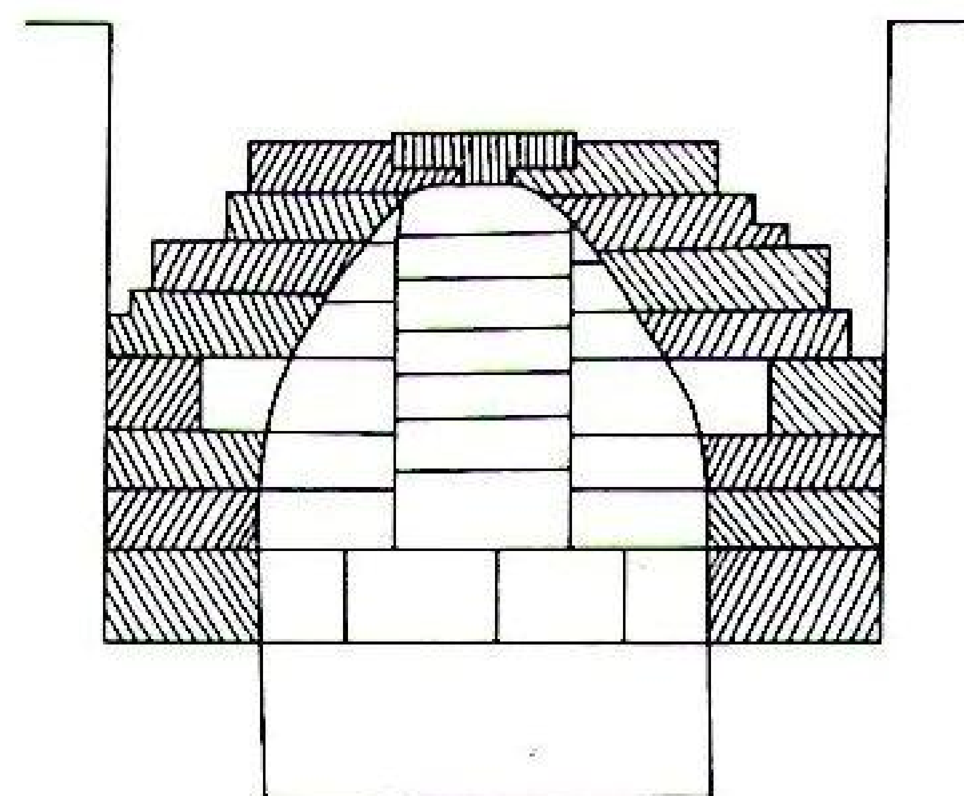
Bes: divinidad doméstica del antiguo Egipto; se representaba como un enano patizambo, de cara ancha, con la lengua afuera, barba como la melena de un león y cola y orejas de animal. Se consideraba que protegía la felicidad y el bienestar hogareños y que con sus danzas entretenía a los dioses. Su figura grotesca, de rostro sonriente, aparece como elemento decorativo en muebles, objetos de tocador y joyas. Se le rindió culto en todo el Oriente Próximo, fuera de Egipto; a menudo se le representaba con otras formas, que sugieren modificaciones en su carácter, a medida que se apartaba del ámbito de la religión egipcia.

Betilo: palabra que proviene de la voz griega *baitylos*, que significa meteorito, una piedra a la que se consideraba sagrada porque había caído del cielo. Los arqueólogos usan este vocablo, en sentido amplio, para referirse a las piedras cónicas que se ven en los altares de las representaciones de templos fenicios antiguos. Todavía no se han identificado con certeza ejemplares reales.

Bliss, F. J.: hijo mayor de Daniel Bliss, que en 1866 fundó el Syrian Protestant College, hoy Universidad Americana de Beirut. Su salud fue siempre precaria y nunca pudo ejercer una profesión estable. Excavó en Tel el-Hesi, primero con Petrie* y más tarde solo (1891-1892); en Jerusalén con A. C. Dickie (1894-1897) y en una cantidad de *tells** en Shephelah (Sefelá) como ayudante de Macalister* (1898-1900). Sus excavaciones cumplían las mejores normas del momento y publicó con rapidez los registros. Su libro *Development of Palestine Exploration* (Desarrollo de la exploración palestina, Londres, 1906) fue la mayor investigación desde 1903, cuando dictó las conferencias en que está basado.

Bóveda por aproximación de hiladas: método para construir el techo con piedra o ladrillo, por el que las hiladas de las paredes laterales de un pasaje o habitación se disponen de tal modo que la superior sobresale con respecto a la anterior hasta que, gradualmente, van cerrando el espacio vacío y pueden rematar con facilidad con un solo bloque, relativamente pequeño. Fue habitual su uso antes de que se descubriera la forma de hacer una verdadera bóveda.

Breydenbach: *Peregrinationes* (Maguncia, 1486). Antiguo y bien impreso e ilustrado li-



Bóveda por aproximación de hiladas

bro, con grabados en color que representan diversos sitios en el camino hacia Tierra Santa y algunos de los pueblos que se encuentran allí. El texto, en su mayor parte, fue escrito por cierto Fraile Martin Roth, que no había hecho el viaje, e ilustrado por Erhard Reuwich, un artista que había acompañado al autor nominal en su peregrinaje, en 1483. Es uno de los relatos tipo de peregrinos, aunque dedica mucho espacio a discutir las creencias de musulmanes, judíos y herejes cristianos. (No existe edición moderna).

Burdett Coutts, Angela, Baronesa (1814-1906): en 1837 heredó la mayor parte del gran Banco Coutts de Londres, de su medio abuela para convertirse en la «heredera más rica de Inglaterra», rechazó todas las propuestas de matrimonio hasta 1881 –incluida una del Duque de Wellington, se decía– y entonces se casó con un americano mucho más joven que ella. Siempre tuvo muchos amigos en todos los ámbitos sociales y dedicó su inmensa fortuna, que administró personalmente, a obras de caridad en todo el mundo. Era muy devota de la Iglesia de Inglaterra y de sus intereses internacionales, pero no fue dogmática y su interés por Jerusalén nació de esa devoción.

Calco: impresión obtenida de una inscripción, ya sea con papel húmedo o, más habitualmente en la actualidad, con una solución de caucho u otra similar.

Capitel: parte superior de una columna o pilar usados para sostener la superestructura de un edificio. A menudo tenían una ornamentación especial, como en los tres «órdenes» de la arquitectura clásica (dórico, jónico y corintio). En el antiguo Oriente Próximo, con raras excepciones –por ejemplo, los capiteles con dos toros de Persépolis–, eran menos elaborados. En Palestina, durante la Edad del Hierro, tenían simples decoraciones de volutas, basadas en el motivo de la hoja de palma, anteriormente usada en el arte cananeo.

Cartucho: marco oval con una barra en un lado que se usó para encerrar, y de ese modo destacar, los jeroglíficos que representaban los elementos principales de los nombres de los antiguos reyes egipcios. En su forma más antigua y figurativa, es un trazo doble con forma de cuerda con los extremos anudados. Simbolizaba el poder real sobre todo lo que «está rodeado por el sol». Los artesanos fenicios lo tomaron como motivo ornamental, en el que a menudo encerraban jeroglíficos de estilo egipcio, sin significado pero muy decorativos.

Cilindro de Ciro: objeto de barro cocido sólido, en forma de tonel, de unos 23 cm de longitud, procedente de Babilonia (Irak), que se conserva en el Museo Británico. Tiene inscrito, en grafía cuneiforme, un texto de Ciro el Grande, rey de Persia (h.550-529 a. C.); originalmente formaba parte de un depósito de los cimientos de un edificio importante. Relata la forma en que el dios Marduk* rechazó a Nabonid, rey de Babilonia, por su comportamiento impío y eligió a Ciro para que lo reemplazara en el año 539 a. C., cuando Babilonia se rindió pacíficamente a los invasores persas. La inscripción describe la nueva política de tolerancia religiosa introducida por Ciro.

Clermont-Ganneau, Charles (1846-1923): uno de los mayores estudiosos franceses de su época. Palestina, donde vivió muchos años, fue su mayor interés, pero viajó por diversos lugares, para estudiar las antigüedades de Fenicia (1881), la comarca del mar Rojo (1886), Cirenaica y Creta (1895) y Egipto (1906-1907, 1907-1908). Recuperó la estela* de Mesá, rey de Moab, para el museo parisiense del Louvre, además de muchas otras antigüedades. Fue discípulo de Renan* y tan importante como su maestro en el campo docente. Escribió numerosas publicaciones que abarcaron un amplio campo y se caracterizan por su gran alcance y originalidad, ya sea en el tratamiento de la arqueología, la historia, el arte o los idiomas del Levante antiguo.

Codo: unidad de medida, de unos 45 cm o algo más, que se basa en la distancia que media entre el codo y la yema del dedo mayor.

Constantinopla: Museo Otomano Imperial (*ver* **Estambul: Museo Arqueológico**).

Crono (Cronos): hijo menor de Urano (el Cielo) y Gea (la Tierra) en la mitología griega. Se casó con su hermana Rea y devoró a sus hijos a medida que nacían, exceptuado Zeus, a quien su madre salvó con una estratagema; más tarde se vio obligado a vomitar a todos los que había tragado y ellos entablaron lucha contra Crono. Su carácter sombrío y, según algunos estudiosos, poco griego, hizo que se relacionara su figura con la mitología turca arcaica. Se identificó con dioses muy temibles que los griegos conocieron en otras religiones del Levante.

Ctesias: doctor griego oriundo de Turquía occidental que, a principios del siglo IV a. C. vivió en la corte del rey persa Artajerjes II. Escribió una historia de Persia (*Persica*) en 23 libros, de la que apenas han sobrevivido algunas citas y resúmenes en otros autores. Se considera poco fidedigno a Ctesias, pero en gran parte esto puede deberse a la forma en que nos ha llegado su obra (no hay ediciones modernas).

Culto: cualquier sistema de adoración religiosa. Cuando se habla de objeto de culto o cultual en arqueología, se denota cualquier elemento usado en las ceremonias religiosas.

Curzon: *Visitas a monasterios de Levante* (1849), relato de viajes a través de Egipto, Palestina y Grecia entre 1833 y 1838. Después de sus viajes juveniles, el caballero Robert Curzon (1810-1870) vivió la vida retirada de un señor rural victoriano. Era un gran coleccionista de libros y visitó los monasterios del Oriente Próximo para obtener los manuscritos raros que aún había en sus bibliotecas. Su soberbia colección se donó al Museo Británico en 1921. Su libro es uno de los relatos de viajes más inteligentes y agudos que jamás se haya escrito sobre el Oriente Próximo, enriquecido por una gran variedad de historias y anécdotas muy amenas. Curzon tenía ojos y oídos muy sensibles, que le ayudaron a volcar de un modo sencillo y directo el carácter de la vida oriental tal como la veía (reeditado en inglés en 1955).

Chateaubriand, F-R (1768-1848): gran escritor francés que dividía su vida en tres etapas: viajero y soldado; hombre de letras; hombre de acción. Vivió y participó en el período más vital de la historia francesa moderna, como embajador y cronista político. El viaje del que nació su *Itinerario de París a Jerusalén*, obra escrita entre 1809 y 1811, se hizo de prisa y el libro no está entre los mejores de los suyos, pero es muy representativo de las actitudes de su tiempo. Su obra maestra es *Memorias de ultratumba*, donde tuvo la habilidad de seleccionar todo lo que hace del relato la obra de arte que él quiso que fuera su vida.

Dagon o Dagón: dios que se asocia sobre todo con los filisteos. El Arca de la Alianza* se depositó en su templo de Asdod, cuando los filisteos la robaron. Mucho antes era muy conocido entre los amorreos de Mesopotamia y tuvo en Ras Shamra un templo que igualaba en tamaño al de Baal, con cuyo culto estaba estrechamente asociado. Es probable que su nombre derive de la palabra semita que significa «trigo», lo que se relaciona con su papel de dios de la vegetación.

Darico: moneda persa de oro de la que por lo común se dice que tomó su nombre del rey persa Darío I (h. 522-485 a. C.); es la primera moneda que se menciona en la Biblia, donde también se usa como voz general para nombrar una moneda de oro, tanto bajo Ciro como bajo el rey David, mucho antes de que se iniciara la acuñación. Esto podría ser un apoyo para el criterio de que el nombre deriva en realidad de las palabras acadias *darag mana*, que significan «sexta parte de una mina», una unidad de peso corriente en Irak.

Darwin, Charles: su obra *El origen de las especies* (1859) se constituyó en un hito en la historia de la biología y, a los ojos de los cristianos, fue uno de los libros más discutido del siglo XIX. Con una argumentación detallada y bien organizada, que apoyó con gran cantidad de pruebas, Darwin demostró y explicó la teoría de la evolución en la naturaleza por el principio de «la supervivencia del más apto» (según la famosa frase de T. H. Huxley). Toda la teoría darwiniana negaba la creación súbita del hombre y, por tanto, la interpretación literal de la caída del hombre, con las consecuencias correspondientes para los teólogos. Como reacción, se produjo un interés mayor por la arqueología de Palestina, donde los cristianos buscaban elementos para rebatir la teoría de Darwin (hay varias ediciones de sus obras).

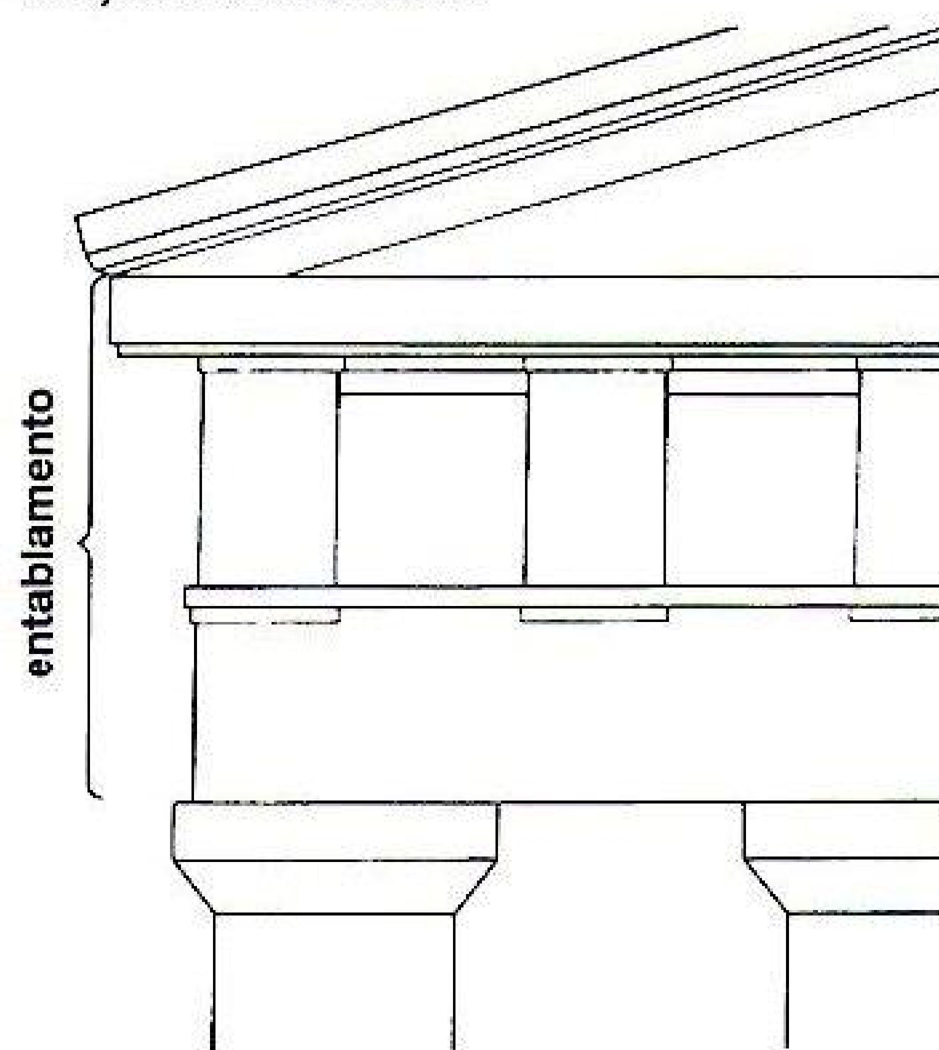
Diodoro Sículo: *Historia del mundo*. Esta obra abarca la historia del mundo desde los tiempos míticos hasta la conquista de Galia llevada a cabo por César, de quien el autor era contemporáneo (siglo I a. C.); de los 40 libros en que se dividió esa *Historia*, escrita en griego, se han conservado sólo 15, referidos al período crucial h. 480-323 a. C., es decir, un tiempo de supremacía persa. Diodoro abrevió los relatos originales de un modo peculiar y seleccionó los acontecimientos por su valor moral más que por su significado histórico.

Egeria: peregrina que visitó Tierra Santa aproximadamente entre 381 y 384 d. C.; escribió una narración de su viaje de la que sólo se conservan fragmentos. Desconocemos todos los datos de su vida, a excepción de lo que se desprende de su relato: fue una entusiasta turista cristiana, poco preocupada de cualquier cosa que no aumentara su comprensión de los Evangelios. Escribía en un latín bastante coloquial (hay edición inglesa, 1971).

El: palabra semita cuyo significado primario es «dios»; describe el poder divino que inspira en los hombres reverencia y temor, como ocurre en el Antiguo Testamento en la historia del sueño de Jacob (*Génesis*, 28, 17). En los textos de Ras Shamra, El es la divinidad suprema, padre de todos los dioses, señor de los cielos y de la tormenta; recibe el nombre de «Padre de los Hombres» o «Toro», epítetos que aluden a sus papeles creativo y mayestático; también se le atribuía fuerza moral: se le llamaba «el Compasivo, el Misericordioso».

Empaste: término de cerámica; es una solución de arcilla mezclada con agua hasta lograr una consistencia espesa, que se aplica a la superficie de una pieza seca a medias por pulverización o por inmersión, vertiéndola o sumergiendo la vasija. Por lo común es de color distinto del que tenga el cuerpo del recipiente y se puede usar para ocultar el color básico. Con una piedra o hueso se le da el acabado *pulido* (o bruñido), una técnica habitual en Palestina durante la Edad del Hierro. A veces los arqueólogos usan el término *cubierta* para describir una capa muy fina.

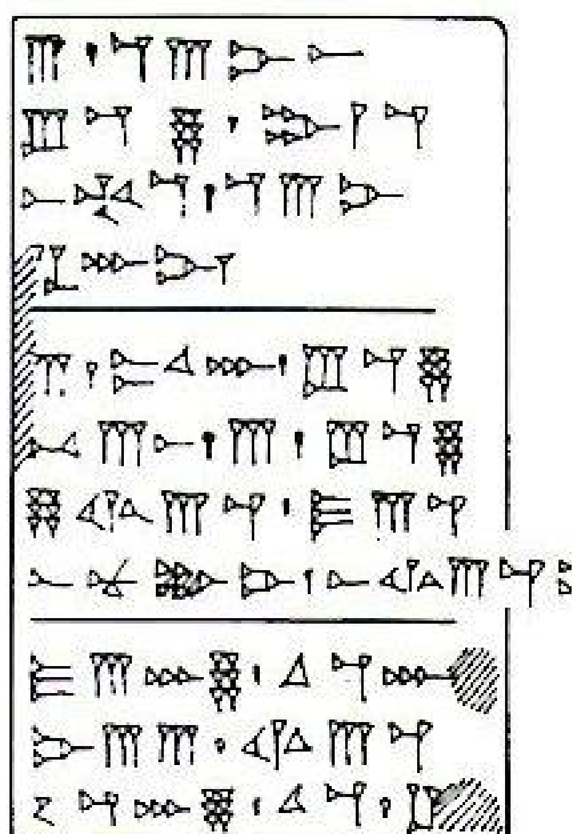
Entablamento: término usado sobre todo en las descripciones de arquitectura griega y romana, para denotar los elementos horizontales en un edificio que descansa sobre columnas y sostiene el techo.



Entablamento

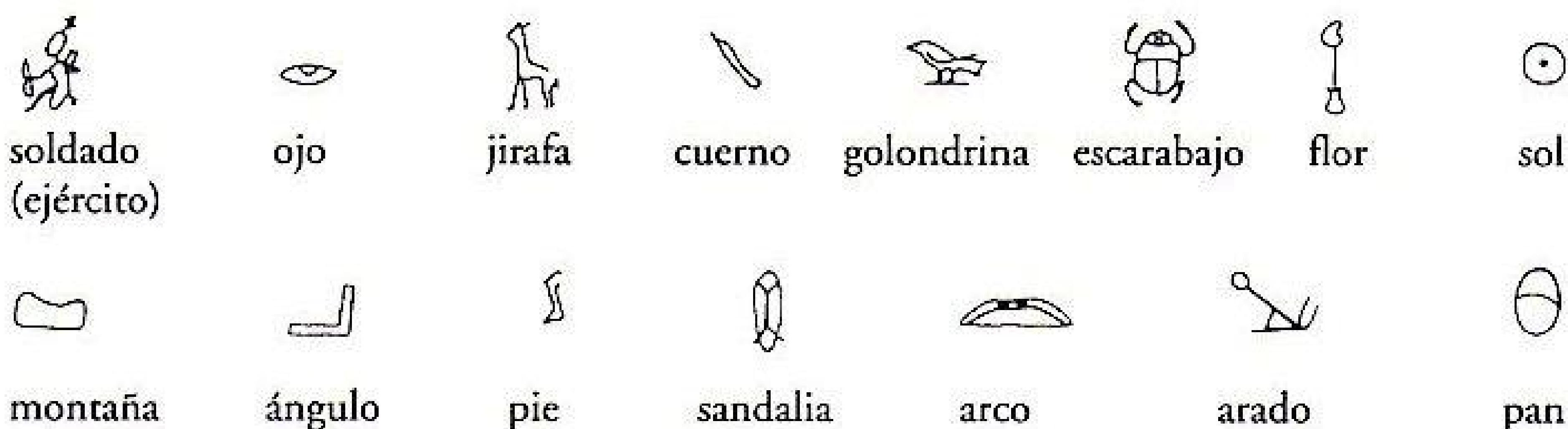
Escarabeo / escarabajo: es un amuleto* que en el antiguo Egipto se asociaba con el dios-sol Khepri, al que a menudo se representa con un escarabajo como cabeza. Los egipcios creían que el dios-sol se había autogenerado, como un escarabajo, que nace de la pelota de estiércol en la que están depositados sus huevos; veían en el escarabajo que lleva consigo la bola de estiércol una imagen del paso cotidiano del sol por el cielo. La mayoría de los escarabeos son relativamente pequeños y en su parte inferior llevan inscripciones o motivos ornamentales. Esos sellos se hicieron con muy diversos materiales y se usaron en todo el Levante.

Escritura cuneiforme: sistema de escritura con trazos en forma de cuña, originalmente lo desarrollaron (desde h. 3000 a. C.) los sumerios del sur de Irak para escribir sobre tablillas de barro. Más tarde se adaptó para escribir en otros idiomas, en especial acadio, hablado por los antiguos habitantes semitas de Irak y después usado como lengua diplomática internacional en el Oriente Próximo, hasta que lo reemplazó el arameo, en tiempos del Imperio persa. En Ras Shamra, esta grafía se modificó de un modo específico para escribir el alfabeto ugarítico y en Persia, para escribir persa antiguo y elamita.



Escritura cuneiforme

Escritura pictográfica: esta expresión significa, básicamente, cualquier tipo de texto hecho con figuras; esos dibujos se destinan a la comunicación de ciertos mensajes, de modo que fueran comprendidos por los destinatarios. A diferencia de otros dibujos, no tienen una finalidad estética y se distinguen por su ejecución estereotipada y la omisión de detalles. Con el uso, se formalizaron en símbolos lineales que guardaban sólo una relación distante con sus antepasados figurativos. La escritura jeroglífica egipcia es el mejor ejemplo que se conoce de un sistema de escritura «pictográfico» muy elaborado.



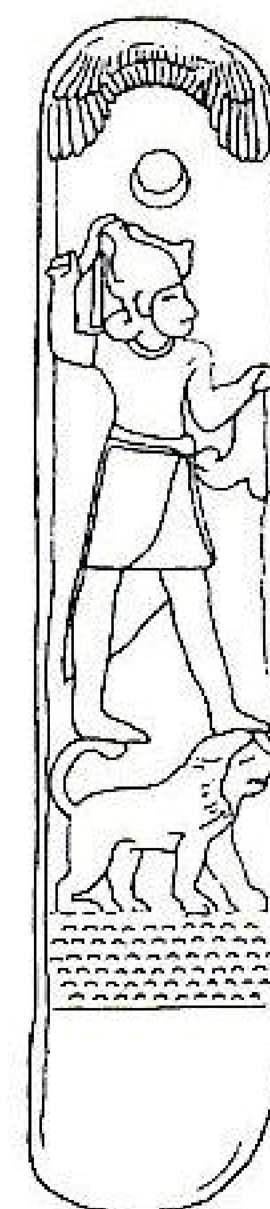
Escritura pictográfica

Esfinge: monstruo alado con el cuerpo de un león y cabeza humana, por lo general femenino. El *querubín* bíblico tal vez era una criatura de ese tipo.

Eshmun: dios de la ciudad fenicia de Sidón. En su origen fue un dios de la fertilidad y, asimismo, protector de la salud y la curación, como Asclepios entre los griegos, con el que se identificó posteriormente. Se le adoraba también en Cartago, donde los últimos defensores de la ciudad frente al ataque romano final de 146 a. C., según se cuenta, prefirieron quemarse vivos al pie del altar a su divinidad antes que rendirse.

Estambul, Museo Arqueológico: hasta la Primera guerra mundial, gran parte del Oriente Próximo integraba el Imperio turco gobernado por el sultán de Estambul. Las excavaciones oficiales se llevaron a cabo con su autorización y los hallazgos fueron al museo principal del Imperio, en Estambul, donde se conservan.

Estatua votiva: estatua ofrecida o dedicada para un fin religioso específico, quizá para cumplir un voto a los dioses o para pedir su favor.



Estela: bloque o pilar plantado en tierra, por lo común ornamentado con relieves e inscrip-

ciones. Las estelas tenían distintas finalidades en el mundo antiguo: como monumento funerario, como monumento conmemorativo de victorias reales y como dedicación a los dioses.

Estrabón: su obra *Geografía* es una descripción escrita en griego del desarrollo físico, geográfico e histórico y de las costumbres más corrientes de las principales naciones del mundo romano. Estrabón (h. 64 a. C.-19 d. C.) fue un gran viajero pero, como era inevitable, se basó en gran parte en el trabajo de escritores previos y en los informes de sus contemporáneos. Aunque poco crítico en ocasiones, su libro tiene un gran valor para nosotros por la amplitud y variedad de la información reunida y conservada (no existe edición moderna).

Estratigrafía / estrato: esta disciplina es uno de los máximos principios interpretativos de la arqueología de campo, tomada en préstamo de la geología. Se basa en el hecho de que, cuando un depósito de detritos se acumula sobre otro el superior ha de haberse acumulado sobre el inferior, ya que no pudo ser insertado por debajo de él. Sin embargo, en la práctica esta regla general tiene numerosas excepciones, porque muchos fenómenos naturales, desde los seísmos hasta las madrigueras de animales, además de las interferencias producidas por el hombre, perturban la secuencia ordenada de los depósitos. La finalidad principal del arqueólogo es diferenciar un depósito de otro por su textura, color o contenido (que pueden ser elementos intrusivos provenientes de niveles anteriores o posteriores), y dibujar diagramas (secciones) de la estratigrafía del yacimiento, para que otros expertos puedan estudiar sus interpretaciones. Las distintas capas de detritos reconocidas se denominan, convencionalmente, *niveles* o *estratos*.

Eusebio: con su *Onomasticon* dejó un diccionario geográfico de topónimos bíblicos; son breves entradas en las que se mencionan los hechos históricos por los que se conocía el lugar y, en algunos caso, se propone la identificación con sitios concretos. La compilación fue obra de Eusebio, obispo de Cesarea, que vivió entre 260 y 340 d. C. y al que se conoce como «Padre de la historia cristiana». San Jerónimo (h. 342-420 d. C.) –más conocido por su traducción del Antiguo Testamento del hebreo al latín– tradujo este libro del griego al latín y lo amplió. A pesar de sus errores, el *Onomasticon* ha sido fundamental en todos los estudios modernos de la geografía de Palestina (no existe edición moderna).

Faenza / faienza: material artificial que se obtiene con polvo de cuarzo cubierto por una capa vítrea alcalina de diversos colores. Se usó sobre todo para fabricar cuentas, amuletos y pequeños vasos, en especial en Egipto.

Fellah: labriego egipcio, integrante del grupo de «agricultores». Cuando los turcos dominaron Egipto, la denominación se usó como término despectivo aplicado a todos los egipcios en general.

Fisher, C. S. (1876-1941): en la Universidad de Filadelfia (ciudad en la que había nacido) se graduó de arquitecto, pero se interesó por la arqueología y pasó la mayor parte de su vida en trabajos de campo en Irak, Egipto, Palestina y Jordania. En Palestina, excavó en Samaria, Beth Shan, Megiddo y Bet Semes. Sus excelentes cuadrillas de obreros y su gran capacidad de impartir enseñanzas informales, más la variada experiencia que acumuló, contribuyeron en gran medida al desarrollo de las excavaciones americanas en el Oriente Próximo.

Flaubert: con *Salambó* (1862) este gran novelista francés intentó deliberadamente evocar la atmósfera de la vida en la antigua Cartago y su lucha a vida o muerte con Roma. En el año 1849, Flaubert visitó Egipto y Siria y en 1858, Cartago. Hizo entonces un amplio estudio de fuentes arqueológicas e históricas. En la novela, como en la mejor de las películas épicas, recreó la ciudad y su lucha por la supervivencia con vivacidad, verosimilitud y profunda comprensión, y con una utilización magistral de las escenas de multitudes y batallas.

Frita: compuesto artificial que se hace calentando sílice, un compuesto de cobre (por lo común malaquita) como colorante, carbonato de calcio y natrón (sal). Se usó ampliamente en el Oriente Próximo como pigmento, en general azul.

Fundación de Exploración de Palestina: se creó en una reunión de mayo de 1865, con el fin de «investigar la arqueología, geografía, geología e historia natural de Palestina» en una reunión pública de junio de 1865, cuando la Fundación ya estaba instituida, se formularon tres principios básicos:

1 toda tarea que se emprendiese se llevaría a cabo según principios científicos
2 la Fundación, como cuerpo, se abstendría de entrar en controversias
3 no se pondría en marcha ni se gestionaría como una sociedad religiosa.

Estos principios continúan vigentes y los resultados de las investigaciones se publican en el «*Palestine Exploration Quarterly*».

Gardiner, Sir Alan (1879-1963): fue el mayor egiptólogo británico de su tiempo; disponía de medios privados suficientes y dedicó toda su vida al estudio del idioma egipcio antiguo. Durante su larga vida de trabajo total y sistemático, publicó muchos textos básicos, además de su monumental *Egyptian Grammar* (Gramática egipcia). Su descubrimiento más importante fue el nexo entre la escritura jeroglífica egipcia y los alfabetos semíticos a través de inscripciones incisas en las rocas del Sinaí por trabajadores semitas empleados por los egipcios como mineros.

Garstang, John (1876-1956): muy conocido por sus excavaciones de Jericó, hechas en 1930-1936. En 1920 fue nombrado Director de la Escuela Británica de Arqueología de Jerusalén y primer Director de Antigüedades; creó allí el Departamento de Antigüedades para el gobierno del Mando Británico. Después de la Segunda guerra mundial, se convirtió en el primer Director del Instituto Británico de Arqueología de Ankara (Turquía), país que conocía desde tiempo atrás. Sus libros *The Land of the Hittites* (La tierra de los hititas, 1910) y *The Hittite Empire* (El imperio hitita, 1929) fueron obras pioneras de valor perdurable.

Glueck, Nelson (1900-1971): notable maestro, administrador y arqueólogo; fue discípulo de Albright* y durante muchos años difundió con dinamismo sus descubrimientos sobre la cronología de la cerámica palestina. Dirigió prospecciones amplias en Transjordania y Négueb, en las que usó la cerámica que encontraba en la superficie para datar los períodos principales de ocupación en esas comarcas. En sus excavaciones de Tell el-Kheleifeh, que para algunos es el puerto salomónico de Ezion-geber, descubrió una fortaleza de la Edad del Hierro; en las de Khirbet et-Tannur (Jordania), reveló una gran cantidad de información sobre los nabateos, un pueblo que tuvo su capital en Petra y controló el rico comercio de caravanas proveniente de Arabia en tiempos de Jesucristo.

Granulado: técnica ornamental de orfebrería; diminutos gránulos de oro o plata se sueldan formando dibujos sobre una lámina del metal. Una técnica similar, en la que en lugar de gránulos se usa hilo metálico, es la *filigrana*.

Guerra de Crimea (1853-1856): declarada por Gran Bretaña, Francia, Turquía y más tarde Cerdeña contra Rusia, que quería expandirse por los Dardanelos hasta puertos del Mediterráneo a expensas del debilitado Imperio turco; también aducía que debía proteger a los cristianos del Imperio turco, incluidos los Santos Lugares de Palestina, entonces controlados por Turquía. Después de enfrentamientos confusos y torpes en Crimea, se fir-

mó la paz en 1856, por la que Rusia quedó confinada al mar Negro. En Inglaterra el conflicto despertó gran interés público y llevó la atención al estado de abandono de los Santos Lugares.

Hadad: dios amorreo de las lluvias invernales y de las tormentas, más tarde identificado con Baal*.

Herodoto: su obra *Historias* fue escrita, según el autor, «para que no se desvanezcan con el tiempo los hechos de los hombres... y, sobre todo, la causa por la que se hicieron guerra». Se le ha dado el título de «Padre de la historia». Nació entre 490 y 480 a. C. en Halicarnaso, ciudad del suroeste de Turquía y murió en Italia en el año 425 a. C.; en su juventud, viajó ampliamente por Egipto y el Oriente Próximo, y sus comentarios sobre las naciones que componían el Imperio persa y su historia son de importancia primordial para los estudiosos modernos (existen varias ediciones).

Homero: *ver Ilíada* y *Odisea*.

Ilíada: poema épico del poeta griego antiguo Homero, cuya identidad y carrera son motivo de discusión. Es posible que haya vivido en alguna de las ciudades griegas de Turquía occidental hacia 700 a. C.; el título del poema deriva de Ilión, nombre alternativo de la ciudad de Troya, situada en el noroeste de Turquía; la obra relata los acontecimientos de cuatro días fundamentales del décimo y último año del sitio al que los griegos sometieron a Troya, comandados por su jefe Agamenón, h. 1200 a. C.; pero sus temas son mucho más universales y sus detalles (muy discutidos en ocasiones) son fuente riquísima de una información muy valiosa para los arqueólogos (hay varias ediciones).

Jenofonte: nació h. 430 a. C.; fue gran admirador del filósofo y maestro griego Sócrates; en 401 a. C. se unió a la expedición de Ciro el Joven en su intento fallido de arrebatar el trono a su hermano mayor Artajerjes. Este episodio memorable, y el propio papel heroico de Jenofonte para sacar de Irak a diez mil mercenarios griegos, tras la derrota y muerte de Ciro en la batalla de Cunaxa, está relatado en su obra *Anábasis* (existe traducción); *Ciropedia* es una narración de la carrera de Ciro el Grande, rey de Persia (h. 550-529 a. C.), donde los circunstancias históricos y las personalidades están modificadas para adecuarse al esquema de un tratado sobre la forma de gobierno ideal y el perfecto soberano. Ciro está idealizado: su carácter debe mucho a la relación de Jenofonte con Ciro el Joven y las propias ideas del autor se mezclan con libertad en su descripción del gobierno y la administración persas (existe traducción).

Kenyon, Dame K. M.: renombrada por sus excavaciones de Jericó (1952-1958) y Jerusalén (1961-1967); antes fue catedrática de arqueología palestina en la Universidad de Londres (1948-1962) y rectora del St Hugh's College de Oxford (1962-1973). En 1931-1934, como miembro de la expedición británica a Samaria, contribuyó a la introducción de métodos específicos de excavación y registro, perfeccionados junto a Mortimer Wheeler*, con quien también cooperó en las excavaciones de St Albans (Verulamium) en Inglaterra. Más tarde, después de excavar zanjas profundas en el montículo de Jericó y en las laderas abruptas del Ofel, en Jerusalén, pudo corregir errores previos de interpretación y contribuir con gran cantidad de datos al conocimiento de ambas ciudades. En sus muchos libros puso sus descubrimientos incluso al alcance del lector no especializado.

Kinglake: *Eothen* (1844) es el relato de un viaje hecho en 1834-1835 a través del Imperio turco por A. W. Kinglake (1809-1891), abogado y parlamentario que escribiría años después la historia oficial de la Guerra de Crimea*. *Eothen* no es uno de esos libros de viajes corrientes llenos de hechos e informaciones. Su título es una palabra griega que significa «desde el alba» (es decir, desde Oriente). El libro está pensado como un conjunto de impresiones y anécdotas que tratan de evocar en el lector el carácter especial del Oriente Próximo y de sus pueblos, tal como Kinglake los veía; el gran viajero Sir Richard Burton, que recorrió toda Arabia, lo llamó «libro de libros» y continúa siendo hoy la mejor introducción al Oriente Próximo que se pueda leer en inglés (existen varias ediciones en inglés).

Lapislázuli: piedra semipreciosa de color azul brillante y profundo, a menudo con toques dorados, muy apreciada en la antigüedad para la ornamentación; es un silicato de alúmina que contiene sulfuro; relativamente rara, esta piedra se obtenía sobre todo en el antiguo Oriente Próximo y en Egipto, en la región de Badakhshan, en el interior de las montañas del actual Afganistán, de modo que había que transportarla a través de largas distancias y era una mercancía muy valorada, que los egipcios lograron imitar, con habilidad, en cristal y en faenza.

Lapis specularis: piedra especular, selenita, un tipo de mica o talco; es transparente o semitransparente y se usó como cristal con fines decorativos.

Layard, Austen Henry (1817-1894): una de las figuras más brillantes y discutidas de los tiempos victorianos; fue pionero en arqueología, parlamentario y ministro, diplomático y embajador, historiador del arte y escritor. En dos libros de lectura aún hoy fructífera –*Niniveh and its Remains* (Nínive y sus ruinas, 1849), que en realidad se refiere a la antigua Nimrud, y *Niniveh and Babylon* (1853)– relató sus excavaciones en Irak entre 1845 y 1852, que le dieron fama internacional. En Nimrud y Nínive, exploró los palacios de los grandes reyes asirios (h- 880-650 a. C.), con sus monumentales relieves, las taraceas de marfil tallado del mobiliario y los ricos y variados trabajos de forja. Allí y en el sur de Irak recuperó muchas tablillas inscritas, lo que dio un impulso importante a la asiriología, por entonces en desarrollo. En su posterior y agitada carrera diplomática y política, nada igualaría esos éxitos, que revelaron su gran energía, capacidad de empresa y sentido de la aventura, además de un talento poco corriente para la escritura.

Lear, Edward (1812-1888): renombrado en el mundo anglófono como escritor de versos *nonsense* y *limerick* (absurdos y graciosos). A menudo se olvida que este melancólico y extraño personaje fue un viajero incansable y que pintó algunas acuarelas de gran valor (y también óleos tomados de ellas) de los lugares que visitó. Fue a Egipto varias veces y a Palestina y Siria en 1858 y, brevemente, en 1867. Publicó con regularidad diarios ilustrados de sus viajes por Italia y Grecia, pero sus dibujos del Oriente Próximo no se reprodujeron de ese modo y aún no son todo lo conocidos que merecerían ser.

Lugar alto: significado de la palabra hebrea *bamah**.

Macalister, R. A. S. (1870-1950): director de excavaciones de la Fundación de Exploración de Palestina en 1900 1909 y en 1923 1924; trabajó en Guézer, donde hizo su contribución mayor a la arqueología palestina, y en Jerusalén. En su época fue conocido como una autoridad en lenguas celtas y en la escritura ogam (u ogham) y trabajó como profesor de Arqueología celta en el University College de Dublín, ciudad en que nació.

Marduk: nombre del dios estatal babilonio, llamado Merodach en hebreo. Era el creador supremo.

Massebah (plural *masseboth*): palabra hebrea adoptada por los arqueólogos para nombrar bloques de piedra verticales, por lo común monolitos que, se cree, se colocaban como recordatorios o como objetos de adoración.

Maundrell, H. (1665-1701): capellán de la Levant Company de Alepo (Siria); su obra *A*

Journey from Aleppo to Jerusalem... relata un viaje hecho entre febrero y marzo de 1697 con catorce compañeros. Aunque originalmente la escribió para su difusión privada, la narración fue publicada dos años después de su muerte y durante un siglo y medio se consideró la guía más popular de las regiones más accesibles de Siria y Palestina. Es una de las primeras reseñas cuidadosas escritas en inglés sobre las antigüedades de la zona. Como señaló Curzon* con exactitud en 1849, cuando esta obra empezaba a verse superada por otras más populares y de mayor categoría literaria, «el autor nos cuenta en forma directa y llana lo que vio... en tanto que otros viajeros... sólo nos dicen lo que piensan sobre el tema» (última edición en inglés, 1963).

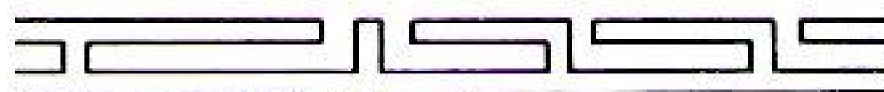
Melkart: dios principal de Tiro y, por el predominio de Tiro, también de los fenicios. El nombre significa «soberano de la ciudad». En su origen es un dios solar, pero más tarde se asoció con el mar y fue muy popular en Cartago y en las colonias occidentales. Los griegos lo identificaron con Heracles.

Molk (Moloch, Mólek): divinidad a la que se ofrecían sacrificios humanos, en especial en el Valle de Hinnom, cerca de Jerusalén (*2 Reyes*, 23,10). Originalmente era el dios nacional de Ammón (Transjordania). Se argumenta también que en la Biblia no se nombra a ningún dios específico de ese lugar y que la frase «para que nadie hiciera pasar por el fuego a su hijo o a su hija *en honor de Mólek*» debe entenderse por «para que nadie hiciera pasar por el fuego a su hijo o a su hija *como una ofrenda*».

Momia: voz árabe que significa cuerpo embalsamado; se aplica sobre todo a las del antiguo Egipto. El método se usó para enterrar a José (*Génesis*, 50, 26). No hay una relación antigua egipcia sobre el método usado para la momificación, pero se conservan muchas momias y su examen demostró que las técnicas, desarrolladas período tras período, variaban según la clase social. En esencia, consistían en eliminar los órganos internos que se descomponen con mayor facilidad y cubrir el cadáver con natrón antes de impregnarlo de aceites y resinas.

Morrison: *The Recovery of Jerusalem* (La recuperación de Jerusalén, 1871) fue el primer intento importante de popularizar el trabajo de la Fundación de Exploración de Palestina en Jerusalén, edición a cargo de Walter Morrison, miembro del Parlamento y tesorero honorario de la Fundación. La contribución mayor es el texto en que Warren* refiere sus excavaciones en Irak, en un estilo «llano y sin adornos» que se corresponde exactamente con los rigores de su tarea y que presenta una pintura tan impactante como los registros de esas primeras excavaciones hechas en condiciones duras y hasta peligrosas.

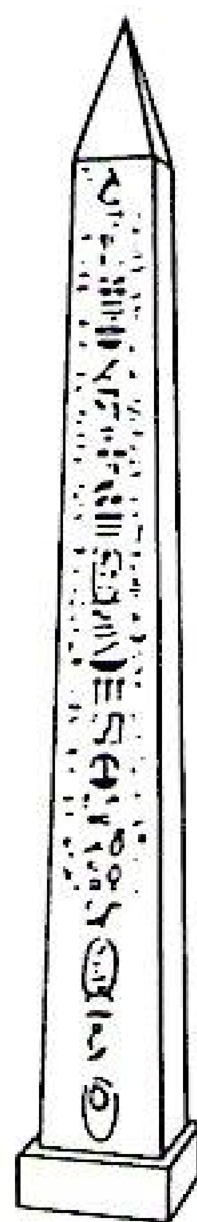
Muralla con casamatas: muro que consta de dos caras exteriores paralelas, divididas por dentro con muros transversales que forman cámaras en el espesor del propio muro. Es un tipo de fortificación palestina de la Edad del Hierro.



Muralla con casamatas

Muralla de entrantes y salientes (o con saledizos o dentada): es un muro sólido, construido con una sucesión de salientes dispuestos con regularidad que dan un esquema «dentado». Se usó en Palestina durante la Edad del Hierro (*ver también* **Muralla con casamatas**).

Obelisco: término arquitectónico aplicado a un pilar de piedra, a menudo de una sola pieza (monolito), de sección cuadrada o rectangular, terminado en una pirámide. Se usaron mucho en los templos egipcios antiguos. El popularmente llamado «Aguja de Cleopatra», del muelle de Londres, es un típico ejemplo de obelisco.



Obra ciclópea: piedras enormes, a menudo asentadas sin mortero y dispuestas según sus formas.

Obra rústica: (aparejo a soga y tizón) se hace con piedras cortadas en ángulo recto y dispuestas con regularidad, ya sea para levantar una pared por sí mismas o para que formen el revestimiento de un muro hecho de guijarros o ladrillos de barro.

Obsidiana: piedra oscura y semejante al vidrio de botellas, de origen volcánico. Se comercializó en abundancia en el Oriente Próximo durante tiempos prehistóricos, desde sus fuentes de explotación, en Turquía oriental. Se trabajaba como el sílice para fabricar herramientas cortantes y sus lascas pulidas se usaban para trabajos de engaste. También se extraía en suelo egipcio.

Odisea: poema épico del poeta griego Homero (*ver* ***Ilíada***), que narra el regreso de Odiseo (Ulises), hijo del rey de Ítaca, a Grecia, tras la guerra de Troya y la venganza que tomó de los pretendientes de su mujer, Penélope. Como la *Ilíada*, contiene muchos detalles de interés para los arqueólogos (existen varias traducciones).

Osario: receptáculo para los huesos de los difuntos. El término se aplica en arqueología a pequeños recipientes en forma de caja tallados en piedras blandas como la caliza. También puede denominar una cueva o edificio específico en que se haya depositado una cantidad de esqueletos.

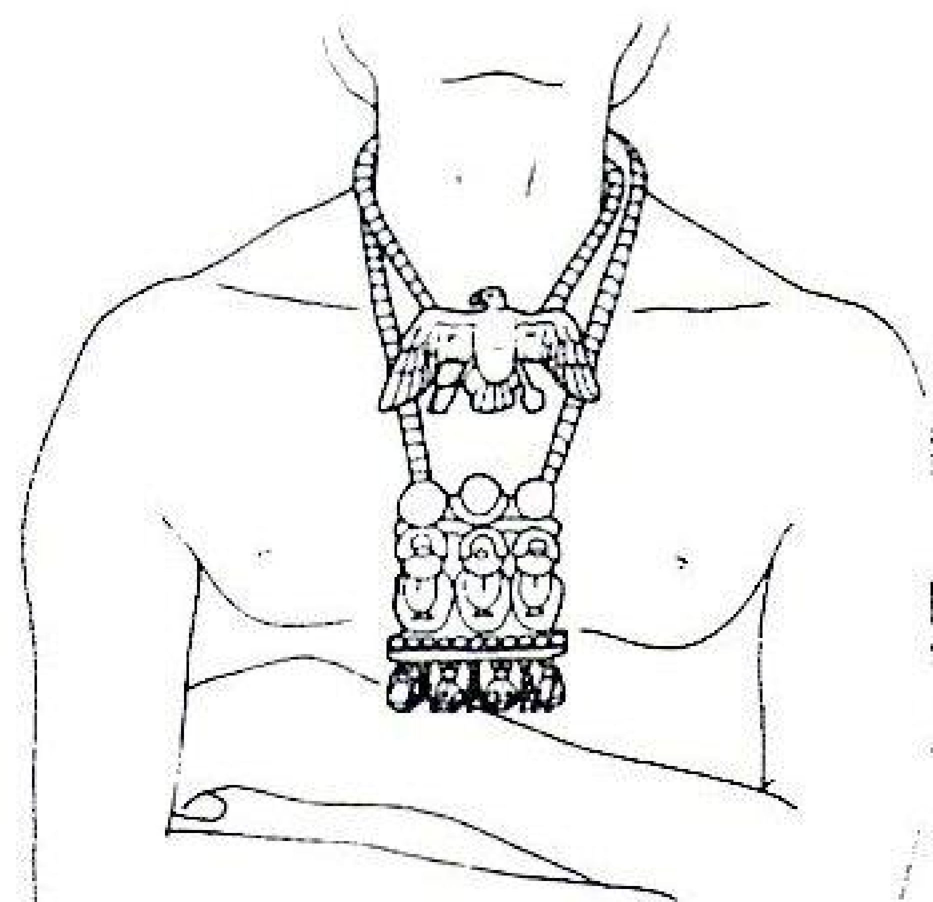
Óstrakon: voz griega que significa «fragmento de cerámica»; se usa en arqueología para referirse a cualquier trozo de ese material, de hueso o de piedra que se haya usado para escribir en él. Como el papiro era muy caro, se usaron habitualmente los trozos de cerámica tanto en Egipto como en Palestina para las notas administrativas de todos los días y para los ejercicios escolares. Sólo se podían emplear para las formas cursivas de la escritura jeroglífica egipcia y para los alfabetos cananeo y hebreo, pero no para la escritura cuneiforme.

Panteón: significa «templo dedicado a todos los dioses» y, traslaticiamente, los historiadores antiguos usan esta voz para referirse al conjunto de los dioses de un pueblo determinado. Es palabra griega.

Parrot, André: director honorario del Louvre, es conocido por su larga serie de excavaciones, desarrollada desde 1933 en la antigua Mari, sobre el Éufrates (Siria), y por sus libros sobre el arte y la arqueología del Oriente Próximo. Aunque las ruinas arquitectónicas de Mari eran variadas e interesantes, la gran cantidad de tablillas de barro cocido inscritas, provenientes de un palacio del siglo XVIII es lo que más contribuyó a aumentar el conocimiento de los pueblos semitas occidentales en esa época, que fue la Edad de los Patriarcas.

Pectoral: placa de adorno o collar ancho que cae sobre el pecho.

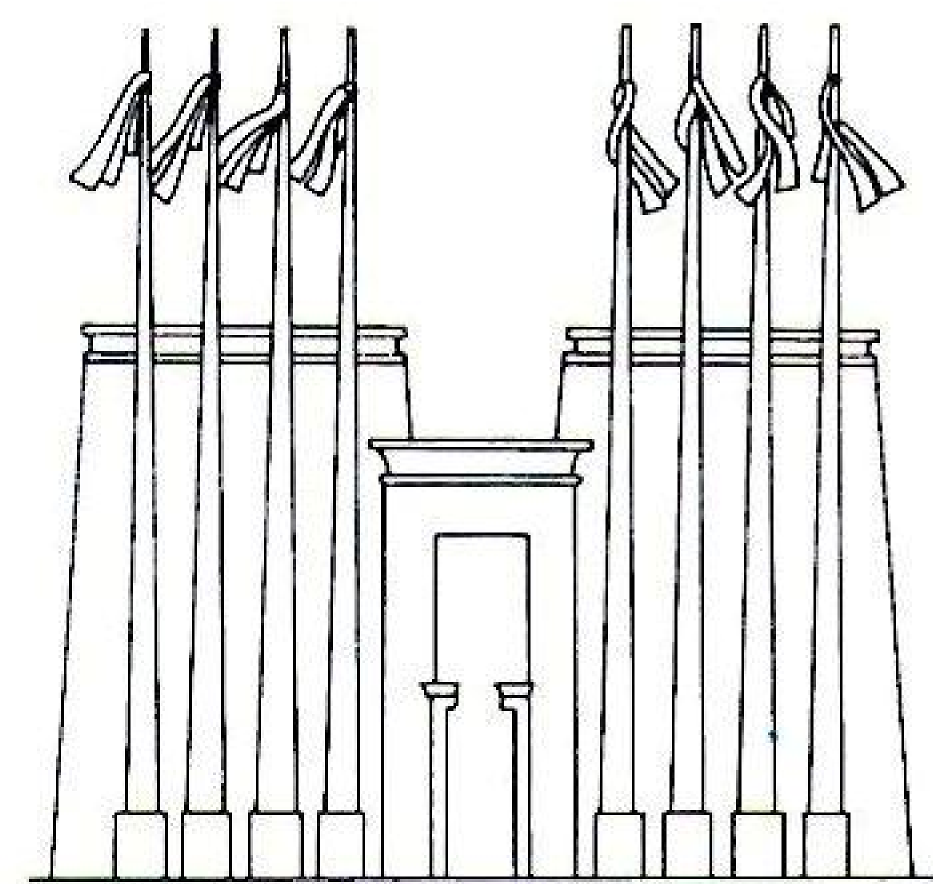
Petrie, Sir W. M. F. (1853-1942): introdujo la arqueología de campo científica en Egip-



Pectoral

to; en numerosas excavaciones y publicaciones estableció las bases del estudio moderno de la arqueología del antiguo Egipto. A comienzos de su carrera, en Tell el-Hesi (1890), y por poco tiempo a fines de ella, en Tell Jemmeh (1926-1927), Tell Farah (Sur) y Ajjul (1930-1934), Petrie abandonó Egipto por Palestina. Aunque su trabajo allí no tuvo tanto éxito como sus tareas en Egipto, sus publicaciones sobre el tema ocupan un lugar notable en el estudio de la arqueología palestina y su colección de antigüedades de esa región, que hoy está en el Instituto de arqueología de la Universidad de Londres, es invalorable para la enseñanza y el estudio.

Pilono: término arquitectónico que denomina una entrada monumental a un templo egipcio; se compone de dos bloques macizos de mampostería con paredes en talud unidas por un puerta cuya albardilla está a la mitad de su altura. En general estaban decorados con mástiles de madera altos en los que ondeaban estandartes y banderas.



Pilono

Plutarco: *Vidas paralelas*, una descripción de 23 vidas pareadas y cuatro singulares, escrita por el filósofo griego Plutarco (h. 46-120 a. C.). Estas «vidas paralelas» de un eminente griego y un eminente romano brindan puntos de comparación entre los dos para exponer el valor moral de ambos. Es valiosa para los estudiosos de hoy por la elección cuidadosa y el uso honesto de sus fuentes históricas, muchas ya desaparecidas. En sus tres piezas romanas, Shakespeare se inspiró de cerca en una traducción de esta obra.

Pococke: *A Description of the East* (Descripción de Oriente, 1743-1745) es una obra que se basa en viajes por Egipto, Palestina, Siria y Chipre, entre 1737 y 1740. No tiene pretensiones literarias, sino que está escrita por un joven industrioso y bien informado, con amplios intereses y un ojo agudo. Sobre todo se ocupó de temas arqueológicos y reflejó todo lo que veía con gran precisión (no existe edición moderna).

Pritchard, J. B.: durante mucho tiempo estuvo relacionado con el Museo de la Universidad de Filadelfia, pero se le conoce mejor por sus excavaciones de el-Jib (Gibeon) y Tell es-Saidiyeh (Palestina) y de Sarafend (antigua Sarepta, Fenicia), al sur de Sidón. Su popular libro sobre Gibeon y sus ediciones de grandes volúmenes de textos y fotos, que ilustran las contribuciones de la arqueología del Oriente Próximo a los estudios bíblicos, están entre los mejores a los que se puede recurrir.

Prospección de Palestina occidental: con los auspicios de la Fundación de Exploración de Palestina se dibujó un mapa en escala 1"/1 milla (2,5 cm/1,6 km) y una prospección de armamentos entre 1871 y 1877. Sólo durante cuatro de esos seis años se trabajó en Palestina, porque el equipo de trabajo tuvo que retirarse casi dos años tras un ataque de los aldeanos en 1875. Se publicaron 26 hojas en 1879, que abarcaban la zona que va del Mediterráneo al Jordán, de Beersheba a Tiro y Banias. Se imprimieron con gran detalle y a cuatro colores, con relieves sombreados en marrón. Los resultados de esta prospección no se verían superados hasta 1936, cuando apareció el primer mapa de una serie en escala 1/100.000, producida por el Gobierno del Mando Británico, pero aun así siguen siendo uno de los mayores logros de la Fundación de Exploración de Palestina.

Puerta trasera (o postigo): entrada pequeña u oculta de una fortaleza o de una ciudad.

Quaresmio, Francesco: *Historia Theologica et Moralis* (1639), amplio compendio de información, con bonitos grabados y planos, que se puede considerar como la última de las grandes obras sobre Tierra Santa escrita dentro de la tradición escolástica medieval. En ocho secciones muy detalladas, describe Tierra Santa, sus sectas y órdenes religiosas, la naturaleza y las distintas etapas de las principales rutas de peregrinaje. El autor usó con restricciones su propia experiencia de viajero (no existe edición moderna).

Reisner, George (1867-1942): uno de los egiptólogos americanos más importantes de su época. Por poco tiempo en Palestina (1909-1910) fue director de las excavaciones de Harvard en Samaria. Hizo siempre su trabajo con meticulosidad y a fondo y los registros de excavación, una vez completados, resultaron monumentales. Su descubrimiento más famoso fue el de la tumba de la reina Hetep-Heres (Gizeh, Egipto, h. 2550 a. C.) en 1925, que suscitó tanto interés como la de Tutancamón, hallada menos de tres años antes.

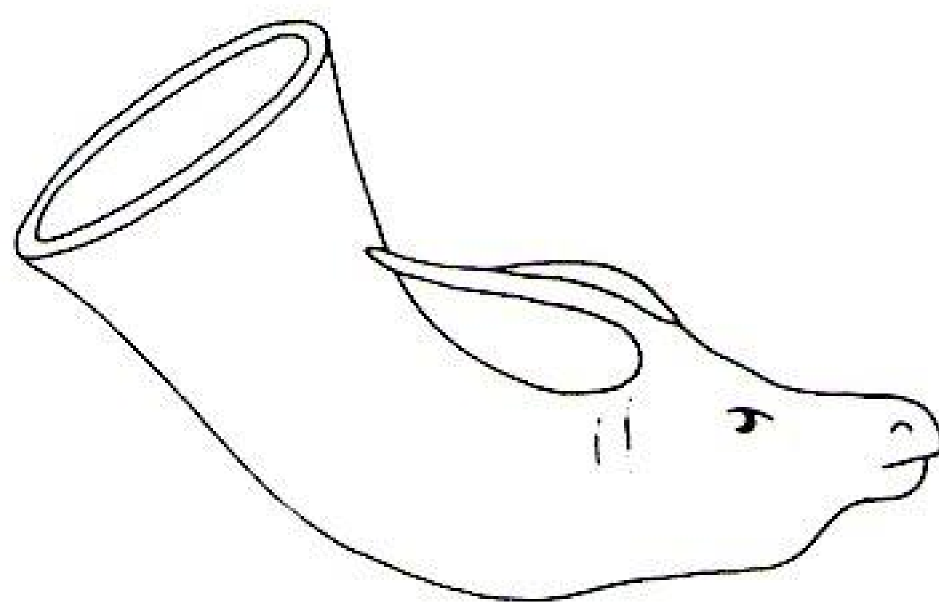
Reland, A.: de su obra *Palestine Illustrated by Ancient Monuments* (1714), Robinson* dijo que «después de la Biblia, es el libro más importante para los que viajan por Palestina». Por primera vez, en latín, reunió toda la información de importancia asequible sobre la antigua Palestina, aplicando un sentido crítico. Como era natural, sólo llegó a un público muy restringido; además, el autor no sabía dibujar y por tanto su obra no tuvo en los estudios bíblicos la misma influencia que alcanzó la obra de Robinson, un siglo posterior.

Renan, E. (1823-1892): profesor de hebreo en el Colegio de Francia de París desde 1861, con una breve interrupción. Fue uno de los más distinguidos, y discutidos, eruditos sobre estudios semíticos de su generación. Marcó una nueva era en los estudios bíblicos con el enfoque racional y científico de sus bien escritas obras generales, como también en su *Historia de los orígenes del cristianismo*, en varios volúmenes, que incluía la muy conocida *Vida de Jesús* (1863), y su no menos extensa *Historia del pueblo de Israel* (1888-1894). Pero lo que le dio el título de «Padre de la arqueología palestina» fue su informe sobre la expedición a Fenicia (1860).

Repujado: técnica decorativa del trabajo en metal, en que un diseño se marca a golpe de martillo desde la parte trasera de una lámina de metal para darle relieve por la parte frontal. El trabajo se hace con una herramienta roma y sobre una superficie blanda.

Revestimiento: proceso por el que se aplica a un terraplén un muro de contención o fachada de mampostería.

Ritón: vasija para beber en forma de cuerno o de cabeza de animal.



Ritón

Roberts, David (1796-1864): este escocés de origen humilde fue pintor de decorados en un teatro antes de llegar a ser el más popular paisajista de la Inglaterra victoriana. A lo largo de su vida tuvo un buen mercado para sus cuadros y las reproducciones litográficas de los dibujos que hacía en sus viajes por el extranjero; entre los de mayor éxito estuvo su publicación *Sketches in the Holy Land and Syria* (Apuntes de Tierra Santa y Siria, 1842).

Robinson, Edward (1794-1863): nació en una familia americana de agricultores y predicadores y durante un tiempo mantuvo ambas actividades, junto al estudio de las lenguas clásicas primero y del hebreo después. Antes de aceptar el cargo de profesor de literatura bíblica en el Union Theological Seminary de Nueva York, viajó por Palestina entre los meses de abril y junio de 1838 con el Dr. Eli Smith, misionero desde tiempo atrás en Siria, tierra a la regresó por poco tiempo en 1852. Con aquellos cinco meses de viaje, pudo sentar bases duraderas para el estudio de la geografía física e histórica de Tierra Santa, título que su obra póstuma y amplísima habría recibido de vivir él lo bastante como para completarla. Sus escritos no son fáciles de encontrar hoy, como ocurre con el trabajo de su sucesor más notable, George Adam Smith.

Rothenberg, Benno: nació en Alemania y estudió en la Universidad Hebrea de Jerusalén; en la actualidad está en la Universidad de Tel-Aviv. Se le conoce sobre todo por su trabajo como director de la prospección de Sinaí (1956-1957) y, desde 1959, se ha ocupado de prospecciones y excavaciones en Arabá y el Négueb, con particular interés por la historia antigua de la minería y la metalurgia.

Santo de Santos: nombre referido, en su origen, específicamente a la cámara más recogida del tabernáculo, cubierto por una tienda, en el que se guardaba el Arca de la Alianza* durante la travesía del desierto. Más tarde, se aplicó a la cámara más apartada (*debir*) del Templo de Salomón en Jerusalén, que servía para el mismo fin. Era un cubo de unos 20 codos* de lado; aparte del Arca, contenía dos querubines de madera de olivo cuyas alas llegaban de pared a pared.

Sarcófago: ataúd de piedra, de forma rectangular. El exterior a menudo se decoraba con relieves y el interior tenía la forma necesaria para recibir al cadáver y sus bienes funerarios.

Satrapía: término usado en el Imperio persa para nombrar a las provincias administrativas mayores, cada una dirigida por un gobernador o sátrapa. La voz es de origen medo. La única lista de satrapías segura es la que da Herodoto para el reinado de Darío, en la que hay veinte en total. Los reyes persas nos han dejado inscripciones extensas, monumentales, en las que hay una relación de los pueblos sobre los que gobernaron, pero no tiene conexión directa con la organización en satrapías.

Schaeffer, C. F. A.: eminente arqueólogo francés que durante muchos años dirigió en Museo Nacional de Antigüedades de St Germain-en-Laye, cerca de París. Se le conoce por su larga serie de excavaciones en Ras Shamra (Ugarit, Siria) y en Enkomi, (Chipre). En particular, las tablillas que encontró en Ras Shamra abrieron una nueva era en los estudios bíblicos.

Schliemann, Heinrich (1822-1890): fue comerciante hasta los 41 años; se retiró para dedicarse a la arqueología. Tras cuatro campañas de excavación entre 1871 y 1890 en Troya (noroeste de Turquía) desenterró nueve ciudades superpuestas y por primera vez demostró la importancia de la estratigrafía* para comprender un *tell* (montículo) del Oriente Próximo. Su trabajo despertó interés en todo el mundo; estableció una muy alta calidad en los registros, la observación y publicó con rapidez sus resultados, por lo que sus errores de interpretación suelen olvidarse.

Siclo: originalmente, medida de peso y más tarde, moneda. En tiempos israelitas parece haber tenido unos 11 g; el siclo babilonio antiguo tuvo un peso variable, entre 8,5 y 17,5 g aproximadamente.

Sígloi (plural): voz griega que significa siclo y también denota un peso y una moneda. En tiempos del Imperio persa 20 *sígloi* de plata equivalían a un darico* de oro.

Silo: pozo o estructura hermética en que se guardaban los cereales destinados a forraje.

Stanhope, Lady Hester (1776-1839): sobrina de William Pitt el joven quien, entre 1803 y 1806, la acogió en su casa de Londres. Se decía que Pitt afirmaba: «Le dejo hacer lo que quiera porque, si decidiese engañar al demonio, lo haría», y que ella respondía: «Pues sí que lo haría». Cansada de las convenciones sociales, marchó de Inglaterra al Oriente Próximo en 1810 con un grupo de amigos y jamás regresó. Hacia 1814 se estableció en Líbano. Adoptó la actitud y estilo de vida de una benévola, aunque autocrática, princesa oriental y se convirtió en una leyenda aun en vida, gracias a muchos visitantes distinguidos y a las alusiones que a ella hacían diversos libros (*ver Eothen*, en **Kinglake**) y los cenáculos europeos.

Talud revocado: también conocido como fortificación de glacis; era un método de defensa de las ciudades, adoptado en Palestina y Siria en la primera mitad del segundo milenio a. C.; consistía en una enorme muralla de piedras con una cara en talud que se cubría con una gruesa capa de revoque, en cuya cumbre se construía la muralla de la ciudad. Estas defensas se diseñaron, posiblemente, para inutilizar los ataques con arietes.

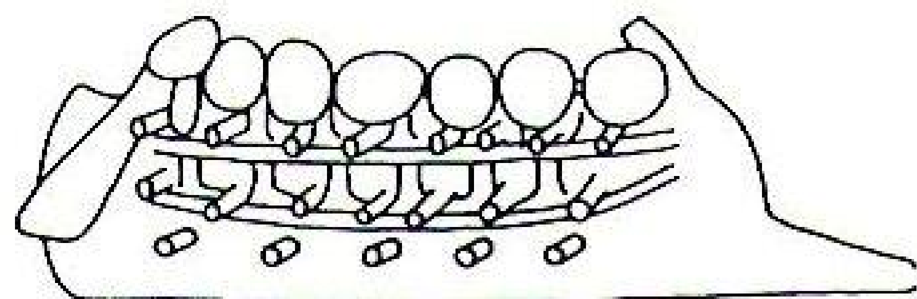
Tanit: desde hace largo tiempo se identifica como el nombre de la diosa fenicia occidental (cartaginesa) Astarté*, pero cierta información señala que pudo existir independientemente de Astarté en la propia Fenicia. En la época romana, estuvo asociada con Juno en el Mediterráneo occidental, la diosa de la mujeres fundamentalmente.

Tell: palabra árabe que se aplica a los montículos artificiales que por lo común representa los desechos de ciudades y aldeas antiguas del Oriente Próximo.

Tofet: una región del valle de Hinnom, cerca de Jerusalén. El nombre deriva de la palabra aramea que significa hogar u horno, porque allí se hacían sacrificios de niños a los dioses y se quemaban ofrendas. Los arqueólogos usan la voz como descripción general de esos lugares en los poblados cartagineses. Por lo común es un lugar de enterramiento, donde las urnas contienen huesos de niños y de animales y se encuentran estelas* con relieves o incisiones de dibujos rústicos y dedicadas a la diosa Tanit* o al dios Baal* (Hammón) (*ver también* **Molk**).

Toro Apis: adorado en Menfis (Egipto) desde tiempos remotos como dios de la fertilidad. Los sacerdotes del culto elegían un toro representativo que durante toda su vida recibía los honores debidos a esa deidad. Cuando ese toro moría, se lo momificaba y enterraba con el ceremonial correspondientes y se registraba con cuidado la fecha.

Trirreme: nave de guerra impulsada por tres bancos de remeros. Su versión fenicia está bien ilustrada por un modelo de barro cocido procedente de Armant (Egipto).



Trirreme

Túmulo: montículo funerario de tierra o piedras; por lo común cubre una cámara construida con piedra en la que se depositaba el cadáver con sus bienes funerarios.

Utensilio: cualquier objeto hecho por el hombre para su uso.

Virgilio: autor del gran poema épico latino *Eneida*, que escribió en los últimos doce años de su vida, aislado en el campo, y que a su muerte (19 d. C.) dejó inacabado. Esta obra celebra la aparición y crecimiento del Imperio romano, usando la leyenda de Eneas como tema. Eneas era miembro de la familia real de Troya, mencionado brevemente en *Iliada**; escapó de la ciudad cuando la tomaron los griegos y, después de un largo viaje, fundó un asentamiento troyano en el Lacio, que sería la fuente de la raza romana (hay varias traducciones).

Wadi: voz árabe que significa cauce rocoso o valle, que permanece seco todo el año, exceptuada la estación lluviosa.

Warburton: autor de *The Crescent and the Cross* (La media luna y la cruz, 1845), que no es una obra maestra literaria –a diferencia de *Eothen** de Kinglake– pero se cuenta entre las mejores escritas en inglés sobre el Oriente Próximo. Sus descripciones del paisaje y la atmósfera son mucho más incisivas que su captación de los caracteres (sus árabes no saltan a la vida como los de Kinglake). Pero, aunque no tuvo la ironía ni el sentido teatral de Kinglake, no obstante compartió su entusiasmo en el deseo de pintar el Oriente Próximo para los lectores ingleses de fines de la era victoriana. El tiempo no ha restado interés a su libro (no hay edición reciente).

Warren, Capitán (General Sir Charles) (1840-1927): dirigió las primeras excavaciones en Palestina, con el apoyo de la Fundación para la Exploración de Palestina en sus años juveniles (1867-1870). Llevó a cabo el trabajo en las áreas sur y sureste del Templo de Jerusalén y publicó los informes correspondientes (*Recovery of Jerusalem* [Recuperación de Jerusalén] y *Underground Jerusalem* [Jerusalén enterrada]). A continuación, Warren desarrolló una importante carrera de militar y administrador, sobre todo en África.

Wey, William: su obra *Informatyon for Pylgrymes unto the Holy Land* (Información para peregrinos a Tierra Santa, Londres, 1515) es exactamente lo que anuncia su título, pero apareció sin indicación de autor cuando se editó en 1515. Un examen atento descubre que es casi idéntico a un manuscrito anterior, titulado «Los itinerarios de William Wey, miembro del Eton College, a Jerusalén en el año del Señor de 1458 y a Santiago de Compostela en el de 1456». Es una de las guías más antiguas que se conocen, llena de datos prosaicos y útiles: tasas de cambio, distancia entre ciudades, listas de derechos y tarifas que se debían pagar en Tierra Santa y listas de palabras útiles en los idiomas más corrientes en las diversas regiones. En su esencia, es una obra más mercantil que religiosa, como se advierte en la forma comercial en que están listadas las indulgencias que se pueden ganar en los Santos Lugares.

Wheeler, Sir Mortimer: su extensa y variada carrera incluyó cargos como el de director de museos en Cardiff y Londres, funcionario del área arqueológica en Londres, India y Paquistán, profesor en la Universidad de Londres y arqueólogo de campo en Inglaterra y en el extranjero, pero sobre todo es conocido como maestro en metodología y organización arqueológica. A través de la divulgación, la enseñanza y la publicación, contribuyó con amplitud a la gran popularidad actual de la disciplina. Su obra *Archaeology from de Earth* (Arqueología desde el suelo) sigue siendo la introducción más dinámica e instructiva en el tema.

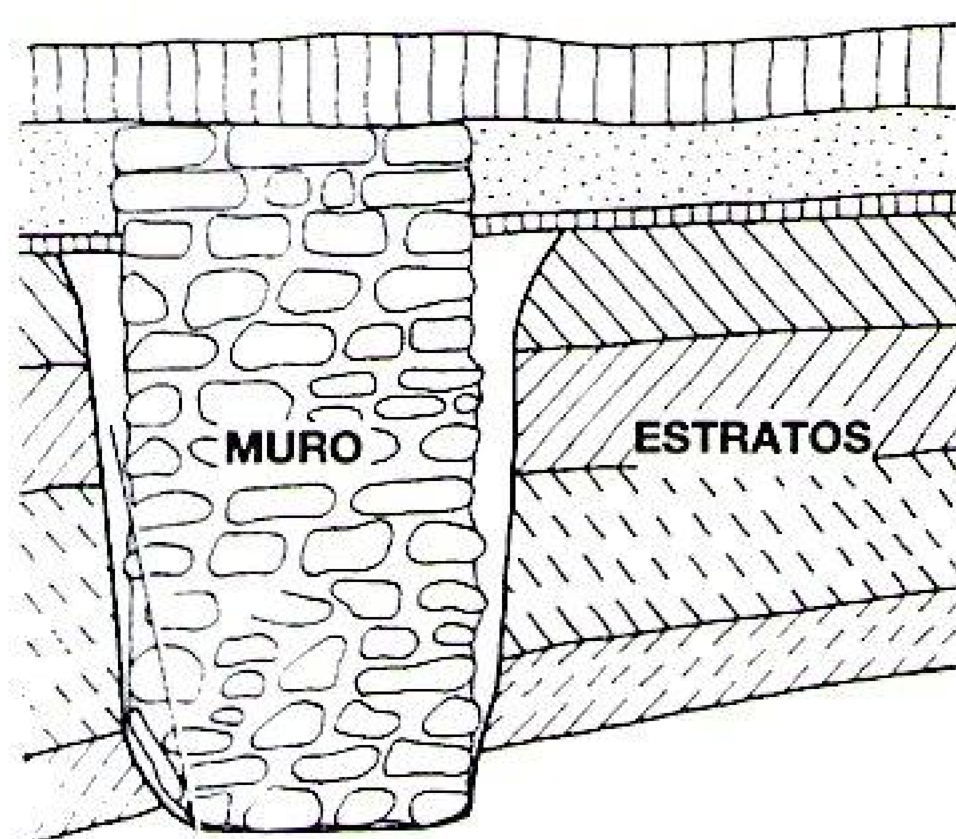
Wilkie, Sir David (1785-1841): nacido en Escocia, tras una carrera brillante como pintor de escenas de la vida rural y de temas y retratos históricos, puso su atención en el Oriente Próximo. Abandonó Gran Bretaña a fines de 1840 y, después de pasar por Constantinopla (donde pintó un retrato del Sultán), llegó a Jerusalén a fines de febrero de 1841. Las cartas que envió desde allí revelan el impacto que causó en él la campiña como fuente nueva de inspiración artística. Su intención declarada era la de hacer cuadros bíblicos basados en observaciones precisas del verdadero escenario natural, pero sólo alcanzó a dibujar unos pocos bocetos. Volvió por Alejandría, Malta y Gibraltar, donde murió y fue arrojado al mar. En su magnífico cuadro «Paz: funeral de Sir David Wilkie en el mar» (1842), J. M. W. Turner reprodujo la escena. (Las cartas de Wilkie desde Tierra Santa se pueden leer en: A. Cunningham, *The Life of Sir David Wilkie*, Londres, 1843.)

Woolley, Sir Leonard (1880-1960): fue el arqueólogo de campo, entre los dedicados al Oriente, más importante de su época, responsable de famosas excavaciones en Karkemis (1912-1914), en Ur (1922-1924), donde encontró el famoso cementerio real, y en Tell Atshana y al Mina (1936-1939, 1946-1949). Además de su capacidad como arqueólogo y arquitecto, fue un buen escritor; sus libros, técnicos y de divulgación, describen los resultados de su tarea con claridad, precisión y dinamismo. Su obra *Digging Up the Past* (Desenterrar el pasado) es una excelente introducción breve a la arqueología del Oriente Próximo. Integra un volumen junto a *Ur of the Chaldees* (Ur de los caldeos) y *A Forgotten Kingdom* (Un reino olvidado), sobre Tell Atshana.

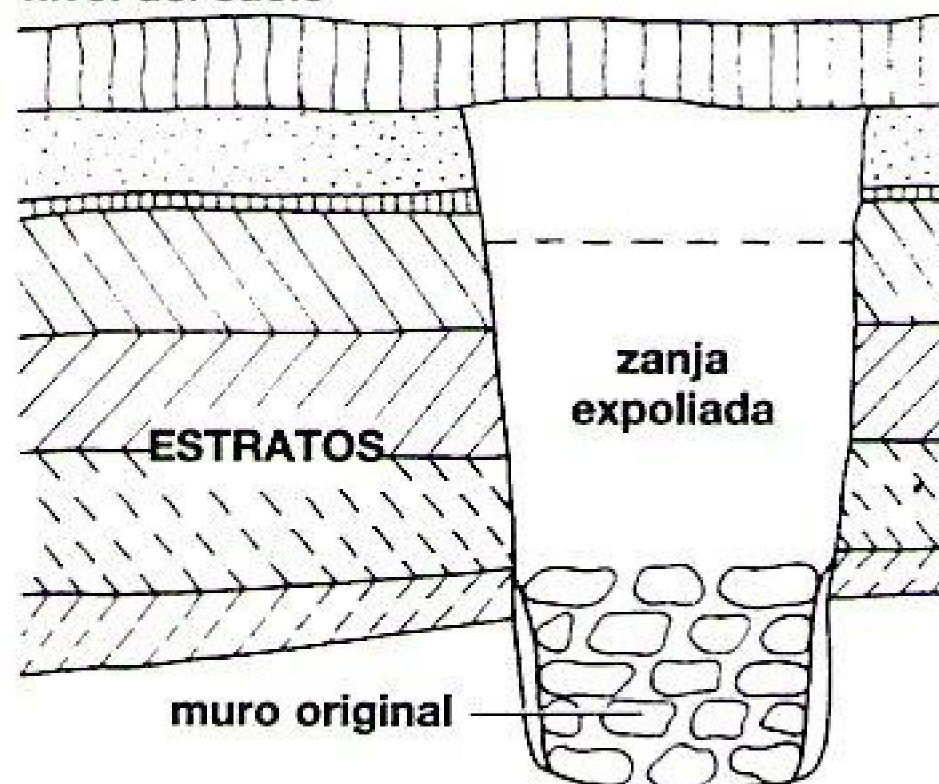
Wright, G. Ernest (1909-1974): erudito bíblico americano, más conocido como arqueólogo por su trabajo en Siquem (1956-1974) y Guézer (1964-1965) en Palestina, y en Idalia (Chipre, 1971-1974). Se preocupó en especial por la organización y dirección de la investigación arqueológica americana en el Oriente Próximo y por formar a una futura generación de arqueólogos de campo. También procuró incrementar el interés de un público bien y ampliamente informado sobre los estudios bíblicos y la arqueología palestina, en especial en sus libros *Biblical Archaeology* (Arqueología bíblica), *Sechem: Biography of a Biblical City* (Siquem: biografía de una ciudad bíblica) y, en colaboración con R. Fuller, *The Book of the Acts of God* (El libro de los hechos de Dios).

Yadin, Yigael: profesor de arqueología de la Universidad Hebrea de Jerusalén; le dieron fama sus excavaciones en Masada y en Jasor, además de su estudio y publicación de los Manuscritos del mar Muerto. Distinguido militar y administrador, también destaca por su capacidad para presentar su obra escrita y dictar conferencias de divulgación. Sus excavaciones son notables por el despliegue espectacular de mano de obra y de recursos, una valoración estricta de las circunstancias históricas y una gran habilidad interpretativa.

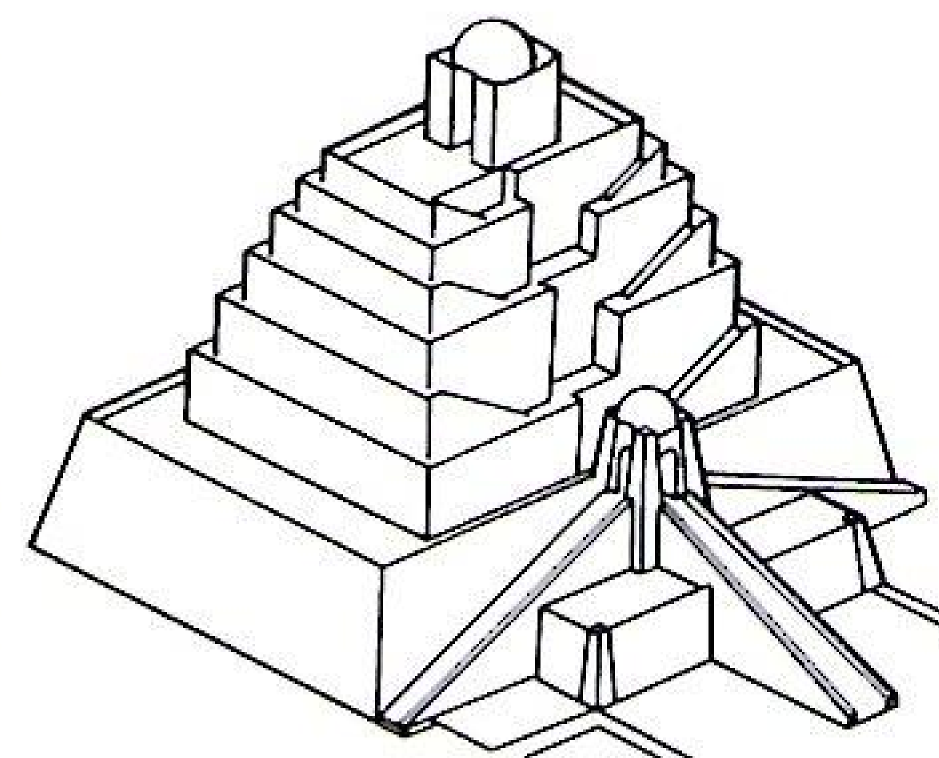
Zanja de cimiento: zanja que se cava debajo del nivel del suelo para construir una pared y en la que se hecha el cimiento. Es importante para los arqueólogos ser capaces de reconocer estas zanjas y aislar los trozos de cerámica o pequeños objetos que se encuentren en ellas, porque son vitales para fechar la construcción del muro y del edificio que integran.



Zanja de cimiento



Zanja expoliada



Zigurat

Zanja expoliada: tras la demolición o derrumbamiento de un edificio, se cavan los cimientos, y el lugar en general, para apartar la piedra o los ladrillos de las paredes y volver a usarlos. Si se quita el muro por completo hasta los cimientos, las zanjas expoliadas y rellenas de tierra serán vitales para la reconstrucción de la planta de un edificio, porque son los «fantasmas» del trazado original.

Zeus: en la mitología griega, hijo de Cronos, a quien venció y suplantó como dios supremo. En principio fue divinidad del cielo y del clima; estaba asociado con la mayoría de los aspectos de la vida humana como juez y legislador supremo. Se representa como un hombre maduro, barbado, de cara benévola; lleva el rayo y la égida (a menudo interpretada como el trueno o nube de tormenta) y, cuando los agita, aterroriza a sus enemigos.

Zigurat: torres escalonadas rematadas con un templo, típicas de ciudades antiguas de Irak. Aunque muchos se han excavado, ninguno se conserva en su forma original y se han reconstruido gracias a la descripción que hace Herodoto* de un zigurat babilonio (*ver* **Babel**) y por representaciones en relieves de palacios asirios.

Zoroastrismo: fue la religión nacional de Irán en otros tiempos y aún la practican comunidades pequeñas de ese país y los parsis indios. Su gran profeta Zaratustra (en griego, Zoroastro) se sitúa tradicionalmente hacia 628 551 a. C., pero puede ser muy anterior. Pasó su vida en el oriente de Irán y sus enseñanzas sobrevivieron en algunos de sus himnos, los *Gathas*. Proclamó la existencia de un único dios supremo, creador de todas las cosas. Consideraba al mundo dividido en dos polos opuestos, Bien y Mal, Verdad y Mentira, entre los que el hombre debía elegir libremente. El símbolo supremo de la Verdad es el fuego y los altares del fuego son en consecuencia el símbolo de culto primario del zoroastrismo. La historia inicial de esta religión, en especial su papel en tiempos del Imperio persa, aún es muy incierta y discutida entre los eruditos.